



Mírame
el juego de Marina

Harissa Cazpri

Mírame, el juego de Marina

Marissa Cazpri

Título: Mírame, el juego de Marina

©Marissa Cazpri

Primera edición: Octubre 2014

Obra registrada en Safe Creative.

Código: 1409292217483

Fecha: 29-sep-2014 16:11 UTC

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño cubierta: ©Alicia Vivancos.

Imagen de portada: Depositphotos.

Maquetación: ©Marissa Cazpri

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

*A Verónica,
gracias por estar ahí durante todos estos años.*

«Y sobre todo mirar con inocencia.
Como si no pasara nada, lo cual es cierto».

Alejandra Pizarnik

—Repíteme conmigo —dice con determinación Verónica—, necesito estas vacaciones y voy a pasármelo bien.

—Eres una pesada...

—¡Repíteme! ¡Vamos! —Agarra con fuerza mis hombros.

—Necesito estas vacaciones y voy a pasármelo bien —digo con desgana y poniendo los ojos en blanco.

—Venga, Marina —murmura cansada—. Han pasado ya seis meses y tienes que empezar una nueva vida. No puedes limitarte a ir de casa al trabajo y del trabajo a casa.

—También quedo contigo. —La miro de reojo para que no me regañe más.

—Sí, para tomar un café y ya está... tienes que empezar a hacer vida social, eres muy joven todavía, cariño.

—Vale, vale. —Levanto las manos desesperada por terminar esta conversación—. Por una vez te voy a hacer caso, tengo una semana por delante y lo voy a intentar.

¡Qué remedio!, ella ya se había encargado de todo. Mi mejor amiga me ha reservado una semana de vacaciones para mí sola en un hotel en las Islas Canarias. Llevaba un mes dándome la tabarra para que fuese sola y así poder desconectar de mi aburrida vida y hacer amigos nuevos y, con amigos, se refiere a ligues. Y yo, con tal de no aguantarla más, le hice caso. Creo que me estoy arrepintiendo ya de haberlo hecho.

—¡Bien! —Aplaude dando saltitos mi loca amiga.

Hace seis meses que mi marido y yo nos divorciamos. Lo pillé en nuestra cama con una chica que no tendría más de veintidós años. Y el muy gilipollas, me dijo que eso había ocurrido porque yo ya no le ponía en la cama, que había engordado un poco y que eso, sumado a la rutina, lo había empujado a hacerlo. El muy... quería hacerme sentir culpable de que él no pudiese tener su braguita quietecita.

Juan y yo nos conocimos en el instituto y fue un flechazo a primera vista. Fue mi primer amor, mi primer novio... mi primero en todo. A las pocas semanas de pillarlo en su infidelidad, me enteré de que para él no fui la primera en nada; en eso también me mintió. ¿Cómo pude estar tan ciega? Pues sí

que se puede, yo lo estuve quince años. Y aquí estoy, con casi treinta años, divorciada y sin experiencia con los hombres. Por eso siento pánico cada vez que mi mejor amiga me invita a salir a ligar por ahí, parecería una niña asustada y seguramente se reirían de mí.

Verónica siempre me ha dicho que pienso demasiado las cosas, que tengo que desinhibirme un poco y dejarme llevar. «—Además, eres guapísima y, a pesar de lo que te dijo el gilipollas de tu ex, tienes unas curvas de vértigo y eso a los hombres les gusta». Es muy fácil decir eso desde el pedestal de la belleza pura. Ella siempre arrasa por donde va, rubia natural, ojos verdes, alta, esbelta y un *glamour* que más quisieran muchas de las que salen en las revistas del corazón. Hija de padres bien situados y acostumbrada a estar siempre a la última, en su armario nunca le falta un modelito distinto para estrenar en cada ocasión. En cambio, yo soy todo lo contrario, morena, con unos kilitos de más, no tan alta y sin sentido de la moda. Bueno, mis ojos sí que me gustan. Aunque no sean claros, me encantan.

—¡Te voy a echar de menos, guapi! —grita y me abraza fuerte.

Todo el mundo nos está mirando y yo me sonrojo. Estamos en la cafetería de la empresa terminando el desayuno. Mañana, uno de agosto, comienza nuestro mes de vacaciones. Siempre se las apaña para coincidir en nuestras vacaciones, dice que se aburre sin mí en la oficina.

Desde que nos conocimos hace cinco años, somos uña y carne. Yo tenía una entrevista en cuanto me mudé a Madrid. Era en la multinacional Tolson, una compañía de renombre y conocida internacionalmente, dedicada al alquiler de vehículos. El puesto al que optaba era de secretaria de dirección, trabajaría para la directora de la delegación de Madrid, Carmen Salas. Verónica, es secretaria del gerente de recursos humanos y fue la que me atendió para la entrevista. Congeniamos muy bien desde el principio y, estoy completamente segura, que ella tuvo mucho que ver con mi ingreso en la empresa. Siempre lo ha negado pero yo sé que me ayudó un poco. Se lo agradeceré eternamente a pesar de que no soporto muchas veces a mi jefa. Es una cuarentona atractiva y engreída que se cree por encima de todo el mundo.

—¿Has hecho la maleta? —pregunta emocionada Verónica cuando nos dirigimos de vuelta a la oficina, que se encuentra en la décima planta del edificio.

—A medias, esta noche la terminaré.

—Habrás incluido el par de conjuntitos que te regale, ¿verdad? —dice con una sonrisa pícaro.

—Sí. —Pongo otra vez los ojos en blanco.

Me regaló un par de conjuntos de lencería sexy por si ligo en vacaciones. No quiero quitarle la

ilusión pero, seguramente, vendrán de vuelta con la etiqueta puesta.

De vuelta en mi mesa, me encuentro con una nota de la *bruja del Oeste*, así apoda Verónica a mi jefa, por la nariz que tiene. En ella, me indica que antes de irme de vacaciones, tengo que fotocopiar todos los contratos del mes de julio. ¡Creía que de eso se encargaban en administración! Miro mi reloj, las nueve y media de la mañana, eso me va a llevar todo el día ocupada en el archivo. Seguramente quiere librarse de mí y no sabe cómo. Cuando viene una visita importante, siempre intenta que yo no esté por aquí. Parece que se avergüenza de mí o algo parecido.

Resignada, rebusco en mi bolso el mp3, no sé trabajar sin música, y me encamino hacia el archivo. Se encuentra en el sótano del edificio, junto al departamento de informática en el que me encuentro con un concentrado Ricardo, jugando a un juego de rol online.

—¡Hola Ricardo! ¿Cómo va tu mago? —le pregunto amablemente, mientras miro por encima de su hombro la pantalla del ordenador y veo a un muñequito vestido con una túnica morada y un bastón que reluce, dentro de una especie de casa y moviéndose como un poseso.

—¡Marina! Bien, bien, le estoy subiendo las habilidades. —Me sonrío con la ilusión de un niño pequeño con su juego de rol online. En cambio, Ricardo tiene unos treinta y cinco años, casi no tiene pelo, delgado y vestido con vaqueros gastados y camisetas de algodón de manga corta con dibujos de súper héroes o algún cómic—. Por cierto, ¿cómo va tu bicho? —Se refiere a mi portátil.

—¡Estupendo! Gracias de nuevo por arreglármelo —respondo con una amplia sonrisa. Me salvó la vida cuando se ofreció a echarle un vistazo a mi ordenador cuando pensé que había muerto.

—Por mi chica, lo que sea. —Me guiña un ojo. Yo me ruborizo, desde que se enteró que estoy libre, ha intentado varias veces invitarme a cenar. Para ser informático es muy extrovertido.

Sigo adelante por un pasillo y, al fondo, está la puerta de acceso al archivo. Al entrar, me encuentro con Rita, una mujer de unos sesenta años muy amable que se encarga de todo el recinto. Está sentada en su mesa escaneando documentos.

—Buenos días, querida. —Me saluda al levantar la vista—, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunta en su peculiar tono de voz dulce.

—Buenos días, Rita. Necesito que me indiques dónde se archivan los contratos de julio, Carmen me ha mandado fotocopiarlos.

Rita me mira compasiva, conoce a mi jefa desde hace muchos años y sabe que me tiene un poco explotada. Busca en su ordenador la ubicación del mes de julio y me indica en qué pasillo y sección

está. Cojo un carrito para cargar las cajas y me adentro por el laberinto que conforman las estanterías que contienen cajas apiladas, llenas de documentos y que llegan hasta el techo. Doblo dos veces a la derecha y una a la izquierda y, finalmente, encuentro el mes de julio. Al verlas casi me da un patatús, esto me llevará más tiempo del que creí. Parece que mi jefa no quiere que salga a mi hora hoy. Cargo todas las cajas en el carrito y lo llevo todo junto a las fotocopadoras.

—¿Cómo va la digitalización de los archivos? —le pregunto esperanzada a Rita.

—Por el mes de mayo, querida —responde en tono de disculpa—, desde que me han quitado a los chicos de prácticas, voy muy atrasada. —Todos los estudiantes en prácticas protestaban cada vez que les mandaban con Rita porque lo único que hacían eran fotocopias, escaneos y archivar. Yo los entiendo pero ella me da mucha pena. Es el último eslabón de la empresa y apenas si nadie se acuerda de que está aquí.

—No te preocupes, no pasa nada. —Le sonrío triste—. ¿Te importa que escuche música mientras fotocopio? —le pregunto enseñándole mi mp3.

—No, claro que no.

Me pongo los auriculares, enciendo mi mp3 y empiezan las notas de una canción que está siendo un éxito ahora en la radio, *Feel So Close* de Calvin Harris y empiezo a moverme al ritmo de la canción. Cuando llevo diez minutos, miro hacia las cajas y resoplo, parece que no he hecho nada. Entonces noto que me tocan suavemente en el hombro.

—Si quieres, te ayudo a fotocopiar —dice Rita con una sonrisa.

—No quiero meterte en un lío... —digo mientras me quito los auriculares.

—¡Tonterías! —Hace un gesto con la mano para quitarle importancia y se agacha para coger una caja—. Nadie se va a enterar y así me entretengo un ratito.

Nos ponemos manos a la obra las dos, contándonos anécdotas y riendo. Eso hace que pase el tiempo rápido y comprobamos, ante nuestro propio asombro, que terminamos en unas tres horas, a falta de treinta minutos para la hora de la comida. Me daría tiempo a subirlos, dárselos a mi jefa y comer con mi mejor amiga en la cafetería puesto que ya no la voy a ver hasta mi vuelta de las vacaciones; esta tarde quiero descansar bien, mi avión sale temprano mañana.

—Muchas gracias Rita, me has librado de quedarme hasta muy tarde hoy. —Aprieto su mano en señal de agradecimiento.

—Ha sido un placer y me lo he pasado genial contigo, como siempre. —Se despide con esa

sonrisa tan especial que tiene la mujer—. Que disfrutes de tus vacaciones.

Le doy las gracias. Cojo prestado otro carrito más pequeño para poder llevar todos los papeles hasta mi planta y, cuando voy de camino hacia el ascensor, escucho unos gemidos. Aquí abajo no hay nunca un ruido, así que se está más alerta si se escucha algo anormal. Identifico la dirección de dónde provienen: el cuarto de mantenimiento. Paso junto a él, no puedo evitar la curiosidad y pego la oreja a la puerta. ¡¡Son gemidos de mujer!!

—¡Oh! Sí... siiiii... —Me tapo la boca con la mano por la sorpresa, ¡es Verónica! Pero, ¿con quién está?

Sigo escuchando y oigo los gemidos varoniles de su acompañante pero no consigo distinguir quién es. Examino la puerta por si hay alguna rendija o algo y, contenta de mí, encuentro un pequeño agujero junto al pomo de la puerta. Miro a mi alrededor para que nadie me pille espiando y me agacho hasta ponerme a la altura del agujero. La imagen que veo hace que empiece subirme la temperatura. Mi amiga, subida a una pequeña mesita, con la falda recogida en la cintura, con la camisa desabrochada dejando al descubierto sus pechos y abierta totalmente de piernas. ¡Madre mía! Me escandalizo y dejo de mirar pero mi curiosidad me puede y vuelvo a poner el ojo en el agujero. Entre sus piernas, veo una cabeza de pelo moreno, que se separa un poco, sonrío y la mira. Es nada más y nada menos que el chico de prácticas que tiene a su cargo. A mí se me cae la mandíbula por la sorpresa. Le está haciendo una buena faena porque ella tiene los ojos en blanco debido al placer y le agarra con fuerza el cabello. Se me acelera la respiración al verlos ahí retozando. De pronto, el chico, que no tendrá más de veintiún años, se incorpora, se saca un preservativo del bolsillo del pantalón y se lo pone en su miembro erecto. ¡Vaya con el *yogurín*! Puede estar contento con dar la talla.

Me abanico con la mano, estoy empezando a tener mucho calor. Se besan con pasión y Verónica enrolla sus largas piernas en la cintura del joven para atraerlo hacia ella con una sonrisa lasciva. Entonces él, sin previo aviso, la ensarta de un golpe, con el consiguiente gemido de sorpresa de mi amiga. A continuación, el chico comienza a mover sus caderas lentamente, eso hace que ella empiece a suspirar y a moverse siguiendo su compás.

Siguen besándose con violencia, Verónica gime cada vez más alto y eso vuelve loco al de prácticas que acelera las embestidas a la vez que baja la cabeza y le muerde los pezones. ¡Por Dios! A ella no parece dolerle, al revés, eso hace que se excite más. Lo agarra del trasero y lo aprieta más contra ella. Hasta que juntos llegan al clímax, ella casi gritando y él gruñendo. En ese momento, yo gimo de placer también. No me he dado cuenta pero he bajado mi mano hasta mi entrepierna y me

estaba tocando. ¡Qué hago! ¡Joder, Marina! ¡Qué es tu amiga! Avergonzada por lo que acabo de hacer, me incorporo y salgo corriendo hacia el ascensor.

Por el camino, intento calmarme. Me he excitado con mi mejor amiga, ¡qué vergüenza! Si no soy capaz ni de ver una película porno... Por suerte, cuando llego a mi departamento, ya no queda un alma en la oficina, se han ido todos a comer. Así nadie podrá verme tan acalorada.

Decidida a intentar olvidar lo que he visto, me dirijo hacia el despacho de mi jefa. A pesar de ver la puerta cerrada, entro sin llamar porque supongo que también está comiendo. Entro de espaldas tirando del carrito. Al darme la vuelta, me quedo paralizada ante la escena que está ocurriendo ante mis ojos. Mi jefa está cabalgando encima del jefe de Verónica y gimiendo como una loca, en el suelo del despacho. Afortunadamente, están de espaldas a mí y no me han oído entrar. Lentamente, salgo empujando con mi culo el carrito hacia fuera y cierro con cuidado la puerta. Pero, ¿qué pasa hoy? ¿Se ha puesto todo el mundo de acuerdo para hacer... eso?

Dejo el carrito con la documentación junto a mi mesa y decido marcharme a comer.

—Pareces distraída, ¿pensando en las vacaciones? —pregunta Verónica mientras degustamos un sándwich vegetal y una Coca-Cola *light* cada una.

—Bueno... sí... —¿Le digo que la he visto fornicando con el de prácticas?

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ruborizas? —pregunta exigiéndome con la mirada una respuesta.

—He pillado a mi jefa con tu jefe.... Ya sabes... —susurro para que nadie nos oiga.

—¿Sí? —responde en voz baja y abre completamente los ojos—, ¿cuándo?

—Antes de bajar a comer, me mandó al archivo a fotocopiar los contratos de julio. —Noto que se sonroja un poco—. Pensó que así me tendría entretenida todo el día, lo que no se imaginaba es que Rita me ayudaría y terminé antes de lo previsto. Cuando subí sobre la una y media, los pillé en su despacho, en el suelo.

—¿Y? ¿Qué te dijeron? —pregunta curiosa.

—Nada. —Me encojo de hombros—. Por suerte, no me oyeron entrar. Salí como un cohete de allí. Todavía no me quito la imagen de mi jefa cabalgando encima del tuyo y gimiendo como animales. —Me tapo la cara con horror y pensando que tampoco me quitaría la imagen de mi amiga siendo penetrada por el de prácticas.

—Va, no exageres Marina, a todo el mundo le gusta el buen sexo, además, aquí es más normal de

lo que tú piensas. —Le quita importancia con un gesto de la mano.

—Ya sabes que no estoy acostumbrada a estas cosas...

—Por eso necesitas esas vacaciones, para que te liberes de una vez de tanto prejuicio —sentencia Verónica.

Sé que tiene razón y asiento como una boba.

—Además, yo también lo he hecho. —Sonríe maliciosamente.

—Lo sé —murmuro bajito.

Verónica me mira sorprendida y suelta una carcajada.

—¿Me has oído?

—Sí. —Seguro que estoy como un tomate—. Cuando volvía del archivo os oí al chico de prácticas y a ti en el cuarto de mantenimiento... perdona... miré por un agujero para ver quién era... yo...

—¿Te has excitado? —me interrumpe y levanta una ceja sexy.

—¡Verónica, por favor! —Me escandalizo porque tiene razón.

—Tranquila. —Agarra mi mano por encima de la mesa—. No me importa que me hayas espiado, no es malo mirar.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —consigo balbucear, me da mucha vergüenza hablar de esto.

Ella asiente conteniendo la risa y me distrae con los cotilleos de la empresa. Mientras habla, no hago más que pensar en lo que he presenciado hoy. Quizá soy demasiado puritana y anticuada. Tengo que armarme de valor y salir a ligar como todo el mundo que está soltero, lo que pasa es que llevaba tanto tiempo en una relación que ya se me ha olvidado todo y, encima, hoy en día las cosas van más rápido. Sólo me he acostado con un hombre en mi vida y, la verdad, lo que he visto hoy, no lo había hecho con él... bueno... sí, pero no de esa manera tan... lujuriosa. Me estremezco al recordarlo y mi amiga, adivinando mis pensamientos, me mira y se ríe.

—¡Ay, Marina! No vas a cambiar nunca...

Yogurín: cuando una persona de mediana o de avanzada edad, se refiere a otra persona muy joven, que le resulta atractiva sexualmente.

Siento su boca ahí abajo. ¡Qué calor! Lo aprieto contra mí y siento cómo su lengua pasea por mi clitoris, excitándolo. Se levanta un hombre sin rostro y me penetra de una vez. Se mueve dentro de mí con violencia y yo le sonrío pidiéndole más. ¡Sí! Me dejo llevar y grito de placer.

Me despierto debido al orgasmo que acabo de tener en sueños. Aprieto las piernas avergonzada. Llevo demasiado tiempo sin tener sexo y lo que presencié ayer no me ayuda en nada. Miro el reloj, las cinco de la mañana. En dos horas y media sale mi avión, decido levantarme y darme una ducha fría.

Casi las siete y media de la mañana y aquí estoy en Barajas, en la sala de embarque del avión que me llevará a mi destino de vacaciones: Las Islas Canarias. En concreto, a Corralejo, un pueblecito situado en la isla de Fuerteventura. Verónica me reservó una semana en el Gran Hotel Atlantis Bahía Real, que es famoso por su *Spa*. Intenté buscarlo por internet para ver cuánto me costaría la bromita pero ella me lo prohibió totalmente. Me convenció para no mirar por el dinero estas vacaciones. Además, tengo unos buenos ahorros después de haber vendido el piso que nos compramos Juan y yo en Córdoba cuando nos casamos. Yo me quedé con el piso que habíamos alquilado juntos en Madrid y él se fue a vivir con su nueva amiguita. Muevo la cabeza para dejar de pensar en mi ex.

Estoy muy nerviosa, nunca he viajado sola y me dan pánico los aviones. Hace unos minutos que he tomado mi arsenal de valeriana y tila. Me levanto y comienzo a dar vueltas por la sala, faltan diez minutos para embarcar. Estoy distraída mirando el avión a través de la ventana, me estremezco. A Juan se le daba muy bien tranquilizarme antes de un viaje, reconozco que echo de menos esas cosas. Cierro los ojos para quitarme a mi ex de la cabeza otra vez, tengo que superarlo. Empiezo a dar la vuelta para ir a por mi maleta, que he dejado junto al banco donde estaba sentada, cuando me doy de bruces con el torso de un hombre que entra corriendo en la sala. ¡Qué bien huele!

—¡Mire por dónde va! —me grita con acento extranjero.

—Será mal educado... —contesto indignada cuando se aparta de mí para seguir su camino. Al oírme, se vuelve y me mira con cara de mala leche.

Doy un paso atrás, porque me ha fulminado con una mirada fría de ojos azules. Se queda parado mirándome fijamente y, aunque se le suaviza la mirada, su rostro sigue teniendo la misma expresión de enfado. Recorre mi cuerpo con sus ojos azules y resopla. Se vuelve hacia la azafata y le da impaciente su billete, después intercambia con ella unas palabras, no muy amables, deduzco por la cara que pone ella, y se interna por el túnel de acceso al avión.

Mientras se aleja, me fijo en él. Es alto, rubio y va vestido con vaqueros, camiseta de manga corta gris y unas zapatillas. Está muy bueno, lo admito, pero con la mala leche que gasta lo estropea todo. Me acerco a la azafata y con una amplia sonrisa la saludo. Ella agradece el gesto y me devuelve una sonrisa tímida. *Lo que tendrá que aguantar la pobre*, pienso cuando me interno en el túnel por donde ha entrado el *'guiri-borde'*. Llego a la entrada del avión y me recibe otra azafata que también tiene mala cara. Creo que van a tener un viaje particular con ese pasajero en concreto. Entro en el avión y busco mi asiento rezando para que no me toque junto a él. Respiro aliviada cuando lo encuentro y no veo cerca al tipo borde.

Me siento y sonrío feliz, por lo menos me ha tocado en ventanilla. Me quedo absorta mirando hacia el exterior mientras todos los pasajeros van acomodándose hasta que una voz masculina que proviene de mi espalda, me sobresalta.

—Es la primera y última vez que viajo en esta compañía, Rose... —habla en un perfecto inglés británico—, son todos unos inútiles... no... la próxima vez lo reservaré yo... ¿cómo han podido cometer el error de darme clase turista? —Me giro y me asomo por la abertura que hay entre los asientos, es el *guiri-borde* con el que me choqué, hablando por su teléfono móvil. ¿De dónde ha salido? Cuando me he sentado no estaba.

Está furioso y parece no importarle que todo el mundo le esté escuchando. De pronto, como si me sintiera, me mira fijamente a los ojos a través de la abertura por la que lo estoy espiando. ¡Mierda! ¡Me ha pillado! Me vuelvo con rapidez hacia delante, me encojo y me quedo muy quieta con los ojos cerrados.

—Tengo que dejarte, vamos a despegar ya. Te llamo en cuanto aterrice para que me mandes el informe... de acuerdo... adiós. —Cuelga y lo oigo removerse en su asiento, yo sigo con los ojos cerrados y creo que hasta he dejado de respirar.

A los pocos segundos, noto cómo mi respaldo se hunde un poco y siento una respiración sobre mi cabeza. Miro hacia arriba y me encuentro con la cara del guiri. Está muy serio y me mira fijamente. No decimos nada, sólo nos miramos, él con su mirada fría de ojos azules y yo con los míos llenos de miedo. Nos quedamos así un momento que se me hace eterno. Le observo con atención, es joven, y muy atractivo, recorro con mi mirada su cara, nariz recta, labios finos pero sensuales, rasgos muy varoniles... es guapísimo, creo que me he quedado embobada mirándolo. Entonces, él hace un gesto con la boca, ¿es un amago de sonrisa? Y desaparece de mi vista, momento en el que aprovecho para coger una gran bocanada de aire; sí, dejé de respirar.

Pasan los minutos y no tengo más noticias del borde. A mi lado se ha sentado un hombre mayor, de

unos setenta años, que me sonrío con amabilidad. El piloto anuncia que vamos a despegar y nos abrochamos los cinturones de seguridad. En el mismo instante en que se mueve el avión para coger velocidad, mi corazón se acelera, no me gustan los aviones. Cuando se inclina, aprieto mis manos contra los brazos del asiento y cierro mis ojos con fuerza.

—Tranquila niña, es más seguro volar que conducir. —Abro un ojo y veo que el señor mayor me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Sí pero si esto se cae, no sobrevivimos al golpe —digo nerviosa y vuelvo a cerrar mi ojo.

—El golpe es lo de menos, te mueres en el aire antes de tocar el suelo o el agua —oigo que dice el inglés.

—¡Cállate, por favor! —digo un poco más alto de la cuenta.

—Vamos, hombre... ¿no ves que está asustada? —le reprende el señor mayor.

—Si le asusta tanto volar, no entiendo qué hace cogiendo un avión —responde con ironía el borde.

—¡A ti no te importa! —le suelto enfadada.

—Por favor... déjala... —suplica amablemente el viejecito.

—Vale, vale. —Sigue riéndose el borde.

Será... me voy a callar porque me conozco y cuando me cabreo, la lío. Por mucho que me haya intimidado este tío, cuando saco mi carácter a relucir, me da igual todo.

Una vez se endereza el avión y podemos desabrocharnos los cinturones, respiro un poco más tranquila. El señor de al lado me da conversación, me cuenta que viaja a Fuerteventura para conocer a sus biznietos y se emociona hablando de su difunta mujer, falleció el año pasado y lamenta que no llegó a conocerlos. La recuerda con mucho cariño y me cuenta su historia. Pienso que ojalá encontrara un amor así, se ve que se querían muchísimo a pesar de los muchos años que llevaban juntos. Aprovecho que hace una pausa en su relato para disculparme e ir al servicio.

Miro de reojo al pasar por los asientos de atrás pero no veo al guiri, se habrá levantado a estirar las piernas. Llego junto a la puerta del servicio, me dispongo a entrar pero está ocupado, espero en un lateral del pequeño pasillo en el que se sitúan los servicios. Estoy muy nerviosa, no me gusta estar tanto rato de pie en el avión. Me sobresalta la puerta del servicio de caballeros al abrirse, miro en su dirección y, para mi desgracia, es el borde el que sale. Me mira serio y pasa junto a mí, rozando su cuerpo contra el mío lentamente.

Marina, no lo ha hecho a propósito, estás en un pasillo muy estrecho.

Miro hacia otro lado porque me estoy sonrojando, tenerlo tan cerca de mí me altera, huele muy bien y noto su cuerpo duro contra el mío, debe de estar en buena forma. Se detiene justo frente a mí y me mira, yo lo miro de reajo. Se agacha un poco y parece que va a decirme algo cuando, afortunadamente, se abre de golpe la puerta del servicio de señoras. Veo un punto de decepción en su mirada, sin más remedio tiene que dejar pasar a la mujer que acaba de salir y yo aprovecho para escabullirme dentro y cerrar rápidamente la puerta. Rezo para que, cuando salga de aquí no me esté esperando. Terminó de hacer pis, respiro profundamente antes de abrir la puerta y comprobar que no está. ¡Uf! ¡Menos mal! Vuelvo a mi asiento pasando rápidamente junto a su fila sin mirar. Sé que me está mirando, lo noto.

El resto del trayecto lo paso tranquila, el señor mayor se ha dormido. Intento relajarme un poco, para ello, saco de mi mochila un libro y me he enfrasco en la lectura de una historia que me tiene enganchada. Trata sobre un guardaespaldas que tiene que proteger a una actriz de Hollywood. El protagonista, para mí, es el hombre perfecto.

Sin apenas darme cuenta, pasa una hora y llegamos al aeropuerto de Fuerteventura. En cuanto aterriza el avión, salgo disparada hacia la salida. No quiero que el estirado inglés me intercepte.

Piso el aeropuerto y consulto la hora, son las diez menos cuarto de la mañana. Todavía faltan unos cuarenta y cinco minutos para que me recoja el coche que el hotel pone al servicio de los clientes. El rugir de mi estómago me indica que tengo que desayunar. Como tengo tiempo, tomo asiento en la terraza de una cafetería, pido un té y media tostada. Desayuno tranquilamente mientras miro a mi alrededor buscando al rubio borde pero no le encuentro. Eso me entristece, me hubiese gustado verle una vez más. *¡¿Estás loca?!*

Ya en la salida del aeropuerto, busco el coche que me llevará hasta mi destino de vacaciones. No tardo en identificarlo, hay un chico joven, vestido con pantalones oscuros y camisa blanca, sosteniendo un cartel con el nombre del hotel. Está apoyado en un monovolumen gris oscuro. Me acerco a él y me sonríe amablemente. Es muy joven, alto, algo fibroso, moreno y con unos ojos grandes y negros que me miran divertidos.

—¿Me permite su maleta? —Yo se la acerco y la guarda en el maletero—. Súbase y póngase cómoda.

Subo detrás, el chico cierra el portón, se acomoda en el asiento del conductor y arranca. Al parecer soy la única persona que utilizará el coche que te ofrece el hotel. Me siento un poco cohibida

pero el chico me da conversación y enseguida se me pasa. Me quedo maravillada por la belleza de la isla, nunca había estado en Canarias. Lo que más me llama la atención es el Parque Natural de Corralejo, parece un desierto con todas esas dunas y esa arena tan blanca. Nos desviamos para coger el camino que lleva hacia el hotel y me quedo fascinada en cuanto lo veo alzándose ante nosotros, está construido con estilo neomudéjar, de ladrillo visto y está rodeado de palmeras y, como fondo, como si pareciese un cuadro, tiene el océano de color azul turquesa. Parece un oasis, es impresionante.

Hemos tardado unos cuarenta minutos en llegar. El chico me ayuda a bajar del coche y me entrega la maleta. Nos despedimos y me adentro en el gran hotel.

Atravieso las puertas de cristal y mi boca cae al suelo. Me recibe una sala circular toda de mármol en tonos beige y marrón. Miro hacia arriba y descubro que el techo de la gran recepción lo corona una cúpula por la que entra luz del exterior, está rodeada de columnas en su base. Ando un poco hacia delante, admirando el techo, distraída. No me doy cuenta de que, justo debajo de la cúpula, hay una fuente decorada con nenúfares y me doy de bruces contra ella. Toco mi rodilla con gesto de dolor. Miro hacia todos lados roja como un tomate por si alguien me ha visto. En ese instante, mi mirada nerviosa se cruza con una mirada fría de ojos azules, ¡joder!, es el guiri que me mira divertido desde el mostrador de recepción.

¿Es que voy a encontrármelo en todos sitios? Decido ignorarle y camino hacia él sin mirarle. Llego hasta el mostrador y me sitúo en la otra punta del mostrador. Me atiende una chica con una gran sonrisa que me da la bienvenida y me pide el carné de identidad. Se lo tiendo y, mientras busca mi reserva, miro de reojo al inglés que recoge su maleta para marcharse.

—Disfrute de su estancia, señor Smith—le desea una embobada recepcionista.

Él se da la vuelta sin ni siquiera darle las gracias. ¡Será borde el tío!

—¿Señorita Romero? —La recepcionista me mira impaciente.

—Sí... perdone... —Pensará que soy tonta.

—Le decía, que su habitación es la 214, aquí tiene su llave y su carné. Si quiere disfrutar de alguna sesión de Spa o alguna otra cosa, no tiene más que ponerse en contacto con nosotros. Los restaurantes los tiene justo por aquél pasillo de en frente. Como ya sabe, todo está incluido en la reserva que nos hizo excepto los de uso exclusivo. Disfrute de su estancia en Atlantis. —Me sonrío.

Le devuelvo la sonrisa y pienso que todo esto me va a costar una pasta. Yo mato a Verónica, ¡es un cinco estrellas!

—Muchas gracias, muy amable —me despido resignada al comprobar que ya no hay vuelta atrás y me dirijo hacia los ascensores que, según me indica la chica, están en un pasillo a la derecha, pasando la recepción.

Doblo la esquina y allí está, de nuevo, el inglés parado frente a los ascensores. ¿Me habrá esperado? Se escucha la señal de un ascensor y me detengo antes de continuar porque no quiero ir en el mismo que él. Pero cuál es mi sorpresa, cuando el guiri entra y sujeta las puertas. *Claro que te ha esperado, tonta, si no te quita el ojo de encima.* Dudo si entrar o esperar al siguiente.

—¿Va a entrar de una vez? —Asoma su cabeza y me mira serio.

Yo asiento como una boba y entro sin rozarle.

—Gracias —susurro en voz baja situándome en la esquina contraria, lo más alejada posible de él.

—¿Planta? —pregunta impaciente.

—La... segunda. —Carraspeo para que no se note que me pone nerviosa.

Él sonrío de medio lado y pulsa el dos, nada más. ¡No, por favor! Rezo para que no esté en la misma planta que yo. Durante el trayecto no deja de mirarme y yo, nerviosa, miro hacia todos lados menos a él. La atmósfera parece que se vuelve densa, yo respiro con dificultad y me abanico con los papeles que llevo en la mano. Lo miro de reajo y veo que aparece otra vez ese amago de sonrisa. Seguro que está acostumbrado a este tipo de reacciones en las mujeres. Soy estúpida. El pitido del ascensor anuncia que llegamos a la segunda planta, se aparta para que yo salga primero y suspiro de alivio.

—Adiós —murmuro al salir y busco desesperada mi habitación.

Escucho sus pasos detrás de mí. Acelero el paso. Localizo la habitación, ¡bien! y la abro lo más rápido posible para meterme en ella. Antes de cerrar la puerta, lo miro y veo que está sonriendo y moviendo la cabeza. Se está divirtiendo a mi costa. Cierro la puerta con un golpe seco y me apoyo en ella para tranquilizarme. ¿Por qué me altera tanto ese hombre?

Cuando se regula mi corazón, abro los ojos y admiro la habitación. Es preciosa. A mi izquierda está el baño, tiene bañera y ducha, alicatado beige y acabados de lujo. Me adentro más en ella, está decorada en tonos claros. En el medio de la estancia se encuentra una cama *King Size* con una colcha con motivos de hojas, en tonos beige y marrón. En la pared de enfrente hay un armario empotrado en el que dejo mi maleta y mi mochila.

La habitación tiene dos partes divididas por un decorado de hierro forjado. En una está la cama y

el resto de la habitación, en la otra, y antes de la terraza, hay dos sillones y una mesita. En la mesita han dejado un cesto de mimbre con fruta fresca, un regalo de bienvenida. Miro hacia la terraza, abro la puerta corredera y salgo al exterior. La brisa marina me golpea la cara. Inspiro con los ojos cerrados para captar el olor a mar. Me encanta. Abro los ojos y me encuentro con otros dos sillones, aunque éstos son de mimbre, y otra mesita para disfrutar de las vistas al océano. Es como un sueño. Lamento estar soltera, esto se disfrutaría más en pareja. Aparto ese pensamiento, he venido a divertirme no a estar triste.

Me asomo un poco y me encuentro con la playa privada del hotel. Es una arena blanca que contrasta con el azul turquesa del agua. Está salpicada por sombrillas y tumbonas. Hay unas cuantas parejas ya abajo y disfrutando del sol. Eso me anima a bajar. Miro a un lado y a otro del balcón y observo que estoy rodeada por el resto de las habitaciones del hotel. La mía está en un extremo que hace como una curva, dos habitaciones más a mi derecha puedo ver una gran terraza y el interior de una que es, por lo menos, tres veces más grande que la mía. Supongo que es una suite. Veo el movimiento de un camarero a través de los cristales. Será alguien muy importante.

Me adentro otra vez en la habitación y cojo el móvil de mi mochila para llamar a Verónica. Mientras tecleo en la pantalla, me acomodo en uno de los sillones que hay en la terraza. Le doy las gracias por haberme reservado aquí mis vacaciones y le echo la bronca del siglo por no avisarme de cuánto dinero me va a costar todo esto.

—Marina, disfrútalo, te lo mereces, no pienses en el dinero, puedes permitirte esta vez —me dice con su voz melosa y yo no puedo evitar perdonarla.

A continuación le describo todo con pelos y señales. Omito el encuentro con el inglés y no sé por qué. Nos despedimos y decido llamar a mi padre.

—Hola pequeña, ¿has llegado ya? —contesta cariñosamente—, ¿cómo te ha ido en el avión? —pregunta sabiendo mi problemilla con esas máquinas infernales.

—Sí, papá. Ha ido todo bien, se sentó un hombre mayor a mi lado y me tuvo entretenida todo el viaje.

—Me alegro, princesa. Disfruta de tus vacaciones, te las mereces. —A mi padre le afectó mucho mi divorcio, apreciaba a Juan y se llevó un gran desengaño con él—. No hace falta que me llames todos los días, pero da señales de vida de vez en cuando. Un beso, pásalo bien. —No le gusta hablar por teléfono y se despide rápido.

—De acuerdo, adiós, papá. —Cuelgo y suspiro. Al final he acabado como él, divorciada.

Mis padres se divorciaron cuando yo tenía veinte años. Mi madre le había sido infiel durante muchos años y decidió contárselo. Pobre papá, la quería con locura. Yo estuve muy enfadada con ella durante mucho tiempo aunque ahora estamos en tregua. De vez en cuando me llama para saber de mí pero creo que es más por el qué dirán que porque de verdad se interese por su única hija.

De pronto, me siento observada. Miro hacia la gran terraza de la suite y ahí está. ¡Dios! Es el guiri. Lleva el torso desnudo y está apoyado en la barandilla de la terraza observándome, ¿cuánto tiempo lleva ahí? Lo miro, a pesar de la distancia que nos separa, puedo distinguir el color de sus ojos. Me tienen hechizada. Aparto mis ojos y me levanto de golpe del sillón, no quiero que piense que tengo algún interés en él. Me adentro otra vez en la habitación, nerviosa. ¡Basta! Voy a pasármelo bien y nadie me va a fastidiar estas vacaciones y menos, un inglés borde. Me digo a mí misma para animarme. Decido ducharme antes de ponerme el biquini.

¹*Guiri: Expresión coloquial para denominar a una persona extranjera.*

²*Borde: Tosco, torpe, desagradable de trato.*

¡Qué bien se está aquí! Estoy degustando una piña colada que me ha traído el guapo camarero que se encarga de la zona de la playa. Esto también está incluido. ¿No debería de llevar una pulserita para eso? Seguramente, al ser de lujo, no hará falta... ¡Qué cateta soy!

Intento disfrutar del sol un poco más pero me remuevo en la tumbona, estoy empezando a tener calor así que me levanto y voy derecha al agua. Por el camino, me fijo en que algunos chicos me miran. Los cinco kilos que he perdido estos meses se notan y, a pesar de tener una talla 44, creo que estoy muy bien. Además, voy estrenando un bonito bikini de color azulón que se adapta totalmente a mi cuerpo. Sonrío coqueta mientras me adentro en la playa y suspiro de placer. El agua alivia mi calor. Nado un poco pero no demasiado, no me gusta adentrarme mucho en el mar. Me detengo y observo el agua color turquesa y mis pies. Se ve todo cristalino. Me quedo quieta para admirar un banco de peces de colores que acaba de pasar por mi lado. Es maravilloso.

Mientras me relajo en el agua, giro mi vista hacia la orilla, la playa está llena de los huéspedes del hotel, solteros, parejas y matrimonios con niños. Me fijo en unos niños que están jugando a tirarse arena divertidos cuando, uno de los pequeños falla la puntería y le da sin querer a una chica que está pasando junto a ellos cuando sale del agua. Tiene que ser una remilgada de cuidado porque ha puesto cara de asco, se examina la cabeza y se pone histérica al comprobar que le ha caído arena mojada en su pelo, teñido de rubio, totalmente seco y perfectamente peinado de peluquería. Suelto una carcajada sin querer.

—¿Te gusta reírte del mal ajeno? —me susurra un hombre al oído. Me sobresalto, no me había dado cuenta de su presencia. Giro la cabeza con una sonrisa nerviosa que se me borra de la cara cuando veo quién es el dueño de esa voz—. No te asustes, no muerdo, bueno... a veces, sí —dice con una mirada pícaro.

—Y usted parece que no tiene ni pizca de educación. —Vuelvo la cara y me alejo dispuesta a salir del agua cuando siento que me agarra del brazo y me acerca a él.

—Te pongo nerviosa —afirma susurrándome en el oído—, lo noté desde la primera vez que te vi.

No voy a responderle, lo miro con los ojos entrecerrados y le vuelvo la cara. Quiero salir de ahí ya pero el guiri no me suelta así que, sin pensar, levanto la pierna hacia atrás y le doy un golpe en sus partes. Él se dobla por la cintura y gime de dolor, momento en el que libera mi brazo y aprovecho para escabullirme.

—Creído —digo antes de salir rápidamente del agua y volver con paso ligero a mi tumbona.

Cuando llego, miro en su dirección y veo que el inglés sale del agua y se dirige hacia mí con cara de pocos amigos. Creo que está muy enfadado y eso hace que esté más sexy aún. Me bebo el resto de mi piña colada de un trago dudando si lo espero o no. En su camino, le intercepta la rubia remilgada de antes.

—¡*Pauly!* —grita histérica con su voz de pito—, ¡mira lo que me han hecho esos enanos! —Le enseña su pelo lleno de arena.

¿Le ha llamado *Pauly*? ¿Qué clase de nombre es ese? Supongo que se llamará Paul, al ser inglés... Así que la rubia está con él, y el muy descarado me estaba tirando los tejos en el agua... me enfado y lo miro con el ceño fruncido.

—¡Pues báñate, Silvia! ¡Joder! —le gruñe a la rubia sin dejar de mirarme furioso.

Yo aprovecho su interrupción para recoger mis cosas e irme de la playa. No quiero que me hable. Si tiene pareja, ¿qué hace ligando conmigo?

Voy hacia la ducha que está situada detrás de las sombrillas cercanas al hotel para enjuagarme el resto de sal que me ha quedado en el cuerpo después del baño. Mientras me seco con la toalla, miro otra vez al inglés. Está discutiendo con su peculiar compañera. Él sigue buscándome con la mirada. Cuando me encuentra, tiene la intención de seguirme pero, por suerte, la chica lo retiene. Creo que ella ni se ha dado cuenta de que sólo me presta atención a mí. No puedo evitar lo cómico de la situación y me río de ellos. Me coloco el pareo a modo de vestido y vuelvo al hotel no sin antes mirar la cara de cabreo de él.

Al entrar en el hotel, me suenan las tripas. La piña colada me ha abierto el apetito y tengo un hambre atroz. Voy hacia la zona de los restaurantes en la que tengo que decidir entre los tres que están disponibles sin reserva y entran dentro del precio. Ya tendré tiempo de darme el capricho otro día. Reviso sus cartas y opto por comer en *Las Columnas* que se dedica a la comida española.

Me siento en una mesa para dos que hay junto a uno de los grandes ventanales que tiene el restaurante y que muestra una amplia vista al mar. Mientras admiro la inmensidad del agua, un joven y guapo camarero se acerca.

—¡Bienvenida a *Las Columnas*, señorita! Mi nombre es Raúl y seré su camarero hoy —se presenta con una gran sonrisa y me tiende la carta.

Me fijo en él con disimulo. Alto, delgado y musculoso. Está bronceado y tiene acento argentino.

—Gracias, Raúl. Llámame Marina y tutéame, por favor —le respondo con otra sonrisa.

—Encantado, Marina, ¿esperas a alguien más? —pregunta amablemente.

—No, estoy sola —respondo un poco avergonzada.

—Es el protocolo que tengo que seguir con la clientela —susurra a modo de disculpa al ver mi cara—. ¿Qué te apetece beber?

—Me apetece una copa de tinto. —Estoy de vacaciones y no me voy a privar de casi nada.

—Ok, *éste*... te recomiendo el vino de la casa —dice apuntando en su terminal electrónico.

Asiento con la cabeza e inmediatamente me recita la recomendación del día: tortilla de patatas y paella. Me declino por una ensalada variada y la tortilla.

Se marcha para volver a los cinco minutos con mi copa de vino que acompaña con unas aceitunas como aperitivo. Doy un sorbo a mi copa y relamo los labios, gustosa, saboreando el delicioso vino. Cierro los ojos para deleitarme con su sabor pero enseguida los abro al escuchar una voz chillona de mujer. ¡Uf! ¡Qué no sea ella! Giro mi cabeza hacia su dirección y allí los veo. La rubia y el borde. Les doy la espalda con rapidez, rezando en mi interior para que el guiri no me vea mientras los espío por el reflejo del ventanal.

Están hablando con Raúl, que les acompaña a una mesa. ¡No! ¡Mierda! El guiri se ha dado cuenta de que estoy allí y cruza su mirada de ojos azules con la mía a través del cristal. El camarero los iba a colocar en una mesa más alejada pero el borde le indica que les gusta más la mesa que está justo frente a la mía. ¿Es que no me va a dejar en paz? La rubia se sienta de cara frente a mí y yo suspiro de alivio, ¡menos mal!, por lo menos me dará la espalda.

—Silvia —le dice con amabilidad su acompañante—, deberías de sentarte allí, así disfrutarás mejor de las vistas —dice al tiempo que señala la otra silla.

¿La va a hacer levantarse? Para mi desgracia, ella accede con una sonrisa de tonta, ¿no se da cuenta? Él le retira la silla caballerosamente para que se siente, gira su cabeza y me mira sin expresión en su rostro. Yo carraspeo y cojo mi copa de vino para darle un buen sorbo. Lo miro de reojo con disimulo. No me quita los ojos de encima cuando toma asiento.

Raúl aparece y les toma nota de todo. El guiri, con una tranquilidad pasmosa, pide la bebida y la comida de los dos sin darle opción a su acompañante de elegir. Pongo los ojos en blanco, ¡será mandón! Parece que me ha leído el pensamiento porque enarca una ceja como si leyera mi mente, o eso me parece a mí. Yo le respondo de igual manera y en su mirada veo enfado. Me da igual, ese

creído no me va a amilanar.

Pasan unos minutos en los que Silvia no para de hablar y hablar de sus amigas y de sus vestidos. No sé cómo la aguanta, la verdad. Él le responde de vez en cuando y ella se ríe como una hiena.

—¡*Pauly*! Pero qué gracioso eres —contesta ella en una de las ocasiones.

—Te he dicho mil veces que no me llames *Pauly*, ¡me llamo Paul! —le dice entre dientes y yo tengo que mirar hacia otro lado para no reírme. Es tonta de remate.

Al ver mi cara, *Pauly* parece que se enfada conmigo, otra vez. En ese instante, entra en escena Raúl y me sirve la ensalada con esa gran sonrisa y me guiña un ojo. Eso y la mirada del rubio con mala leche, hace que me envalentone y le devuelva el guiño con una encantadora sonrisa.

—Raúl —lo llamo antes de que se vaya—, ¿te importa traerme otra copita? —Levanto mi copa casi vacía para mostrársela.

—Lo que tú mandes, linda —responde con otro guiño.

Sonrío sonrojándome y miro en dirección del guiri. Está molesto por mi provocación, lo sé porque se le mueven las aletas de la nariz al respirar. Satisfecha conmigo misma comienzo a aliñar mi ensalada.

Durante toda la comida, no deja de mirarme, desafiándome. Yo, dispuesta a pasarlo lo mejor posible, intento ignorarle, aunque sin mucho éxito. Esos ojos azules hacen que sienta escalofríos en mi columna vertebral.

—¿Te ha gustado la comida, Marina? —pregunta Raúl cuando estoy terminando de tomar una porción de tarta de queso casera como postre.

—Deliciosa —respondo metiéndome la cuchara en la boca de manera sensual.

Escucho un carraspeo desde la otra mesa, lo ignoro. Raúl sonrío y se agacha junto a mí.

—Marina, siento decirte que soy gay. —Intento no atragantarme con la tarta de queso, ¡vaya confesión!—. Pero voy a hacerte un favor, ¿quieres que el rubio sienta más celos aún? —pregunta en mi oído y yo no entiendo nada—. Os he estado observando y veo que hay mucha tensión sexual entre ustedes, linda.

Lo miro con los ojos como platos. ¿Tensión sexual? ¿Pero qué...?

—Disimula, Marina. Ríete ahora y mira su cara —susurra divertido. Le hago caso, suelto una

carcajada y miro hacia el guiri. Éste se remueve inquieto en la silla. Ha funcionado.

El camarero se vuelve a levantar, sonrío y se marcha. ¡Gay! Qué desilusión me he llevado, para una vez que intento ligar con alguien. Veo movimiento frente a mí. Silvia ha desaparecido, ¿dónde se ha metido? Miro a Paul. Mantenemos la mirada por un momento, cuando, de pronto, se levanta, se acerca a mi mesa y apoya sus manos en ella mostrándome sus musculosos brazos. Le observo intentando disimular mi respiración alterada. Lleva una camiseta gris de manga corta que se le pega al cuerpo.

—Me debes una disculpa —espeto molesto.

Enseguida me reactivo.

—El que se debería disculpar, precisamente, es usted. —Le miro con los ojos entrecerrados—. ¿No le da vergüenza ligar conmigo estando su novia aquí?

—Silvia no es mi novia —responde con una carcajada.

—¿No? —pregunto incrédula.

—No, Silvia es... una amiga —dice enarcando una ceja divertido.

Me quedo con la boca abierta.

—Aunque sea un rollo, no está bien que me tire los tejos prácticamente en su cara —contesto furiosa y aún no sé por qué le sigo hablando de usted.

Cuando va a contestar, hace acto de presencia la rubia.

—Pauly, ¿qué ocurre? —pregunta al vernos.

—¡Nada! ¡Y llámame Paul! —le grita asustándonos a las dos.

Como un resorte, salto de la silla para marcharme. No tengo por qué aguantar los malos modos de este tío. Recojo mi bolso de la playa y, cuando voy a pasar por su lado, me agarra del brazo.

—Todavía no hemos terminado tú y yo —dice enfadado.

—Yo creo que sí. —Pego un tirón y me marcho dejándolo con la rubia que lo acribilla a preguntas.

Por el camino hacia la salida del restaurante, veo a Raúl que está en un lado de la barra y me despido con la mano de él, que me responde del mismo modo.

Subo a mi habitación indignada. ¡Será creído y sinvergüenza! Estoy demasiado nerviosa para

echarme un poco y descansar, ¿qué hago? Doy vueltas por la habitación hasta que recuerdo que la recepcionista me dijo que podía utilizar el Spa. No hay mejor manera de relajarse. Me pongo unos vaqueros cortitos y una camiseta sencilla de tirantes para bajar.

Hablo con recepción y ellos me indican el camino hacia el Spa. Entro a las taquillas para cambiarme, el hotel nos proporciona las toallas y el albornoz. Entro en la piscina acompañada por la recepcionista y me quedo alucinada, es impresionante. Cristina, que así se llama la amable chica, me explica lo que hay en todas las instalaciones.

—Podrá disfrutar de un amplio circuito Spa con chorros a presión, camas acuáticas de masaje, asientos con hidrojets, cuellos de cisne, un potente jacuzzi dentro de la piscina dinámica... —recita el discurso que le soltará a todo cliente nuevo que entra. También me explica que si quiero disfrutar de alguno de los masajes que ofrecen, tengo que pagarlos aparte.

Le doy las gracias y me dispongo a relajarme en la piscina. Elijo una tumbona, que están situadas frente a un gran ventanal que tiene vistas al mar y a las islas de Lobos y Lanzarote, para dejar el albornoz y la toalla. Me quedo un momento admirando el horizonte. La vista es impresionante. Suspiro triste. En mi vida habría imaginado que estaría hoy aquí, en estas vacaciones de lujo y sola. Eso me entristece. Unas voces susurrando interrumpen mis pensamientos. Es una pareja haciéndose carantoñas en el jacuzzi. Parecen recién casados.

Me dan la espalda así que los puedo espiar un poco sin que se den cuenta. Él la besa con amor y ella cierra sus ojos suspirando. No puedo evitar acordarme de esa sensación. Sin darme cuenta, cae una lágrima por mi mejilla. La seco con la mano rápidamente, no voy a permitirme el pensar en mi ex ni un segundo más. De pronto, noto como si me observaran. Giro la cabeza y ahí está. Es Paul y está solo. Me mira serio pero no parece enfadado. ¿Me habrá visto llorar? Decido ignorarle, no me apetece discutir.

Me adentro en la piscina. Al entrar en el agua, de mi garganta sale un suspiro de gusto, el agua está calentita y eso me reconforta. Comienzo con el circuito de chorros por el orden en el que me ha indicado la recepcionista. Durante todo el tiempo que estoy en la gran piscina, Paul se queda a una distancia prudencial aunque no deja de mirarme en todo momento. Yo sigo ignorándole a pesar de que me sigue de cerca.

Continúo con el recorrido que me va relajando por momentos. No puedo evitar volver a pensar en mi vida de casada. Era muy feliz viviendo en la ignorancia. Jamás sospeché que Juan me engañaba. Recuerdo el día que me pidió matrimonio como si fuese ayer, no fue muy romántico pero a mí me hizo mucha ilusión. «—Llevamos más de diez años de relación y ya es hora de avanzar... ¿nos

casamos? —me lo pidió en nuestro restaurante de comida china favorito». Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Me dirijo rápidamente hacia una cascada para mojarme la cara. En mi camino, Paul no me quita la vista de encima. Me quedo debajo de la cascada unos minutos, hasta que me tranquilizo. Salgo y el guiri no está, se habrá aburrido de ver mi compungida cara.

Cuando termino todo el recorrido, decido meterme en la sauna. Cojo mi toalla y me la anudo en la cadera. Abro la puerta acristalada y empañada por la humedad y, cuál es mi sorpresa, cuando me topo con un torso musculoso y sudado.

—¡Perdón! —exclamo al chocarme y apoyo sin querer mis manos en ese impresionante cuerpo. Su tacto es suave.

Espero a que se aparte pero no se mueve, sólo veo su pecho que sube y baja nervioso. Alzo la vista y me encuentro con unos ojos azules que ya me son familiares. En seguida bajo mis manos avergonzada e intento abrirme paso para entrar pero él agarra mis muñecas con firmeza.

—Disculpas aceptadas —dice Paul con voz ronca.

—Suéltame —digo mirando hacia otra parte que no sean ni sus ojos ni su perfecto cuerpo.

—Mírame —ordena con sensualidad.

No quiero mirarle.

—Mírame, Marina —repite alargando las sílabas de mi nombre de manera sensual.

¿Cómo sabe mi nombre? Su voz y su tono hacen que algo se active dentro de mí. Este hombre rezuma sexo por todos los poros de su cuerpo. Sin saber cómo, mi cabeza le obedece y gira hasta que me cruzo con su mirada. Él suelta una bocanada de aire, como si hubiese dejado de respirar al esperar mi reacción.

—Tienes unos ojos preciosos —dice con la misma voz ronca de antes.

Siento un calor que me recorre el vientre y va hacia abajo. Mantiene su mirada fija en la mía y yo me pierdo en sus ojos. Es como si una corriente me atravesara. Sin soltarme, se agacha con la intención de besarme y yo, voy a dejarle. Siento su cálido aliento en mi boca. Cierro mis ojos cuando noto el roce de sus labios.

—Ejem... —alguien carraspea detrás de mí. Es la pareja de antes que intenta entrar en la sauna.

Reaccionamos con rapidez, él libera mis manos y nos deja pasar a todos. Yo voy veloz hacia el poyete que hay alrededor de la estancia y Paul parece que titubea en la entrada de la sauna.

Finalmente, resopla y se marcha sin mirarme.

Hemos estado a punto de besarnos. Cierro los ojos y me imagino esos labios tentadores sobre los míos, apretándome y buscando la entrada a mi boca para explorarla. Abro los ojos nerviosa al notar que me estoy humedeciendo. Miro a la pareja de recién casados. Están metiéndose mano y no les importa que yo esté ahí. ¡Lo que me faltaba para terminar de ponerme a cien! Me levanto y salgo corriendo de allí.

Subo a mi habitación acalorada. En cuanto estoy dentro, salto sobre la cama, necesito calmarme. No puedo quitarme de la cabeza el tacto de ese pecho fuerte y suave. Mi corazón se acelera. Imagino otra vez esos labios sobre mi cuerpo y eso hace que mis pezones se ericen. Bajo mi mano y la introduzco en mis pantalones, buscando mis pliegues. Aparto la braga del biquini y comienzo a masajear mi clítoris. Un gemido escapa de mi garganta. Cierro los ojos e imagino que es la mano del rubio la que me toca. Estoy muy húmeda. Acelero mis caricias y me arqueo en la cama. Ahora él está encima de mí, con ese cuerpo duro y musculoso... Mmm... Jadeo. Con esa voz ronca me ordena que me corra... ¡Sí! Alcanzo el orgasmo dando un pequeño grito. Abro los ojos. ¡Vaya! Ha sido rápido pero intenso. Sonrío.

Feliz, giro mi cabeza hacia el balcón de la habitación. Las cortinas están descorridas dejándome admirar la inmensidad del océano que tengo ante mis ojos. Un movimiento llama mi atención por el rabillo del ojo y me sobresalto. Me incorporo un poco en la cama, miro hacia la gran suite y a la persona que está en el balcón mirando en mi dirección. Me levanto de un salto y corro las cortinas. ¿Me habrá visto?

Abro un poco las cortinas y miro disimuladamente. Paul sigue mirando hacia mi balcón, medio sonrío y se adentra en su suite. ¡Mierda! Seguro que me ha visto. ¿Qué hago? ¿Vendrá hacia aquí? Doy vueltas como una loca por toda la habitación. Seguro que son imaginaciones mías... En ese instante, tocan en mi puerta. Yo me quedo totalmente quieta. Si no hago ruido, lo mismo se marcha pensando que no estoy... Llaman otra vez. No muevo ni las pestañas.

—¿Señorita? —dice una voz desconocida para mí.

Dudo en si responder o no.

—¿Señorita Romero? —insiste.

Avanzo hacia la puerta y la abro lentamente. Ante mí hay un hombre de mediana edad vestido de uniforme. Creo que es una especie de mayordomo. Al verme, sonrío.

—Esta nota es para usted. —Me tiende un sobre con amabilidad.

—Gra... gracias —tartamudeo y extendiendo la mano.

Al entregarme el sobre, me saluda con un gesto de cabeza y se marcha. Cierro la puerta y me siento en la cama debatiendo en si leer la nota o no. Imagino de quién puede ser. Finalmente, respiro hondo y abro el sobre.

«Si quieres que te ayude con lo que estabas haciendo antes en la cama, solo tienes que abrir las cortinas y en cinco minutos, me tendrás allí para satisfacerte».

Me he quedado con la boca abierta tras leer la nota que el mayordomo del inglés me ha traído. ¡Será descarado! ¿Tan fácil piensa que soy? Me siento avergonzada por haber tenido el descuido de darme placer con las cortinas descorridas pero él ha tenido el descaro de estar mirándome mientras lo hacía. Voy a entrar en erupción.

¡Me va a oír! Me levanto decidida a ir a cantarle las cuarenta al creído ese. Cuando estoy agarrando el pomo de la puerta, me freno. ¿Y si piensa que he ido hasta allí con otras intenciones? Respiro hondo para tranquilizarme. Lo mejor será que le ignore. Así no daré pie a nada.

Miro el reloj. Son las seis de la tarde. Caigo en la cuenta de que tengo que empezar a arreglarme. Esta noche hacen una fiesta en el hotel para darnos la bienvenida a los nuevos huéspedes. Voy directa hacia la ducha y así bajaré mis humos.

Acabo de salir de la ducha, estoy frente a la cama en ropa interior, su superficie está llena de ropa y me entran ganas de llorar. No sé qué ponerme. Llevo tanto tiempo sin ir a ninguna fiesta que estoy un poco perdida. Al final, y después de probarme toda la ropa de la maleta, opto por un sencillo vestido de algodón estampado y tonos claros con un poco de vuelo. Me calzo unas cuñas de esparto negras, me maquillo un poco y dejo mi pelo suelto. Antes de salir de la habitación, me admiro en el espejo. Estoy genial. Sonrío y salgo de mi habitación dispuesta a pasar una gran noche y olvidarme del pequeño incidente de antes.

Nos convocan a todos en un gran salón en el que vamos a disfrutar de un catering y una fiesta. Hay bastante gente, la mayoría en pareja. Disfruto comiendo canapés variados y probando el vino que me ofrecen los amables camareros.

—¡Marina! —Veo caminando hacia mí a Raúl, el camarero de Las Columnas que me atendió a mediodía.

—Hola, Raúl —le saludo tímida y, ante mi asombro, se acerca, me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Perdona —dice al ver mi cara—, es que desde que te vi entrar en el restaurante, supe que íbamos a congeniar. Ven que te presente a los demás. —Me agarra de la mano y tira de mí para acercarme a un grupo de chicos que hay a un lado del salón.

Me presenta y todos me saludan efusivamente, elogian mi vestido y mi pelo... ¡vaya! Son todos gays. Me deprimó un poco pero enseguida se me pasa porque son muy simpáticos y divertidos. Me

cuentan que todos trabajan en el hotel, Román es barman, Carlos es el camarero que se encarga de las tumbonas de la playa y Miguel es el socorrista de la piscina, ellos llevan ya unos años trabajando allí en vacaciones a excepción de Raúl, que se incorporó este año, aunque dice que se ha adaptado perfectamente. Los tres son guapísimos, al igual que Raúl, se nota que se cuidan. La verdad que es un gusto estar con unos chicos tan guapos y divertidos, todas las solteras me miran con cierta envidia, pobrecitas, ¡si supieran!

Al cabo de una hora de risas, aparecen algunos empleados para retirar el catering y adecuar el salón para la fiesta. Empieza a sonar música. De pronto, salen a la pista unos animadores para sacar a la gente a bailar salsa. Todo el mundo se ríe de algunos muy patosos. Entonces, noto su presencia.

Paul acaba de llegar y parece estar buscando a alguien. Todas las mujeres se vuelven para darle un repaso. No es solo atractivo, además tiene porte y camina de forma sensual. Recorre la estancia con su mirada hasta que la cruza con la mía. Me mira y yo me quedo paralizada. ¿Me estaba buscando a mí? Sin dejar de mirarme, comienza a caminar en mi dirección. Está muy sexy con unos vaqueros y una camisa negra remangada.

Por el camino, es interceptado por su amiguita rubia. A él no le hace gracia pero después de insistirle, acepta tomarse una copa con ella. Se apartan a un lado pero él se coloca en un lugar estratégico para no perderme de vista. Yo le vuelvo la cara, ¿qué pretende? Si está con ella, no pienso tener nada con él, por mucho que me atraiga. Además, después de lo de esta tarde no pienso dirigirle la palabra.

—El rubio no te quita ojo —dice Raúl.

—Ya lo sé, pero está con ella, así que no me interesa —digo intentando sonar convincente.

—Ya. —Se ríe—. ¿Quieres bailar? —Tiende su mano hacia mí.

—No sé bai... —Antes de que pueda protestar, tira de mí y me lleva hasta la pista.

En cuanto pisamos el centro, me agarra firmemente de la cintura y me aprieta contra él. Yo suspiro debido a la sorpresa. Entonces, Raúl empieza a contonear sus caderas y a moverme a su ritmo.

—Yo te guío linda, déjate llevar —susurra en mi oído. Qué pena que sea gay.

Me dejo llevar y, entusiasmada, veo que le puedo seguir el ritmo. Muevo mis caderas al son de la música y me encanta. Raúl lleva la batuta en todo momento, me aleja de él, me hace girar y vuelve a pegarme a su cuerpo. Es un gran bailarín.

—Mira a tu inglés. —Me separa otra vez de él y hace que mire hacia donde está Paul.

Está cabreado. Me observa con furia en su rostro y respira con dificultad. Eso hace que mi autoestima suba y me restriego de forma descarada por el cuerpo de mi pareja de baile.

—Linda, creo que a tu pretendiente le va a dar un infarto —se burla Raúl.

Miro otra vez a Paul y veo que tiene apretada la mandíbula. Lo he cabreado de verdad. Así aprenderá a no jugar con las mujeres.

Termina la canción y volvemos al grupo de amigos de Raúl. Me ofrecen una copa y brindamos por las vacaciones. Miro disimuladamente a Paul. Está discutiendo con Silvia, aunque él sólo me mira a mí. Ella se da cuenta de que la ignora, le llama la atención y se gira curiosa para saber el motivo de su distracción. En cuanto descubre que me está mirando a mí abre su boca, le dice algo a Paul y se marcha furiosa dejándolo allí solo, cosa que a él no parece importarle. Nos miramos otra vez. Se mueve otra vez decidido hacia mí. Yo me pongo nerviosa porque no quiero que se acerque. Entonces, algo pasa, se detiene y aprieta fuerte su mandíbula. En ese instante, noto cómo unas manos me agarran por la cintura desde detrás de mí.

—No se lo vamos a poner fácil, ¿no? —susurra en mi oído Raúl y aprieta sus labios sensualmente contra mi cuello.

Paul resopla, me mira furioso y se marcha del salón. Los demás se ríen y yo me siento un poco culpable por engañarle de esa manera. Aunque se lo tiene merecido, ¡por mirón!

—Ahora luchará por ti, si realmente está tan interesado. —Sonríe satisfecho Raúl.

Me río con él, la verdad es que el pobre guiri tenía una cara.

—Bueno nenas, yo os tengo que dejar, empiezo mi turno en el bar —se despide Román con cara de pena—. Marina, pásate por allí que te voy a preparar un cóctel especial.

—Sí, ahora mismo voy.

Me despido de los demás que se marchan pronto a dormir porque se levantan temprano al día siguiente.

—Gracias por esta noche, Raúl. —Nos abrazamos.

—De nada, linda. Ya sabes, si quieres poner a algún otro hombre celoso... —Me guiña un ojo, se agacha y me besa en la mejilla.

Dispuesta a seguir con mi primera noche de diversión, me encamino hacia el bar dejando la fiesta abarrotada todavía de gente. Cuando entro, veo a Román preparando la barra. Me ve y sonrío.

señalándome un taburete para que tome asiento.

—Hola de nuevo, preciosa.

—Hola.

Tomo asiento y charlamos animadamente mientras me prepara un cóctel. Román es de Madrid pero lleva unos cinco años trabajando aquí en los meses de verano. Me cuenta que en invierno aprovecha y viaja por todo el mundo. Le gusta conocer gente nueva e interesante. Le envidio, yo al único sitio que he viajado, aparte de estas vacaciones, ha sido a Cancún, en mi viaje de novios.

—Toma, prueba. —Pone una copa ante mí decorada con una sombrillita rosa.

Degusto el cóctel con un gemido. Está delicioso y le pego otro buen sorbo.

—¡Tranquila! Que no lo parece pero lleva bastante alcohol. —Se ríe.

Pasa una media hora y el bar comienza a llenarse de gente. Algunos chicos parecen interesados en mí pero no se acercan. Esperaba que alguno me invitase a una copa. ¡Ilusa! Con la de chicas guapísimas que hay por ahí, se van a fijar en mí.

—Marina —interrumpe Román mis pensamientos—, mira quién acaba de aparecer por la puerta.

—Me señala con la cabeza.

Miro con disimulo y veo que Paul se acerca hacia la barra. Me ha visto. Yo me remuevo en el taburete.

—Román, lo de siempre. —No sabía que conociese al camarero.

—Aquí tiene, señor Smith. —Le sirve un whisky solo con hielo.

Paul se sienta en un taburete que hay a mi izquierda y le da un buen trago a la bebida. Por suerte, está un poco alejado. Román me sirve otro cóctel y yo lo acepto con una sonrisa. Siento los ojos del guiri. Me observa serio. Me remuevo en mi asiento y carraspeo. Sabe que me pone nerviosa.

Por el rabillo del ojo lo veo levantarse y acercar el taburete hasta donde me encuentro yo. Me roza el brazo cuando se sienta y yo me estremezco. Me levanto para irme de su lado pero no puedo. Ha puesto un pie en mi taburete para que no pueda retirarlo y a mi derecha hay un hombre muy grande que no me deja salir. No tengo escapatoria. Lo miro furiosa y él me responde con una medio sonrisa. Resoplo y me siento de golpe en el taburete frustrada.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Él totalmente vuelto hacia mí y yo mirando al frente. De pronto noto su mano en mi espalda. Siento una descarga en toda mi columna vertebral. Se inclina

hacia delante y roza su nariz en mi oreja.

—Me pusiste a mil esta tarde —susurra en mi oído.

Eso lo he sentido hasta en el fondo de mi ser y me pongo roja como un tomate.

—No te avergüences, Marina —sigue susurrando—, sé que estabas pensando en mí. —Me muerde el lóbulo de la oreja.

—¡Basta! —exclamo excitada—. Es usted un sinvergüenza y un maleducado —le digo entre dientes mientras lo aparto de mi lado.

Se ríe y vuelve a acercarse a mí.

—Vamos, yo te atraigo, tú me atraes, ¿Qué hay de malo en eso? —Clava su mirada en mí.

—Que le quede claro que entre usted y yo, no va a haber nada, ¿entendido? —le suelto enfadada y vuelvo a mirar al frente.

—Eso, ya lo veremos —responde con voz ronca y no suena como una amenaza sino más bien como una promesa.

—¡*Pauly!* —la voz chillona de Silvia nos interrumpe y doy gracias al cielo por ello aunque en el fondo me moleste.

Se acerca hacia nosotros.

—¿Quién es esta? —pregunta al llegar a nuestra altura.

La miro con la ceja levantada porque no me ha gustado su tono y cuando voy a responderle, Paul se adelanta.

—Nadie que te interese, Silvia.

Ella lo mira indignada pero aún así no se marcha. Se coloca entre él y yo dándome la espalda. Paul resopla y se aparta un poco para dejarle sitio. ¡Qué situación más incómoda!

—¿Vienes a dar un paseo, *Pauly?* —pregunta con voz sensual la rubia.

Paul asoma la cabeza para ver mi reacción pero yo le vuelvo la cara.

—De acuerdo, no tengo nada mejor que hacer —dice en voz alta para que yo me entere.

¡Qué se habrá creído! ¿Acaso pensaba que iba a caer rendida a sus pies? Se marchan y yo los observo recordando las palabras de mi amiga. «Cariño, tienes que divertirte más y pensar menos». A

lo mejor tiene razón... Apoyo los codos en la barra y me tapo la cara avergonzada por todo esto. Román, que lo ha visto todo, se apiada de mí y me pone otro cóctel.

—Toma, creo que lo vas a necesitar —me dice con cara de circunstancias.

—Gracias —respondo con tristeza.

¿Cuántos llevo ya? Da igual, tiene razón, es lo que más necesito ahora mismo. Me sirve un par de cócteles más y creo que me estoy empezando a marear. He bebido demasiados, necesito que me dé el aire. Le digo adiós al guapo y simpático de Román. Me levanto del taburete y camino hacia la puerta intentando no tambalearme, creo que no lo consigo. Salgo por la parte trasera del bar y voy hacia la playa que está iluminada nada más que por las luces provenientes del hotel. Me quito las cuñas para sentir la arena fría en los pies.

¡Mmm, qué gusto!

Escucho unas risas. Hay varias parejas dirigiéndose a las tumbonas para tener algo más de intimidad, decido caminar hacia otro lado, lo que menos me apetece ahora es ver cómo se dan mimos.

Doy un paseo pegada a la orilla del mar, hace un poco de brisa y eso me reconforta, me encanta la sensación. Disfruto de la vista, es noche de luna llena y el agua está preciosa con su reflejo. Me quedo embobada mirando al infinito. Hace una temperatura estupenda para pasear por la playa a estas horas. No puedo evitar sentirme nostálgica.

Sigo caminando por la orilla y es cuando los escucho, son la rubia y Paul. ¡¿Será posible?! Están a varios metros por delante de mí. Me quedo dubitativa pensando si seguir o dar la vuelta para no toparme con ellos. ¡Qué leche! Yo puedo pasear por donde quiera, así que decido continuar con mi camino. De pronto se detienen, él señala hacia una barca que está encallada en la arena, ella niega con la cabeza pero él insiste arrastrándola hacia la barca, mira hacia todos lados y me ve, yo me detengo y giro para mirar hacia el agua, no quiero que crea que los estoy siguiendo. Cuando miro de nuevo en su dirección, ya no están, supongo que se han puesto detrás de la barca para meterse mano.

Avanzo de nuevo por la orilla con lentitud, haciendo dibujos en la arena mojada con mis pies descalzos. Pienso en si debería de haber aceptado la invitación de Paul, ahora mismo sería yo la que estuviese detrás de la barca metiéndome mano con él. *¿Estás loca? ¡Acabas de llegar! ¡Van a pensar que eres una fresca!* -grita mi subconsciente. Es muy atractivo, no me hubiese importado enrollarme con él si no fuese tan creído y arrogante. Conforme voy acercándome a la barca, escucho unos suspiros, levanto la vista y sé de dónde vienen. *¡No lo hagas!* -aparto a mi conciencia de un

manotazo, estoy harta de ella, por una vez, voy a hacer algo que está mal. Voy a espiar al guiri, él me ha visto esta tarde y ahora lo haré yo. Sé que me arrepentiré mañana pero el alcohol habla por mí.

Me acerco con sigilo a la barca y me asomo un poco por el lado contrario al que están y allí veo a Paul, de espaldas a mí. Se ha quitado la camisa, se ha bajado los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Contemplo su delicioso cuerpo, es delgado pero fibroso, espaldas anchas y cadera estrecha. No tiene ni un gramo de grasa, se tiene que machacar en el gimnasio. Se da la vuelta y me encuentro con su miembro erecto, ¡Dios! Es grande y grueso. Silvia, está totalmente desnuda y de espaldas a él, que se acerca por detrás, le manosea los pechos y la besa por el cuello. No puedo dejar de mirar, me está subiendo la temperatura. El guiri le dice algo al oído y ella niega con la cabeza.

—¡Agáchate! —le ordena alzando la voz.

No sé por qué pero esa orden me excita. Silvia se dobla por la cintura y agacha su torso hasta casi llegar con sus manos a la arena, abriendo todo lo que puede sus piernas y exponiéndose ante él. Debería de dejar de observarlos pero la curiosidad me mata; además, me estoy excitando por momentos.

El adonis rubio introduce un dedo en la vagina de la rubia y empieza a meterlo y sacarlo, ella jadea un poco. Le introduce dos y sigue con su tortura, ahora introduce un tercer dedo y acelera el ritmo. Ella está gimiendo y yo me estoy poniendo muy caliente. Paul se detiene, saca los dedos de su interior, coge un preservativo del bolsillo trasero de sus pantalones y se lo pone. Se coloca cerca de la entrada a su vagina y la penetra de una tacada emitiendo un gruñido, en ese mismo instante, meto una de mis manos por dentro del sujetador, mis pezones están duros. Pienso que ojalá me hiciese lo que le está haciendo a ella. Al principio va lento, supongo que para que se acostumbre a su tamaño. Al cabo de un minuto, la coge fuertemente de las caderas y acelera el ritmo tensando todos sus músculos. Ella grita de placer ¿o es de dolor? No lo distingo muy bien. Él acelera cada vez más sus embestidas y ella tiene que apoyarse con una mano en la barca si no quiere acabar con la cara estampada en la arena.

Me fijo en la cara de Paul, está en tensión. La maneja como quiere, es una muñeca de trapo entre sus manos. La está utilizando para su propio placer sin miramientos. Me acerco un poco más a la barca para apoyarme en ella y, sin querer, le doy un golpe con la rodilla. Levanto la vista para ver si me han oído y me quedo paralizada. Él está mirándome. ¡Mierda! Nos miramos a los ojos. No cambia su expresión, parece no importarle que los mire. Se agacha un poco hacia ella y le acaricia un pecho sin dejar de mirarme y sin dejar de penetrarla.

—Te gusta esto, ¿eh? —ella contesta que sí pero creo que me lo está diciendo a mí. Abro mi boca y dejo salir mi respiración entrecortada. Él no deja de mirarme mientras sigue embistiendo a la chica —. Tócate —ordena con voz ronca y yo, sin darme cuenta de que le obedezco, bajo una mano y la meto por dentro de mis bragas mientras que con la otra me sigo acariciando un pecho.

La chica también le obedece y se toca.

—Así, nena. —Jadeo sin dejar de mirarlo—. Buena chica, siéntelo. —Su voz ronca y sus ojos llenos de lujuria me tienen hipnotizada. Es como si la que estuviese bajo sus manos fuera yo. Hago circulitos sobre mi clitoris excitándolo—. Sigue así. —Gimo, ¡madre mía! Siento mucho calor, acelero el ritmo y muevo mis caderas al compás de sus embestidas— Así, preciosa. —¡Sí!— ¿Te gusta que te folle así? —pregunta y yo asiento como si de verdad me lo estuviera haciendo a mí. Estoy a punto de alcanzar el clímax y él lo nota— ¡Vamos! —exclama apremiándome. Jadeo— ¡Vamos, córrete preciosa! —ordena con voz firme y, como buena chica, le obedezco dejándome llevar. A los pocos segundos, y con una fuerte embestida que levanta del suelo a la rubia, él se derrama dentro de ella con un fuerte gruñido— ¡Sí! Lo has hecho muy bien —me dice con una sonrisa lasciva. Creo que ella no ha llegado al orgasmo.

Cuando mi respiración se regula, me quedo paralizada otra vez. ¿Qué acabo de hacer? Durante un momento nos miramos a los ojos. Entonces, como si alguien me hubiese pinchado en un pie, doy un salto y salgo corriendo de vuelta al hotel. No miro atrás, me puede la vergüenza.

Sin aliento, entro al bar de copas y me encierro en el baño. Me miro al espejo y veo el brillo en los ojos que me queda después de un orgasmo. ¿Cómo he podido hacer una cosa así? Lo peor de todo es que lo he disfrutado y por eso me avergüenzo más. Abro el grifo para refrescarme la cara. Me lavo las manos, las seco y vuelvo a mirarme en el espejo. Necesito otro cóctel, la borrachera que tenía se me ha pasado.

Me coloco la ropa bien y salgo del baño. Voy hacia la barra y le pido a Román otro cóctel.

—Cielo, has bebido ya muchos, ¿no crees? —dice enarcando una ceja.

—No te preocupes, se me ha pasado el mareo de antes.

Asiente no muy convencido y me sirve la copa. Algo llama su atención y se queda mirando hacia la playa asombrado. Giro mi taburete para mirar en esa dirección. Son Paul y Silvia. Están discutiendo. De repente, ella le da un bofetón y se marcha dejándolo allí solo.

—La típica pelea del hotel —dice divertido Román. Lo miro extrañada porque no sé qué quiere decir—. Todos los veranos igual, se conocen aquí, se van a la playa a echar un polvo, uno de los dos

no disfruta y acaban peleándose.

—¿Se han conocido aquí? —pregunto curiosa.

—Sí, claro. El señor Smith es asiduo al hotel y nunca trae pareja, las conoce aquí y, después de las vacaciones, si te he visto, no me acuerdo —me explica—, así que ten cuidado... creo que le gustas y, ahora que se ha peleado con la rubia... —me advierte.

—No me interesa para nada el tal Paul. —Intento parecer convincente pero no lo consigo—. Además, si me interesara, que no es el caso, ya soy mayorcita para saber lo que hago, ¿no crees? —le digo bruscamente.

—Tranquila, yo sólo te intento prevenir, pareces buena chica y él no es muy delicado con las mujeres, precisamente. —Parece que de verdad le preocupo un poco y me arrepiento de haber sido tan brusca.

—Gracias de todas formas. —Le sonrío un poco.

Hace un gesto con la mano para quitarle importancia y sigue haciendo sus cócteles. Le doy otro sorbo a mi copa, entonces, la piel del cuello se me eriza. Siento una respiración detrás de mí. Cierro los ojos, suplicando en mi interior para que no sea él.

—Hola, guapa —saluda el hombre que tengo detrás de mí.

Giro mi taburete para verlo mejor. Es moreno, alto y me mira con una gran sonrisa. La decepción inunda mi ser. Pensé que era Paul a pesar de que no quería verle.

—Hola —le respondo con otra sonrisa.

—¿Puedo? —Señala el taburete que tengo a mi lado.

Asiento con la cabeza y se acomoda junto a mí.

—Me llamo Tony. —Me tiende la mano.

—Marina.

—Que nombre más bonito, como su dueña. —Guiña un ojo seductor.

El rubor hace acto de presencia en mis mejillas y le sonrío tímida. Me fijo más en él. Tiene unos ojos negros penetrantes. Es muy guapo. Entablamos conversación y, al cabo de diez minutos, me olvido del adonis rubio.

Pasa una hora aproximadamente en la que lo estoy pasando genial con Tony. Es simpático y divertido, en todo este tiempo no ha hecho más que hacerme reír. No me ha contado mucho sobre su vida pero me cae bien. Consulto la hora y me apena dejar la charla pero tengo mucho sueño debido a todos los cócteles que llevo en el cuerpo. Se lo comunico a Tony y él se ofrece a acompañarme hasta mi habitación. Nos despedimos de Román y nos marchamos.

—Gracias por la charla, Tony —me despido en la puerta de la habitación.

—A ti, por la compañía —dice con voz ronca acercando sus labios a los míos.

Simplemente los roza pero me siento incómoda. En ese instante viene a mi mente el recuerdo de otros labios rozándome y el escalofrío que sentí.

—Lo... siento... yo no... —tartamudeo y retrocedo un poco.

Tony se pone serio, me mira fijamente y se acerca de nuevo a mí.

—Tony... —Lo aparto de mí, ¿qué hace?

—¡Vamos! —exclama con furia aprisionándome contra la puerta de mi habitación—. ¿He estado

una hora aguantándote para que ahora te hagas la estrecha conmigo?

Mi corazón se acelera y mi respiración se agita. Agarra con fuerza mis muñecas y las retiene por encima de mi cabeza. Restriega su erección contra mi abdomen. Intenta besarme pero yo me revuelvo. Está alterado y yo cada vez estoy más asustada.

—¡No! —grito con la esperanza de que alguien me escuche.

Me aprisiona más todavía contra la puerta con un gruñido. Me hace daño y yo entro en pánico. Forcejamos durante unos minutos en los que intento gritar mientras él me tapa la boca. Entonces, en un descuido suyo, levanto mi pierna y le propino un rodillazo con todas mis fuerzas en su entrepierna.

—¡Ah! —Se lleva las manos a su dolorida zona, liberándome.

Aprovecho para intentar abrir mi habitación y encerrarme en ella pero estoy demasiado nerviosa. Mis manos parecen mantequilla y la tarjeta cae al suelo. No me da tiempo a cogerla cuando ya lo tengo detrás de mí.

—¡Putá! —grita tirándome del pelo y aprisionándome otra vez contra la puerta—. Ahora te vas a estar quietecita —gruñe en mi oído.

Escucho que abre su bragueta y yo no puedo evitar sollozar.

—Por favor.... no... —le suplico con lágrimas en los ojos. No puedo creer que nadie me escuche.

Sigue con su tarea y siento cómo una de sus asquerosas manos se pelea con la falda de mi vestido. Me revuelvo otra vez. Entonces, tira de mi cabeza hacia atrás y la golpea con furia contra la puerta de la habitación. Antes de desmayarme siento su mano en mi ropa interior y me parece escuchar cómo alguien grita mi nombre.

¡Marina!

Abro los ojos de par en par. Mi corazón y mi respiración están acelerados. Estoy en mi cama, ¿habrá sido una pesadilla? Me hago un ovillo entre las sábanas suaves y calientes. Inspiro tranquila, huele a limpio y a... ¡Un momento! ¡Esta no es mi cama! Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en una habitación inmensa. Estoy casi a oscuras pero puedo distinguir la decoración de lujo. Parece una suite. *Marina, ¿qué hiciste anoche?* Tomé demasiados cócteles, de eso estoy segura.

Me incorporo de golpe y tengo que llevarme las manos a la cabeza porque me va a estallar. Siento un dolor agudo en mi ojo derecho. Lo toco y noto que está hinchado. Entonces, los recuerdos vienen a mi memoria. ¡Estuvieron a punto de violarme!

Aparto la sábana para examinar mi cuerpo. Llevo una camiseta de algodón gris que me queda bastante grande y unos bóxers masculinos negros. Frunzo el ceño intentando recordar algo más. Tony y yo forcejamos... me dio un golpe contra la puerta de mi habitación... ¡Dios! Antes de desmayarme noté cómo me desaparecía la ropa interior.

Encojo las piernas y abrazo mis rodillas. Las lágrimas se asoman a mis ojos y comienzo a temblar. Unos suaves golpes en la puerta me ponen alerta. Subo la sábana hasta mi barbilla y busco algo en la habitación con lo que pueda defenderme antes de que se abra la puerta.

—¿Señorita Romero? —Una voz femenina me sorprende desde el otro lado de la puerta.

Me quedo muy quieta en la cama porque no sé qué ocurre exactamente.

—¿Señorita Romero? —insiste—, ¿está despierta? ¿puedo pasar?

—Ss... sí —contesto carraspeando.

Se abre la puerta y aparece una mujer rubia vestida impecablemente con un traje de chaqueta con el emblema del hotel grabado en una de las solapas. Se acerca observándome seria.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta sentándose junto a mí en la cama.

—No lo sé... —contesto sinceramente—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién es usted?

—¡Claro! —responde dándose un toque en la frente con la mano—. Discúlpeme, soy Clara Real, la directora del hotel. —Me tiende la mano y yo se la estrecho tímida—. ¿No recuerda nada de anoche?

—Algo sí... Tony intentó... —Comienzo a temblar de nuevo.

—Tranquila. —Agarra mis manos entre las suyas con amabilidad—. Ese impresentable ya está arrestado.

La miro aliviada pero al mismo tiempo un escalofrío me recorre todo el cuerpo al hacerme la pregunta evidente.

—No lo consiguió —dice adivinando mis pensamientos.

Yo exhalo el aire que tenía retenido en mis pulmones y le aprieto las manos.

—El médico del hotel la examinó anoche y lo único que tiene es una contusión en el ojo. —Sonríe.

—Gracias —susurro tímida.

—No me las de a mí, tuvo mucha suerte. —Niega con la cabeza—. No había ningún huésped en la planta, estaban todos en la fiesta. Si no llega a ser porque el señor Smith volvía a su habitación...

—¿El señor Smith? —La miro extrañada.

—Él fue el que le quito de encima a ese energúmeno. —Sonríe con incredulidad—. Normalmente se queda el último para cerrar la fiesta, sin embargo, anoche decidió irse antes a dormir.

Paul es el que gritó mi nombre. Estoy con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Dónde estoy? —le pregunto aunque sé la respuesta.

—Está en su suite. —Asiento con la cabeza—. Insistió en tenerla vigilada. Ha estado todo el tiempo pendiente de usted. Ha sido todo un caballero. —Parece asombrada—. Bueno, tengo que marcharme y usted debería estar tranquila hoy. —Se levanta y se dirige hacia la puerta—. La policía llamará después para citarla para su declaración. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que pedirla, ¿de acuerdo?

Asiento y ella se despide con una sonrisa. Sale de la habitación dejando la puerta abierta. Acto seguido, escucho cómo se despide de alguien más y el ruido de una puerta cerrarse. No sé qué hacer. Escucho cómo unos pasos se acercan a la habitación. Instintivamente encojo mis piernas de nuevo. Sigue avanzando hasta que llega a la puerta. Toca con los nudillos en ella y entra sin que le de permiso. Paul aparece y me mira sin mostrar sentimiento alguno. Le observo en silencio. Lleva puesto un pantalón de chándal gris y una camiseta negra de manga corta que realza su musculatura. Está muy atractivo. Pero lo que más me llama la atención son sus ojeras. No parece haber descansado.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta por fin rompiendo el silencio que había.

—Me duele un poco la cabeza y el ojo pero bien —contesto sin apenas moverme.

Asiente y se acerca a la cama. Coge una botella de agua y unas pastillas de la mesita de noche y me las acerca.

—Con esto estarás mejor.

Me tomo las pastillas y le devuelvo la botella de agua. Él la deja sobre la mesita y se sienta junto a mí sin dejar de observarme con preocupación.

—¿Seguro que estás bien? —vuelve a preguntar.

Asiento. Me siento extraña aquí en su cama y con su ropa.

—¿En qué estabas pensando cuando te fuiste con él? —pregunta molesto.

—¿Qué quieres decir? —Le miro alzando las cejas. ¿Qué insinúa?

—¿Sueles meter a muchos desconocidos en tu habitación?

Me levanto de la cama de un salto.

—¿Qué estás insinuando?! —le grito desde un extremo de la habitación y me arrepiento al sentir un gran dolor en mi cabeza.

—Lo único que digo es que no deberías de fiarte del primero que se te ponga delante —dice enfadado.

—¿No me lo puedo creer! —Paso las manos por mi cabeza exasperada. Respiro hondo para controlarme porque estoy a punto de decirle una barbaridad. Lo miro desafiante—. Entonces, según lo que acabas de decir, no debería fiarme de ti, ¿no?

Abre los ojos de manera imperceptible pero yo lo noto. Parece que lo he sorprendido con mi afirmación. Aprieta los ojos, supongo que meditando lo que acabo de decirle.

—Lo siento —susurra y abre los ojos—, no debería haberte dicho eso. Es que cuando te vi acorralada por ese malnacido... —Aprieta la mandíbula y respira bruscamente—. No quiero imaginar lo que hubiese pasado si yo no hubiese llegado a tiempo.

Al decirme eso, me derrumbo al recordar la noche anterior. Mi labio inferior comienza a temblar al igual que mi cuerpo y mis ojos se llenan de lágrimas. Sin quererlo, emito un gemido y eso hace que estalle en sollozos. Me tapo la cara con las manos.

A los pocos segundos, siento cómo unos brazos me rodean titubeantes. Yo me revuelvo e intento deshacerme de ellos pero insisten y me rodean con firmeza. Dejo de luchar contra él y caigo sobre su pecho llorando desconsoladamente.

—Shh. —Pasa una mano por mi espalda con dulzura y yo no puedo evitar abrazarle agradecida.

Estamos así unos minutos, sin movernos del sitio. Yo llorando y él consolándome. No sé por qué pero me siento segura entre sus brazos. La intimidación que sentía antes por su sola presencia ha desaparecido. Me calmo un poco y él me aparta para mirarme a los ojos. Me seca las lágrimas con los pulgares y en sus ojos veo ternura.

—Gracias —susurro.

Él asiente y me besa en la frente al tiempo que inspira para oler mi pelo.

—Ven, nos han traído el desayuno. —Me coge de una mano pero yo le freno.

—Debería de ponerme algo más de ropa —le digo tímida.

Me mira de arriba abajo y sonrío de medio lado.

—Vamos a estar los dos solos. Además, —levanta una ceja—, fui yo quién te cambió de ropa anoche.

Aparto la mirada y mis mejillas se encienden por la vergüenza. Imaginé que había sido el médico el que me cambió de ropa al examinarme. Paul sonrío aún más por mi actitud. Tira de mí y me lleva hasta el gran salón de la suite. Me quedo maravillada. Es una gran estancia en la que hay un sofá y dos sillones frente a una mesita de café. A un lado, se encuentra el comedor en el que está servido el desayuno. Hay café, zumo de naranja recién exprimido, tostadas, dulces y fruta.

Paul retira una silla y espera a que me siente para arrimarla. Se sienta frente a mí y me anima con un gesto de la cabeza a que coma. Me sirvo un poco de zumo en un vaso y comienzo a untar una de las tostadas con un poco de mantequilla. Doy un bocado y mi cuerpo reacciona. Tenía hambre. Paul, que había esperado a que yo comenzara a desayunar, se sirve un café y coge uno de los dulces. Comemos en silencio.

Me quedo pensativa. Anoche me agredieron y ahora estoy aquí frente a un hombre que apenas conozco y con el que he vivido algunas situaciones muy calientes. Sin embargo, no estoy tan incómoda como me podría imaginar. El hecho de que me haya rescatado de las manos de un indeseable, hace que esté muy agradecida y sé que él no me haría ningún daño.

—¿En qué piensas? —dice observándome serio.

—En todo lo que ha pasado. —Suspiro.

Va a decirme algo pero el teléfono de la suite nos interrumpe. Me hace un gesto con la mano para disculparse y se levanta para responder la llamada. Yo sigo con mi desayuno.

—Era la policía —dice al sentarse de nuevo frente a mí—, tenemos que estar en una hora y media en comisaría para declarar.

Asiento nerviosa, es la primera vez que tengo que ir a una comisaría. De golpe y porrazo, se me ha quitado el hambre. No quiero volver a ver a Tony.

—Iremos juntos. —Agarra la mano que tenía apoyada en la mesa. Me fijo en que tiene los nudillos

magullados, ¿pegaría a mi agresor?

Llaman a la puerta y Paul se levanta. Al minuto vuelve con una percha, de la que cuelga una funda de plástico con el logo del hotel.

—Toma, acaban de traer tu vestido. —Le miro extrañada—. Supuse que lo querías limpio. —Se encoge de hombros.

—Gracias. —Me levanto para cogerlo.

—Has desayunado muy poco —me reprende frunciendo el ceño.

—Son los nervios... voy a cambiarme.

Me dirijo al baño que está dentro de la habitación. Estoy alucinada con todo el lujo de la suite. Tiene dos lavabos, dos duchas independientes y un jacuzzi para dos en mitad de éstas. Mis zapatos están en el suelo del baño y mi sujetador en una mesita auxiliar que hay en un rincón. Tardo poco en cambiarme. Me pregunto dónde estarán mis braguitas, entonces recuerdo que desaparecieron antes de desmayarme. Se lo tendré que preguntar a Paul, lo que no sé es cómo, me da vergüenza. Dejo su camiseta encima de la cama y salgo al salón. Él no está y el resto del desayuno ha desaparecido. Escucho un ruido procedente del balcón y me asomo curiosa.

Paul está apoyado en la barandilla mirando hacia el océano. Está muy serio y yo quiero saber qué piensa pero no me atrevo a preguntar. No sé nada de este chico, no sé cómo actuar delante de él. Como si sintiera mi presencia, se gira para quedar de cara a mí, cruzando sus fuertes brazos en el pecho.

—Tenemos que irnos pronto —dice serio—. Tendrás que llevar tu identificación. La tarjeta de tu habitación está en la mesita. —Señala con la cabeza.

—Eh... Paul... —titubeo pero tengo que hacerle la pregunta—, mi ropa interior...

—Se la llevó la policía como prueba.

—Ah. —Miro hacia el suelo porque mis lágrimas amenazan otra vez con salir.

Se acerca a mí y me agarra suavemente por los hombros.

—Eh. —Alza mi barbilla para que lo mire.

Me pierdo en sus ojos azules que me miran con ternura. No decimos nada, sólo nos miramos. Inclina un poco la cabeza hacia mí, ¿querrá besarme? Pienso en la posibilidad pero la descarto enseguida, no creo que sea buena idea después de lo que viví la noche anterior. Agacho mi mirada y

él parece que se da cuenta de mi debate interior.

—Ve a tu habitación —dice separándose un poco de mí—. Iré a por ti en... ¿quince minutos?

—De acuerdo —respondo sin mirarle y me marcho rápidamente.

En cuanto entro en mi habitación, me pongo en marcha. Busco mis vaqueros oscuros, una camisa color salmón, ropa interior limpia y me ducho en cinco minutos. Recojo mi pelo en una cola de caballo y me calzo unas sandalias con cuña. Me debato en si pintarme o no para disimular mi ojo morado. Finalmente decido que no, voy a comisaría a declarar por una agresión.

En ese instante, llaman con suavidad a la puerta. Miro antes por la mirilla para cerciorarme de que es Paul. Abro y le indico que me espere un segundo. Busco mi bolso en el armario y confirmo que tengo mi DNI.

—Vamos —le digo al tiempo que salgo y cierro la puerta.

Caminamos hacia el ascensor en silencio. Paul aprieta el botón y tarda unos segundos en llegar, se aparta para dejarme entrar y nos montamos. Mientras bajamos, no puedo evitar recordar la última vez que estuvimos en este ascensor. La diferencia es que hoy estamos uno junto al otro, rozando nuestros brazos. Lo miro de reojo y veo que esboza media sonrisa, supongo que está pensando lo mismo que yo.

Llegamos a nuestro destino y, cuál es mi sorpresa, cuando salimos al parking del hotel. No me había dado cuenta de que bajábamos hasta aquí. Sigo a Paul hasta una cabina en la que se encuentra un muchacho joven, habla con él y desaparece por el parking rápidamente. Esperamos unos minutos hasta que escucho un estruendo. Mi cara es un poema cuando llega el aparcacoches montado en una moto enorme. Paul me cierra la boca con un dedo y suelta una carcajada.

—No esperarás que me monte en ese cacharro infernal, ¿no? —le digo mientras él coge los dos cascos que le tiende el joven.

—¿No te gustan las motos? —me pregunta extrañado.

—No.

—Es la más segura del mercado, no te preocupes —dice tendiéndome un casco.

—No voy a ir montada ahí. —Niego con la cabeza.

—Marina. —Se ríe—. No tengas miedo, conmigo irás segura.

Sigo negando con la cabeza. Nunca me han gustado las motos, me dan pánico, y más desde que... no quiero ni recordarlo.

—Eh. —Se acerca a mí—. Estás temblando. —Me escruta serio. Entonces se vuelve hacia el aparcacoches—. Trae el coche. —Se vuelve hacia a mí otra vez y me abraza en silencio—. Tenía que haberte preguntado antes —susurra.

Agradezco que no insista. No me apetece hablar del tema. No nos conocemos lo suficiente como para contarle el por qué de mi miedo a las motos. El carraspeo del aparcacoches hace que nos separemos. Igualmente me quedo alucinada con el coche que tengo ante mis ojos. Al parecer, Paul no escatima en nada. Es un Ferrari 458 Spider descapotable de color negro. Me introduzco en el vehículo asombrada y Paul no deja de mostrar esa sonrisa de *sí, me lo puedo permitir*. Sonrío para mí, ayer me hubiese indignado con su actitud pero creo que le sale sin querer, es como un adolescente.

Arranca y algo me llama la atención. El llavero es una *T* muy especial y significativa para mí, es el símbolo de Tolson, la empresa para la que trabajo. Intento contener la risa. Qué casualidad. Por lo que sé, cuesta un dineral el alquiler de este coche al día. Eso me confirma que tiene mucho dinero, ¿en qué trabajará?

—¿En qué piensas? —pregunta de repente.

—Es un gran coche —respondo con una sonrisa.

—Sí. —Acelera para salir del parking y el sol de la mañana nos da de lleno en los ojos.

Busco en mi bolso mis gafas de sol y me las pongo. Paul se inclina hacia mí y busca en la guantera del coche las tuyas.

—¿Te apetece escuchar música? —pregunta amable.

Asiento con la cabeza y pone el reproductor de música. Comienzan a sonar las primeras notas de *Viva la Vida* de Coldplay y yo me relajo en el asiento.

—No eres muy habladora —dice de pronto Paul sin apartar los ojos de la carretera.

Hace unos diez minutos que salimos del hotel y no hemos hablado en todo este tiempo. Yo me he dedicado a admirar el paisaje y a cantar mentalmente para intentar olvidarme de hacia dónde nos dirigimos.

—Normalmente suelo hablar más de la cuenta —respondo más para mí que para él.

—Ya —responde con esa media sonrisa tan sexy que me hace suspirar.

Entramos en el pueblo y todo el mundo se gira para mirarnos. Sin duda, vamos llamando la atención. Me encojo en mi asiento, no me gusta ser observada. Miro hacia mi acompañante y parece estar en su salsa, sonriendo todo el tiempo.

—Ahí está la comisaría. —Señala hacia un edificio que hay a mi derecha mientras aparca rápidamente en un hueco que hay en el lateral del mismo—. Espera, te abro —me advierte, tocándome el brazo, al ver mis intenciones de salir.

Sale con agilidad del coche y lo rodea con elegancia. Algunas chicas se han parado para darle un buen repaso y, no solo al coche. Abre la puerta y me tiende la mano para ayudarme a salir. Miro en dirección de las chicas que, en seguida, continúan con su camino y yo sonrío, por un momento me he sentido envidiada.

Entramos en comisaría. Paul se adelanta para avisar de que estamos allí. El policía que está en el mostrador le hace una señal para que esperemos un momento y desaparece por el interior del edificio. Aparece a los dos minutos indicándonos que lo sigamos. Avanzamos por unos pasillos en los que nos cruzamos con varios detenidos. Uno de ellos, un muchacho joven, me mira con lascivia.

—¡Ven aquí, guapa! —me grita moviendo su entrepierna obscenamente.

Yo me aferro al brazo de Paul. Me mira y sonrío divertido por la escena. Llegamos a un despacho en el que nos espera un policía de mediana edad.

—Buenos días, señor Smith. —Le estrecha la mano a Paul y después se dirige a mí—. Señorita Romero, soy el inspector García, ¿cómo se encuentra?

Me fijo en el inspector. Es un hombre alto, canoso, algo grueso y con unas arrugas en el rostro que reflejan cansancio.

—Mejor, gracias —le devuelvo el saludo al tiempo que me quito las gafas de sol.

El policía ni se inmuta al ver mi ojo morado, supongo que está acostumbrado a ver este tipo de cosas.

—Siéntese, por favor. —Señala una silla que hay frente a su mesa—. Señor Smith, espere fuera mientras tomo declaración a la señorita Romero, por favor.

—¿No puedo quedarme? —Frunce el ceño, no parece querer dejarme sola.

—No —contesta tajante el inspector.

Paul no se mueve del sitio pero el policía lo desafía con la mirada y él no tiene más remedio que ceder y salir, no sin antes darme un apretón en el hombro. En el momento que se va, se hace el silencio en el despacho. El inspector ojea un informe que tiene en su mesa. Yo, nerviosa, me retuerzo las manos. Es la primera vez que me veo en una situación así y no sé cómo actuar.

—Bien —dice al fin—, cuénteme qué paso exactamente anoche. —Me escruta con sus ojos castaños.

—Bueno.... pues... —Trago saliva nerviosa y vuelvo a retorcer las manos.

—¿Quiere un vaso de agua? —pregunta al ver mi estado de nervios.

Asiento con la cabeza. Se levanta y va hacia un extremo del despacho en el que hay un dispensador de agua. Pasa por mi lado y me tiende el vaso. Doy un pequeño sorbo mientras vuelve a sentarse y me observa serio. Eso tampoco ayuda, me siento como una delincuente que va a ser interrogada.

—Estaba tomándome un cóctel en la barra del bar del hotel —comienzo en voz baja—, entonces Tony, me pidió permiso para sentarse junto a mí...

—¿Estaba sola? —interrumpe bruscamente.

—S... sí.

—Continúe —dice tecleando en su ordenador.

—Estuvimos aproximadamente una hora hablando tranquilamente hasta que le indiqué que tenía sueño y quería marcharme a dormir. Él se ofreció a acompañarme hasta la habitación... —suspiro cerrando los ojos y bebo un poco de agua.

Me tiembla la mano.

—Tranquila, sé que es duro recordar esas situaciones pero necesitamos su versión —dice sin cambiar su semblante serio—. ¿Qué pasó al llegar a su habitación?

Inspiro hondo para coger fuerza.

—Estábamos en la puerta, cuando Tony se acercó a mí y me besó. Yo me retiré un poco porque no me gustó. Entonces, él insistió y yo le empujé... —El temblor que tenía en las manos se está extendiendo por el resto de mi cuerpo.

—¿Le dijo algo? —interrumpe otra vez.

—Sí... me dijo algo así como... *he estado una hora aguantándote como para que ahora te hagas*

la estrecha conmigo. Después... —Un gemido sale de mi boca y no puedo evitar que las lágrimas salgan de mis ojos.

—Continúe, por favor. —Me tiende un pañuelo de papel.

Continúo relatándole todo lo que ocurrió después, entre sollozos, temblores y lágrimas. Una vez que termino, se levanta para traerme otro vaso de agua. Agradeciéndoselo con un gesto de cabeza, lo acepto. El inspector espera pacientemente a que me tranquilice.

—Bien —dice mirando la carpeta que tiene delante—, ya tenemos la declaración del señor Smith, la suya y el informe médico...

—¿Informe médico? —pregunto extrañada.

—Sí, el médico del hotel la examinó cuando estaba inconsciente —responde secamente—. Ya puede marcharse, en cuanto sepamos algo, contactaremos con el señor Smith.

Abre la puerta del despacho y Paul se acerca rápidamente a mí al ver mis ojos rojos.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

Yo asiento y él me abraza. En ese instante, me desmorono otra vez y comienzo a sollozar.

—Shh... ya pasó... —susurra en mi oído.

Me separa un poco, limpia mis lágrimas con sus dedos y me da un beso en la frente. Se aparta para despedirse del inspector y entonces una voz me llama la atención.

—¡Me las pagarás! ¡Zorra! —Es Tony desde el extremo del pasillo, va esposado y agarrado por un policía.

Doy un respingo y me aferro al brazo de Paul. Él me rodea los hombros con un brazo y lo mira desafiante.

—¡Tú también caerás, guiri de mierda! —grita con rabia.

El inspector tiene que sujetar a Paul porque se va a tirar sobre Tony. El policía que lo acompaña le da un empujón al detenido y le ordena que se calle. Me fijo en su cara, la tiene totalmente deformada con la nariz y el labio partidos. Paul se debió de ensañar con él anoche.

—¡Ramirez! —grita el inspector—. ¡Le dije que esperase a que la señorita Romero se fuese! —Está muy enfadado—. Disculpen la torpeza de mi oficial —se dirige a nosotros—. Pueden marcharse ya.

Paul me rodea con su brazo de nuevo. Yo no paro de temblar, él lo nota y me aprieta más contra su cuerpo. En cuanto salimos de comisaría, no puedo más y rompo otra vez a llorar.

—Tranquila. —Me aprieta contra su pecho y yo me aferro a su camisa.

Esto me supera. Nunca me había ocurrido algo tan horrible y estoy destrozada. Y, el hecho de que esté lejos de mi casa, no ayuda mucho. Ojalá tuviese a mi amiga Verónica a mi lado, ella sabría qué hacer para animarme.

—Venga. —Me separa un poco para que lo mire—. Volvamos al hotel y, mientras, pienso en cómo hacer que te animes, ¿de acuerdo? —Me sujeta de la barbilla cariñosamente y esboza una sonrisa que me deslumbra.

Asiento como una boba y, agarrados de la mano, nos dirigimos hasta el coche.

Ya en el hotel, paramos en recepción. Paul me indica que le espere mientras habla con la recepcionista. Le observo. Es el foco de atención de todas las féminas que se encuentran ahora mismo aquí. Las recepcionistas, una limpiadora y unas huéspedes del hotel se lo comen con los ojos. Él parece no darse cuenta. Se da la vuelta y sonrío mientras se acerca a mí con paso firme. Yo me sonrojo y nuestras observadoras me miran con envidia.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

—Mejor.

—Bien, entonces vamos. —Tira de mi brazo para guiarme hasta el ascensor sonriendo—. Tengo una sorpresa para ti.

Mientras vamos hacia el ascensor, nos encontramos con Silvia. Al vernos agarrados de la mano pone mala cara.

—¡*Pauly!* —Se acerca y le abraza—. Me he enterado de todo, ¿te encuentras bien?

—Estamos perfectamente —responde tenso. Intento soltarme de su mano pero él no me lo permite, me agarra más fuerte aún—. Tenemos prisa, ¿te importa? —le dice bruscamente.

Ella lo mira dolida. Mira nuestras manos enlazadas y entrecierra los ojos. Yo me siento muy incómoda con la situación. Silvia no me cae bien pero tampoco quisiera hacerle daño, entre él y yo no hay nada.

—Marina, ¿verdad? —se dirige a mí.

—Sí.

—Espero que ese desalmado no te hiciera mucho daño —intenta ser amable pero no lo consigue.

—Por suerte, Paul llegó a tiempo para quitármelo de encima antes de hacerme algo peor que esto

—respondo alzándome las gafas.

—¡Oh! Te tiene que doler bastante —Silvia se escandaliza al ver mi ojo.

—Sí, un poco...

—Lo siento mucho, de verdad. —Parece sincera—. *Pauly*, ¿sigue en pie la comida de hoy? —Me ignora de nuevo y posa su mano sobre el pecho de Paul.

—Hoy no voy a poder, Silvia —responde cortante—. Y, si no te importa, tenemos prisa.

Sin dejar que ella replique, la aparta y tira de mí para que camine. Me despido de la rubia con la mano pero ella no responde, se ha quedado paralizada por la actitud de Paul.

—No deberías de tratarla así —le digo cuando estamos en el ascensor.

—¿Acaso te importa lo que ella sienta? —Enarca una ceja.

—No es que me caiga especialmente bien pero creo que nadie se merece ese desprecio. —Le miro desafiante.

—Puede ser, pero no la conoces... Silvia puede ser... —Al ver mi mirada de enfado no continúa con la frase. Suspira y se pasa las manos por la cabeza exasperado—. ¿Por qué estamos hablando de ella?

—Esto no está bien —digo en voz baja—, está claro que tenéis un rollo ella y tú y no quiero que piense que tú y yo, sí.

Ante mi cara de sorpresa, Paul pulsa el botón de Stop del ascensor. Después se acerca a mí.

—Marina, entre Silvia y yo no hay nada. —Agarra mi barbilla para que lo mire a los ojos—. Me acosté con ella pero nada más. Por otro lado, entre tú y yo sí ha habido algo a pesar de que no nos hayamos tocado —susurra acercándose a mis labios.

Mi cuerpo reacciona con su cercanía. Tengo unas ganas enormes de besarle pero me contengo. Me aparto hacia un lado.

—Eso no volverá a ocurrir —digo sin mirarle y acciono de nuevo el ascensor.

—¿Por qué?

Llegamos a la segunda planta y salgo al pasillo sin responderle. Paul me agarra del brazo y me gira hasta que quedamos cara a cara.

—Sé que te gusto. —Me aprieta contra su musculoso cuerpo y a mí se me escapa un gemido.

—Paul... —Intento sin mucho empeño deshacerme de su abrazo.

No me da opción a protestar sellando mis labios con los suyos. Al principio me resisto un poco pero, ante su insistencia, su olor y su sabor, le dejo entrar. Su lengua irrumpe en mi boca impaciente, la mía responde tímida y eso parece que le gusta. Agarra mi nuca para hacer el beso más profundo y yo me estremezco, nunca me habían besado así. Durante unos segundos intensos me besa. Hasta que, asustada por lo que pueda pasar después, lo aparto un poco de mí.

—Por favor, no... —consigo decir.

Intenta acercarse otra vez pero al ver mi cara se detiene.

—Anoche con Tony sí parecías dispuesta —gruñe.

—¿Qué?! —Furiosa lo aparto de mí y me giro dispuesta a meterme en mi habitación.

—¡Espera! —Me detiene abrazándome por la espalda—. No he querido decir eso. Es que... Marina, no te entiendo... —Me da la vuelta—. Me rechazas desde la primera vez que intenté algo contigo y anoche, después de lo que pasó, en vez de esperarme a mí, te subes a otro tío a tu habitación.

—No lo invité yo, le dije que tenía sueño y se ofreció a acompañarme para que no subiese sola —suspiro cansada de este tema—. Después me besó, a mí no me gusto... y el resto ya lo sabes.

—¿No lo invitaste?

—No.

—Pero yo pensé que te arrepentiste y que por eso él... ¡que no tiene justificación lo que hizo! —dice al ver mi cara—. Perdóname Marina —suspira y noto que está perdido con todo esto—. Mira, vamos a hacer una cosa, empecemos desde el principio. —Se pone derecho y me tiende la mano—. Mi nombre es Paul.

Yo me quedo atónita y lo miro con los ojos muy abiertos. Él espera pacientemente con su mano extendida. No sé por qué pero me hace gracia y sonrío.

—Marina. —Estrechamos las manos.

—Encantado, Marina. —Sonríe de medio lado y eso hace que me derrita del todo—. ¿Te apetece pasar conmigo el día?

—Paul... yo... no sé... —Dudo porque esto está yendo muy deprisa.

—Por favor, solo quiero animarte —me pide acariciándome el pelo.

—¿Qué planes tienes, Paul? —pregunto curiosa.

—Comer contigo y, después, tengo preparada una sorpresa para ti —dice con voz ronca.

—Acepto pero con una condición. —Me mira desconcertado—. Que me cuentes la sorpresa en la comida.

—Ya veremos... —Se ríe—. Lo único que te puedo decir es que te pongas un bikini y ropa deportiva cómoda.

¿Qué sorpresa será? No sé si estoy haciendo bien pero decido aceptar definitivamente.

—Vale.

—Paso por ti dentro de diez minutos y damos una vuelta antes por la playa.

Su entusiasmo me agobia. Necesito un respiro.

—Como aún falta un poco para la hora de la comida, si no te importa, nos vemos allí. —Frunce el ceño al escucharme—. Necesito relajarme un poco.

—Claro... no pasa nada... —Parece un poco decepcionado—. ¿Nos vemos a las dos en el restaurante de comida española?

—Sí.

—Vendrás, ¿verdad? —me pregunta y yo asiento sonriéndole—. Bien, descansa. —Me da un beso en la frente y se marcha en dirección a su habitación.

—Paul. —Se gira—. Gracias. —Asiente y se marcha.

Entro en mi habitación y voy directamente hacia el baño. Me desnudo mientras comienzo a llenar la bañera para intentar relajarme y pensar en todo lo que ha pasado.

Faltan un par de minutos para las dos de la tarde. Estoy parada frente a la puerta del restaurante dudando en si entrar o no. ¿Se supone que esto es una cita? Mientras estaba en mi habitación, no he parado de darle vueltas a todo este tema. Todavía no estoy preparada para tener una relación del tipo que Paul quiere tener y quiero aclarárselo en la comida.

—¡Marina! —la voz de Raúl interrumpe mis pensamientos—. ¿Cómo te encuentras? —Sale del restaurante, corre hacia mí y me abraza con efusividad—. ¡Qué miedo tuviste que pasar!

—Me encuentro bien, Raúl.

—¿Seguro? —pregunta mirando mi ojo hinchado. Me he maquillado pero se nota bastante—. Si necesitas cualquier cosa...

—Seguro —le interrumpo—, no te preocupes. —Le sonrío.

—Por cierto —susurra—, tu héroe está dentro solo. —Me guiña un ojo.

Suelto una carcajada.

—Lo sé. —Le guiño un ojo—. Me está esperando a mí.

—¡Bien! —Aplaude mi recién amigo como un loco—. Te dejo entonces, luego me cuentas. —Me empuja hacia el interior del restaurante—. Ahora os atiende —dice adentrándose en la barra.

Cuando Raúl desaparece, busco con la mirada a mi *guiiri-borde*, ya no tan borde. Lo encuentro en la misma mesa que estaba sentada yo ayer. Está muy serio, mirando por el gran ventanal. Mi corazón se acelera porque soy consciente de que me está esperando a mí. Como si intuyera mi presencia, se gira y nuestras miradas se encuentran. Se levanta y sonrío de oreja a oreja. Me acerco lentamente hasta llegar a su altura.

—Pensé que no ibas a venir —me dice dándome un beso en la mejilla que me hace sonrojar.

Está guapísimo, lleva unos vaqueros claros y un polo de rayas blancas y azules que le hacen resaltar sus bonitos ojos. Me retira la silla y me siento.

—Paul... yo...

—Espera —me interrumpe—, antes de que digas nada, quiero decirte algo. —Se sienta y agarra una de mis manos por encima de la mesa—. No sé qué es lo que te ha pasado en tu vida pero intuyo que no estás acostumbrada a tener citas. —¿Tanto se me nota? ¡Qué vergüenza! Me sonrojo aún más

— Quiero que sepas que sólo vamos a pasar el día como buenos amigos. —Me sorprende tal revelación—. A no ser... —continúa entornando sus ojos—, que tú quieras algo más. Mientras tanto, no habrá nada, ¿te parece bien?

Me ha dejado estupefacta. ¿Cómo es posible que actúe como un perfecto caballero conmigo y, sin embargo, cambie totalmente su actitud con Silvia? Mi mente me dice que no debo de fiarme de él pero mi corazón opina todo lo contrario. Si fuese de verdad un creído y un borde, no me habría acompañado hoy a comisaría ni me hubiese tratado con tanta amabilidad.

—¿Y bien? —insiste al ver que no he dicho nada.

—De acuerdo —respondo con una sonrisa tímida.

Sonríe enseñando sus dientes blancos y perfectos. No puedo evitar sentir un escalofrío por mi espalda. Es guapísimo. En ese instante se acerca Raúl para tomarnos nota de la comida. Pedimos una ensalada mediterránea para compartir y una paella para dos. Paul ha pedido el rosado de la casa que, al parecer, es exquisito. El camarero lo trae enseguida.

—Por unas estupendas vacaciones. —Alza su copa y la choca con la mía.

Durante el almuerzo, Paul me pide que le cuente cosas sobre mí. Yo le cuento que nací en Córdoba y que me trasladé a Madrid cuando me casé. Él se sorprende de que esté divorciada tan joven y le resumo, omitiendo bastantes detalles, todo lo que ocurrió.

—No lo entiendo —dice torciendo la boca—, teniendo a una preciosidad como tú, ¿por qué buscar a otra?

Sonrío triste. Esa misma pregunta me la hice yo hasta que comprendí que quizás no estábamos tan enamorados después de todo. Seguimos con nuestra relación por inercia, por costumbre. La rutina tampoco ayudó provocando que mi ex decidiera serme infiel. No lo estoy justificando pero puedo llegar a entenderlo.

—Cambiando de tema... —No quiero hablar más de mi ex—. ¿Cuál es esa sorpresa que me tienes preparada?

Se mete el tenedor en la boca de una manera sexy que me eriza la piel y sonrío de esa manera tan seductora.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunta enarcando una ceja y yo asiento como una boba porque no puedo ni hablar—. Vamos a hacer una excursión en barco.

¡Vaya! ¿Eso es lo que hablaba en recepción?

—Nunca he montado en barco. —Le miro de reojo avergonzada.

—¿No? —pregunta asombrado—. Pues di que sí, no te arrepentirás.

Lo veo tan entusiasmado que se me hace difícil decirle que no.

—Está bien.

—Lo pasaremos genial, ¡ya verás! —De nuevo ha sacado a relucir su faceta adolescente, como hizo esta mañana en el parking.

Creo que voy entendiendo un poco a este inglés que me parecía borde al principio. Continuamos la comida en silencio y a mi mente llegan imágenes de un paseo romántico en barco abrazada a Paul. *¡Basta!* Se supone que no va a pasar nada entre él y yo.

—¿Qué ocurre? —me pregunta al ver mi cara.

—Nada, cosas mías...

Él sonríe como si supiese lo que he imaginado pero eso no puede ser, ¿verdad?

Una vez terminamos la comida, Paul me indica que le siga. Yo le obedezco en silencio. Levanta un par de veces el brazo como si tuviese intención de agarrarme de la mano pero se arrepiente y no lo intenta más. Supongo que es cierto que quiere tomárselo con calma.

—Señor Smith —le llama una de las recepcionistas cuando nos ve aparecer por el vestíbulo del hotel. Se acerca presurosa—. Está todo listo, tal y como indicé —le dice tocándose coqueta el pelo.

—Gracias —responde serio.

—Si necesita algo más, no dude en pedírmelo —dice ella con una sonrisa.

Él le hace un gesto con la cara sin apenas mirarla.

—Vamos. —Me dedica una gran sonrisa.

Paul avanza hacia la salida y yo le sigo bajo la mirada de furia de la recepcionista. Salimos al exterior y nos recibe el aparcacoches junto al Ferrari.

—Señorita. —Me abre la puerta para que suba al coche.

Tardamos unos diez minutos en llegar hasta el puerto. Es pequeñito y está repleto de barcos. Es una maravilla. Me siento observada por mi acompañante que me mira divertido por las expresiones

de asombro que pongo. Veo un barco bastante grande en el que van entrando turistas, junto a éste hay un cartel en el que pone *Excursiones a Isla de Lobos*. Supongo que es ahí donde nos dirigimos pero, una vez más, me sorprende y pasamos de largo. Avanzamos por el embarcadero hasta que se detiene junto a una gran embarcación, creo que es un yate pero no estoy segura. No entiendo nada de barcos.

—Nuestra excursión será privada —susurra en mi oído al ver mi desconcierto.

Sonríe y accede al barco por una de las dos escaleras que tiene en la parte trasera. Se vuelve y me tiende la mano para que suba. Cuando termino de subir, tira de mí y me pega a su cuerpo. Yo emito un gemido de sorpresa. Eso hace que sonría más ampliamente enseñándome sus perfectos dientes y que se le marquen unos pequeños hoyuelos en las mejillas. No me había fijado antes en eso. Es endemoniadamente perfecto.

—Verás lo bien que lo vamos a pasar —dice con su voz ronca.

Parece una promesa de algo sensual y a mí me recorre un escalofrío por la columna vertebral. *¡Marina, basta!* Parece que leyera mi pensamiento porque mueve la cabeza divertido.

—Vamos. —Me suelta, se da media vuelta y se adentra en el yate.

Es muy grande aunque, teniendo en cuenta que no he estado nunca en ninguno, no sé con qué compararlo. Tiene el suelo recubierto de madera. Parece de lujo. Entramos a una parte que está techada y hay un sofá semicircular frente a una mesa. Un poco más adelante, está la cabina en la que hay un chico sentado a los mandos.

—Marina, te presento a Miguel —dice Paul.

—Encantado, *mi niña*. —Se levanta, me besa la mano y yo le sonrío tímida—. ¿La ruta de siempre? —se dirige a Paul hablando en inglés.

—Sí, aunque con ella será diferente —responde en el mismo idioma.

Creo que Paul no sabe que les entiendo. Miguel lo mira extrañado y después me mira a mí. Es cuando repara en mi ojo morado, hace una mueca y vuelve a mirar a Paul.

—Un accidente —le dice cortante en inglés.

—*Ok* —responde Miguel serio—. Espero que disfrute del viaje —me dice con una sonrisa antes de dejarnos solos en la cabina.

Paul me indica que lo siga por unas escaleras que hay a la derecha que, supongo, nos conducen hacia los camarotes. Bajamos por ellas, nos adentramos en un pasillo estrecho y me va enseñando lo

que se esconde detrás de las puertas de madera que se sitúan a cada lado. Una sala de estar con cocina, un baño con ducha, una habitación con dos camas y, al fondo, un dormitorio con cama de matrimonio y baño privado. Todo está decorado con mucho lujo.

—¿Es tuyo? —le pregunto curiosa.

—¿El yate? —Asiento con la cabeza—. No, es alquilado. —Encoje los hombros—. Veraneo normalmente aquí y me lo reservan siempre.

Le tiene que costar mucho dinero. Siento curiosidad por saber qué tipo de trabajo tiene aunque tampoco le voy a preguntar, dejaré que él me lo cuente si quiere. Volvemos de nuevo hacia la escalera y Paul me cede el paso. Mientras subo, siento que nos ponemos en movimiento. Como no me lo esperaba, doy un traspié que me hace perder el equilibrio, por suerte, Paul está pegado a mí y amortigua mi caída. Siento que sus brazos me rodean con firmeza.

—¡Cuidado, *sweetie*! —exclama divertido por mi torpeza.

¿Me ha llamado *sweetie*? Me pongo roja como un tomate. Doy gracias a que estoy de espaldas, sino se reiría de mí. Me incorporo rápidamente y subo en un segundo los peldaños que me quedan.

—Ven, vamos a sentarnos mientras salimos del puerto —dice Paul, sentándose en un sillón que hay detrás del puesto de mando.

Nos quedamos en silencio. Yo miro hacia todos lados curiosa. Me fascina cómo Miguel maneja el barco tan fácilmente y lo hace salir del puerto sin rozar a ninguna otra embarcación. Observo todos los barcos que están atracados, unos con vela, otros más pequeños que el nuestro... y yo, como una niña pequeña. señalando todo. Salimos al océano y me quedo embobada observando su inmensidad. Creo que no he dejado de sonreír durante todo el tiempo.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —me pregunta el capitán del barco.

—Sí, ¿tanto se me nota? —respondo avergonzada.

—Sí, hacía tiempo que no veía a nadie tan entusiasmado por un viaje en barco. —Sonríe.

En ese momento me siento cohibida porque los dos me miran divertidos. Estarán acostumbrados a codearse con gente de mucho dinero y que no se asombren con nada de esto.

—Ven —me distrae Paul—, vamos a la cubierta, desde allí podrás verlo todo mejor.

Me tiende la mano y yo se lo agradezco porque, aunque el ritmo que llevamos es continuo, siento el balanceo del barco contra las olas. Me explica que salimos a proa, la parte anterior del barco y que,

a la parte posterior, se le llama popa. Después, que la izquierda es babor y la derecha estribor. Yo lo escucho atentamente, quiero retener todo lo que me dice porque no quisiera hacer más el ridículo.

—Relájate, *sweetie* —dice al ver mi expresión—, no pasa nada porque no lo sepas, hay personas que llevan años montando en barco y todavía no distinguen babor de estribor. —Sé que está intentando hacerme sentir bien. Se lo agradezco enormemente—. ¿Te apetece algo de beber? —cambia de tema.

—Agua.

—¿Agua? —Enarca las cejas—. Tenemos champán, todo tipo de vinos de postre, whisky...

¡Vaya! Sí que está preparado esto para una buena velada.

—¿Tú qué vas a tomar? —le pregunto al ver que insiste.

—Whisky solo con hielo, ¿quieres uno?

—No me gusta. —Tuerzo la boca.

—Abriré un espumoso entonces, ¿te parece bien? —pregunta con suavidad.

—Vale.

Sonríe de nuevo y me da un beso en la sien.

—Ponte cómoda.

Lo miro extrañada. ¿Dónde se supone que me pondré cómoda? No hay nada para sentarse en la proa. Cuando voy a preguntarle, saca un mando del bolsillo de sus vaqueros, me guiña un ojo y acciona un botón. Se escucha un leve zumbido a mis espaldas. Me llevo una sorpresa al darme la vuelta. Del suelo salen un par de plataformas de madera que se van inclinando hasta formar dos tumbonas. ¡Joder! Paul se acerca a ellas con dos colchonetas finitas y las coloca encima.

—Siéntate, Marina. —Me empuja hacia las tumbonas al ver que me he quedado asombrada.

Tomo asiento en una de ellas por inercia y él suelta una carcajada al ver mi boca abierta por la sorpresa. El sonido de mi teléfono móvil me saca de mi estado. Paul sonrío y desaparece en la cabina del barco mientras yo respondo a la llamada.

—¡Hola, guapi! —La voz de mi loca mejor amiga me hace sonreír.

—Hola, preciosa.

—¿Qué tal van esas vacaciones?

—Pues... —titubeo antes de contestar. No sé si es buena idea contarle lo de Tony.

—¿Qué?! ¿Ha pasado algo? —Tantos años juntas es lo que tiene, me conoce muy bien.

La voz de Paul interrumpe mi conversación.

—¿Te gustan las fresas? —grita para hacerse oír por encima del ruido del motor y las olas.

Giro mi cara y asiento con la cabeza.

—¿Quién es ese hombre?! —chilla histérica mi amiga y yo tengo que separarme un poco el teléfono de la oreja.

—Es un chico que he conocido aquí. —Omito lo demás, no quiero preocuparla.

—¿Y ese ruido?

—Me ha invitado a dar una vuelta en barco. —Tengo que apartarme otra vez el teléfono de la oreja porque Verónica ha vuelto a gritar.

—¿En barco?!... ¿Es rico o qué?!... ¿Está bueno?!... ¿Te lo has tirado ya!?

—¡Verónica! ¡Tranquilízate, por favor! —tengo que alzar la voz para que deje de preguntarme y pueda hablar—. Sí, en barco... creo que sí, lo que no sé es donde trabaja... muy muy bueno... y no, no me lo he tirado, ni tengo intención —susurro para que el objeto de tanta pregunta no me escuche aunque no sé si lo he conseguido porque siento que me roza en el brazo.

—Aquí tienes, *sweetie* —susurra cerca de mi cara tendiéndome una copa de vino.

—¡Ayyy! ¿Es guiri? —pregunta la curiosa de mi amiga.

—Sí, Verónica —contesto poniendo los ojos en blanco.

Paul se sienta en la otra tumbona y mira hacia el agua con una sonrisa contenida. Su actitud confirma que ha escuchado lo que he dicho sobre él.

—Bueno, entonces te dejo que sigas disfrutando de tu viaje. Ya me contarás —se despide entusiasmada—. Y... Marina...

—Dime.

—Déjate llevar y títatelo si está bueno —dice entre carcajadas antes de colgar.

Me quedo mirando atónita mi teléfono.

—¿Brindamos? —Me tiende su copa.

—Por las vacaciones —respondo con una sonrisa.

El vino está muy rico, suave y afrutado. Dejo mi mochila a un lado y me relajo en la tumbona. Cierro los ojos, inspiro profundamente y disfruto del aire que acaricia mi cara. Siento cómo pequeñas motitas de agua me salpican. Esto es genial. Abro los ojos y veo a Paul tumbado sobre su costado derecho, con la cabeza apoyada en el brazo y observándome atentamente.

—Así que estoy muy bueno y no tienes intención de acostarte conmigo —dice conteniendo la risa.

—Pero... ¿serás creído! —exclamo intentando no reírme—. No estaba hablando de ti, ¿sabes?

—Ya. —Sonríe de medio lado.

De pronto comienzan a sonar las primeras notas de una melodía, es *Coldplay*, la misma canción que puso en el coche. Sí que es completo el yate. Miro a mi alrededor y no puedo evitar pensar lo que ha tenido que vivir aquí Paul.

—Así que te lo reservan siempre —le digo con el mismo tono que ha empleado él antes.

—Sí.

—Y sigues siempre una ruta. —Me mira sorprendido—. Aunque yo soy diferente, ¿no?

—¡*Touché!* —suelta una carcajada.

Ya no aguanto más y me río con él. Es normal que sea un poco creído, es guapo, atractivo, tiene dinero y todas las mujeres babean cuando él aparece en escena. Aunque conmigo lo tendrá un poco difícil si va por ese camino, no soy tan superficial.

—Entonces, ¿prefieres que te hable en inglés? —pregunta enarcando una ceja.

—No, me gusta tu acento de *guiiri-borde* —le respondo con una sonrisa falsa.

—¿*Guiiri-borde?* —Suelta otra carcajada—. ¿Eso piensas de mí?

—Al principio sí, pero después de lo de anoche y esta mañana... —Le miro seria.

—No ha sido nada. —Le resta importancia con la mano—. Además, sí que tengo fama de borde, así que no te confíes. —Me saca la lengua como si fuera un niño travieso y vuelve a tumbarse sobre su espalda.

Pasan diez minutos en los que saboreamos las fresas y el vino y el yate se detiene. Paul se incorpora, se quita las zapatillas, los vaqueros y la camiseta dejando al descubierto su cuerpo moldeado por el gimnasio. ¡Dios! ¡Qué bueno que está!

—¿Te bañas? —interrumpe mis pensamientos calenturientos.

—¿Aquí? —Miro a nuestro alrededor y solamente veo agua.

Nos encontramos justo en mitad de las islas de Fuerteventura y la isla de Lobos.

—¡Claro! —exclama antes de pasar por encima de la barandilla del barco y tirarse de cabeza con elegancia al agua.

Le observo un momento cómo nada y me fijo en su perfecto culo. ¡Madre mía!

—¡Vamos! —grita desde el agua haciéndome señales para que me tire.

Me incorporo y comienzo a quitarme la ropa. Me acerco a la barandilla y titubeo. Esto está más alto de lo que parece. Paul me anima pero yo soy muy miedica y no me atrevo. Al verme dudar, sube por una de las escaleras y viene a por mí corriendo.

—¡No me tires! —le grito agarrada como una posesa a la barandilla.

—Si tú no quieres, no. —Levanta las manos en son de paz. Se coloca junto a mí—. ¿Lo hacemos juntos?

Lo miro, miro el agua, lo miro a él de nuevo y asiento con la cabeza.

—Vale.

—Pero antes, tienes que soltarte de ahí —se carcajea mientras me arranca las manos de la barandilla y en un segundo estamos en el agua.

Se ha tirado conmigo pegada a su cuerpo. Salimos a la superficie y sonrío. No ha sido para tanto. Nadamos un poco y Miguel nos tira un par de gafas de buzo.

—Toma. —Paul me coloca una de las gafas—. Verás que peces más bonitos hay por aquí. Sígueme.

Se sumerge en el agua y tira de mi mano para que lo siga. Buceamos durante unos minutos en los que vemos pasar varios bancos pequeños de pececitos de colores. Apenas se asustan de nosotros y casi consigo tocar alguno con la mano. Es muy divertido aunque yo tengo menos aguante que él y tengo que salir a la superficie varias veces para coger aire. Al cabo de unos minutos, en los que

jugamos en el agua como dos niños pequeños, Miguel nos llama para seguir con el viaje. Paul me ayuda a subir al barco porque soy muy torpe y no lo consigo sola. Volvemos a las tumbonas. Hace un poco de viento y yo tiemblo un poco. Entonces me acuerdo de que no he traído toalla. Voy a decírselo cuando lo veo aparecer con dos en la mano. Este hombre está en todo, no le falta detalle.

—¿Mejor? —pregunta rodeándome con una de ellas por la espalda.

—Sí.

Entro en calor en seguida pero él parece estar muy a gusto porque no se retira. Acaricia mis brazos todo el tiempo y tiene apoyada su mejilla en mi sien. Noto su respiración nerviosa. A cada momento que pasa me sorprende con su ternura. ¡Ay Marina! ¡Te gusta el guiri! Respiro hondo y me acomodo más en su abrazo. ¡Claro que me gusta! ¿Y a quién no le gustaría un hombre así? Alzo mi cabeza para mirarle y me pierdo en sus ojos azules llenos de deseo. Me gira para quedar cara a cara. Nos miramos. Él me aprieta más contra su musculoso cuerpo. Mi respiración se acelera y Paul lo nota. Acerca su cara lentamente a la mía sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Noto su cálido aliento sobre mis labios y no puedo evitar pasar mi lengua por ellos. Esa era la señal que estaba esperando para besarme.

Siento sus suaves labios contra los míos. Yo cierro mis ojos y suspiro. Paul introduce su lengua ansiosa en mi boca y yo le dejo. Sabe a sal pero no me importa. Me estoy dejando llevar por el momento. Lleva una de sus manos hasta mi culo y me aprieta contra él. Emito un gemido y parece que eso le excita. Con la otra mano me agarra de la nuca para profundizar más su beso. Nuestras lenguas bailan con un ritmo pausado. Soy todo sensaciones. Mi piel se eriza, mis pezones se endurecen. Él parece también notarlo y acelera el ritmo de sus besos. Nos estamos excitando. Siento su erección contra mi abdomen y eso me acobarda un poco.

—Paul... —Intento separarle de mí.

Me mira con los ojos entornados. Alza mi barbilla para besarme otra vez pero en esta ocasión pasa sus dulces labios por la comisura de los labios, sigue la línea de mi mandíbula hasta llegar al lóbulo de mi oreja y darme un pequeño mordisco en él. Eso lo he sentido hasta en lo más profundo de mi ser.

—Paul... por favor... —consigo decir empujándole un poco más fuerte.

Se separa un poco de mí y me mira con la respiración alterada. Me suelta y se aleja un poco pasando sus manos por la cabeza. Le he desconcertado. Me mira otra vez y hace una mueca de disgusto.

—¡Shit*! —exclama desapareciendo por el interior de la cabina.

Cierro los ojos arrepentida por mi actitud. ¿Por qué no me he dejado llevar? Tengo que dejar de pensar tanto las cosas. ¡Síguelo! —dice mi conciencia. Mis piernas actúan solas y me llevan detrás de él. Sin mirar a Miguel, bajo por las escaleras para buscar a Paul. Voy hasta el dormitorio y escucho el sonido de la ducha. Entro en él dispuesta a pedirle disculpas pero algo me llama la atención. La puerta del baño está entreabierta y lo veo. Está completamente desnudo y se mueve. Me acerco con cuidado de no hacer ruido. La curiosidad me puede. Me asomo por la puerta y me quedo paralizada al descubrir lo que está haciendo. ¡Se está masturbando!

Tiene los ojos apretados y su rostro está en tensión. La frente la tiene apoyada en los azulejos. Desliza su mano suavemente por toda la largura de su grande pene, dándose placer. Suspira. La otra mano también la tiene apoyada contra los azulejos. Desde mi perspectiva veo su perfil. Es todo un privilegio ver a todo un adonis en semejante situación. La excitación de sus besos y la visión que estoy teniendo ahora mismo hace que mi temperatura corporal suba. Apoyo un hombro en el quicio de la puerta y una de mis manos, como si tuviera vida propia, baja hasta las braguitas de mi bikini. Mis dedos buscan el centro de mi deseo, ansiosos, hasta que lo encuentran. Comienzo a acariciar mi clítoris. Estoy muy húmeda.

Paul no parece darse cuenta de mi espionaje y eso me excita aún más. Cuando él acelera el ritmo de sus caricias, aumento yo las mías. Mi otra mano, libera uno de mis pechos del sujetador del bikini y me lo pellizca. Gimo. Él acelera el ritmo y mueve un poco sus caderas. Lo imito. Imagino que su pene está dentro de mí e introduzco uno de mis dedos en mi chorreante vagina. Estoy a punto de irme. Gimo otra vez. ¡Mierda, me ha escuchado!

Gira su cara y me mira. No deja de masturbarse. Aprieta la mandíbula y me recorre el cuerpo con su mirada que se posa en mi pecho descubierto. Yo me detengo.

—¡Sigue! ¡No te pares! —ordena entre dientes.

Sin saber por qué, le obedezco y sigo tocándome. Muevo mis caderas al ritmo de sus caricias. Pellizco más fuerte mi pecho y gimo otra vez. Él sisea entre sus dientes y acelera más. Su pene está muy hinchado. Yo me relamo los labios lujuriosa.

—¡Vamos, *sweetie*! —susurra excitado.

Gimo más fuerte y me dejo llevar. Ya no siento vergüenza.

—¡Marina! —Se corre con un gruñido mirándome con sus preciosos ojos azules.

—¡Ah! —Alcanzo el orgasmo al ver cómo su semen sale disparado hacia su abdomen.

¡Madre mía! Nunca había escuchado a nadie decir mi nombre de esa manera tan sensual. Ninguno de los dos nos movemos. Solamente nos miramos con las respiraciones alteradas.

¹*Sweetie: Cielo, dulce, encanto.*

²*Shit: Mierda.*

No puedo creer lo que acaba de ocurrir. Primero le niego el mantener contacto y, cuando voy a pedirle disculpas, lo espío y me masturbo delante de él. ¿Qué pensará sobre mí? Estoy tan avergonzada con mi actitud que soy incapaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Paul me observa con semblante serio mientras se regulan nuestras respiraciones. Está guapísimo con un ligero rubor en sus mejillas debido al orgasmo. Recorro su impactante cuerpo con la mirada y me detengo en su miembro que está aún erecto. Tengo unas ganas enormes de abalanzarme sobre él y besarlo. ¡Madre mía!

—¿Estás bien? —pregunta Paul con suavidad.

—Sss... sí.

Va a salir de la ducha para acercarse a mí pero yo retrocedo instintivamente. Él se detiene desconcertado.

—¿Quieres ducharte? —Se aparta un poco y me invita a pasar.

—Pre... prefiero hacerlo en el otro baño —susurro bajando la mirada.

Silencio. Seguramente la acabo de fastidiar.

—Las toallas que hay en el mueble del otro baño están limpias, coge la que quieras —dice bruscamente al tiempo que cierra la mampara y se comienza a duchar.

¡Mierda! Se ha enfadado. ¡*Normal Marina!* —grita mi conciencia. Sintiéndome fatal, cierro la puerta del baño y me dirijo hacia el otro para ducharme. Mientras lo hago, no dejo de recordar su voz al pronunciar mi nombre. Yo he hecho que un hombre muy atractivo llegue al clímax sin ni siquiera tocarle. En ese momento me sentí poderosa pero ahora... ¿por qué no puedo ser como Verónica? ¿O como el resto de mujeres de mi edad que están solteras? Hay una chica en la oficina, se llama Sonia y está divorciada, como yo. No es muy atractiva pero liga mucho, al menos, eso es lo que dice. Se divorció hace un par de años y, al principio le pasó como a mí, se sentía un poco perdida pero un día cambió y comenzó a hacer amigos nuevos y a salir todos los fines de semana. Parece otra persona, más joven y cada cierto tiempo cambia de pareja. No suele acostarse con el primero que se le presenta pero tampoco quiere una relación larga. Ojalá yo cambiara el chip como ella.

Suspiro y dejo que el agua de la ducha caiga con fuerza sobre mi cabeza. No quiero salir y

enfrentarme a Paul. Seguramente pensará que soy una calentona o... a saber... Unos golpes en la puerta del baño me sacan de mis pensamientos.

—Te espero en cubierta —escucho decir a Paul.

—¡Vale! —le grito desde la ducha.

¿Lo ha dicho enfadado? No acabo ni de empezar mis vacaciones y ya estoy metida en un buen lío. Paul me gusta pero no sé cómo dejarme llevar con él. Creo que es normal lo que siento, solamente me he acostado con un hombre en mi vida. Necesito adaptarme, eso es todo.

Termino de mi ducha regañándome a mí misma por compadecerme y me seco con una de las toallas que hay en un mueble pequeño del baño. Es muy suave y esponjosa. Vuelvo a colocarme el bikini, peino un poco mi cabello con un peine que he encontrado en un cajón y respiro hondo antes de encaminarme hasta la cubierta del barco.

Subo las escaleras y Miguel no está en el puesto de mando, ¿nos habrá escuchado? Mejor ni lo pienso. Salgo a proa con paso lento. Paul está a un lado mirando hacia el mar, pensativo. Como si se percatara de mi presencia, se gira y me mira. Yo respiro hondo haciendo acopio de valentía y comienzo a hablar.

—Paul...

Me hace un gesto con la mano para que me calle.

—Te dije que íbamos a tomárnoslo con calma y no lo he cumplido —dice con suavidad—, lo siento.

¿Se está disculpando? ¡Pero si he sido yo la que ha metido la pata!

—Paul, no ha sido culpa tuya —replico—, he sido yo la que te he espiado y después... —no puedo ni decirlo.

Se acerca hasta donde estoy quedándose a escasos centímetros de mí. No me toca.

—No —dice determinante—, yo comencé a besarte, por lo tanto, es culpa mía. Tampoco te negaré que lo que ha ocurrido en el baño no me ha gustado y no quiera repetirlo. —Hace una pausa para que lo asimile—. Pero no voy a obligarte a hacer nada que tu no quieras hacer, ¿de acuerdo?

Espera pacientemente mi respuesta. ¿De dónde ha salido este hombre? No puede ser tan perfecto. Quiere repetir lo de antes... ¿y yo? ¿Quiero?

—De acuerdo, pero no me has obligado a nada —respondo con un susurro.

Él asiente con la cabeza y me indica que nos sentemos en las tumbonas.

—Marina, te voy a ser sincero. —Clava sus ojos azules en los míos—. Es la primera vez que me encuentro en esta situación. Y luego está lo que te pasó anoche... —suspira—. Me gustas y quisiera acostarme contigo o volver a hacer lo de antes. Quiero que pasemos juntos estas vacaciones, si tú quieres.

¡Le gusto! ¡Y quiere pasar las vacaciones conmigo! ¡Dios! Me prefiere a mí a otra que le pueda dar lo que quiere a la primera. Esto es un sueño del que no quiero despertar. Frente a mí tengo a un adonis rubio que me está diciendo claramente lo que quiere conmigo, nunca me había encontrado en esta tesitura. Bueno, no es que mi ex fuese feo pero no era un semidiós rubio como el que me está hablando. Vamos, que si me dijese Paul ahora mismo que su trabajo es ser modelo, me lo creería.

—¿Y bien? —pregunta al ver que no respondo.

—Me parece bien —contesto con firmeza—. Pero antes deja que te haga unas preguntas. —Asiente extrañado. Tengo unas dudas y quiero resolverlas antes de pasar las vacaciones junto a él—. Mientras estemos tú y yo pasando las vacaciones juntos, pase lo que pase, ¿te acostarás con otras? —Él alza las cejas sorprendido—. Quiero dejar las cosas claras antes de continuar con esto, nada más —le digo al ver su reacción.

—No —contesta tajante—. Por lo general, cuando estoy con una mujer, intento no estar con otra. Aunque no tengamos nada serio no me parece correcto estar con dos a la vez —aclara con gesto solemne.

¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba. Aunque no puedo evitar hacerle la pregunta que me lleva rondando en la cabeza desde que los vi juntos en el hotel.

—¿Y Silvia?

Resopla y mira hacia otro lado.

—Ya te he dicho que no tengo nada con ella. —Me mira frunciendo el ceño.

—Pero anoche...

—Sí, anoche me la follé —dice con brusquedad pero al ver mi reacción suspira y suaviza el tono—. Estuve con ella el año pasado y fue todo muy bien, nos divertimos juntos y nos despedimos dejando claro que no iba a volver a pasar. No suelo repetir con nadie, nunca y lo dejo muy claro al comenzar mis relaciones pero Silvia se encargó de conseguir mi teléfono y acosarme durante todo el

invierno. Cuando llegué ayer y la vi aquí fue el colmo y por eso la trato así. No tenía que haberme ido con ella anoche, lo sé, pero estaba tan cabreado por tu baile con el guaperas del camarero y...

—¿Te acostaste con ella porque estabas enfadado conmigo? —le pregunto incrédula.

—Sí. —Aparta la mirada cuando me responde.

Me quedo en silencio. No sé qué decir. ¿Esto es normal? ¿Esto lo habrá vivido Verónica con sus rollos? Creo que la tendré que llamar luego y tener una larga charla.

—Marina —llama mi atención porque me ve divagar—, ¿me darías el gusto de pasar las vacaciones conmigo? —me pide con ojos suplicantes.

Le miro. Parece sincero y arrepentido por lo que hizo con Silvia.

—Paul, no sé nada de ti —va a interrumpirme pero yo le pongo un dedo en sus labios—. Yo también quiero ser sincera contigo. Como ya te dije, hace seis meses que me divorcié, después de quince años de relación. Solamente he estado con un hombre en mi vida y se me hace duro el pensar en que otro me toque, no porque siga queriendo a mi ex —le aclaro al ver su expresión—. Es porque no me ha visto nadie más desnuda. —Me sonrojo.

—¡Eh! —Me agarra la mano cariñosamente—. Ya te he dicho antes que vamos a ir poco a poco. Además, lo poco que he visto me ha gustado, eres preciosa —dice con voz ronca.

Nos miramos a los ojos y siento un escalofrío por todo mi cuerpo. A pesar de que no le conozco, me gusta y mucho. Las palabras de mi mejor amiga resuenan fuerte en mi cabeza: «déjate llevar y tíratelo si está bueno...».

—Sí —susurro.

—¿De verdad?

—Sí, Paul, pasaré las vacaciones contigo —digo con una sonrisa tímida.

Mi respuesta hace que se le ilumine la cara. Esboza una gran sonrisa y me besa los nudillos de la mano.

—Lo pasaremos genial, ya verás —dice entusiasmado—. Pero ahora, vamos a continuar con nuestro viaje en barco. —Me guiña un ojo—. ¿Te apetece más espumoso?

Asiento con la cabeza, él desaparece en el interior de la cabina pero a los dos segundos vuelve con la botella y rellena nuestras copas. Nos relajamos en las tumbonas disfrutando de los vaivenes del barco.

Durante los diez minutos siguientes no hablamos, simplemente nos sonreímos y disfrutamos del viaje y la vista del océano.

—Ya mismo llegamos. —Me señala Paul la isla.

De cerca es espectacular, un paraíso. Nos preparamos para atracar en el embarcadero de *Puertito de Lobos*. Mientras me visto y me siento detrás de Miguel para ver cómo hace las maniobras, Paul prepara una mochila con un par de toallas, agua y algo más que no consigo ver. Cuando el barco se detiene, los dos salen para amarrarlo y yo me quedo embobada viendo cómo el rubio se mueve con agilidad.

—¿Disfrutando de la vista? —dice cuando termina.

—Sí —admito con una gran sonrisa y él suelta una carcajada.

Nos despedimos de Miguel entre risas y, cuál es mi sorpresa, cuando este le pasa una tabla de surf a mi acompañante.

—¿Prácticas surf? —le pregunto asombrada.

—Sí, en *La Caldera* hay unas olas muy buenas y quiero que me veas en acción. —Sonríe de oreja a oreja.

Bajamos del barco y nos adentramos por uno de los caminos indicados para turistas. No podemos salir de sus límites, está todo protegido y me alegro de que sea así. Sería una pena que edificaran aquí. Rodeamos la isla admirando el paisaje lleno de dunas y vegetación.

—Espera —dice al cabo de diez minutos de caminata—. No quiero que te quemes. —Sonríe y me enseña un bote de protección solar que ha sacado de la mochila.

Abre el bote y echa un poco de crema en sus dedos. Se acerca a mí, seductor y comienza a untarme las mejillas y la nariz con ella. Continúa por mis brazos, se agacha y me pone también por las piernas. Siento cómo me masajea con sus grandes manos y las imagino tocándome por otras partes de mi cuerpo. Abro los ojos de repente porque creo que he emitido un gemido. Paul me observa divertido. Menea la cabeza y seguimos con nuestro camino.

De pronto, siento la necesidad de agarrarme de la mano a Paul. Me gusta su compañía. Me va explicando cosas técnicas del surf para que vaya entendiendo lo que va a hacer en el agua. Aprovecho un momento que se cambia la tabla de brazo para acercarme y agarrar su mano libre. Él me mira de reojo sorprendido pero enseguida sonrío y entrelaza sus dedos con los míos.

Al cabo de casi una hora de camino y, al subir una pendiente, nos encontramos con el volcán de la isla. *La Caldera* se alza majestuosa ante nosotros. A las faldas de esta, hay varios chicos preparados con sus tablas de surf para meterse en el agua. Paul me aprieta la mano entusiasmado, se ha levantado bastante viento y, al parecer, va a ser una buena tarde de olas. Llegamos hasta la orilla y mi acompañante saca de la mochila una toalla para ponerla en el suelo, a continuación, se desviste y se coloca un traje de neopreno. Mientras lo hace no puedo evitar imaginármelo con ese traje en situaciones calientes. Está muy sexy con él. Le marca todo y cuando digo todo, es todo.

—Disfruta del espectáculo —dice cogiendo la tabla—. Soy un experto, no te preocupes —me tranquiliza al ver mi cara de preocupación ante las olas tan grandes que se están formando en el agua.

Me dedica una gran sonrisa antes de darse la vuelta.

—Paul. —Me acerco a él—. Ten cuidado. —Me pongo de puntillas y le doy un beso casto en los labios.

Sonríe por mi impulso, acaricia mi mejilla y se marcha para adentrarse en el agua. Yo intento relajarme. Me siento en la toalla para observarle detenidamente. Coloca su cuerpo encima de la tabla y nada con los brazos en contra de las olas, cuando llega una, de un solo movimiento, se pone de pie y comienza a surfear. Abro la boca asombrada por sus movimientos de cadera y pies. Junto a él están los otros chicos, parece que van a chocarse unos con otros pero controlan bien las distancias y eso no ocurre.

Es la primera vez que veo surfear a alguien en directo. ¿Cómo lograrán mantener el equilibrio? Con lo patosa que soy yo, no duraría ni dos segundos. De hecho, creo que ni conseguiría ponerme de pie sobre la tabla. Durante unos minutos lo veo surcar las olas, subir y bajar de su tabla con agilidad y puedo distinguir su cara, pasa de la concentración a la felicidad en segundos. En algunos momentos, me saluda y yo le correspondo agitando la mano. Sí, definitivamente es como un niño.

Me estoy divirtiendo mucho al verlo caer de la tabla pero, de pronto, algo ocurre. Una gran ola se acerca peligrosamente. Mi corazón comienza a acelerarse. Paul se dirige hacia ella y comienza a surfear pero se descontrola y pierde el equilibrio. Me pongo de pie. No lo veo. Su tabla ha salido a la superficie pero él no. ¡No! ¡¿Dónde está?! Me acerco rápidamente hasta la orilla. Se ha levantado mucho oleaje y a los demás surfistas también les está costando salir. La tabla de Paul llega hasta mis pies.

—¡¿Dónde estás?! —digo con impotencia.

Lo busco nerviosa con la mirada. Entonces, mi corazón da un vuelco al ver su cabeza entre las

olas. ¡Uf! Nada hacia mí y sale del agua sonriendo. ¿Será...?

—¡Uf! ¡Menudo revolcón que me ha dado! —exclama con una carcajada cuando llega hasta mi altura.

—¡No vuelvas a asustarme de esa manera! —le grito al tiempo que le doy un empujón en el pecho.

—¡Eh! ¿pero qué te ocurre? ¡Solo ha sido un revolcón! —me dice perplejo ante mi actitud.

—¡Me has asustado! Pensé que... —no puedo terminar la frase.

Lo miro con angustia. No puedo contenerme. Me acerco y entierro mi cabeza en su pecho mojado. Le rodeo con mis brazos y lo aprieto contra mí con fuerza. Paul tarda un poco en responder a mi abrazo pero finalmente lo hace. Me besa la cabeza y pasea sus manos por toda mi espalda para tranquilizarme.

—Tranquila —su voz retumba en su pecho.

Nos quedamos un tiempo así. Él acariciándome la espalda y besándome la cabeza. Yo sollozando en su pecho. ¿Por qué me he puesto así? Apenas lo conozco y he temido por su vida. Me tiene totalmente desconcertada el inglés.

—Marina. —Me separa un poco para mirarme a los ojos—. No llores por favor. —Me enjuga las lágrimas que caen por mis mejillas sin pausa—. ¿Qué te ha ocurrido para que tengas ese miedo al riesgo? —pregunta escrutándome con sus ojos azules.

—Nada —me muerdo el labio y miento—. Es solo que me he asustado al no verte salir del agua, nada más.

Me mira pero no dice nada. Me parece que no me ha creído. Normal, nunca he sabido mentir.

—*Ok*, pues quita esa cara de tristeza que ya estoy fuera. —Aparta un mechón de pelo de mi frente—. ¿Damos un paseo?

Asiento con la cabeza e intento sonreír mientras él se cambia. Será lo mejor. No quiero angustiarme más si sigue con el surf.

—Vamos. —Agarra mi mano y tira de mí para adentrarnos en el camino que rodea la isla.

Mientras paseamos, hablamos de tonterías. Paul me hace reír, tiene un buen sentido del humor, a pesar de la fama del humor inglés. El paseo es muy entretenido y él ha conseguido que me olvide del incidente del agua. Estoy fascinada con toda la vegetación y dunas que nos vamos encontrando a los lados del camino marcado. En un momento dado, nos paramos a observar unos pájaros que no había

visto en mi vida. Por lo que me cuenta Paul, también son especies protegidas.

Sin darnos cuenta del tiempo que ha transcurrido, llegamos de vuelta a *Puertito*. Tengo un calor tremendo y Paul sugiere que sigamos andando hasta llegar a *La Caleta* para darnos un chapuzón. Acepto su sugerencia y seguimos hasta llegar a una playa de arena blanca y aguas cristalinas.

—Sigamos un poco más, aquí hay demasiada gente —dice Paul sin detenerse.

Seguimos y, más adelante, la playa es más larga y, apenas hay gente. Un par de parejas haciéndose arrumacos y un par de familias con niños. Nos situamos cerca de la orilla, nos quitamos la ropa y, sin soltarnos de la mano, nos adentramos en el agua.

¡Mmm... qué gustito! Me adentro más en el agua y sumerjo mi cabeza en ella. Cuando salgo, me sobresalto al sentir que Paul está muy cerca de mí. Me mira como un lobo hambriento o eso me parece a mí. Se va acercando cada vez más hasta que casi me roza con su increíble cuerpo. Me observa en silencio, recorre con su mirada mi cuerpo y su respiración se acelera. La mía también. No sé si podré resistirme en el caso de que me bese otra vez. Pero no lo hace, me mira a los ojos con deseo antes de lanzarse de cabeza al agua y alejarse de mí nadando. ¡Madre mía! Él siente la misma atracción hacia mí que yo siento hacia él.

Nado un poco para despejarme pero enseguida salgo, no me gusta estar sola en el agua y Paul parece concentrado en nadar solo. Me tumbo en la toalla, cierro los ojos y comienzo a pensar en lo que ha ocurrido en estos dos días. En mi encuentro con el inglés en el aeropuerto y sus intenciones en el avión. Desde el principio ha mostrado interés en mí y yo me convertí en un reto al rechazarle. Supongo que cualquier mujer, en mi lugar, hubiese caído a la primera y se hubiese lanzado a sus brazos sin rechistar. La verdad es que es para hacerlo y sin arrepentimientos. Lo malo es que ha topado conmigo.

Mientras continúo con mi diálogo interior, siento que alguien me hace sombra y noto caer gotitas de agua sobre mi cuerpo. Abro los ojos y allí me encuentro a mi atractivo acompañante. Mojado y mirándome con la cabeza ladeada.

—Tengo unas ganas enormes de besarte —me dice con voz ronca.

—Hazlo —suelto sin pensar.

Él se agacha y se coloca encima de mí, apoyando sus codos en la toalla. Su cuerpo mojado me aprisiona contra la arena pero no me importa. De su pelo caen gotas de agua que acaban en mi cara. Tampoco me importa. Estamos los dos perdidos en nuestras miradas. Acompasando nuestras

respiraciones nerviosas.

—¿Segura? —pregunta en un susurro.

Noto su cálido aliento en mi boca. Está muy cerca.

—Sí.

Acerca su boca a la mía y la roza suavemente con sus labios, que están fríos por el chapuzón que se ha dado en el agua. Comienza a darme besitos por las comisuras de mis labios y su alrededor para terminar en el centro. Respondo gustosa a sus besos. Abro mi boca para darle acceso a su interior, en un segundo, noto su lengua caliente y húmeda invadirlo. Hacemos más profundo el beso. Suspiramos. Alzo mis brazos para agarrarle del pelo y apretarlo más contra mí. Aceleramos el ritmo entre suspiros y gemidos. Entonces noto en mi abdomen su erección. Él sonrío y se aparta un poco.

—Como sigamos así, no respondo —susurra contra mis labios.

Sonrío tímida y le doy un pequeño y casto beso en la boca. Paul rueda sobre su costado derecho hasta acabar boca abajo en la otra toalla. Me mira con ojos penetrantes, suspira y los cierra.

Suspiro sonoramente y miro hacia el cielo despejado. El beso que nos acabamos de dar ha sido muy intenso. Me siento un poco culpable por frenarle. Por mucho que haya sido un caballero no creo que aguante demasiado tiempo sin que yo acepte acostarme con él. Como ya me ha dicho, no está acostumbrado a que ninguna mujer lo rechace.

Durante un momento, miro hacia el precioso cielo, pensando en cómo ha cambiado mi vida en apenas seis meses. Quién me iba a decir que hoy estaría en Fuerteventura de vacaciones junto a un atractivo inglés que quiere acostarse conmigo. Giro mi cara y le observo. Su respiración se ha regulado y se ha vuelto más profunda, ¿se habrá dormido? Alargo mi mano y paso un dedo por su frente, bajando por su nariz hasta llegar a sus labios. Repaso la forma del superior con la yema del dedo y, cuando bajo hasta el inferior, Paul abre los ojos y me lanza un bocado haciendo que me sobresalte y profiera un fuerte grito.

Se abalanza sobre mí aprisionando mis manos sobre mi cabeza. No me puedo mover. Me tiene totalmente inmovilizada. Me mira divertido y comienza a besarme por el cuello. Me hace cosquillas y me da un ataque de risa.

—Así que tienes cosquillas... —dice enarcando una ceja.

—¡No, por favor! —grito entre risas.

Sigue con su tortura en el cuello y baja hasta mi barriga. Esa es mi perdición. No soporto que nadie me bese en la barriga, tengo muchas cosquillas. Me retuerzo debajo de él intentando, en vano, girarme.

—¡Paul, para! —Creo que me voy a hacer pis encima.

Él sigue pasando su boca y su nariz por mi abdomen sin descanso. Mis gritos y mis espasmos no le frenan.

—¡Por favor! —grito con lágrimas en los ojos.

—¡Vale, vale! —Se detiene y me mira con ternura.

Intento bajar mis brazos pero Paul me lo impide.

—¿Sabes que te tengo a mi merced? —dice con su voz ronca—. Si quisiera... —Acerca su nariz a mi cara y aprieta su cuerpo contra el mío.

—Paul...

Me mira como un lobo hambriento. Intento moverme pero no puedo. Nuestras respiraciones se alteran. Roza suavemente su nariz con la mía. Creo que va a besarme otra vez pero al ver mi nerviosismo no lo hace. Sonríe.

—Es broma. —Se incorpora liberándome por completo.

Vuelve a su toalla y yo echo de menos su calor corporal. Me incorporo para quedar a su altura. Me sonrío y yo me derribo. Quiero conocerlo un poco más.

—Cuéntame cosas sobre ti —le pido con suavidad.

Me mira pero no dice nada. Levanta una mano y recoge un mechón de mi pelo para colocarlo detrás de mi oreja.

—¿Cenaremos juntos? —pregunta sin apartar su mirada de la mía.

—Si tú quieres, claro —respondo encogiéndome de hombros.

—Entonces, esta noche te contaré algo sobre mí. —Sonríe ampliamente—. Deberíamos marcharnos ya.

—¿Ya? —Miro hacia el océano y pongo cara de pena.

—Es tarde y tengo que llegar pronto al hotel. —Le miro sorprendida. Se acerca y me susurra en el

oído—. Tengo una cita esta noche y no quiero llegar tarde.

Suelto una carcajada nerviosa. No deja de provocarme. Recogemos las cosas y volvemos al barco. El camino de vuelta a Corralejo lo pasamos en la cabina de mandos hablando con Miguel. Me fijo más en él, no tendrá ni treinta años, de pelo corto y castaño, está en muy buena forma y tiene los ojos del mismo color que su pelo. Es muy guapo y tiene la piel bronceada por el sol. Pienso que a Verónica le gustaría mucho. Me cuenta que nació allí y proviene de una familia de pescadores, de ahí su pasión por los barcos. Es muy simpático y divertido y me hace reír con sus bromas. Paul nos observa serio. Apenas participa en la conversación. ¿Qué le ocurre?

—Así que... eres madrileña... —dice Miguel.

—No, soy cordobesa pero llevo unos cinco años viviendo en Madrid.

—¡Ah! Es cierto lo que dicen. —Le miro sin saber qué quiere decir—. Que ustedes son muy bonitas, las andaluzas —dice con una sonrisa sexy.

Yo me pongo roja y le sonrío tímida. En ese momento, Paul resopla y se va al sofá semicircular que hay en la popa. Miguel tuerce la boca y mira en su dirección.

—Creo que le ha molestado mi comentario —dice con cara de circunstancias.

Miro en dirección al inglés y veo su cejo fruncido y tensión en su mandíbula.

—¿Tienen algo serio ustedes? —pregunta curioso.

—Nos hemos conocido aquí —respondo extrañada por la actitud de Paul.

—Entonces no lo entiendo... —dice pensativo—. Ya estamos llegando, acomódate —me pide con una sonrisa y se gira para tomar los mandos de nuevo.

Miro hacia Paul. Me mira. En su mirada hay tensión. ¿Tendrá razón Miguel? Se levanta y espera a Miguel para amarrar el barco. Lo hace en silencio. Cuando terminan, se dirige hacia mí.

—Vamos —dice secamente cogiendo su mochila.

Me despido de Miguel con una sonrisa y le doy las gracias por el paseo. Ellos dos se despiden con un gesto. Bajamos al embarcadero para ir al coche. Paul me abre la puerta para que suba y da un portazo. Sí, está enfadado. Se sube y arranca. Sale del aparcamiento y acelera.

—¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntarle.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Sueles flirtear así con los hombres? —sisea entre dientes.

Lo miro boquiabierta.

—¿Cómo dices?!

—No te hagas la tonta conmigo, le has gustado a Miguel y tú le seguías el juego —suelta furioso.

Abro los ojos como platos.

—Para el coche —digo sin mirarle.

Me mira pero no se detiene.

—He dicho, que pares el coche. —Le miro enfadada.

—Marina...

Me acerco a él.

—Paul, ¡detén ahora mismo el coche! —grito cerca de su cara.

Resopla. Se hace a un lado de la carretera y frena con brusquedad. Antes de que él diga nada, agarro mi mochila y salgo del coche pegando un portazo. Camino resoplando por el arcén de la carretera. ¡¿Será capullo!?. Cuando llevo un par de metros, siento que me tiran del brazo.

—¿A dónde vas? —pregunta enfadado dándome la vuelta para quedar cara a cara conmigo.

—De vuelta al hotel —respondo entornando los ojos—. ¡Suéltame! —Intento deshacerme de su mano.

—Yo te llevo, no quiero que vuelvas sola —dice suavizando la voz pero igual de serio.

—No, no pienso ir con alguien que me acusa de algo que yo no he hecho. —Consigo soltarme de su agarre y prosigo con mi camino.

—Marina, por favor. —Se adelanta y me intercepta. Me paro mirándolo con los brazos cruzados—. Deja que te lleve, no conoces este sitio.

Resoplo y miro a mi alrededor. Tiene razón, seguramente me perderé y no tuve la precaución de coger el número de la empresa de taxis. Maldigo entre dientes. Doy media vuelta y vuelvo al coche sin mirarle. Me pongo el cinturón y espero pacientemente a que él vuelva. Durante el camino de vuelta, no hablamos. Llegamos al parking del hotel y yo salgo rápidamente del coche cuando lo detiene. Voy hasta el ascensor con Paul siguiéndome de cerca. Entro cuando se abren las puertas y él

aprieta el botón de la segunda planta. Silencio. Estoy muy enfadada por lo que me ha dicho, ¿a qué vino eso? Suena el pitido cuando estamos en la segunda planta. Salgo ofuscada. Antes de llegar a mi habitación me agarra del brazo otra vez.

—¿Qué quieres? —Le miro amenazante.

—Lo siento... perdóname —susurra clavando sus ojos azules en mí.

Lo miro pero no respondo.

—No sé qué me ha pasado. —Se toca el pelo desconcertado—. ¿Sigues queriendo cenar conmigo?
—pregunta suavemente.

Esta situación es totalmente nueva para los dos. Yo no sé cómo actuar con el desconocido que tengo delante y sus borderías¹ no ayudan. Se acerca a mí.

—Por favor —susurra—, déjame compensarte esta noche.

Al ver sinceridad en sus ojos, decido darle una oportunidad y asiento. Él sonríe y ya me ha ganado del todo.

—Pasaré a por ti sobre las ocho y media, ¿de acuerdo?

—Vale —respondo seria.

Doy media vuelta y entro en mi habitación. Me apoyo en la puerta y suspiro. Esta noche aclararemos las cosas. Miro la hora. Tengo una hora y media para prepararme. Antes de meterme en la ducha, decido llamar a Verónica.

—¡Guapi! —dice mi amiga loca.

—Hola.

—¡Oh, oh! ¿Qué ocurre? —pregunta al escuchar mi tono de voz.

—Verónica... ¿cómo lo haces?

—¿El qué?

Comienzo a relatarle todo lo que ha pasado desde que me topé con Paul en el aeropuerto de Madrid. También le cuento lo que pasó con Tony. Ante eso, mi amiga se indigna y comienza a insultarlo. Después de intentar convencerla de que me encuentro bien, me explica su primera vez con un ligue de una noche.

—Como ya te he dicho, yo también estaba nerviosa pero no te preocupes, se te pasará. Además, le debes de gustar mucho para haberte ayudado y animado después de lo de anoche.

—No lo sé. —No me convence—. Seré una más de sus conquistas vacacionales.

—Se ha puesto celoso con el tal Miguel y con el camarero también, así que no creo que seas una más... tú relájate, disfruta de la cena, háblalo con él y, si no te gusta o ves que no quieres nada, con dejárselo claro es suficiente —hace una pausa—. Pero Marina, creo que deberías darle una oportunidad. Por lo que me cuentas, para él también es algo novedoso el toparse con una chica como tú.

No sé cómo lo hace pero al final me convence. Por eso es mi mejor amiga. Siempre me expone los pros y los contras de todo. Ojalá fuese como ella y lo viese todo tan fácil.

—¡Venga Marina! —exclama desesperada—. Que la vida son dos días y hay que aprovechar el momento. Tíratelo y eso que te llevas en el cuerpo.

Me hace reír. Me interroga para que le describa a Paul y, cuando lo hago, ella pega un grito.

—¡Entonces, con más razón te lo tienes que tirar! No todos los días te encuentras con un adonis rubio. Si no lo haces, iré allí y lo haré yo —amenaza entre carcajadas.

—Vale, vale. Lo intentaré.

—Así me gusta. Mañana me llamas y me cuentas —lo dice con tono sensual.

—¡Verónica!

—Venga va, arréglate y ponte sexy para ese dios griego. Y, Marina.

—Dime.

—No pienses tanto las cosas, una locura de vez en cuando está bien —dice antes de colgar.

Me dejo caer en la cama y cierro los ojos. Medito todo lo que me ha dicho Verónica. Tiene razón, mucha razón. La vida son dos días y no sabes lo que te deparará el mañana. A mí me cambió de un día para otro y no solo con mi matrimonio. Abro los ojos de nuevo y miro hacia el balcón de la suite. Paul está asomado y hablando por teléfono. Camina de un lado a otro nervioso. ¿Qué pasará? Parece gritarle al interlocutor y cuelga bruscamente. Se apoya en la barandilla con la cabeza agachada. Coge aire y la levanta. Directamente me mira. Me atraviesa con su mirada azul. Ladea la cabeza y las comisuras de sus labios se levantan. Me sonrío y yo le correspondo. Sin más, me levanto, le digo adiós y cierro las cortinas. Camino del baño decido que voy a pasármelo bien esta noche y lo que

queda de vacaciones. Sin malos rollos.

Me miro al espejo antes de salir. Paul acaba de llamar a la puerta y me está esperando. Estoy guapísima. Me he puesto un vestido blanco ajustado hasta la cintura y acampanado en la falda. Es cortito y eso hace que mis piernas se vean más largas. Me he calzado unos taconazos. No sé cuánto tiempo aguantarán mis pies pero quiero estar sexy para Paul. El pelo me lo he dejado suelto. Me he maquillado poco, no quiero ir muy artificial, aunque he tenido que disimular bastante mi ojo morado. Voy hacia la puerta, inspiro y abro.

—¡Guau! —exclama el hombre que me espera apoyado en la pared—. Estás muy guapa. —Me repasa de arriba abajo con la mirada, agarra mi mano y la besa.

—Gracias —respondo tímida.

Él tampoco está nada mal. Lleva unos pantalones de lino grises que le caen en la cadera y una camisa azul cielo que hace resaltar su piel algo bronceada y sus maravillosos ojos azules.

—¿Dispuesta a disfrutar de nuestra cita? —pregunta acercándose peligrosamente a mí.

—Sí —respondo en apenas un susurro.

—Vamos. —Sonríe y tira de mí hasta el ascensor.

Cuando llegamos a recepción, todo el mundo nos mira. Creo que somos la comidilla del hotel después de lo que pasó con mi agresor. Sus caras se tornan de asombro al vernos agarrados de la mano y yo me siento cohibida. Paul parece no darse cuenta, solo tiene ojos para mí. Nos dirigimos hasta la zona de los restaurantes y entramos en *La Cúpula*, es el restaurante selecto del hotel con un cocinero galardonado con una *estrella Michelin*². Por lo que sé, hay que reservar con antelación para poder cenar aquí aunque supongo que mi acompañante lo tenía todo previsto, consigue todo lo que se propone.

Nos atiende el maître, que al ver a Paul, nos indica que le sigamos hasta un reservado con vistas a la piscina. Mi acompañante retira la silla para que tome asiento y después se coloca frente a mí. El maître nos explica que la cena es nueva cada noche y el chef nos deleitará con sus nuevas creaciones. Lo único que elige Paul es el vino que lo trae un camarero, al momento. Lo prueba y da el visto bueno.

—Por una gran velada —dice al chocar su copa con la mía.

Doy un sorbo y me relamo los labios con deleite. El vino está buenísimo. Paul sonrío al ver mi gesto.

—Me gustan tus gestos tan espontáneos cuando algo te impresiona.

Mis mejillas se enrojecen y bajo la mirada.

—Como ya te dije, no estoy acostumbrada a los lujos. —Me encojo de hombros.

—Lo sé y por eso te he traído aquí. Para que lo disfrutes. —Sonríe de nuevo.

Nos traen el primer plato y comenzamos a degustar la comida.

—¿En qué trabajas? —pregunta de pronto.

—¡Ah, no! —exclamo divertida—. Dijiste que si cenaba contigo me contarías cosas sobre ti.

Levanta las manos con gesto defensivo y asiente divertido por mi reacción.

—¿Qué quieres saber exactamente? —Se limpia la comisura de sus labios con un gesto muy sexy mirándome por debajo de sus perfectas pestañas.

—Lo... lo que tú quieras. —Se me ha reseca la boca.

—De acuerdo. —Enarca una ceja.

Comienza a decirme que nació en Londres y es el tercero de cuatro hermanos. El resto son mujeres. Su madre murió cuando era muy pequeño y sus hermanas se hicieron cargo de él. Imagino lo mimado que lo tendrían. Su padre, es dueño de una gran multinacional de la que no me explica demasiado. No me importa, no creo que nos volvamos a encontrar después de estas vacaciones. Continúa relatándome con tristeza, que él y su padre no se llevan muy bien por incompatibilidad de caracteres y presiento, por su gesto, que no se siente muy valorado por su progenitor. Al parecer, Paul se quiere hacer cargo de una delegación de la empresa que está en España pero su padre se niega.

—Pero no te quiero aburrir con ese tema —dice poniendo una mano encima de la mía.

—No me aburres. —Le sonrío.

—La verdad es que no sé por qué te lo he contado —dice contrariado—. Nunca suelo contar cosas de mi vida pero tú me inspiras confianza.

¡Vaya! Me ha dejado sin palabras. Continuamos el resto de la cena hablando de otras cosas menos personales, cuando traen postre: una porción de tarta de chocolate con frambuesas. Solo han traído un plato.

—¿Tú no tomas?

Se levanta y coge la silla para sentarse junto a mí.

—Me reservo para otro posible postre —susurra en mi oído haciendo que la piel se me erice.

Me ha puesto nerviosa y me tiembla la mano que sostiene la cucharilla. *Tranquila, Marina* —dice mi conciencia. Trago saliva para tranquilizarme. Entonces se me ocurre algo, cojo una porción de postre y, sin ninguna vergüenza, se lo doy a probar. Con la sorpresa en sus ojos abre la boca y saborea lentamente la tarta. Pasa la lengua con sensualidad por sus labios y eso hace que yo respire con dificultad.

—Mmm... está muy buena, ¿quieres probarla? —dice mirándome a los ojos.

Asiento y dejo la cucharilla en el plato pensando que va a hacer lo mismo que yo pero me sorprende cuando me agarra de la barbilla y me planta sus labios en la boca. Saboreo su boca con la mezcla de chocolate y frambuesa. Me deleito con su beso.

—Muy buena —susurro en sus labios. ¡¿He dicho yo eso?!

Sonríe de medio lado y seguimos degustando la tarta. Unas veces se la doy yo y otras es él el que me da de comer. Entre cucharada y cucharada nos besamos. Estas cosas no las hacía yo con mi ex. Es muy sexy y tentador. Terminamos la porción con un sabroso beso. Paul le hace una señal al camarero para pedir una botella de champán. Brindamos de nuevo por las vacaciones. Acabamos la botella entre risas y Paul me propone continuar con las copas en el *Piano Bar*. Yo accedo, estoy dispuesta a pasar una gran noche junto a él. Me estoy soltando poco a poco y creo que es fruto del alcohol.

Cuando llegamos al *Piano Bar*, escucho cantar a una mujer en directo. Nos sentamos en una mesita que hay alrededor de la pista de baile y pedimos las bebidas. Disfrutamos en silencio de la espectacular voz que tiene la cantante. Está cantando *Someone Like You* de Adele y un par de parejas están bailando en mitad de la pista. Sin darme cuenta, tarareo la canción en voz baja y Paul me mira divertido. Bebo de mi delicioso cóctel y le sonrío. Termina la canción e inmediatamente comienzan las notas de otra que parece llamar la atención de mi acompañante que se levanta.

—¿Bailas? —Me tiende la mano.

Le miro sorprendida pero al ver su seguridad, me dejo llevar por él hasta la pista. Me agarro a su cuello y comenzamos a bailar. La voz sensual de la cantante comienza a cantar *Your beautiful* de James Blunt.

(Mi vida es brillante)
My love is pure
(Mi amor es puro)
I saw an angel
(Vi un angel)
Of that I'm sure
(De eso estoy seguro)
She smiled at me on the subway
(Ella me sonrió en el metro)
She was with another man
(Ella estaba con otro hombre)
But I won't lose no sleep on that
(Pero no perderé el sueño por eso)
'Cause I've got a plan
(Porque tengo un plan)

Cierro los ojos y me apoyo en su pecho. Su perfume inunda mis fosas nasales. Su pecho reverbera cuando comienza a tararear la canción. Sonrío al escucharle, entona muy bien.

You're beautiful, you're beautiful
(Eres hermosa, eres hermosa)
You're beautiful, it's true
(Eres hermosa, es cierto)
I saw your face in a crowded place,
(Vi tu cara en un lugar lleno)
And I don't know what to do,
(Y no sé qué hacer,)
'Cause I'll never be with you.
(Porque nunca estaré contigo)

Canta suavemente en mi oído. A mí se me pone el vello de punta. Nunca me han cantado así. Alzo mi cabeza y me encuentro con los ojos de Paul, observándome. Quiero que me bese pero al ver que duda, soy yo la que lo hace. Me pongo de puntillas y acerco mis labios a los suyos. Sin dejar de bailar, nos besamos. Nos succionamos los labios con deleite hasta que termina la canción. Cuando nos separamos estoy muy acalorada. Las mejillas me arden. Volvemos a la mesa para seguir bebiendo y charlando tranquilamente.

Después de varios cócteles y varias canciones, Paul decide que ya es hora de irse a dormir. Estoy

un poco borracha y, al levantarme me mareo. Me ayuda a caminar entre risas. Cuando llegamos a la puerta de mi habitación me vuelvo hacia él y me lanzo hacia su boca.

—Marina... para —dice contra mis labios.

Yo sigo con mi cometido y, ni corta ni perezosa, bajo mis manos hasta su culito respingón y lo aprieto contra mí. Paul se resiste, a pesar de que puedo notar su erección contra mi abdomen.

—Marina. —Me aparta—. Esta noche no.

—¿Por qué? —Me lanzo otra vez a besarle.

—Porque quiero que estés sobria cuando lo hagamos. —Me sujeta las manos para que no vuelva a tocarle el culo.

—Vaaa... —insisto—. No seas aguafiestas... para una vez que me suelto el pelo...

—Vamos. —Me arranca la llave de la habitación de la mano y la abre.

Yo me quedo en el sitio y me niego a entrar. Paul, al ver que no me muevo, me coge por las piernas y me lleva como un saco de patatas sobre su hombro mientras yo pataleo gritando.

—¡Shh! Vas a despertar a los demás huéspedes —me regaña dejándome sobre la cama.

Cierra la puerta y cuando vuelve hasta la cama se queda perplejo con lo que ve. Me he quitado el vestido y estoy en braguitas y sujetador colocada en una postura sexy.

—Ven aquí, *baby*. —Pego unos golpecitos en la cama para que se tumbe junto a mí.

—Marina, estás bebida y no sabes lo que dices —me habla desde la distancia.

—No me seas remilgado ahora, has estado todo el día provocándome, ¿y ahora te niegas? —digo enfadada.

Me levanto de golpe dispuesta a lanzarme otra vez pero algo me detiene. Doy una arcada y tengo que salir corriendo al baño.

—¡*Shit!* —le escucho maldecir antes de seguirme.

Estoy agarrada al váter echando todo lo que he bebido esta noche. Él me agarra el pelo para que no me manche, intento quitármelo de encima pero estoy tan floja que apenas puedo levantar los brazos. Una vez termino de vomitar, me ayuda a levantarme. Me acerca al lavabo para echarme agua en la cara y después me acompaña hasta la cama. Me acuesta a pesar de mis protestas y busca en el mini bar una botella de agua. Me quedo contemplando su precioso culo.

—Paul. —Se gira para mirarme—. Estás muy bueno. —En ese momento se me nubla la vista.

¹*borderías: comentarios groseros.*

²*estrella Michelin: galardón otorgado por la Guía Michelin (serie de guías turísticas publicadas anualmente por la editora francesa Michelin) que designa un restaurante muy bueno en su categoría.*

¡Uf! Qué dolor de cabeza. Abro los ojos poco a poco y la claridad del día me golpea en los ojos. Siento mi boca pastosa. Me estiro sobre la cama y bostezo. *¡Un momento! ¿Dónde estoy?* Me incorporo rápidamente y, aliviada, compruebo que estoy en mi habitación. Me tumbo de nuevo y miro hacia la terraza. Las cortinas están abiertas y veo el océano en calma. Me abrazo a la almohada para disfrutar de la vista pero una pregunta asalta mi mente: *¿Cómo he llegado hasta aquí? Vamos a ver Marina, piensa... Anoche cenaste con Paul. Mmm, ¡qué buena estaba la comida! ¡Y la tarta! Con los labios de mi guiri... Después fuimos al Piano Bar, sí. ¡Bailamos! Y creo que me pasé con los cócteles... pero después de eso... nada... imágenes fugaces de besos con Paul y su culo... ¡Oh, no!* Me percató de que el otro lado de mi cama está revuelto también y en una silla está muy bien doblada y colocada la ropa de Paul. Levanto la sábana... estoy en ropa interior. *¡Mierda!*

Escucho ruido procedente del baño, me levanto sigilosamente y me asomo por la puerta. Allí está el fruto de mis fantasías ataviado solamente con una toalla anudada en su cadera y afeitándose en uno de los lavabos del baño. Está concentrado en su tarea y eso me permite observarle en silencio. Desde mi posición lo veo de perfil. Recorro con mi mirada los músculos de sus brazos y me imagino cómo sería ser agarrada por ellos en pleno acto sexual. *¡Dios!*

—¿Piensas darme los buenos días o vas a seguir observándome en silencio? —pregunta sin mirarme.

—Bu... buenos días, Paul —carraspeo.

Me mira de reojo y las comisuras de sus labios se levantan. Yo me sonrojo y vuelvo a la cama. Me siento en ella y me tapo hasta el cuello con la sábana. Intento recordar lo que pasó anoche pero no lo consigo. ¡Joder! ¿Nos acostamos? Si al final me atreví... vaya desastre... ni siquiera me acuerdo. Resoplo y paso las manos por mi pelo revuelto.

—¿Te duele la cabeza?

Alzo los ojos y allí está otra vez. Tentador. ¿Cómo puede ser tan atractivo?

—Un poco —contesto en voz baja.

Va al baño y vuelve en unos segundos con algo en la mano. Se acerca a la cama y me tiende una botella de agua que hay en la mesita de noche y lo que lleva en la mano. Trago la pastilla que me ha traído junto con un poco de agua y se lo agradezco. Nos miramos en silencio. Supongo que esperará que le diga algo de anoche pero es que no recuerdo nada. Me maldigo a mí misma en mi interior.

—¿Estás bien? —pregunta al ver mi expresión.

—Creo que sí.

—¿Seguro? —insiste clavando sus ojos en mí.

Asiento con la cabeza. Paul se queda un momento mirándome con el cejo fruncido, parece que va a decirme algo pero, como si se arrepintiera, se da la vuelta y desaparece en el baño. Vuelve al cabo de un minuto vestido con unos calzoncillos negros y un neceser en la mano que deja junto a su ropa en la silla y se sienta en la cama junto a mí. Debería preguntarle qué pasó anoche pero no me atrevo, seguramente se enfadará si le digo que no recuerdo nada. Siento sus dedos tocándome el pelo y ya no aguanto más.

—¿Qué pasó anoche? —Aprieto los ojos con fuerza porque no quiero ver su cara.

En ese instante su mano se detiene.

—¿No recuerdas lo que pasó? —pregunta con suavidad.

—No. —Giro mi cara para mirarlo a los ojos.

Me encuentro con su cejo fruncido, escrutándome.

—¿Hasta dónde recuerdas exactamente?

—Mi recuerdo se pierde en el *Piano Bar* —miento.

Recuerdo haberle besado en la puerta de la habitación pero nada más. Suspira y continúa tocándome el pelo.

—Después de una estupenda charla y unos buenos bailes lentos, subimos hasta la habitación —comienza a contarme—. Antes de abrir la puerta, te abalanzaste sobre mí, me besaste y...

—¡Joder! —Me tapo los ojos. ¡Así que es cierto! ¡Nos acostamos! ¡Qué vergüenza!—. Paul, lo siento, yo... no me acuerdo de nada. —Le miro apenada—. Para una vez que me decido. —Me tapo otra vez los ojos haciendo un puchero.

—¡Eh! —Siento sus manos sobre las mías destapando mis ojos—. No me has dejado continuar.

—¡No! ¡No me lo cuentes! —Me levanto de la cama y paseo nerviosa por la habitación.

—¿No quieres saberlo? —abre los ojos estupefacto.

—No.

—¡Vaya! Normalmente las mujeres quieren saber con pelos y señales cómo es pasar una noche conmigo. —Menea la cabeza incrédulo.

Me detengo y lo miro enfadada.

—¡No seas tan creído! —Continúo mi paseo—. Tampoco será para tanto —susurro para mí.

—Eso no es lo que decías anoche. —Levanta la ceja.

Yo pego un bufido y me encierro en el baño. Me siento en el váter. ¡Madre mía! Me he acostado con Paul y, según él, ¡me gustó! Y yo no me acuerdo de nada. Me están entrando unas enormes ganas de llorar.

—Marina. —Toca en la puerta del baño.

—¡Qué! —respondo bruscamente.

—Sal, por favor —me pide amablemente.

Suspiro. No quiero salir pero no me queda más remedio, no puedo quedarme aquí encerrada eternamente. Abro la puerta y me encuentro con un Paul divertido.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —Me saca de mis casillas.

Se ríe, avanza hasta mí y me abraza. Yo intento soltarme pero él me agarra con fuerza.

—Anoche no pasó nada, Marina —dice entre risas.

—¡¿Qué?! —Ahora sí que estoy furiosa.

—Déjame que te lo explique. —Me agarra de los hombros y me guía hasta la cama.

Nos sentamos uno junto al otro y yo espero su explicación con los brazos cruzados.

—Cuando te abalanzaste sobre mí para besarme —me explica ya más serio—, estuve tentado, muy tentado de hacerlo pero no me quería aprovechar de tu estado, así que, te metí en la habitación para acostarte...

Entre la vergüenza y la incredulidad que siento por mi actitud de anoche, termina de contarme el numerito que monté. Después de echar hasta la papilla, me acostó en la cama y cuando fue a por agua, se dio cuenta de que me había dormido. No quiso dejarme sola por si vomitaba otra vez y se acostó conmigo a dormir. Nada más que a dormir, me lo ha recalcado tres veces. ¡Qué vergüenza! Tuvo que aguantar mi borrachera.

—Puedes estar tranquila, ¿de acuerdo? —dice acariciándome la mejilla.

—¿Por qué no me detuviste con los cócteles? —le pregunto curiosa y él se encoge de hombros—.

Sabías que anoche estaba animada.

—Marina, no quiero presionarte. —Agarra mi barbilla—. Quiero que seas tú la que dé el paso y no creo que anoche estuvieras tan dispuesta.

—A lo mejor...

—Marina, si temblabas con cada beso que nos dábamos. —Sonríe.

Lo miro con las cejas enarcadas. ¡Claro que temblaba! Pero no lo voy a admitir. Menea la cabeza divertido y se acerca más a mí. Sin soltarme la barbilla, aproxima su cara a la mía y roza mis labios con sensualidad. La piel se me eriza y comienzo a temblar.

—¿Ves? —Sonríe en mis labios.

Estoy temblando como una hoja golpeada por el viento. Tiene razón y eso me fastidia. Entonces, haciendo acopio de valor, paso la mano por detrás de su cabeza y le acerco más a mi boca para besarle. Él sonríe y, cuando va a meter su exquisita lengua en mí, me retiro bruscamente.

—¿Qué ocurre? —Me mira desconcertado.

—Un momento —le pido con un dedo.

Salto de la cama y voy corriendo hasta el baño. Agarro mi cepillo de dientes y me los cepillo como una posesa. Paul, que me ha seguido, se apoya en el marco de la puerta y suelta una carcajada.

—Después de vomitar, no creo que mi boca sepa muy bien —le digo cuando me seco con la toalla.

Él asiente divertido y espera a que me acerque. Me lanzo sobre sus brazos y lo beso con fuerza. Nuestras lenguas bailan al son de mis gemidos. Paul me recorre la espalda con sus grandes manos hasta que llega a mi trasero. Lo masajea y me aprieta contra él. Mis pezones se endurecen contra su pecho. Nuestras respiraciones se alteran y su creciente erección me indica que le provocho el mismo efecto que él causa en mí. Me coge en volandas y me lleva hasta la cama. Me tumba con suavidad y se coloca sobre mí sin dejar de besarme. Baja una de sus manos por mi cuello hasta llegar a uno de mis pechos. Lo toca a través de la tela de mi sujetador y a mí se me escapa un gemido. Sin poder controlarme, comienzo a temblar. Paul detiene su caricia y sus besos para mirarme.

—¿Estás segura? —pregunta preocupado.

Yo le miro temblando, no puedo evitarlo. Estoy muy, muy nerviosa por lo que va a pasar a continuación.

—Sí —contesto en un susurro no muy convencida de ello.

Me mira fijamente, acaricia una de mis mejillas y me da un tierno beso en los labios. Entonces, la melodía de su móvil nos interrumpe. Pone los ojos en blanco pero no contesta, lo deja sonar. Sigue besándome pero insisten con la llamada.

—Lo siento preciosa, tengo que contestar —dice con cara de fastidio.

Se levanta y responde la llamada. Habla en inglés, parece que es del trabajo. Sale a la terraza para tener más intimidad. Yo no me muevo de la cama, no puedo. Dentro de unos minutos nos acostaremos juntos y estoy impaciente. Paul vuelve a entrar con el semblante serio.

—Marina, lo siento, ha surgido un problema en el trabajo y tengo que ponerme con ello urgentemente —me dice con pesar.

—No te preocupes.

Me siento y él hace lo mismo junto a mí. Me besa y apoya su frente en la mía respirando con nerviosismo. Me da la sensación de que ha ocurrido algo más que no me ha querido decir.

—¿Sabes qué? —dice rozando mi nariz con la suya—. Tengo unas ganas locas de meterme dentro de ti y hacerte gritar de placer. —Mi vagina se contrae en este momento—. Pero el problema me va a llevar todo el día. —Asiento con la cabeza—. Baja a la playa, disfruta la mañana, come y después ve al Spa, date un masaje. Quiero que estés relajada para esta noche. Te espero en mi habitación a las ocho y media, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Asiente, me da un beso en la frente y se levanta para vestirse.

—Hasta luego —se despide de mí con un largo beso.

Me quedo mirando la puerta con la sensación de que la llamada que ha recibido Paul, no estaba relacionada solamente con el trabajo. Me ha parecido ver tristeza en sus preciosos ojos azules. Si hubiese pasado algo grave me lo hubiese dicho, ¿o no? No tenemos tanta confianza. Suspiro y decido olvidarlo. Voy a hacerle caso. Voy a bajar a la playa.



—¡Estás muy tensa, Marina! —exclama Patricia, una de las masajistas del Spa—. Relájate y disfruta del masaje.

Lo intento pero no puedo. Cuando iba a pedir cita en recepción para el Spa, la recepcionista me comunicó que Paul había contratado un masaje, un ritual de belleza, peluquería y maquillaje a mi nombre. Después de pelearme con la pobre chica y hablar con mi amiga por teléfono, acepté el regalo aunque esta noche le dejaré claro que no me ha gustado nada. Por lo que sé, se habrá gastado unos trescientos euros en mí. Respiro hondo e intento disfrutar del regalo.

Después de cuatro horas de tratamientos, vuelvo a la habitación del hotel como si fuera una estrella de cine. Estoy guapísima y muy relajada. El enfado se me fue pasando conforme iba relajándome, la verdad es que lo he disfrutado muchísimo. Ahora queda la tarea más difícil: encontrar algo sexy y elegante para ponerme. Rebusco en mi maleta, creo recordar que Verónica me dejó un vestido negro muy escotado que no me pensaba poner. Lo encuentro y me lo pongo. ¡Guau! No parezco ni yo. La falda del vestido es de cuero y se ajusta a mis caderas como un guante. El cuerpo es de algodón, de manga larga pero un gran escote en uve que llega hasta mi ombligo. Con él no puedo llevar sujetador y eso me hace sentir muy sensual. Es casi la hora de la cita cuando me calzo unos taconazos negros y salgo por la puerta de mi habitación.

Llego a la suite y llamo suavemente con los nudillos. Se abre la puerta y mi sonrisa se congela al ver que me recibe el mayordomo que me entregó la nota el otro día.

—Señorita Romero. —Me hace un gesto para que pase—. El Señor Smith le pide disculpas, ha tenido que salir y se va a retrasar un poco —me dice con amabilidad—. Póngase cómoda. ¿Quiere algo de beber?

—Un poco de agua, por favor. —No quiero repetir lo de anoche y dejo el alcohol para la cena.

Me siento en el gran sofá mientras me trae el agua. Cuando regresa, enciende el equipo de música y comienza a sonar una canción del grupo *Coldplay*. Parece que a Paul le gusta mucho este grupo. Pasan diez minutos, estoy harta de esperar en el sofá. Me levanto y salgo a la gran terraza de la suite. Me apoyo en la barandilla y me relajo escuchando las olas romper en la orilla.

—Estás increíble —la voz de Paul me sobresalta.

Giro mi cuerpo y lo encuentro observándome. Está guapísimo. Con traje y camisa oscuros. Se acerca a mí y me besa.

—Perdona por hacerte esperar —dice contra mi boca.

—No te preocupes —respondo sonriendo.

—Necesito una ducha —dice recogiendo un mechón de pelo detrás de mi oreja—. ¿Me esperas diez minutos más?

—Claro.

Me da otro beso y desaparece en el interior de la suite. Parecía agotado, tenía ojeras. ¿Dónde habrá estado? Regresa cuando no han pasado ni diez minutos, vestido con un pantalón oscuro y camisa blanca. Parece tener mejor aspecto. Me invita a sentarme en la mesa del comedor y el mayordomo comienza a servirnos la cena. Vino, ensalada mediterránea y salmón a la naranja. Intento preguntarle por el problema del trabajo pero él me responde con evasivas. No le apetece hablar de eso así que no insisto. Le menciono que no me ha parecido bien lo de mi regalo.

—Me lo puedo permitir —dice secamente—. Además, tú no lo hubieses contratado y quería que lo disfrutaras, ¿qué malo tiene eso?

Es inútil, no lo va a entender. Se lo agradezco y zanjamos el tema. Una vez terminamos con el pescado, recogen la mesa y me extraña que no nos sirvan postre.

—El postre vas a ser tú —dice adivinando mis pensamientos.

Creo que he dejado de respirar. Se levanta, coge una de mis manos y tira de mí hasta pegarme a su musculoso cuerpo. Se relame los labios antes de besarme lentamente. Devora mi boca dejando claro lo que desea. Agarra mi nuca y me pega más a él para hacer más profundo el beso. Me alza entre sus brazos y me lleva hasta su dormitorio. Lo vamos a hacer. *¡Bien!* —grita mi conciencia. Cuando me deja en el suelo, coge un mando y, de pronto, empieza sonar la misma música que se escuchaba en el salón. Acciona un botón y comienza una melodía que me es familiar pero que no logro ubicar. Parece tener unos años.

—Bailemos —dice cogiendo mi mano.

Es *Kiss From A Rose* de Seal. Paul me canta al oído.

*There used to be a graying time all alone on the sea
(Había una torre gris solitaria en el mar)
You became the light on the dark side of me
(Tu te convertiste en la luz de mi lado oscuro)*

Love remains, a drug that's the high and not the pill
(*El amor continua, una droga que es el colmo y no la pildora*)
Did you know, that when it snows
(*Pero, ¿sabías que cuando nieva*)
my eyes become large
(*mis ojos llegan a ser más grandes?*)
and the light that you shine can be seen
(*y la luz que irradian no se puede ver?*)
Baby, I compare you to a kiss from a rose on the grey
(*Nena, te comparo con el beso de una rosa en el campo*)
The more I get of you the stranger it feels, yeah
(*Cuanto más consigo de ti, más extraño siente, sí*)
Now that your rose is in bloom, a light hits the gloom on the grey
(*Ahora que tu rosa está floreciendo, una luz llega a la penumbra del campo*)

Me mira como un lobo hambriento y se lanza a mi boca con desesperación. Yo le respondo con la misma intensidad. Es todo muy sexy, la canción, nuestros besos y su modo de acariciarme. Suelto un gemido. Una de sus manos se abre paso por el gran escote de mi vestido y me agarra un pecho.

—Mmm... sin sujetador —gruñe de satisfacción en mi boca.

Aparta la tela del vestido. Lo masajea y lo pellizca. Siento mucho calor. Baja su cabeza y se mete mi pezón entre los dientes. Gimo. Pasea su caliente lengua por toda la aureola y a mí me vuelve loca. Cuando ya está totalmente excitado, pasa al otro y hace la misma operación. Termina su cometido, se incorpora, mete sus dedos en los hombros del vestido y los baja lentamente, llega a mi cintura y empuja la falda hasta que cae a mis pies. Quedo en tanga ante él.

—Eres preciosa —deja escapar aire entre sus dientes excitado.

Se agacha y me quita los zapatos rozándome levemente las piernas en el proceso. Me ha puesto la carne de gallina. Se incorpora, me coge en volandas y me lleva hasta la cama. Me deja sobre ella y se desnuda quedándose en calzoncillos. ¡Dios! Su erección va explotar en ellos. No puedo creer lo que está a punto de ocurrir. Estoy tumbada en la gran cama de su suite, temblando. Paul se coloca encima de mí, mete una pierna entre las mías y comienza a besarme con suavidad, tranquilizándose con sus labios. Su mirada me pide calma y confianza. Aún así, no puedo evitar sentirme pequeña. Me tiene a su merced y yo me estoy dejando. Por mi cabeza pasan imágenes y recuerdos de cómo fue mi primera vez. No tiene comparación, Juan y yo éramos unos críos y muy torpes. Apenas si duramos quince minutos.

Paul me trata con mucha delicadeza como si realmente fuese mi primera vez. Pasea sus grandes manos por mi cuerpo, dejando una estela de calor a su paso. Mi piel se estremece con sus caricias. Su lengua húmeda y caliente explora mi boca despacio. A continuación, va bajando por mi cuello, se detiene en mis pechos y se recrea en ellos. Yo me arqueo para darle más acceso. Me sorprende por hacer eso. Sin demora, baja por mi ombligo y lo rodea con su lengua. Suspiro. Quiero más. Continúa por su camino hasta llegar a mi vulva. Me estremezco al sentir su cálido aliento ahí.

—Tranquila, Marina, te gustará.

Con sus firmes manos me abre las piernas y quedo expuesta ante él. Estoy muy nerviosa. Me mira y se relame antes de agacharse de nuevo. Ese gesto, sorprendiéndome, me excita. Noto cómo sus dedos abren mis pliegues y doy un respingo al sentir su lengua sobre mi vagina. Jadeo. Sube su lengua hasta mi clítoris y lo rodea. Lo estimula. Bajo mis manos hasta su cabeza y enredo mis dedos en su pelo rubio. Lo aprieto contra mí. Eso parece excitarle más y acelera sus lengüetazos. ¡Ah! Muevo mis caderas a su ritmo. Entonces, mete uno de sus dedos en mi vagina. Gimo. Lo mueve en mi interior. Estoy muy húmeda. Mete otro y comienza a entrar y salir con ellos al tiempo que me succiona el clítoris. Un enorme calor recorre mi cuerpo.

—Vamos, déjate ir —dice Paul contra mi clítoris.

Abro más mis piernas y él acelera. ¡Sí! Noto que mi cara va a arder. Voy a explotar. Arqueo mi espalda y grito cuando me alcanza el orgasmo. Paul disminuye el ritmo y yo sigo respirando con dificultad cuando se detiene. Tengo los ojos cerrados que abro de par en par cuando escucho un ruido. Paul se coloca un preservativo en su enorme erección. Se tumba sobre mí y comienza a devorarme la boca. Sabe a mí pero no me importa. Sin hablar, abre de nuevo mis piernas y me penetra suavemente. ¡Madre mía! Le cuesta entrar. No sé si es porque llevo mucho tiempo sin tener sexo o porque él la tiene demasiado grande para mi abertura.

—Estás un poco apretada —susurra contra mis labios—. Voy a ir despacio, no quiero hacerte daño.

Hasta en estos momentos se sigue portando como un caballero conmigo. Asiento como una tonta. Baja una mano y estimula mi clítoris con el dedo. Jadeo contra su boca. Con la otra mano, masajea uno de mis pechos. No deja de estimularme por todas partes y eso hace que me siga humedeciendo. Entra poco a poco en mí hasta el fondo. Me siento llena. Mueve un poco su cadera y yo gimo.

—Eres preciosa. —Entra y sale de mí con suavidad—. Estaba deseando estar dentro de ti —repite otra vez y noto cómo mi vagina se va adaptando a él.

Subo mis piernas y rodeo su cadera con ellas. Quiero tenerlo más adentro. Entonces él comienza a embestirme con más rapidez. Gimo. El calor me recorre otra vez mi cuerpo. No puedo creer que vaya a tener otro orgasmo tan seguido. No puede ser. Este hombre me tiene loca. Entre jadeo y jadeo, escucho el ritmo de una canción y me doy cuenta de que Paul me está embistiendo a su ritmo. ¡Qué sexy! Eso me acelera y le beso con fuerza. Me da la sensación de que se está conteniendo. No quiere hacerme daño.

Sigue acariciándome el clítoris. Siento que voy a explotar de nuevo. En ese instante, Paul alza mis caderas con las manos en mi trasero y acelera un poco más el ritmo. El aire se escapa entre sus dientes. Yo ya no aguanto más y, en el momento en que el cantante grita en la canción, yo alcanzo el clímax entre lágrimas y gritando el nombre del hombre que está sobre mí.

—Así *sweetie*, así. —Paul embiste dos veces más y se corre con un gruñido.

Se derrumba sobre mí sudoroso. Yo, sin poder remediarlo, comienzo a sollozar. Mis sentimientos están a flor de piel. Me tapo la boca con una mano para no emitir ningún ruido pero los espasmos de mi pecho alertan a Paul. Levanta la cabeza para mirarme a los ojos y su cara de felicidad se convierte en preocupación.

—¿Qué ocurre? —Me mira sorprendido al ver mis lágrimas—. Marina... por favor... no llores... ¿dime qué te pasa? —pregunta asustado.

No puedo hablar. No sé cómo decírselo. Lo único que hago es abrazarlo con fuerza y llorar en su cuello. Paul intenta separarme para ver mi cara pero yo se lo impido apretándole más contra mí. Entonces, rueda sobre sí mismo y me coloca encima de él. Con su pene todavía en mi interior, me apoyo en su pecho y siento sus caricias en mi pelo y espalda. ¡Dios! ¿Cómo le digo lo que me pasa? Me intento tranquilizar. Respiro hondo.

—¡Marina, por Dios! Dime lo que te ocurre, me estás asustando —suplica dándome un beso en la coronilla.

Levanto mi cabeza y le miro. Agarra mi cara entre sus dos manos y me escruta con la mirada. Seca mis lágrimas con sus dedos.

—Gracias —susurro tan bajito que no sé si me ha salido la voz.

—¿Qué?

—Gracias, Paul —digo más alto.

Me mira interrogante.

—Lloro de felicidad —le confieso y él abre los ojos por la sorpresa—. Ha sido... fantástico... nunca pensé que podría hacer esto con otro hombre que no fuese...

—¡Oh, *sweetie*! Me has asustado. —Me abraza contra su pecho y suspira aliviado.

—Pensarás que soy una estúpida —digo contra su piel.

—¿Estúpida? —Me separa. Tiene el ceño fruncido—. ¡Eso nunca! —parece ofendido—. Me pareces una mujer muy inteligente y sensible. Me gusta tu sinceridad. Y me parece muy lógico que te sientas así.

Me acerco y le planto un beso en la boca. Él responde inmediatamente. Me coge de las caderas para salir de mí. Se quita el preservativo y, después de atarlo, lo deja en el suelo junto a la cama. Coge un pañuelo de la mesita de noche y se limpia. Después, me hace girar y me abraza por detrás.

—Para mí también ha sido genial —dice junto a mi oreja—. Nunca me había contenido tanto. Normalmente soy más brusco. —Me besa el hombro—. Además, me hace muy feliz haber sido el primero después de tu ex.

Sonrío por su confesión. Cierro los ojos y me relajo. Estoy agotada después de tantos nervios y tanta tensión. Sin darme cuenta, me dejo llevar por el sueño, tranquila y segura entre sus brazos.

Estoy sudando. ¡Qué calor tengo! Abro los ojos para ver la fuente de tanto calor y, cuando mis neuronas se reorganizan, me doy cuenta de que estoy pegada a la espalda de Paul. A pesar de que me encuentro desnuda, él desprende mucho calor. Hacía tiempo que no tenía esa sensación. Me separo un poco de él y me incorporo despacio para no despertarle. Lo miro desde arriba, está profundamente dormido. Le observo durante un momento. Todavía no puedo creer que al final me atreviese a acostarme con él. Paso las manos por mi pelo y se me quedan los dedos enredados en él. ¡Qué pena de peluquería! Debería ducharme.

Me levanto y voy hasta el baño. Cierro la puerta lentamente hasta que escucho el clic del cierre. Una vez dentro, me miro en el espejo. Tengo el pelo revuelto y el maquillaje corrido pero mis ojos brillan de una manera especial. Sonrío. Lo de anoche fue increíble. Paul me trató como nadie me ha tratado nunca. Pensó que podría hacerme daño y se contuvo, bastante. Yo no sé si me hubiese contenido tanto. Con la sonrisa en mi cara, me adentro en la gran ducha. Ajusto la temperatura y dejo que el agua caiga sobre mi cabeza. Me enjabono la cara para quitarme los restos de maquillaje. ¡Qué bien huele el gel! Observo los botes, deben de costar carísimos.

—Hermosa vista —la voz de Paul me sobresalta. No he escuchado la mampara abrirse—. ¿Te he asustado? —pregunta al ver mi expresión.

Asiento en silencio. Está desnudo. La visión que tengo ahora mismo delante y el recuerdo de anoche me hacen estremecer. Entra y cierra la mampara a sus espaldas.

—¿Has dormido bien? —pregunta acercándose a mí, recorriendo mi cuerpo con la mirada.

—Sí —respondo tímida.

—No sientas vergüenza —dice apartando mis manos que, como si tuvieran vida propia, intentan tapar mi cuerpo—, eres preciosa. —Me mira con lujuria—. Me gusta tu cuerpo y quiero explorarlo de mil maneras.

Se pega más a mí, levanta mi barbilla y me besa. Introduce su lengua en mi boca y busca la mía. No sé cómo lo consigue pero siempre hace que salga un gemido de mi boca. Aprovecha ese instante para succionar mi labio inferior. Baja sus manos hasta mi trasero y me pega más a su cuerpo. Siento su erección en mi vientre. ¡Vaya! Se ha levantado con ganas. Mis manos recorren sus abdominales y suben hasta su duro pecho. Ya no estoy nerviosa, sé que no me va a hacer ningún daño y la atracción física es mutua.

—Te deseo —dice contra mis labios.

Sus palabras reaccionan en mi cuerpo. Mis pezones se erizan. Él se da cuenta y con una mano masajea uno de mis pechos. Pellizca el pezón con dos dedos. Eso lo he sentido ahí abajo. Mi respiración se está acelerando. Paul también respira con dificultad. Me empuja contra los azulejos y me aprisiona entre ellos y su cuerpo. Me inmoviliza con sus caderas. Se agacha un poco y comienza a restregar su entrepierna contra mi pelvis con descaro.

—Anoche me quedé con ganas de ti —ronronea en mi boca—, quiero estar dentro de tu cuerpo, ya.

Jadeo. Con su mano libre se abre paso entre mis pliegues y me acaricia el clítoris. Doy un respingo, estoy muy sensible. Eso parece gustarle. Sonríe contra mi boca. Me besa la mandíbula y baja hasta mi cuello. Gimo. Su lengua recorre mi cuello hasta llegar al pecho que ha excitado con la mano. Lo succiona. Jadeo de nuevo. Estoy muy excitada. ¿Cómo es posible? Paul introduce un dedo en mi vagina.

—Mmm... estás muy húmeda, *sweetie* —gruñe.

Introduce otro dedo. Calor... jadeos... Me está volviendo loca. Quiero que me penetre ya.

—No te muevas —dice separándose de mí.

¿Dónde va? Me deja contra la pared atontada pero ni me muevo. Abre la mampara de la ducha y sale, dejando agua por todo el suelo. Abre un armario que hay a la izquierda. En un segundo, entra otra vez en la ducha poniéndose un preservativo. Se acerca de nuevo a mí.

—Abre las piernas —ordena agarrándome por el culo. Hago lo que me pide y él, sin esfuerzo ninguno, me eleva en el aire—, rodéame con ellas.

Le obedezco. Me mira, me besa y, de un solo golpe, me penetra haciéndonos gemir a los dos. Se ha encajado perfectamente en mi interior.

—Agárrate a mis hombros. —Mis manos suben hasta ellos—. Esto va a ser muy rápido y brusco, no voy a aguantar mucho preciosa.

Asiento. Creo que yo tampoco. Entonces, comienza mover sus caderas y a embestirme con fuerza. ¡Dios! Sin poderlo evitar grito de placer. Siento un calor en el fondo de mi vientre y sube por mi cuerpo hasta llegar a mi cara. Mis mejillas arden de placer.

—Así *sweetie*, ábrete más —susurra en mi oído.

Abro un poco más las piernas para que se acople más a mí. Paul sisea y acelera el ritmo. Me va a

romper, está siendo muy brusco pero me gusta y mucho. Gimo como una loca.

—Estaba deseando tenerte así, cariño —susurra de nuevo en mi oído—, acorralada y en mis manos —gruñe con cada embestida.

Grito de placer. Me gusta que me diga esas cosas. Eso es una novedad también, mi ex no decía nada, simplemente se movía encima de mí y ya está.

—¿Te gusta así? —pregunta entre dientes.

—¡Sí! —grito.

—¿Quieres más?

—¡Sí! —¡Claro que quiero más! Aprieto mis piernas aún más a su alrededor.

¡Madre mía! Acelera aún más las embestidas y el calor recorre mi cuerpo entero. Siento cómo se acerca el orgasmo.

—¡Vamos, córrete! —me ordena entre embestida y embestida.

Sus palabras son órdenes para mí y en ese instante alcanzo el clímax gritando su nombre. Paul da cinco estocadas más y se derrama en mi interior con un gruñido varonil.

Nos quedamos abrazados hasta que nuestras respiraciones se regulan. Ha sido corto pero intenso y salvaje. Siempre había tenido la fantasía de echar un polvo así pero con Juan nunca lo hubiese hecho. A él no le gustaba experimentar. Además, no está tan musculoso como Paul y no creo que hubiese podido conmigo, sobre todo cuando yo estaba más gordita.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Paul.

—Sí —le sonrío y nos besamos.

—Me encanta cómo pronuncias mi nombre cuando te corres —dice de manera sensual mordiéndome el labio inferior.

Suelto una carcajada nerviosa. Sale de mi interior, me agarra de las caderas y me deposita en el suelo con suavidad. Se quita el preservativo, saca un brazo por la mampara, lo tira a una papelera y vuelve junto a mí. Me muevo un poco para quedar debajo del chorro de agua y hago un gesto de dolor. Siento escozor en mis genitales.

—¿Te he hecho daño? —Acaricia mi cara con preocupación.

—No es nada. —Le quito importancia—. La falta de costumbre. —Sonrío.

—Mmm... eso habrá que arreglarlo. —Me abraza por la espalda—. Lo pasaremos muy bien el resto de las vacaciones. —Me muerde el lóbulo de la oreja—. Quiero hacerte sudar, volverte loca y hacerte gritar mi nombre en cada orgasmo que tengas.

Inmediatamente, mis mejillas se sonrojan al escuchar su promesa de sexo salvaje. ¡Madre mía! Por lo que veo este hombre no se sacia tan fácilmente. Nos duchamos juntos y Paul me sorprende lavándose el pelo. A cambio, yo se lo lavo también y acabamos entre risas y casi inundando el baño.

Media hora después y, habiendo discutido con Paul y el mayordomo porque quería recoger el estropicio del baño, nos bajamos a la playa.



—Preciosa.

—Mmm...

—Marina, despierta. —Siento los labios de Paul en mi nariz—. Es hora de comer.

Abro un ojo y me encuentro con su sonrisa. Rodeo su cuello con mis brazos y le beso. Hemos pasado toda la mañana en la playa del hotel. Nos hemos bañado y relajado en las tumbonas, bien leyendo o charlando. Estoy tan relajada, que me quedé dormida escuchando música en mi mp3 que compartí con Paul. Aunque algunas canciones no le gustaban demasiado, las ha escuchado pacientemente conmigo. De pronto, me acuerdo de una cosa.

—¿De qué grupo era la canción de anoche? —pregunto sin dejar de abrazarle.

—¿Cuál? —Frunce el ceño curioso.

—La última.

—¿Con la que te hice disfrutar? —Sonríe de manera sensual.

—Ss... sí. —Sonrío nerviosa.

—Muse, la canción se llama *Madness* y, como has comprobado. —Me da un fugaz beso—. Es ideal para hacer el amor.

Hacer el amor... eso es lo que me hizo anoche, porque lo de esta mañana ha sido sexo salvaje.

—Anda, vamos que tengo hambre. —Se levanta y tira de mí—. Vamos a la fiesta hawaiana que

celebra el hotel, ¿te apetece?

—¡Claro! —¡Fiesta hawaiana! ¡Bien!

Me pongo el vestido, guardo las cosas en el bolso y sigo a Paul. Somos el centro de todas las miradas. Me siento un poco incómoda con eso. Creo que hasta escucho a la gente cuchichear a nuestro paso. Paul se gira, me sonrío y me da un tierno beso en la boca, eso hace que me olvide de todo lo que pasa a nuestro alrededor.

Vamos juntos de la mano hasta el gran chiringuito que tiene montado el hotel para este tipo de fiestas. Está comenzando a llegar gente y el ambiente es hawaiano total. Han montado un pequeño escenario en el que hay varios animadores ataviados con la vestimenta típica de las fiestas hawaianas, que bailan y ponen música. Hay palmeras alrededor y unas chicas van repartiendo collares de flores que los huéspedes se ponen gustosos. Nos acercamos a la barra, después de colocarnos nuestros correspondientes collares y nos sentamos en unos taburetes que han quedado libres. Distingo a Román dentro de la barra, el camarero que me atendió en el bar la otra noche. Lo saludo con la mano.

—¡Marina! —exclama y viene hacia nosotros corriendo. Me abraza por encima de la barra del chiringuito con la correspondiente mirada reprobatoria de Paul—. ¿Cómo te encuentras, nena? —pregunta al ver mi ojo que ya se está volviendo de una tonalidad verdosa.

—Mejor, gracias.

—Señor Smith —saluda a Paul.

Mi acompañante le hace un gesto con la cabeza y pide algo de beber para los dos. Román nos indica que no tardarán en sacar la comida.

—Tienes mucha confianza con el camarero, ¿no crees? —me dice Paul cuando Román desaparece por la barra.

—¿Celoso? —Le miro con una ceja enarcada.

Me mira con el cejo fruncido pero no contesta. Sí, está celoso. No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta enfadado.

—Paul. —Le abrazo y le obligo a darme un beso—. Román es gay.

Abre los ojos como platos. ¿En serio que no lo sabía? Estallo en carcajadas y él conmigo.

—La verdad es que no me fijo en esas cosas —dice haciendo un gesto divertido con la cabeza.

Al cabo de una hora, todo el mundo está bailando con los animadores que han salido a la improvisada pista de baile junto al escenario. Para mi sorpresa, Paul tira de mí y me saca a bailar. Tiene un ritmo increíble y baila todo lo que ponen. Nos estamos divirtiendo mucho. Después de treinta minutos bailando, tenemos que hacer un descanso para refrescarnos. Mientras bebemos de nuestros cócteles nos reímos de algunas personas que son muy patosas.

—Me gusta que seas tan divertida —me dice Paul de pronto.

—Tú también lo eres, *guiiri-borde* —le respondo dándole un buen beso en los labios.

Seguimos divirtiéndonos al ver a la gente bailar, cuando Raúl, que es uno de los animadores de la fiesta, se acerca hacia mí y me saca a bailar. No me da tiempo a reaccionar y le hago un gesto de disculpa a Paul, que se ha quedado asombrado con el descarado de mi amigo.

—¿Qué tal todo, linda? —pregunta contoneándose.

Por los altavoces, suena con fuerza la canción de Abraham Mateo, *Señorita*.

—Todo perfecto —respondo feliz.

—Me alegro. —Sonríe y me pega a su cuerpo para bailar descaradamente.

Miro en dirección a Paul que nos observa con el semblante serio. Yo le sonrío para quitarle importancia, no quiero que se ponga celoso y se enfade. A mitad de la canción, se acerca a nosotros y, haciéndole un gesto a Raúl, le indica que quiere bailar conmigo. Este se despide de mí y le cede el sitio a mi celoso acompañante.

Paul me pega a su cuerpo y comienza a contonearse al ritmo de la canción. Pasea sus manos por mi espalda con posesión y eso me hace sentir muy deseada. Me agarra de la nuca y comienza a besarme con brusquedad. La gente que está a nuestro alrededor comienza a silbar y a aplaudir. ¡Qué vergüenza!

—Así todo el mundo sabrá que estás conmigo —susurra en mi oído Paul.

Me encanta su parte posesiva, es como un macho alfa marcando territorio. Bailamos hasta que termina la canción. Volvemos a la barra y seguimos bebiendo. En ese instante, escucho la voz aguda y desagradable de Silvia.

—¡Vaya vaya! Mirad, la parejita feliz. —Aparece contoneando exageradamente sus caderas.

—¿Qué quieres, Silvia? —sisea entre dientes Paul.

Le recrimino con la mirada para que no sea tan desagradable con ella y la saludo con una gran sonrisa que tengo prefabricada para estas ocasiones.

—Hola, Silvia —le saludo.

Ella, sin mirarme siquiera, se dirige a Paul dándome la espalda.

—*Pauly*, esta noche podríamos dar una vuelta en tu barco si te apetece —dice tocándole con descaro el abdomen.

Abro la boca desencajada, ¡será...! Antes de que pueda decir nada. Paul le aparta la mano.

—Silvia, ya te dije que entre tú y yo no va a haber nada, nunca más. —Ella intenta acercarse más pero él la detiene con la mano—. Ahora estoy con Marina. —Alarga un brazo y me agarra de la cintura—. Así que, te agradecería que lo respetaras.

La cara de la rubia se transforma en segundos y va de la sorpresa a la furia por momentos. Yo estoy que no quepo en mí de felicidad por la actitud de Paul.

—Pe... pero... —Su mirada va de Paul a mí y a su brazo en mi cintura.

Finalmente, resopla, me mira furiosa y se marcha de la fiesta por donde ha venido.

—Así que... estamos juntos —le digo cuando Silvia desaparece.

—Claro, ya te dije que no suelo estar con dos mujeres a la vez. —Me mira ofendido.

Me pego a él y le beso con dulzura en los labios.

—Gracias.

—¿Por qué? —pregunta desconcertado.

—Por el gesto que has tenido delante de ella.

—Eres mi chica de vacaciones, le pese a quién le pese —dice mirándome directamente a los ojos.

¡Vaya! Me dice unas cosas. Creo que me estoy encariñando demasiado con él y eso no es bueno. Es solo un ligue de vacaciones, nada más. Trago saliva con dificultad, no sé qué decirle. Consigo sonreírle con timidez. Continuamos en la fiesta hasta que es hora de ducharnos para ir a la cena. Paul queda en recogerme en mi habitación a las ocho y media de la tarde.

Una vez me quedo sola en la habitación, llamo a mi padre para contarle que me estoy divirtiendo

mucho y me hace prometerle que voy a visitarle en estas vacaciones algún día. No le cuento nada de mi agresión, ya se lo diré cuando esté allí con él. Cuelgo y llamo a Verónica.

—¡Por fin! —grita mi amiga al saber que me he acostado con Paul—. Y, ¿cómo fue?

—Se portó como un caballero, me trató como si fuese mi primera vez —le cuento suspirando como una tonta.

—Marina... ¿no te estarás pillando de él? —me pregunta notando mi entusiasmo.

—Nooo...

—¿Seguro? Que estás muy vulnerable.

—No te preocupes Verónica, tengo claro que es un rollo de vacaciones y que no vamos a volver a vernos. Pero es que nunca me habían tratado así y yo...

—¡Ay, Dios! ¡Estás totalmente pillada! —me grita de nuevo.

Después de gritarnos y de pedirnos disculpas -siempre nos pasa, somos muy pasionales cuando discutimos-, comienzo a arreglarme para la cena. Para esta ocasión, elijo unos vaqueros y una camisa sencilla. Me recojo el pelo y me maquillo un poco.

Paul me recoge con puntualidad británica y bajamos al restaurante japonés. Comemos sushi y todas las delicias que nos prepara el cocinero en la barra. Me quedo alucinada con la pericia del mismo con la comida. Acabamos la velada en el *Piano Bar*, eso sí, esta vez, bebo nada más que un cóctel. Bailamos y nos besamos apasionadamente hasta que Paul me arrastra hasta su suite.

—Desnúdate —me ordena una vez estamos en el salón de la suite.

Le obedezco mientras él se sienta en el sofá para observarme. Cuando quedo en ropa interior, me indica que me acerque y me coloque encima de él. Nos besamos desesperados. Nuestras respiraciones se aceleran. Yo me siento poderosa montada a horcajadas sobre él y me restriego con su entrepierna que está creciendo por momentos.

—Me tienes loco, *sweetie* —dice contra mi cuello.

Desabrocha con soltura mi sujetador y se lanza a devorar mis pechos. Los junta con las dos manos y se los lleva a la boca. Los succiona y mordisquea. Yo hecho mi cabeza hacia atrás gimiendo. A continuación, baja sus grandes manos hasta mi tanga y me lo arranca de un tirón.

—Quiero saborearte —me dice con los párpados caídos.

Se deja caer al suelo, dejando su cabeza apoyada en el asiento del sofá. Trago saliva con dificultad al escuchar su petición y, sin ningún pudor, me coloco de rodillas en el asiento y acerco mi pelvis hasta su boca. Paul me agarra con fuerza por las caderas y posa su boca sobre mi depilado monte de Venus. Se abre paso por mis labios y comienza a devorarme el clítoris. Me agarro al respaldo del sofá con fuerza, no quiero perder el equilibrio. Jadeo y me retuerzo de placer. Mete su ávida lengua en mi vagina y me penetra con ella haciendo que me estremezca, vuelve de nuevo a mi botón hinchado y lo aprisiona entre sus labios para estirarlo y rodearlo con la lengua. Gimo. Me lubrico enseguida y ese conocido calor me recorre el cuerpo llegando hasta mi cara.

—Dámelo, *sweetie* —dice entre lengüetazo y lengüetazo.

Embisto mis caderas contra su boca y él acelera el ritmo de los lengüetazos. ¡Sí! Cuando ya no puedo más, me dejo llevar arqueando mi espalda y gritando. Antes de que me recupere, escucho rasgar el envoltorio de un preservativo y tengo a Paul detrás de mí. Me agarra de las caderas y me penetra de una estocada.

—Nos acoplamos perfectamente *sweetie*, ¿lo notas? —dice pegado a mi espalda.

Comienza a embestirme con lentitud, besando mi cuello.

—Eres tan sexy. —Pasea su lengua por el lóbulo de mi oreja—. Me pones a mil, cariño. —Jadeo con sus palabras—. Quiero que grites otra vez mi nombre cuando te corras, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza, no puedo hablar. Me tiene hechizada. Masajea mis pechos y los excita mientras me penetra a un ritmo pausado. Me voy a volver loca, quiero que acelere el ritmo y se lo hago saber moviéndome. Él me agarra de las caderas para que no me mueva. Deja claro que el ritmo lo marca él.

—¿Qué quieres, Marina? —pregunta en mi oído.

—Más —consigo decir.

—¿Así? —Acelera el ritmo.

—¡Sí! —grito con sus embestidas.

El calor me recorre de nuevo y estoy a punto de explotar. Entonces, se detiene y comienza a moverse con el mismo ritmo pausado de antes.

—Paul —protesto retorciéndome.

—¿Qué? —Está jugando conmigo.

—Por favor —suplico.

—Por favor, ¿qué? —Me muerde el cuello.

—¡Fóllame más rápido! —exclamo desesperada.

En ese instante, emite un gruñido de satisfacción, agarra con fuerza mis caderas y comienza a embestirme con fuerza. Jadeo como una loca. Me maneja como quiere y eso me excita muchísimo.

—Así cariño, grita mi nombre —ordena con esfuerzo.

—¡Ah! —gimo.

—¡Vamos, dámelo! —me ordena como siempre.

Noto las contracciones en mi vagina, mi cuerpo se contrae por el inminente orgasmo.

—¡Paul! —grito su nombre entre los espasmos del orgasmo.

Él se corre, al segundo, gruñendo y mordiéndome el hombro izquierdo. Nos desplomamos en el respaldo del sofá jadeando. Estoy sin fuerzas. Paul me coge en volandas, me lleva hasta la ducha y me enjabona con mimo. Yo me dejo hacer. Una vez termina, me seca con su toalla y me lleva hasta su cama. Se coloca detrás de mí y me abraza. ¡Dios! ¡Así van a ser las cuatro noches que me quedan por estar aquí! ¡Es increíble!

—Buenas noches, Marina. —Me da un cariñoso beso en la espalda.

—Buenas noches, Paul —respondo con un hilo de voz.

Verónica tiene razón. Estoy pillada por él. Me quedo dormida entre sus fuertes brazos con ese pensamiento.

Después de una noche debatiendo en mi mente si es sano continuar con esta relación, Paul me sorprende, una vez más, llevándome el desayuno a la cama. Estoy en una nube, me trata con mucha dulzura. Me ha ganado completamente y, aunque me dolerá, quiero pasar cada minuto que me quede de vacaciones con él.

Cuando terminamos el desayuno, damos un paseo por la playa agarrados de la mano. De vez en cuando, nos besamos tiernamente, como si fuésemos unos enamorados. A media mañana, me propone ir al gimnasio. La verdad es que me apetece mucho y accedo. Subimos a las habitaciones para cambiarnos, coger nuestras mochilas y bajamos. Entramos en una gran sala acristalada en la que están perfectamente dispuestas todas las máquinas de cardio y de musculación. No hay apenas gente y podremos movernos libremente.

—Señor Smith. —Un hombre joven se acerca a nosotros.

—Enrique. —Se dan la mano—. Te presento a Marina, trátala bien —le advierte seco.

—Por supuesto. —Me planta dos sonoros besos y me sonrío ampliamente.

Me indica que le siga para hacerme una evaluación completa. Mientras Paul comienza a correr en una cinta, Enrique me va haciendo preguntas, me pesa y mide mi grasa corporal. Es muy simpático y se asombra cuando le cuento que antes estaba un poco gordita. Me piropea varias veces. Paul no me ha perdido de vista en ningún momento y, cada vez que el entrenador se acerca más de la cuenta a mí, él aprieta la mandíbula. Terminada mi evaluación, me va explicando el circuito que tengo que hacer. Propone que haga elíptica, bicicleta, cinta y un poco de musculación. Decido comenzar en la bicicleta.

—Si me necesitas, estaré encantado de ayudarte, guapa —me dice Enrique guiñándome un ojo.

Le sonrío desconcertada. ¿Está ligando conmigo en las narices de Paul? ¡Qué descaro tiene! También es normal, no es que sea muy guapo pero tiene un cuerpazo y estará acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas, aunque a mí no me gustan tan voluminosos los hombres. Miro en dirección de mi *guiiri-borde* y veo que me mira muy serio. Junto mis labios y le lanzo un beso. Paul se sorprende pero las comisuras de sus labios se levantan ligeramente. Le sonrío, me coloco los cascos de mi mp3 y comienzo a pedalear al ritmo de *Wake Me Up* de Avicii.

Ni que decir tiene, que sin música no sé vivir. La necesito para casi todo, trabajo, relax, deporte; cuando estoy triste, feliz, enfadada. Cuando pillé a mi ex en la cama con otra, parte de mi terapia fue

escuchar mucha música. Me desahogo así, no puedo evitarlo. Una cosa que me caracteriza es que, cuando estoy contenta, canto sin darme cuenta. Da igual lo que sea, me gusta casi todo. La gente que me conoce se asombra por las mezclas tan extrañas que hago. Lo mismo mezclo a Queen con Manuel Carrasco que a Bob Marley con David Guetta. Yo siempre me defiendo alegando que si me gustan todos, ¿por qué no los puedo poner juntos? Comienzo a tararear la canción y Paul me mira sonriendo. Le saco la lengua divertida.

Después de casi tres cuartos de hora de cardio, voy hacia la zona de musculación. Paul está ejercitando sus hombros. Le saludo con la mano mientras busco la máquina con la que voy a comenzar. Él sonríe. Enrique me sigue para enseñarme cuál es la postura correcta para no hacerme daño. Me siento en una de las máquinas para fortalecer el pecho. Después de regular el peso y la altura, comienzo a ejercitarme bajo la atenta mirada del monitor.

—Muy bien guapa —habla con voz ronca—, así... así... ¿notas la tensión en el pecho? —Me estoy sintiendo incómoda, creo que lo ha dicho con intención.

Intento ser amable y no darle tanta importancia. Seguimos con la rutina que me ha puesto y pasamos por casi todas las máquinas. Paul no deja de espiarnos, creo que se está enfadando por momentos. Enrique está siendo muy descarado y está cogiendo confianza.

—¿Has venido sola a la isla?

—Sí.

—¿Y qué hace una chica tan bonita, sola en vacaciones? —pregunta invadiendo mi espacio personal.

—Eh... vine a despejarme pero no estoy sola, ahora mismo estoy con Paul. —Me levanto, intento avanzar pero Enrique me corta el paso.

—¿Con el señor Smith? —pregunta incrédulo—. No hace falta que le guardes la cara, seguro que esta noche se acuesta con otra.

—Mira Enrique, no me interesan los cotilleos... ¿podemos continuar? —Me cruzo de brazos y le miro desafiante.

Levanta los brazos y me señala una máquina.

—Tú sabrás, pero la fama que tiene en el hotel es de ser muy mujeriego y no creo que este año sea distinto —dice con una sonrisa falsa.

Decido ignorar ese comentario. ¿Qué pretende? Paul no me ha tratado de esa manera, de hecho, hemos estado todo el tiempo juntos, excepto cuando tuvo que irse por temas de trabajo. Suspiro y continúo con el ejercicio. Tengo que tumbarme boca abajo para trabajar los glúteos. Enrique me ayuda a colocar las piernas y hago el ejercicio sabiendo que se está recreando con mi culo pero, como no quiero problemas, así que lo termino intentando ignorarle. Sudorosa, me levanto y me despido del baboso de Enrique. Busco a Paul para decirle que he terminado y me lo encuentro charlando animadamente con una rubia despampanante que le hace ojitos todo el tiempo. Les observo. Él me mira pero no me hace ningún gesto para que me acerque. Ella suelta una carcajada y le toca el brazo de una manera que me molesta. Paul parece seguirle el juego poniéndole un mechón de pelo detrás de la oreja. Eso y el comentario de Enrique, hace que me enfurezca. Me pregunto si Paul habrá hecho un papel conmigo al mostrarse tan cariñoso y respetuoso. Resoplo indignada, paso por su lado y, sin mirarles, me encamino hacia el vestuario.

—¡Marina! —Paul me llama antes de que cruce la puerta—. ¿Dónde vas?

—A ducharme. —Le miro con cara de pocos amigos.

—¿No pensabas esperarme?

—Parecías muy entretenido, no quisiera molestarte —digo con ironía.

Me mira enfadado.

—Cuando estabas con el entrenador, no parecía importarte con quién me encontraba yo —sisea con los puños apretados.

Eso me enfurece aún más y, sin mediar palabra, me adentro en el vestuario. Paul grita mi nombre pero no salgo. Me niego a seguir discutiendo. Mientras preparo mi ropa y toalla para ducharme, sigo escuchando a Paul. Por suerte, no hay nadie más en el vestuario. ¡Qué vergüenza!

—¡Marina! ¡Sal ahora mismo! —grita enfadado.

Ni siquiera voy a responder. ¿Por qué está tan alterado? Yo no he hecho nada. Él sí, me ha puesto celosa a propósito.

—¡Voy a entrar! —me advierte.

¿No se atreverá? Estoy tentada de salir para que deje de gritarme pero a cabezona no me gana nadie, así que me meto en la ducha y amortiguo sus gritos con el ruido del agua al caer. Cuando voy a echarme un poco de gel para enjabonarme, escucho unos golpes en la puerta de la ducha. ¡No me lo puedo creer!

—Marina, abre —me ordena con voz firme desde detrás de la puerta—, no me voy a marchar hasta que abras la puerta —insiste al no obtener respuesta.

Sigo duchándome, si piensa que voy a dar mi brazo a torcer, lo lleva claro.

—Marina... —insiste.

Silencio, no pienso contestarle. Fuerza la puerta. Me da igual. No voy a ceder porque se ponga en plan machito. Pero entonces, comienzo a escuchar voces de mujeres entrando en el vestuario y eso me hace reaccionar. ¡Mierda! No quiero que haya un escándalo aquí. Dejando mi orgullo a un lado, abro el cerrojo y la puerta se abre de golpe. Paul la cierra a sus espaldas. Me observa desde la poca distancia que nos separa. Los puños los tiene blancos de tanto apretarlos, su mandíbula está en tensión. Está muy enfadado. Recorre con su mirada mi cuerpo desnudo y mojado. Respira con dificultad. Abro la boca para hablar pero, sorprendiéndome, se abalanza sobre mí y me besa con fiereza. Yo me niego a responder. Está debajo de la ducha mojándose pero no parece importarle. Insiste, me pega a su cuerpo mojado, agarra mi nuca y me insta a que abra la boca para darle paso.

—Vamos, *sweetie* —dice contra mi boca—, te deseo.

Siento que me flaquean las piernas. ¿Cómo puede resultar tan sexy estando enfadado? Paul insiste con sus ardientes labios y consigue derribar mis defensas. Su ágil lengua entra como un torbellino en mi boca. Gimo. Sus manos vuelan sobre mi cuerpo y van a parar hasta mis pechos. Los aprieta, masajea y pellizca como si fuera la última vez que lo fuese a hacer. Eso me excita. Creo que ya estoy húmeda. Sin mediar palabra, me da la vuelta y me pone contra los azulejos. Siento su erección en mi trasero.

—¿Tomas anticonceptivos? —pregunta en mi oído. Yo asiento—. Bien —gruñe satisfecho.

Me muerde el cuello y pasea su exquisita lengua por él. Al mismo tiempo, sigue entretenido con mis pechos. Cuando ya los tiene excitados, baja una de sus manos hasta mi monte de Venus. Se abre paso entre mis pliegues e introduce un dedo en mi hendidura.

—Mmm... ya estás preparada.

Jadeo. Introduce otro dedo y con la palma me masajea el clítoris. Se me escapa un gemido.

—Shhh, nos van a oír.

Intento contenerme y eso me excita aún más. Me da mucho morbo el que alguien nos pueda pillar. Saca su mano de mi interior y noto movimiento detrás de mí. Me separa las piernas con una suya, levanta mis caderas con las manos y me penetra de un empujón. Gimo. Poco a poco va entrando en mí

y yo le facilito el acceso. Estamos piel con piel, me gusta. Una vez está totalmente dentro, comienza a balancear sus caderas. Al principio lo hace lentamente, saboreándolo. Pega su cuerpo al mío y escucho su respiración alterada. Va acelerando el ritmo y a mí me vuelve loca. El agua de la ducha amortigua mis jadeos.

—Así cariño, así... —Busca mi clítoris con una mano y lo masajea—. Me gusta sentirte por completo, sin barreras.

Al escuchar eso, un gemido sale de mi garganta más alto de la cuenta. Paul me tapa la boca rápidamente con la mano que tiene libre.

—Aunque me encanta que grites cuando te doy placer —sisea en mi oído—, ahora no es buen momento, *sweetie*.

Sigue bombeando sus poderosas caderas contra mi trasero y torturándome con su mano. El calor invade mi vientre y mi respiración se acelera.

—Dámelo, cariño —ordena Paul con dificultad.

Acelera sus embestidas y creo que voy a desfallecer, esto es muy intenso. Siento palpar su miembro dentro de mí indicándome que está a punto. Mi vagina se contrae y me dejo llevar por el orgasmo. Grito contra su firme mano. Sin perder tiempo, Paul sale de mí y se corre en la parte baja de mi espalda. Siento su esencia caer por mi trasero mientras sostengo mi cara contra los azulejos. Estoy ardiendo.

—Lo has hecho muy bien, Marina. —Me abraza por detrás y me da un tierno beso en la mejilla.

Me giro y lo miro.

—Que sepas que sigo enfadada. —Me cruzo de brazos para demostrarle que lo digo en serio.

Él sonrío de medio lado. Se acerca de nuevo y me abraza. Este hombre me desconcierta. Ya ni me acuerdo del por qué de mi enfado.

—Te pones muy sexy cuando te enfadas —ríe divertido.

Me coloca debajo del agua y me enjabona el cuerpo. Se quita la ropa empapada y se ducha conmigo en silencio. Cuando terminamos, salgo para buscarle otra toalla, por suerte, soy previsora y siempre tengo dos. Vuelvo, se la paso, la anuda en su cadera y se marcha a su vestuario con su ropa y zapatillas chorreando. Por suerte, no nos han pillado.

Una vez termino de vestirme y secarme el pelo un poco, salgo del vestuario. Paul me espera en la

entrada. Nos miramos. Me tiende la mano pero no se la agarro. Sigo enfadada por su actitud de antes. Frunce el ceño pero no dice nada. Antes de que demos un solo paso, se acerca a nosotros la rubia de antes.

—Paul, cariño —¿Cariño? ¿Le ha llamado cariño?—. Esta debe ser Marina. —Me agarra de los hombros y me da dos besos—. Encantada, me llamo Elizabeth y soy una amiga de la familia de Paul. —Me sonrío amablemente.

En ese instante, quiero que la tierra se me trague. ¿Amiga de la familia? Dios, qué ridícula he sido antes con mis malditos celos.

—Igualmente, Elizabeth —respondo con una sonrisa.

—Eres muy guapa —me dice la mujer que, ahora que me fijo más en ella, parece tener más edad de la que aparenta.

—Sí, es preciosa —Paul se acerca y me agarra de la cintura.

Definitivamente, me siento estúpida y avergonzada.

—Gracias —respondo sonrojada.

Miro de reajo al hombre que tengo a mi lado y este parece divertido por la situación. Hablamos durante un rato con Elizabeth. Me cuenta cosas de cuando Paul era pequeño, por lo visto, siempre se metía en líos por ser muy travieso. Me lo imagino y a mi mente viene la cara de un niño rubio muy guapo y con mirada pícara. Eli, como la llama Paul cariñosamente, era la mejor amiga de su madre y dice que se siente muy triste porque Katherine, así se llamaba la madre de Paul, se está perdiendo el hombre en el que se ha convertido su pequeño.

—Deberíamos marcharnos, es casi la hora de comer —interrumpe Paul cuando está harto de ser el centro de la conversación.

—¡Qué tarde es! —exclama Elizabeth al mirar su carísimo reloj—. Paul, nos veremos en Londres. —Le da un par de besos de despedida—. Marina, ha sido un placer. —Ante mi sorpresa me abraza—. Espero volver a verte —susurra en mi oído y se marcha guiñándome un ojo.

—¿Qué te ha dicho Eli? —pregunta curioso Paul cuando vamos camino de la salida.

No se le escapa nada.

—Que tenga cuidado contigo que hay mucha lagarta por aquí —le respondo encogiéndome de hombros.

Él abre los ojos de par en par sorprendido. No puedo evitar reírme a carcajadas.

—¿Te gusta reírte de mí, Marina? —Me agarra por detrás y comienza a hacerme cosquillas en los costados.

—¡Para! ¡Por favor!

—¿Sigues enfadada? —Me gira y quedamos cara a cara.

Sin responderle, le doy un tierno beso en los labios indicándole que no.



Mmm... Inspiro profundamente. El perfume de Paul inunda mis fosas nasales. Abro lentamente los ojos y ahí está, dormido junto a mí, el adonis rubio que me ha vuelto loca estas vacaciones. Hago balance de estos tres últimos días.

Después del pequeño malentendido en el gimnasio no hemos vuelto a tener ningún enfado. Hemos disfrutado el uno del otro en el momento que hemos querido. Recuerdo con una sonrisa lo que pasó ayer. Nos pillaron en los servicios del bar del hotel. Menos mal que ya habíamos terminado y estábamos vestidos pero la cara que puso la mujer mayor que nos pilló, fue digna de ver y lo que nos dijo... degenerados fue la palabra más bonita que salió por su boca. Volvimos muertos de risa a la suite. Ahora que lo pienso, no sé por qué estoy pagando habitación, he dormido nada más que una noche en ella. El resto, las he pasado con Paul en su suite.

Todavía no puedo creer todo lo que me ha pasado en estas vacaciones. He conocido a un chico maravilloso que me ha enseñado a liberarme en la cama. He disfrutado cada uno de nuestros encuentros sexuales y de todo el tiempo que hemos pasado juntos en el hotel, la playa, el barco... me ha llevado a sitios maravillosos y que siempre recordaré. Incluso nos hemos hecho varias fotos juntos. Yo me negaba a hacerme fotos con él, pero insistió tanto que al final cedí. Estoy muy encariñada con él, no puedo evitarlo y no hago más que pensar que me queda un día y una noche nada más para disfrutarla a su lado. Sé que después de esto, se acabó. Ya no lo volveré a ver más.

Me levanto de la cama y me asomo al balcón de la suite. Miro hacia el océano con tristeza. Verónica tiene razón, estoy demasiado vulnerable y me he dejado llevar por la fantasía de que Paul es mi hombre ideal. Pero no, es un rollo de vacaciones.

—¿Qué ocurre, preciosa? —Siento cómo sus brazos me rodean.

—Nada. —Intento sonreírle.

—Pareces triste. —Me da un beso en la mejilla.

—Mañana a estas horas, estaré camino de Madrid —suspiro mirando hacia el horizonte.

—Oh —Apoya su barbilla en mi cabeza.

Permanecemos así un momento. No decimos nada. ¿Quizás él también se ha encariñado conmigo?

¡No seas estúpida, Marina! —grita mi subconsciente. Está claro que no, ya me lo dejó claro. Él nunca repite.

—Habrá que aprovechar al máximo el día de hoy —su voz ronca interrumpe mis pensamientos.

—Sí.

—Vamos, tengo una sorpresa preparada para ti. —Tira de mí y me lleva de nuevo a la cama—.

Pero antes, voy a darte los buenos días como te mereces —dice de modo sensual y se abalanza sobre mí.

—¡No! ¡Ni hablar! —grito como una posesa.

—Venga, Marina —insiste Paul montado en ese cacharro infernal.

Estamos en el barco con Miguel. Yo pensaba que me iba a llevar otra vez a *Isla de Lobos* pero no, la sorpresa que me tenía preparada, era darme una vuelta en una moto de agua. Me puso el chaleco salvavidas diciéndome que íbamos a pasear en barca pero cuando estaba en las escaleras del barco para bajar hasta el agua, la vi allí amarrada y me volví corriendo. Me ha engañado y estoy muy furiosa.

—Vamos, *mi niña*... no te pasará nada —dice Miguel divertido.

Lo miro con cara de asesina, no vuelve a decir nada más y se adentra en la cabina. Paul baja de la moto y sube otra vez al barco.

—Marina...

—¡No! —le grito cuando intenta abrazarme—. ¡Me has engañado! No soporto las mentiras y menos, cuando tienen que ver con estas cosas.

—Cuéntame qué te pasó para que reacciones de esta manera, por favor —susurra Paul a mi lado.

Cierro los ojos porque las lágrimas amenazan con salir y no quiero. Se acerca más a mí y me abraza. Inspiro hondo.

—Confía en mí —dice en mi oído—, conmigo no ocurrirá nada.

Una lágrima cae por mi mejilla.

—¡Eh! No llores, no soporto verte llorar. —levanta mi barbilla para que lo mire.

—Eso fue lo que me dijo mi mejor amigo antes de morir —consigo decir entre suspiros.

Paul se queda paralizado ante mi revelación. En seguida reacciona y me abraza con fuerza. No suelo hablar con nadie de esto. Fue un hecho muy traumático en mi vida. Tira de mí y me lleva hasta el sofá situado en la popa del barco. Se sienta y me obliga a tumbarme sobre su pecho. Me acaricia el pelo con suavidad. Supongo que espera que se lo cuente. La verdad es que hace mucho tiempo que no hablo del tema. La última vez fue cuando se lo conté a Verónica y de eso hace ya unos tres años.

—Yo tenía catorce años y él dieciocho —comienzo a hablar mirando hacia el infinito—. Nos

conocíamos desde pequeños, era mi vecino y teníamos una relación de casi hermanos.

»Se llamaba Javier. Era guapo, simpático y rebelde. Todas las chicas del barrio estaban enamoradas de él, yo incluida. Pero él me trataba como si fuese su hermana pequeña, me sobreprotegía porque, al igual que yo, también era hijo único. A Javi le gustaban las motos y, recién cumplidos los dieciocho años, su padre le regaló una Yamaha R1 YZF 1000 de color azul. A la primera persona que dio una vuelta en ella, fue a mí».

Otra lágrima cae por mi mejilla.

«Recuerdo perfectamente todos los detalles de esa moto. Javi estaba obsesionado con ella, era su tema de conversación favorita. Yo me convertí en una experta en motores, cilindros y toda clase de piezas mecánicas. Incluso había ocasiones en que le ayudaba con las herramientas cuando arreglaba la moto en el patio de su casa. Vivían en el piso bajo.

Mi madre se enfadaba mucho con él porque no quería que yo me montara en *ese trasto* pero Javi siempre se las arreglaba para hacerlo a escondidas. Una tarde de junio, apareció en mi casa muy excitado, me contó que participaría en una carrera clandestina que organizaban esa misma noche todos los chicos del barrio, con motos grandes y retocadas. Participar en esa carrera y ganar, te convertía en el más popular y más envidiado de todo el vecindario. Me contagió su emoción, así que, engañando a mi madre sobre mis planes de esa noche, me fui con él.

La carrera se celebraba en un polígono industrial de las afueras de la ciudad. Cuando llegamos, me senté en un bordillo junto a las demás chicas para ver cómo mi héroe se hacía con la victoria. Estaba convencida de que iba a ganar. El reto era dar una vuelta a toda velocidad por una gran avenida y volver de nuevo al inicio. Había diez corredores que participarían por turnos de a dos y el que resultara vencedor, competiría contra los siguientes participantes y así hasta que se alzara con la victoria final de la noche. Parecía muy fácil y, a esas horas, apenas había tráfico en el polígono. La carrera comenzó y Javi se hizo con la victoria frente a los tres primeros participantes. En la última vuelta me asusté porque se le fue un poco la moto en una curva. Se lo dije cuando se acercó a mí al terminar.

—No te preocupes chiquitina, confía en mí, conmigo no ocurrirá nada.

Me lo dijo antes de comenzar a correr por cuarta vez. Se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla, me guiñó un ojo, se puso el casco y se montó en su gran moto. Dieron la salida y las dos motos salieron a todo gas por la avenida. Iban muy igualados pero Javi arriesgó en la curva y consiguió adelantar a su contrincante. Yo salté y grité emocionada pero de la euforia pasé al pánico en segundos. Un coche apareció de repente y se cruzó en la trayectoria de Javi. No le dio tiempo a

frenar y se estrelló contra él. Todo pasó en milésimas de segundos pero yo lo vi a cámara lenta. El cuerpo de mi amor platónico salió volando por encima del coche y calló como un muñeco de trapo en la carretera.

Cuando reaccioné, salí corriendo como una loca hacia donde había caído Javi. Me agaché y traté de despertarle en vano, murió en el momento en que su cabeza tocó el asfalto. Su casco salió disparado cuando volaba por los aires porque no lo llevaba abrochado».

Comienzo a sollozar y Paul me abraza con fuerza.

—Lo siento mucho, Marina —me dice con pesar—. No puedo imaginar lo que tuviste que sentir en ese momento.

—Desde entonces odio todo lo que tiene que ver con el riesgo y la velocidad —digo entre sollozos—. Me costó un mundo sacarme el carné de conducir...

—Shhh... tranquila —susurra meciéndome suavemente para que me calme.

Paul deja que me desahogue sin decirme nada. ¿Qué pensará sobre mí? Desde que nos conocemos he llorado más veces de las que quisiera. Normalmente no soy tan llorona... bueno, sí pero no delante de alguien que acabo de conocer. Supongo que es porque me siento segura a su lado.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dice de pronto dándome un toque en el hombro para que me incorpore—. Voy a bajar y vas a mirar desde el barco, cómo manejo la moto. Cuando te des cuenta de que es totalmente segura, te montas conmigo, ¿de acuerdo?

—No sé...

—Marina. —Me agarra de los hombros y me mira fijamente a los ojos—. Tienes que intentar superar el miedo, te vas a perder muchas cosas buenas y divertidas que pasan en la vida por culpa de ese temor.

Asiento lentamente sin poder apartar la mirada de esos ojos azules que parecen atravesar mi alma.

—Bien. —Nos incorporamos y me lleva hasta un lateral del barco—. Quédate aquí y no me pierdas de vista. —Me besa con ternura en los labios y se marcha.

Observo atentamente cómo monta en la moto. Coloca la llave en su muñeca y la introduce en el contacto. Miguel, que ha salido otra vez al exterior, me explica que eso se hace así por seguridad. Si te caes de la moto, te llevas la llave contigo y así se detiene inmediatamente para evitar que te atropelle mientras estás en el agua. Paul arranca y acelera. Mis manos tiemblan nerviosas. Da una

vuelta frente a mí y se gira para ver mi cara. Le hago una señal con el pulgar para indicarle que estoy bien. Él sonríe y acelera de nuevo, esta vez, a más velocidad. Se aleja del barco rápidamente y a mí se me corta la respiración.

—Tranquila, *mi niña* —susurra Miguel junto a mí.

Le intento sonreír pero no puedo. Miro de nuevo hacia el agua y no encuentro a Paul. Nerviosa, lo busco con la mirada. ¿Dónde se ha metido? Retuerzo mis manos. Entonces, escucho el ruido de la moto de agua que viene hacia nosotros. Suspiro aliviada cuando lo veo aparecer por mi izquierda. Había dado una vuelta al barco. Le sigo observando y su rostro refleja felicidad. Se lo está pasando en grande. Sonrío sin darme cuenta. De vez en cuando, mira hacia donde estoy y me saluda. Yo le correspondo.

Surca el océano con una gran sonrisa y me ha contagiado su felicidad, aunque mi corazón da un vuelco cuando la moto se eleva en el aire al chocar contra una ola. Escucho su voz. Grita de emoción y eso me hace sonreír. Al cabo de diez minutos de piruetas y gritos, vuelve al barco.

—Vamos. —Tira de mí pero conforme me voy acercando a la moto, menos convencida estoy.

Me ayuda a montarme en ella y se coloca delante de mí. Le abrazo por detrás temblando.

—Tranquila, *sweetie*. —Aprieta una de mis manos con dulzura—. Agárrate bien fuerte y no te sueltes.

Me arrimo más a él y le abrazo con fuerza.

—¿Preparada?

—Ss... sí.

Arranca la moto y comenzamos a movernos. Suspiro sonoramente y él aprieta mis manos para darme confianza. Comienza a acelerar progresivamente y yo me aferro más a su cintura. Tengo los ojos apretados con fuerza. No quiero mirar. Cogemos velocidad.

—¡Marina! —grita Paul para hacerse escuchar por encima del ruido del motor—. ¿Cómo vas?

—¡Bien! —respondo no muy convencida.

—¡Puedo acelerar más! —dicho esto, lo hace y yo comienzo a gritar. Siento cómo se ríe—. ¡Disfrútalo!

Abro mis ojos y miro a nuestro alrededor. Es una maravilla. Estamos rodeados por el inmenso océano color turquesa y, a lo lejos, distingo más embarcaciones y más motos de agua. De pronto, nos

elevamos en el aire. Grito histérica pero enseguida río. Ha sido una sensación increíble. Paul, al escucharme, ríe también. No sé durante cuánto tiempo estamos dando vueltas por el agua pero a cada momento que pasa, más relajada estoy. Paul maneja la moto con mucha soltura y seguridad y no ha dejado que me caiga en ningún momento. Tampoco ha hecho maniobras muy bruscas. Ha estado pendiente de mí todo el tiempo. Cuando él lo estima conveniente, volvemos al barco.

—¿Qué tal, *mi niña*? —pregunta Miguel que me ayuda a subir al barco.

—Mejor de lo que me esperaba. —Sonrío emocionada.

—Ya te lo dije —dice Paul cogiéndome por la cintura y besándome por sorpresa—. Ahora, tú y yo, nos vamos a meter en el camarote y no vamos a salir hasta la hora de volver al hotel —susurra contra mis labios.



—Nos vemos a las diez de la noche en recepción —dice Paul besándome el dorso de la mano.

Después de haber tenido una tarde de sexo ardiente en el camarote del barco, mi *guiri-borde* me ha prometido una última noche de vacaciones muy especial. Estoy tan exhausta que no sé si estaré a la altura, aunque seguramente él me reavivará, es una máquina sexual. Nunca había conocido un hombre así. Bueno, en realidad solo conocí a mi ex. Pero yo pensaba que esto no existía nada más que en las novelas románticas que he leído. Me equivocaba.

Nos despedimos en la puerta de mi habitación. Entro y me encamino hasta la terraza para llamar a Verónica.

—Hola, guapi.

—Hola, preciosa.

—¿Mañana vuelves o te quedas con tu *guiri-borde* unos días más? —pregunta de manera sensual.

—Mañana regreso —digo apenada.

—¿Por qué no te quedas unos días más?

—Porque no quiero gastar más de mis ahorros y ya he quedado con mi padre en que iría a Córdoba a visitarle. Además, es mejor así, cuanto antes termine este rollo, mejor.

—¡Uy Marina! ¡Tú te has colgado del rubio! —exclama divertida y yo resoplo—. Marina, es un rollo, nada más.

—Ya lo sé... ¿cambiamos de tema? —replico enfadada.

—Vale, vale... tranquila.

Hablamos durante cinco minutos más en los que quedamos en vernos al día siguiente y colgamos. Suspiro mirando al océano. Mi mirada se desvía hacia la terraza de la suite. Distingo a Paul en el interior, está paseándose en calzoncillos y hablando por teléfono. Parece estar discutiendo con alguien. Este hombre siempre está estresado cuando habla por teléfono. Le observo, tiene todo el cuerpo en tensión. De pronto, hace un aspaviento con las manos y tira el móvil al suelo. ¡Vaya! ¡Sí que tiene genio! ¿Qué habrá pasado? ¡Mierda! Me ha pillado espiándole. Sale a la terraza y me mira. Está muy serio. Nos quedamos un momento mirándonos en silencio. Me pregunto, qué estará pasando por su cabeza cuando me mira de esa manera. Sin hacer ningún gesto hacia mí, se da media vuelta y se adentra en la suite, recoge el móvil del suelo y lo monta de nuevo; con el golpe, se había salido la batería, y desaparece de mi vista.

Me levanto del sillón de mimbre dispuesta a ducharme, cuando suena mi teléfono móvil. Es un número que no conozco.

—¿Diga? —contesto tímida.

—Sigues teniendo muy mala costumbre de espiar a los demás. —Es Paul y parece enfadado.

—Yo...

—Deberías de ducharte ya, nos vemos luego —cuelga sin darme opción de réplica.

¡Será idiota! ¿Qué leches le pasa? Yo estaba mirando hacia su suite, sí pero no para espiarle... ¡Un momento! ¿Cómo tiene mi teléfono? Molesta por su actitud y, sin pensarlo demasiado, le doy a rellamada.

—Punto uno, no te estaba espiando —comienzo a hablar sin dejar que conteste—, punto dos, este es un país libre y puedo mirar hacia donde me plazca; punto tres, no tengo ni idea de lo que te pasa pero no la pagues conmigo; y punto cuatro, ¿cómo es que tienes mi número de teléfono?

Le escucho respirar pero no responde.

—Te estoy esperando —digo enfadada.

—Lo siento Marina, tienes razón —utiliza su tono de voz más suave—. El teléfono lo tengo desde

el día de comisaría, supuse que no te importaría. —Espera a que yo hable pero no lo hago, estoy tan enfadada que no quiero decirle algo de lo que me pueda arrepentir—. Perdóname *sweetie*, te lo compensaré esta noche —dice sensualmente y ya me ha ganado.

—Perdonado, pero no me vuelvas a hablar así nunca más, ¿de acuerdo? —replico pensando en la tontería que le acabo de exigir.

Nos quedan muy pocas horas para estar juntos.

—De acuerdo, luego nos vemos.

Cuelgo directamente. ¡Mierda! Sí que me he colgado de él... pero bien... ¡Joder! Paso mis manos por la cabeza y cierro con fuerza los ojos. Creo que voy a llorar. ¿Qué has hecho Marina? ¿Por qué ahora? Y, ¿por qué precisamente de él? Me derrumbo en la cama. Miro la hora. Son las ocho de la tarde. Necesito meditar un momento todo esto. Solamente me queda esta noche para estar con él y no quiero estropearlo con estas tonterías. Cojo mi mp3 y le doy al play. La dulce voz de Pablo Alborán inunda mis oídos y a mí se me escapa una lágrima.

*Regálame tu risa,
Enséñame a soñar,
Con solo una caricia,
Me pierdo en este mar.
Regálame tu estrella,
la que ilumina esta noche
llena de paz y de armonía,
y te entregaré mi vida.*

*Haces que mi cielo
vuelva a tener ese azul,
pintas de colores
mis mañanas solo tú
navego entre las olas de tu voz
y tú, y tú, y tú, y solamente tú
haces que mi alma se despierte con tu luz
y tú, y tú, y tú...*



—¿Lista? —Las manos de Paul tapan mis ojos para que no vea nada.

Estamos parados en la arena. Me ha llevado así desde que hemos salido del hotel en dirección a la playa. Se ha disculpado por su actitud de antes y, al saberse perdonado de verdad, me ha obsequiado con un gran abrazo y un beso lleno de ternura.

—¡Venga! —exclamo impaciente por ver lo que me ha preparado.

Él suelta una carcajada y sé que voy a echar de menos el sonido de su voz. Abre poco a poco los dedos pero apenas veo nada. En cuanto mis ojos se acostumbran a la luz abro la boca asombrada. Una vez más, Paul ha conseguido sorprenderme.

Estoy sin habla. Ha preparado una cena romántica en la playa con una mesa bajita en la que hay dispuestos unos platos, cubiertos y unas copas de vino. Alrededor están colocadas dos colchonetas y varios almohadones para estar cómodos. Todo eso está rodeado de velones y candelabros. Estoy emocionada. Es un plan perfecto para la última noche que vamos a pasar juntos.

—Paul... esto es... —un sollozo escapa de mi boca.

—Todo es poco para ti, *sweetie*. —Me besa en el hombro. Me da la vuelta para que lo mire a los ojos—. Te dije que te iba a compensar por mi mal genio de esta tarde —me dice serio.

Me invita a sentarme y me sirve una copa de vino al tiempo que se sienta junto a mí.

—Por nuestra última noche de vacaciones —dice con los ojos brillantes.

Brindamos y bebemos.

—¿Nuestra? —pregunto extrañada.

—Sí, yo me marcho también mañana. —Asiente serio—. Ha surgido una cosa y tengo que aplazar el resto de mis vacaciones.

—Espero que no sea grave —le digo al ver su expresión.

—No te preocupes. —Sonríe pero la sonrisa no le llega a los ojos y eso sí me preocupa—. Vamos a cenar. —Me besa en la mejilla y comienza a servirme un poco de ensalada que ha sacado de una cesta de picnic.

Después de degustar una exquisita comida compuesta por ensalada mediterránea y pescado, Paul ha sacado un trozo de tarta de chocolate y la estamos disfrutando juntos. Yo cucharada a cucharada y él de mis labios. Este hombre es erotismo puro, ¿cómo es posible que esté otra vez preparada cuando nos hemos pasado toda la tarde en la cama?

Cuando llevamos media porción de tarta, ya no me entra más comida y le niego a Paul la última cucharada.

—¡Vamos! Quiero seguir disfrutando de tus labios con sabor a chocolate —dice de manera sensual.

Niego con la cabeza, él insiste pero no le da resultado. Entonces hace un puchero y yo estallo en carcajadas al ver ese gesto tan infantil.

—Te voy a echar de menos —le suelto entre risas.

Paul se queda paralizado y abre los ojos de manera imperceptible, aunque yo lo noto. ¡Oh, oh! Creo que la acabo de cagar. *¡Siempre tan bocazas, Marina!* —grita mi subconsciente. Nos miramos durante unos segundos en silencio. *¡Di algo!* Abro la boca para intentar arreglarlo de alguna manera pero Paul no me da opción a decir nada. Se abalanza sobre mí y comienza a devorarme la boca. Me deja caer sobre los almohadones y me aprisiona bajo su musculoso cuerpo.

—Yo también voy a echar de menos esto —susurra contra mis labios.

En sus ojos veo reflejado el deseo. Tiene las pupilas dilatadas y me mira como si yo fuese su presa. Me gusta. Pasea su cálida lengua por mi cuello dejando mi piel erizada a su paso. Baja uno de los tirantes de mi vestido con un dedo y lo lleva hasta la copa de mi sujetador. La aparta dejando al descubierto mi pezón que le apunta directamente.

—Y esto —gruñe antes de metérselo en la boca.

Lo estimula con lengua y dientes. Gimo. Subo mis manos y las entierro en su cabello. No quiero dejar de sentirlo encima de mí. No quiero que terminen nunca estas vacaciones. Se abre paso con su mano libre para liberar mi otro pecho y comienza a masajearlo y pellizcarlo con pericia. Cuando ya tiene bien excitado el pezón que tiene entre sus labios, continúa con el otro. Arqueo mi espalda para darle mejor acceso. Baja sus grandes manos por mi cintura y llega hasta mis piernas, remanga la falda del vestido y me arranca el tanga de un tirón. Sin decir nada, baja la cabeza.

—Esto también lo echaré de menos. —Siento su cálido aliento en mi depilado monte de Venus.

Agarra mis muslos con sus fuertes manos y abre mis piernas con firmeza. Se abre paso entre mis pliegues con la lengua hasta llegar a su objetivo. Mi clítoris. De mi garganta sale un jadeo. Lo rodea y lo muerde. ¡Madre mía! Continúa con sus certeros lametazos y va desde mi vagina para terminar en mi capuchón. Cierro los ojos y me aferro a los almohadones, creo que estoy a punto de explotar. De pronto, noto que Paul se separa de mi cuerpo. Bajo la vista y lo veo observándome. Me agarra de la

cintura y con un movimiento rápido, se pone en mi lugar y me coloca a horcajadas sobre él.

—Quiero recordarte así —dice con voz ronca—, hazme lo que tú quieras.

Por un segundo no sé qué hacer, lo miro desconcertada, pero entonces Paul me agarra los pechos con las dos manos para incitarme y me vuelve loca. Hace una semana me hubiese dado mucha vergüenza esta situación pero ahora me siento deseada, sexy y poderosa al tener a un adonis rubio presa del deseo debajo de mi cuerpo. Me agacho y devoro su boca como si fuese la última vez que lo hiciese. Bueno, en realidad será así. Al mismo tiempo, voy desabrochando su camisa para dejar ese perfecto torso al descubierto. Paseo mis manos por él. Paul acelera su respiración. Me incorporo y llevo mis manos a sus pantalones. Desabrocho su cinturón con sensualidad, sin dejar de mirarlo a los ojos. Sigo con su pantalón y se lo quito tirando de sus calzoncillos al mismo tiempo. Me quedo mirando su potente erección. Subo la vista hasta sus ojos caídos, me muerdo el labio inferior y, sin más, me agacho para meterme su pene en la boca.

—Mmm... —Cierra sus preciosos ojos azules.

Comienzo a lamer su suave y salado glande. Rodeo la punta con mi lengua y escucho la respiración entre cortada de Paul. Sonrío, lo tengo donde quiero. Abro más mi boca y meto su enorme miembro hasta el fondo de mi garganta.

—¡Ah! —exclama.

Subo y bajo mi cabeza con lentitud. Cuando llego arriba, rodeo con la lengua la punta y vuelvo a bajar. Paul apoya una mano en mi cabeza y empuja sus caderas hacia mí para que acelere el ritmo. Le obedezco. Con una mano me ayudo a estimularle el pene y con la otra le masajeo los testículos.

—¡Sí! —resopla—. Sigue, *sweetie*.

Acelero el ritmo. Gruñe. Yo estoy empapada. Me excita mucho verlo así por mí. De pronto, sale de mi boca y me tumba sobre la otra colchoneta.

—Tengo que estar dentro de ti, ya —gruñe contra mis labios.

Se pone un preservativo y me penetra de un empujón. Cuando lo hace, jadeamos con fuerza los dos. Paul comienza a bombear sus caderas con fiereza. Gimo. Le abrazo y paseo mis manos por su espalda hasta llegar a su trasero. Lo aprieto contra mí. No quiero que termine esto nunca.

—Dámelo, Marina —susurra en mi oído—. Dame tu orgasmo.

El calor me invade y sube hasta mi cara. Paul no me da tregua y sigue con sus fuertes embestidas.

Cuando ya no aguanto más, grito su nombre entre espasmos. Él da un par de estocadas más y se derrama en mi interior gritando el mío. Cae exhausto sobre mi pecho, sale de mí con suavidad y se acomoda en mi pecho. Inconscientemente, subo una de mis manos y le acaricio la cabeza al tiempo que miro hacia el cielo estrellado.

Permanecemos en silencio, que es interrumpido por el crepitar de las velas de nuestro alrededor y el suave murmullo de las olas del mar. Quiero retener todo esto en mi memoria, quiero recordar todas estas sensaciones. Después de seis meses sin encontrarle sentido a mi vida, después de creer que ya no sería capaz de tener sexo con nadie más, el destino ha querido que Paul llegara a mi vida en estas vacaciones y me ha hecho sentir deseada, sexy, valiente y capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Quieres dormir esta noche aquí? —me pregunta Paul mirándome desde mi pecho.

—¿Es seguro? —le pregunto yo a su vez.

—¡Claro! —Sonríe y sube hasta quedar cara a cara—. Ya sabes que conmigo estás segura. —
Reparte besos tiernos por mi frente, mejillas y nariz.

Le sonrío como una boba y él lo toma como un sí.

—Ven, vamos a preparar la cama. —Me tiende la mano para incorporarme.

Nos vestimos y disponemos las colchonetas una junto a la otra. Paul saca de una bolsa, un juego de sábanas y una manta. En cuanto tenemos nuestra particular cama hecha, apagamos todas las velas y quedamos iluminados por las estrellas. Paul se tumba boca arriba y me invita a tumbarme en su fuerte pecho. Aspiro su aroma, lo voy a echar mucho de menos. Escucho su corazón latiendo a ritmo pausado.

La claridad de la mañana me da de lleno en los ojos. Arrugo el entrecejo, protesto, agarro las sábanas y me tapo la cabeza. *¡Un momento!* Tomo conciencia de en qué lugar me encuentro y me destapo. Sonríe, he dormido toda la noche en la playa con Paul. Me estiro feliz en las colchonetas pero me doy cuenta de que estoy sola. Me incorporo nerviosa. *¿Dónde se ha metido?* Voy a gritar su nombre cuando lo visualizo. Está a un par de metros delante de mí. Sentado en la arena con las rodillas pegadas al pecho y mirando hacia el agua. *¿En qué estará pensando?* Busco mi teléfono para mirar la hora. *¡Las siete de la mañana!* En tres horas sale mi avión. Me levanto y voy hasta su lado. No me mira. Me siento junto a él en silencio.

—Buenos días, preciosa. —Me agarra de la mano sin dejar de mirar hacia el infinito del océano—. *¿Cómo has dormido?*

—Muy bien, gracias por la maravillosa noche —respondo apretándole la mano.

—*¿A qué hora sale tu vuelo?* —me corta con sequedad. *¿Qué le ocurre?*

—A las diez y veinte.

—Bien. —Se levanta tirando de mí—. Vamos a desayunar.

Dejamos las cosas en la playa, lo recogerá todo el mayordomo de la suite. Desayunamos en el restaurante donde trabaja Raúl. Apenas si cruzamos palabra Paul y yo. Está muy serio. Si no fuese porque sé que no le gusta repetir sus relaciones, diría que no le gusta que nos separemos. En cuanto terminamos, se despide de mí en el restaurante indicándome que esté preparada a las nueve en recepción, él me llevará al aeropuerto. Dispongo de una media hora para prepararme. Me da un beso en la mejilla y me deja sola en la mesa. No, no es que no le guste que nos separemos... es que esto ya se ha terminado y ha vuelto a su papel de borde. Allí me quedo con cara de tonta y al borde del llanto cuando aparece Raúl.

—*¡Linda! Dame ahora mismo tu número de teléfono* —me exige cuando está junto a mí. Lo miro con una ceja enarcada—. Tengo pensado hacer un viaje a Madrid este invierno y quiero volver a verte —responde al ver mi expresión.

—*¡Claro!* —respondo emocionada. Al menos a él si lo volveré a ver.

Nos despedimos con un gran abrazo y yo me encamino hacia mi habitación para hacer la maleta. Comienzo a meter mi ropa y neceser en su interior, además de una bolsa que tengo en la cama y

sonríó al ver el regalo que le he comprado a Verónica. Es un cenicero hecho de vidrio para que coloque ahí sus llaves, siempre las pierde por el piso. Yo me he comprado otro igual para las mías. A mi padre le he comprado una taza de café de recuerdo. Suspiro cuando cierro la cremallera. Me asomo por última vez a la terraza para observar el paisaje. Intento no mirar hacia la suite. Es demasiado doloroso para mí.

Miro el móvil. Ya es la hora. Cierro la puerta y me monto en el ascensor. Conforme va bajando me voy poniendo más triste. Llego a la planta baja y giro para ir hasta la recepción. Allí está impecablemente vestido con la misma ropa con la que nos conocimos. Vaqueros y camiseta. Está guapísimo a pesar de que está muy serio. Me acerco hasta él y, como si notara mi presencia, gira su cabeza hacia mí. Se acerca y me da un tierno beso en la boca.

—Vamos —me dice agarrándome de la mano.

—Un momento, tengo que decir en recepción que ya me voy.

—No hace falta, ya lo he comunicado yo —dice cortante y tira de mí hacia la salida.

—No. —Me planto en el sitio y le suelto la mano—. Soy yo la que lo tiene que decir —molesta, voy hacia la recepción.

Me atiende la simpática recepcionista que me recibió el primer día. Al reconocermela, se pone nerviosa. Cuando le pido la factura, tartamudea. *¡No me lo puedo creer! ¿No se habrá atrevido?* Me vuelvo hacia Paul, ahí sigue mirándome serio. Entonces, aparece la directora del hotel.

—Eh... Esto... Señorita Romero, su cuenta está pagada —me dice tocándose el pelo con nerviosismo.

Giro otra vez mi cabeza para mirar a Paul. Él se encoge de hombros y me sonrío con suficiencia. Vuelvo otra vez a mirar a la directora.

—No, ahora mismo lo cargan todo a mi cuenta.

—Señorita, ya no se puede —replica—, ya está pagada.

—De acuerdo —resoplo enfadada—. Gracias.

Agarro mi maleta y me encamino hacia la salida pasando de largo al lado de Paul. Él me sigue de cerca. Cuando estoy en el exterior, me fijo que hay un taxi allí esperando. Me dirijo hacia él pero Paul intercepta mi camino.

—¡Apártate! —le grito furiosa.

—Marina...

—¡No! No tenías ningún derecho a pagar mis vacaciones —le digo bajando un poco la voz al sentir que todo el mundo nos mira—. ¿Por qué lo has hecho?

—Quería hacerte un regalo y me ha parecido una buena idea pagarte las vacaciones. —Se encoge de hombros.

—Pero es mucho dinero.

—Tranquila. —Me agarra de los hombros—. Me lo puedo permitir.

—Pero...

—Por favor —me suplica—, acéptalo sin más.

Cruzo los brazos sobre mi pecho ofuscada. Él me mira suplicante con esos ojos que me tienen loca y de pronto, hace el mismo puchero que hizo anoche. Intento no reírme en vano.

—Vamos, no quiero que pierdas el vuelo por mi culpa. —Me empuja hacia su coche.

Nos montamos y nos ponemos en camino. Al principio estamos en silencio hasta que Paul acciona el botón de la radio y comienza la melodía de una canción.

Give me love like her,

(Dame un amor como el suyo,)

'cause lately i've been waking up alone.

(Porque últimamente me he despertado solo)

Paint spotted tear drops on my shirt,

(Pinto manchas de lágrimas en mi camisa)

Told you i'd let them go

(Te dije que las dejaría salir)

And i'll fight my corner,

(Y que defenderé mi esquina -como en el boxeo-)

Maybe tonight i'll call ya,

(Quizás esta noche te llame)

After my blood turns into alcohol,

(Después de que mi sangre se convierta en alcohol)

No i just wanna hold ya,

(No, solo quiero abrazarte)

Give a little time to me, we'll burn this out,

(Dame un poco de tiempo o termina con esto)

*We'll play hide and seek, to turn this around,
(Jugaremos al escondite para darle la vuelta a esto)
All i want is the taste that your lips allow,
(Todo lo que quiero es el sabor que tienen tus labios)
My my, my my oh give me love,
(Oh, Señor, Señor, oh, dame amor)
My my, my my oh give me love,
(Oh, Señor, Señor, oh, dame amor)
My my, my my oh give me love,
(Oh, Señor, Señor, oh, dame amor)
My my, my my oh give me love,
(Oh, Señor, Señor, oh, dame amor)
My my, my my give me love.
(Oh, Señor, Señor, dame amor)*

Miro por mi ventana mientras la voz de Ed Sheeran inunda el coche. Mi mente viaja por todos y cada uno de los momentos que hemos pasado Paul y yo en las vacaciones. Lo escucho tararear mientras conduce. ¿Me estará cantando a mí? *¡No seas ilusa, Marina!* —me grita afónica mi conciencia. Él ha sido un rollo de vacaciones y ya está, se me tiene que meter en la cabeza. Tengo que asumirlo. Lo miro de reojo. Sigue con el semblante serio.

Llegamos hasta el parking del aeropuerto. Paul aparca y saca la maleta del maletero. Me preparo para la despedida pero, sorprendiéndome, me acompaña hacia el interior. Me sigue hasta la sala de espera de la puerta de embarque y se sienta junto a mí. Quedan unos veinte minutos hasta que salga el vuelo.

—¿A qué hora es tu vuelo? —le pregunto porque no aguanto este silencio.

—En un par de horas —dice mirando su reloj.

—¿Vuelves a Londres?

—Sí.

Otra vez silencio. No sé qué más preguntarle sin que parezca que sigo interesada en mantener contacto. Paseo mi mirada por la sala. Hay parejas haciéndose arrumacos y familias con niños.

—¿Cuándo comienzas a trabajar? —me pregunta al cabo de unos minutos.

—El día uno, siempre suelo tener todo el mes de agosto de vacaciones —respondo seca.

—¿Qué vas a hacer el resto de tus vacaciones? —pregunta con curiosidad o eso pienso yo.

—Estaré un par de días en Madrid y después quiero ir a visitar a mi padre a Córdoba.

—Eso está muy bien, aprovecha para estar con él.

En esos instantes nos llaman para embarcar. La gente va entrando ya por la puerta de embarque y yo espero para quedar la última. Cuando es mi turno, me vuelvo hacia Paul para despedirme. Sin darme opción, me agarra por la cintura y me da un profundo beso.

—Adiós, Marina —dice cuando me suelta.

—Adiós, Paul.

Me giro, le doy mi billete a la azafata y me adentro sin mirar atrás por la puerta de embarque. Cuando llevo avanzados un par de metros, escucho la voz de Paul llamándome. Vuelvo sobre mis pasos y me lo encuentro discutiendo con la azafata.

—¡Señor! ¡No puede entrar! —grita desesperada ante la insistencia de él.

Corro hasta la puerta. Él se acerca a mí y me abraza con fuerza. Pega sus suaves labios a los míos con desesperación.

—Toma. —Me da un papel que tiene en sus manos. Lo miro y en él hay escritos a mano, una dirección de email y un número de teléfono—. Yo también te voy a echar mucho de menos. —Me da otro beso en los labios y nos despedimos.

Me encamino de nuevo hacia el avión pero antes de entrar, miro hacia atrás. Paul no se ha movido de la puerta y se despide con la mano. Alzo la mía y me despido para siempre de mi *guiiri-borde*.

Me adentro en el avión y se cierra tras de mí la puerta. Ya no hay marcha atrás. Aprieto en mi mano con fuerza el papel que Paul me ha dado y busco mi asiento. Cuando lo encuentro, tengo que pedirle paso a una mujer de mediana edad que está en el pasillo. Por suerte, estoy en ventanilla. Miro hacia el exterior, estamos a punto de despegar. Me encojo en el asiento y comienzo a llorar en silencio. La mujer que tengo a mi lado me pasa un *kleenex* sin decir nada. Yo se lo agradezco y continúo mirando al exterior. ¿Cómo me he podido enamorar de Paul? Esto no puede ser. A pesar de que me ha dado su teléfono y su email, no debería hacerme ilusiones. Él es hombre de relaciones esporádicas y jamás repite chica. Con ese pensamiento y entre lágrimas, me dejo llevar por *Morfeo*.

La voz de la mujer que tengo al lado me despierta. Ya hemos llegado a nuestro destino. Me estiro en el asiento y me doy cuenta de que todavía tengo el papel en mi mano. Lo abro. Tiene una

caligrafía bonita. En cuanto bajo del avión, memorizo su teléfono y correo electrónico en mi móvil. El papel lo guardo en mi bolso, quiero conservarlo. Cuando salgo por la puerta de embarque, me recibe la loca de mi amiga.

—¡Guapiii! —grita abriendo los brazos.

Nos fundimos en un emotivo abrazo y, sin poder remediarlo, comienzo a sollozar.

—¡Pero bueno! —dice Verónica—. ¿Tanto me echabas de menos?

Nos reímos y salimos del aeropuerto agarradas de la mano. En cuanto ponemos un pie en la calle, el sofocante calor de Madrid nos golpea. ¡Con la temperatura tan buena que hacía en Fuerteventura! Ahora sí que vuelvo a mi realidad. Ya estoy en casa. Nos montamos en su coche, un Seat Ibiza blanco. Por el camino, Verónica me va poniendo al día de sus vacaciones. Ha conocido a alguien durante su estancia en Alicante. Me cuenta con pelos y señales todo lo que han hecho juntos. Resulta que Alejandro, así se llama el chico que ha conocido, es de Madrid y ha quedado para comer con él y unos amigos hoy. Normalmente no hubiese aceptado la invitación pero me siento liberada después de las vacaciones y quiero vivir el presente y divertirme todo lo que pueda.

Llegamos a mi casa. Suelto las maletas y mi amiga se tumba en el sofá con el mando del aire acondicionado en la mano. El piso está caldeado al haber estado cerrado esta semana. Mientras mi amiga se queda inmóvil en el sofá, yo aprovecho para ducharme, aunque antes llamo a mi padre.

—Hola princesa, ¿ya estás en casa? —pregunta cariñosamente.

—Sí, ya he vuelto al infierno... ¡¡qué calor!!

—Pues te vas a enterar cuando vengas a Córdoba. —Ríe divertido.

Hago una mueca de fastidio al recordar el calor de mi tierra. Hablo unos cinco minutos con él y quedamos en que iré dentro de un par de días. Cuelgo y voy a la ducha. Mientras me lavo el pelo, me parece escuchar el timbre de la puerta. Como mi amiga no entra en el baño, no parece ser importante y sigo con mi tarea. Salgo y me visto con unos pantalones piratas, una camisa rosa palo sin mangas y me calzo unas sandalias con un poco de cuña. Me recojo el pelo en una gran cola de caballo y me maquillo ligeramente. Aún me quedan restos del moratón en el ojo. Salgo al salón y me quedo paralizada al ver lo que tiene Verónica entre sus manos.

—¡Madre mía, Marina! —exclama mi amiga con un gran ramo de tulipanes rosas entre sus brazos.

¡¡No me lo puedo creer!! ¿Serán de Paul? No... No puede ser...

—Esto pesa, ¿sabes? —Verónica me hace reaccionar.

Busco un jarrón en la cocina para ponerlas en agua y poder coger la tarjeta.

«*Gracias por unas magníficas vacaciones. Espero volver a verte. Besos, Paul*».

En ese instante suena mi teléfono móvil. Es él.

—Hola, *sweetie* —dice antes de que yo siquiera conteste—. ¿El viaje bien?

—Ss..si —tartamudeo nerviosa—. Gracias por las flores, son mis favoritas.

—Lo sé, han llegado a tiempo. —Parece sonreír.

No recuerdo haberle dicho que los tulipanes me gustaban.

—No tenías que haberte molestado.

—Quería que tuvieses una bonita bienvenida a casa —me interrumpe—. Y, antes de que me lo preguntes, la dirección también la tengo desde que estuvimos en comisaría.

¡Vaya! Así que quiso saber más sobre mí desde el primer día. Entonces, me acuerdo de algo.

—Paul, ¿cómo es que no me volvieron a llamar de comisaría?

—Sí llamaron —contesta seco.

—Pero...

—Marina —suspira—, Toni tuvo su castigo. No quería que te preocuparas de nada durante tus vacaciones y yo me encargué de todo.

En ese momento, escucho que alguien lo llama a lo lejos.

—Preciosa, tengo que dejarte —dice con pesar—. Te he mandado las fotos que nos hicimos a tu correo. Ya hablamos. *Take care!*

—Adiós —digo a pesar de que ha colgado.

¿Ya hablamos? ¿Ten cuidado? ¡Ay! Creo que me va a dar algo. Verónica me mira y niega con la cabeza con el semblante serio.

—Rollo de verano. —Me señala con el dedo índice.

Pongo los ojos en blanco porque no quiero discutir sobre el tema aún. Ella me agarra del brazo y me arrastra hacia la salida.

—¡Vamos a por mi bombón! —grita emocionada.

Hemos quedado para irnos de cañas por Gran Vía. Vamos al bar de unos amigos de Verónica que nos tienen reservada una mesa. Pedimos un par de cañas que vienen acompañadas con un par de pinchos de tortilla de patata.

—Cuéntame —me dice mi amiga mientras da un sorbo a su cerveza.

—Ha sido fantástico —respondo con una gran sonrisa.

Comienzo a relatarle todo lo que he hecho con Paul en las vacaciones. Mi amiga se parte de la risa con la parte sexual.

—¡Tenías que haberlo probado antes, tonta! —dice entre risas—. ¡Lo que te has perdido en estos seis meses!

—Sí, pero no me arrepiento. Prefiero que el primero haya sido Paul —suspiro al recordar sus besos apasionados.

—Marina —me reprende.

—¡Vale! Sí, me he colgado de Paul —le confieso—. Pero es normal... se ha portado como un caballero conmigo.

—Marina, cariño, todos los tíos se portan como caballeros cuando quieren tener sexo. —Menea la cabeza divertida—. Es lo primero que tienes que aprender.

—Supongo... pero cuando nos despedimos...

—Pero nada —me calla con la mano en alto—. Ha sido fantástico, te has divertido de lo lindo pero ya está. Olvídate de él. —Bebe de nuevo—. Es lo mejor Marina, no quiero que te hagan daño —dice al ver mi cara.

Suspiro de nuevo resignada. Escucho un pitido. Es mi correo electrónico. Saco el móvil del bolso y lo miro.

De: Paul Smith.

Fecha: 08 de Agosto de 2013 12:30.

Para: Marina Romero.

Asunto: Fotografías vacaciones.

10 Archivos adjuntos.

Espero que las guardes con cariño. Yo lo haré.

x

Paul.

Comienzo a descargar las fotos que me ha mandado. Hay más de las que yo pensaba. A parte de las que nos hicimos juntos y las que nos hizo Miguel en el barco, algunas me las tomó cuando yo estaba durmiendo y otras mientras estaba distraída mirando al océano.

—¿Quieres ver a Paul? —le pregunto con el móvil en la mano.

—¿Tienes fotos?! —Me arranca el teléfono de las manos.

En cuanto ve las fotos, mi amiga abre la boca asombrada.

—¿Este es el *guiiri-borde*? —pregunta enseñándome una foto en la que aparece sin camiseta. Sonríe al recordar cuando se la hice. Asiento con la cabeza riéndome por sus expresiones—. ¡Qué bueno está! —Silba exageradamente—. Ahora entiendo tu enamoramiento.

En ese instante, entran en el bar un par de chicos que parecen buscar a alguien. Miran hacia nuestra mesa y uno de ellos sonríe al ver a Verónica. Ella está de espaldas y no se da cuenta. Conforme se van acercando, los observo. El que ha sonreído, debe ser Alejandro, es alto, moreno, delgado pero muy musculoso, con ojos negros y rasgados. El otro, tiene la misma complexión que su amigo pero con el pelo castaño y unos ojos verdes que destacan desde lejos. Pensaba que había quedado con más personas. ¡Yo la mato! Me ha preparado una cita a ciegas, ¡será...!

Van vestidos de manera similar. Camiseta de algodón estrecha y vaqueros gastados. Todas las féminas del bar se vuelven para mirarlos, llaman mucho la atención. La verdad es que están buenísimos, son musculosos pero no al punto de estar hinchados.

—Hola, tía buena —Alejandro, se agacha y muerde el lóbulo de mi amiga que emite un grito por el susto y suelta una carcajada nerviosa.

—Marina, te presento a Alex —nos presenta emocionada.

Me levanto y nos damos dos besos. Alex nos presenta a su amigo Marcos. Cuando me da dos besos, posa sus grandes manos en mis hombros con mucha familiaridad y me penetra con su mirada. ¡Dios! Me ha intimidado bastante.

—Así que, esta preciosidad es tu mejor amiga —dice Alex dirigiéndose a mí.

—Sí —responde Verónica—, ya te dije que es guapísima.

Yo me sonrojo. Intento desviar el tema de la conversación preguntándole a qué se dedica. Tanto él como Marcos, son monitores de una famosa cadena de gimnasios y durante unos minutos nos cuenta cómo entrenan. Después nos intenta convencer para que nos apuntemos. Durante toda la conversación Marcos no habla apenas, solamente se dedica a hacerme un escáner completo. Me hace sentir muy incómoda así que decido disculparme para ir al baño y obligar a mi amiga a acompañarme.

—¡Me podías haber avisado de la cita a ciegas! —le reprendo cuando nos encerramos en el baño.

—¿No te gusta Marcos? —pregunta mi amiga desconcertada.

—No es eso —resoplo—. Ya sabes que no me gustan las encerronas... además, no deja de desnudarme con la mirada. —Cruzo los brazos sobre mi pecho.

—Venga, va... te gusta y tú le gustas, podrías pasarlo muy bien con él, al parecer calza bien. — Hace un gesto de las manos mostrándome la medida de su miembro.

—¡Verónica! —Le doy un manotazo en el hombro.

—¿Qué?! —Se encoge de hombros—. Ya has dado el primer paso con el guiri, ahora ya puedes follarte a los tíos que te dé la gana.

La miro boquiabierta. Parece mentira que aparente ser tan pija y luego tenga esa boca de malhablada. Al final consigue hacerme sonreír. Es muy espontánea y eso es lo que más me gusta de ella.

—Relájate Marina, Alex me ha dicho que Marcos es un buen chico, poco hablador pero muy buena persona —me dice cuando terminamos de hacer pis—. Dale una oportunidad.

—No sé... —No puedo evitar pensar en Paul.

—Cariño, tu guiri está en Londres. —Adivina mis pensamientos—. Y no creo que pierda la oportunidad si se le presenta una chica.

Suspiro. Tiene razón. Nos lavamos las manos y volvemos a la mesa. Miro a Marcos que me sonrío amablemente cuando nos sentamos. Decido entablar conversación con él. Al cabo de unas horas de risas, muchas cañas y más comida, continuamos nuestra reunión en el parque del Retiro. A pesar del calor que hace, allí se está bien en la sombra. Los chicos se ofrecen a comprarnos un helado mientras nosotras esperamos tumbadas de espaldas en el césped al cobijo de un gran árbol.

—¿Qué tal con Marcos? —pregunta curiosa mi amiga.

—Bien, es muy simpático, creo que es un poco tímido.

—¿Ves? Te dije que le dieras una oportunidad. —Sonríe con los ojos cerrados.

—Sí, pero eso no significa que vaya a acostarme con él.

—Marina...

Voy a replicar pero en ese instante llegan los chicos con dos grandes tarrinas de helado de vainilla con dos cucharadas cada una para compartir. Se sientan junto a nosotras y comenzamos a comer helado. Verónica y Alex se alimentan mutuamente y se van caldeando al mismo tiempo. Marcos me mira poniendo los ojos en blanco y me hace reír.

—¡Marchaos a un hotel! —grita de pronto Marcos.

Todos estallamos en carcajadas. Verónica me hace una señal para que la siga y nos alejamos un poco de ellos.

—Marina, cariño... —comienza a decir con ojos de cordero degollado.

—¡No! ¡Ni se te ocurra dejarme sola con Marcos! —susurro enfadada.

—Va... —Me mira desde debajo de sus largas pestañas y parpadea como si no hubiese roto un plato en su vida.

Cruzo los brazos sobre mi pecho resoplando.

—Por favor —me suplica haciendo un puchero—. Te lo compensaré, te lo prometo.

Miro hacia los chicos y después a mi amiga que no deja de hacer pucheros ni de pestañear.

—Está bien —digo finalmente y Verónica se abalanza sobre mí para besarme—. Espero que Marcos no piense que él y yo...

—Déjasele claro y lo entenderá pero creo que deberías aprovechar —dice levantando las cejas repetidas veces.

Le doy un manotazo en el hombro y volvemos junto a ellos que se han puesto de pie.

—¿Nos vamos? —dice Alex agarrando a Verónica de la cintura.

Los seguimos hasta el parking. Allí nos separamos, ellos se marchan en el coche de Verónica y Marcos me indica que le siga hasta el coche de su amigo. Caminamos en silencio. Andamos unos metros más y llegamos hasta un BMW Serie 4 Cabrio de color rojo. Desde que trabajo en Tolson me

he vuelto una experta en coches, muy a mi pesar. Marcos acciona el mando y se monta en el coche. No me abre la puerta como Paul. ¿Por qué no dejo de pensar en él?

—Dame la dirección de tu casa —me dice en cuanto arranca.

Se la doy tímida. Espero que no crea que me voy a acostar con él. Le da al botón del reproductor de música y comienzan a sonar las notas de una canción de Lady Gaga. Seguimos todo el camino en silencio. Esto es muy incómodo. De vez en cuando, Marcos me mira de reojo pero no abre la boca. Llegamos hasta mi casa. Bajo del coche y él me acompaña hasta el portal.

—Gracias por traerme —le digo en la puerta.

—De nada. —Sonríe tímidamente.

Silencio incómodo. ¿A qué está esperando para marcharse?

—Bueno... —Le hago una señal para indicarle que voy a entrar al portal—. Encantada de conocerte.

Me acerco, le doy un par de besos y le doy la espalda.

—Eh... Marina. —Siento su mano en mi hombro.

¡Dios! Espero que no intente nada. Me giro para mirarle.

—¿Puedo llamarte algún día para quedar? —pregunta sin apenas mirarme y tocándose el pelo nervioso.

—Marcos... yo...

—No... —Me hace un gesto con la mano—. No digas nada... olvídalo...

Se gira y se marcha con rapidez hasta el coche. ¿Qué ha pasado? ¿Tan tímido es? Me siento culpable.

—¡Marcos! —le llamo antes de que se monte en el coche.

Voy hacia él mientras saco papel y bolígrafo de mi bolso. Apunto mi número y se lo doy.

—Podríamos tomar café algún día. —Le sonrío.

Él lo coge con los ojos brillantes y me regala una gran sonrisa. Nos despedimos y subo hasta mi piso. En cuanto entro en el salón, me quito las sandalias lanzándolas con los pies. Suspiro aliviada cuando mis plantas tocan el suelo. Acciono el aire acondicionado y me tumbo en el sofá.

¹*Take care*: Ten cuidado.

La melodía de mi teléfono móvil me despierta. Abro los ojos de golpe y me doy cuenta de que estoy a oscuras. ¿Cuánto he dormido?

—¿Sí? —respondo sin mirar la pantalla.

—¿Estabas durmiendo? —pregunta Verónica.

—Sí.

—¿Después de tu polvo con Marcos? —dice con tono sensual.

—Nooooo.

—Lo imaginaba, ¡ja, ja, ja! —Ríe sonoramente—. Pues deberías de haberlo hecho.

—Verónica —le interrumpo mientras me levanto y voy hacia mi cocina, tengo un hambre atroz—, ¿para qué me has llamado? —pregunto molesta.

—Para saber si llegaste bien.

En ese instante, la voz de Alex interrumpe la conversación, se disculpa y cuelga. Supongo que pasarán la noche juntos. Busco algo en mi frigorífico pero, al abrirlo, me acuerdo de que no tengo nada. Lo dejé vacío antes de irme, soy muy maniática con eso. Busco en mi despensa y, por suerte, encuentro una ensalada de pasta enlatada. La abro, cojo un tenedor, un vaso con agua y vuelvo al sofá. Mientras degusto la ensalada, me acuerdo de Paul. Lo echo de menos. Miro hacia la mesa donde tengo mi portátil. Se supone que le tendría que responder al correo que me mandó. Me levanto y lo cojo. Vuelvo al sofá y lo coloco en la mesita que tengo delante. Lo enciendo dispuesta a responderle.

De: Marina Romero.

Fecha: 08 de Agosto de 2013 22:30.

Para: Paul Smith.

Asunto: Fotografías vacaciones.

Hola,

Gracias por mandarme las fotos. ¿Cómo va tu problema? Como te dije, deseo que no sea grave y se solucione. Yo he tenido un día extraño, después de haber pasado estos días contigo se me hace raro estar aquí, sola.

Besos,

Marina.

Le doy a enviar y espero una respuesta. Miro a mi alrededor nerviosa. Observo mi piso. La decoración la he cambiado varias veces en estos seis meses. No quería que nada me recordase a mi matrimonio fallido. Vuelvo a mirar la pantalla y le doy a actualizar el correo. En ese instante entra uno.

De: Paul Smith.

Fecha: 08 de Agosto de 2013 21:35.

Para: Marina Romero.

Asunto: Día raro.

El problema es complicado.

Para mí también ha sido un día raro al estar sin ti. ¿Qué has hecho hoy?

x

Paul.

¡Me ha echado de menos! Sonrío emocionada. Aunque la sonrisa me dura segundos. ¿Le cuento lo de Marcos? Durante las vacaciones se mostró algo celoso pero se supone que no vamos a repetir...

De: Marina Romero.

Fecha: 08 de Agosto de 2013 22:50.

Para: Paul Smith.

Asunto: Día raro.

Verónica me recogió en el aeropuerto y después de asearme, nos fuimos a comer por ahí.

Espero que no me pregunte nada más porque si no se lo voy a contar.

De: Paul Smith.

Fecha: 08 de Agosto de 2013 21:52.

Para: Marina Romero.

Asunto: ¿?

Normalmente hablas mucho, ¿qué es lo que no me quieres contar?

Paul.

¡Joder! Una semana y ya me conoce. ¿Qué hago? Pasan los minutos y no sé qué contestarle. He escrito y borrado lo que he puesto varias veces. Lo ponga como lo ponga, voy a quedar fatal. Comienzo a escribir de nuevo cuando mi móvil suena. ¡Dios! ¡Es él! Tardo un momento en cogerlo.

—¿Sí? —respondo intentando aparentar normalidad.

—¿Qué ocurre? —pregunta con brusquedad.

Se ha enfadado. Me he quedado muda, no sé qué decirle.

—Marina, te oigo respirar nerviosa, ¿qué pasa? —dice con tono más suave.

—Pues... —Lo mejor será que se lo cuente con normalidad—. Verónica había quedado con un chico que conoció estas vacaciones que resultó ser de Madrid —comienzo a hablar con rapidez—. Me dijo que había quedado con más amigos pero cuál fue mi sorpresa cuando Alejandro, se presentó con un amigo. Yo casi mato a mi amiga porque parecía una cita a ciegas y, la verdad es que me sentí extraña al principio. Luego me lo pasé genial porque Marcos fue muy simpático y amable conmigo pero al traerme a casa...

—¿Te has acostado con él? —me interrumpe bruscamente.

—¡No! —respondo inmediatamente—. Pero me pidió mi número para quedar algún día y, no sé por qué, pero tenía miedo de contártelo —esto último se lo digo en voz baja y con lentitud.

Se queda en silencio pero su respiración es bastante sonora.

—Marina —habla al fin, después de unos interminables segundos—, no tengo derecho a reprocharte nada. Como ya te dije, no repito nunca con nadie. Eres libre de hacer lo que quieras. Si te gusta ese u otro chico no pierdas la oportunidad.

Me ha dejado boquiabierto. ¡Pero si me ha mandado flores!

—De acuerdo —respondo con la voz teñida de decepción.

—Tengo que dejarte ya. Que descanses, *sweetie*.

—Buenas noches —me despido con tristeza.

Esta mañana me he despertado muy temprano aunque apenas he dormido. Le he estado dando vueltas toda la noche a lo que me dijo Paul. No me creo eso de que no quiere repetir conmigo, él mismo se contradice al enviarme flores y decirme que también me echa de menos. Estoy confusa.

Ofuscada y resoplando, bajo al supermercado para comprarme el desayuno. Con el último bocado de mi tostada con aceite, tomate y jamón serrano, friego el plato y la taza de café. Cuando termino, suspiro aburrida. Miro la hora en el reloj que tengo en la cocina. Casi las diez de la mañana. Creo que me voy a morir de aburrimiento si me quedo aquí. Verónica estará con su rollo de verano y a mí no me apetece aguantar sus tonteos y tampoco quiero quedar con Marcos, así que decido marcharme hoy a Córdoba. Le envío un mensaje a mi amiga para informarle y cambio la maleta que me llevé a Fuerteventura por otra más grande, creo que me voy a quedar allí más días de lo que tenía pensado. A los veinte minutos, ya estoy lista en mi Opel Astra para salir de viaje. Otra de las cosas que me quedé cuando nos divorciamos Juan y yo.

Cuatro horas más tarde y después de haber parado una vez por el camino, entro en mi ciudad. A pesar de que hace tiempo que no vengo y que vivo en Madrid, un cosquilleo recorre mi estómago al recorrer sus calles. Allí vivo bien pero la tierra tira. No he avisado a mi padre y directamente voy hacia la casa que tiene a las afueras de la ciudad. Llego hasta la cancela y llamo al portero que tiene en el exterior.

—¿Sí?

—¡Sorpresa! —le grito entre risas.

—¡Ay! ¡Mi niña! —exclama emocionado.

Lo veo salir corriendo para abrirme. No nos vemos desde hace cinco meses. Fue a Madrid para quedarse conmigo un par de semanas cuando estaba hecha polvo por el divorcio. Nos fundimos en un fuerte abrazo. Mi padre mide uno ochenta, es corpulento y moreno aunque su pelo está salpicado de canas. Me gusta refugiarme en sus brazos, como cuando era pequeña. Inspiro su aroma familiar.

—¿Qué haces aquí, pequeña? —me dice cuando me despego de él—. Te esperaba mañana.

—Estaba aburrida y decidí adelantar el viaje —respondo con una gran sonrisa.

—¡Ea! Pues entra.

Meto el coche y lo dejo en la entrada que da acceso a la casa. Tiene una planta pero es bastante

amplia, con tres habitaciones, cocina y un gran salón. Mi padre coge la maleta para llevarla directamente a mi habitación. Está tal y como la dejé cuando me independicé. Esta es su segunda vivienda. Pasa aquí los fines de semana y las vacaciones. En el piso de la ciudad hace mucho calor y aquí tiene su jardín y su piscina para refrescarse.

Me sirve un poco de salmorejo y tortilla de patatas que él estaba a punto de devorar y nos disponemos a comer.

—¿Qué tienes en el ojo? —pregunta mirándome con el cejo fruncido y señalándome con el tenedor.

—Tuve un accidente en las vacaciones.

—Parece que alguien te ha pegado. —Su mirada me fulmina.

En estos instantes me siento como cuando era pequeña y mi padre me pillaba en alguna trastada, aunque eso era casi imposible puesto que yo era muy buena.

—Papá, te lo voy a contar pero prométeme que no te enfadarás ni nada. Estoy bien —le digo en voz baja.

—Desembucha. —Suelta el tenedor y se recuesta sobre la silla.

Le comienzo a relatar lo que pasó con Toni y cómo Paul me salvó de ese energúmeno. Por supuesto que omito el que mantuve sexo con el guiri.

—¡Hijo de...

—¡Papá! —le regaño—. Tuvo su castigo y yo estoy bien, ¿vale?

Le tiendo una mano por encima de la mesa para tranquilizarle. Me da una de las suyas a regañadientes.

—Si lo pilló... —resopla.

Seguimos comiendo y le cuento todos los sitios que visité en vacaciones para que se olvide del incidente. Mi padre es muy buena persona pero con respecto a mí se vuelve posesivo y demasiado protector. Todavía recuerdo cuando estuvo conmigo en Madrid y nos encontramos con Juan, casi lo mata. Por suerte, pudimos sujetarlo entre Verónica y yo aunque mi ex se fue a su casa con un ojo hinchado. Cuando se lo propone, mi padre puede llegar a ser muy bruto.

—Parece buen tío el tal Paul —dice cuando estamos comiéndonos una gran tajada de sandía. ¡Cómo echo de menos esto!

—Sí, se portó como un caballero conmigo —respondo sincera escupiendo una pipa de sandía en el plato.

Mi padre me mira con una ceja levantada pero no dice nada. Mejor, no quiero ponerlo al día de mis relaciones sexuales.

Después de comer, me pongo mi biquini y nos vamos los dos al jardín trasero de la casa. Nos relajamos en las tumbonas junto a la piscina. Él se ha dormido y yo escucho música mientras navego por internet un rato. Me he traído mi portátil, mi padre no es amigo de las nuevas tecnologías pero tiene internet en casa por mí. Mientras consulto la guía de televisión, suena mi teléfono móvil. Es Verónica.

—Dime, guapa.

—¡Guapi! ¿Has llegado viva? —pregunta divertida mi amiga.

Sabe que no me gusta conducir y el pánico que me da la velocidad.

—Sí, ¿qué tal Alex?

—Es tan... fogoso... —suspira—, estoy que no puedo ni andar.

—¡Halaaa! ¡Qué exagerada!

Estallamos en carcajadas. Me cuenta que han estado haciéndolo toda la noche y han quedado en verse hoy otra vez. Estoy un tanto sorprendida por cómo habla de él y no me puedo callar más.

—Parece que no soy la única que se ha enamorado estas vacaciones —le suelto con tono divertido.

—¿Yo?! —replica haciéndose la indignada—. ¡De eso nada! Yo no caigo en esas cosas. Es un rollo con el que me lo paso genial pero nada más.

—Lo que tú digas

—Estás totalmente equivocada —insiste—. Por cierto, ¿has vuelto a saber algo más de tu guiri? —pregunta cambiando de tema.

—Anoche me llamó —suspiro.

—¿Y?

—Le conté lo de Marcos y me dijo que era libre de hacer lo que quisiera, que no desaprovechara

la oportunidad.

—¿Ves? Rollo de verano.

—No sé... dice eso pero después me pregunta cómo me ha ido el día y me manda flores...

—Marina... solamente está siendo cortés contigo... ¡Olvídalo!

—Pero...

—Ni peros ni nada... y... hablando de Marcos... anoche habló con Alex y le dijo que le gustaste mucho —dice cantando.

—Pues que no se haga ilusiones —bufó.

Mi amiga resopla y comienza a relatarme otra vez la misma historia. Que si tengo que olvidar a Paul y vivir la vida... Después de diez minutos aguantando su discurso, mi padre se despierta y, al saber que hablo con mi amiga, me dice que la invite a pasar unos días allí con nosotros.

—¡Me encantaría! —exclama Verónica emocionada.

Quedamos en que vendrá en un par de días y me despido de ella.

—¿Has llamado a tu madre? —pregunta mi padre incorporándose en la tumbona.

—No —le digo mientras tonto con el ratón del ordenador.

—Deberías llamarla...

—Papá... —resoplo.

—Cariño, es tu madre.

—Sí pero ella no da pie a tener más relación que un *hola, como estás* de vez en cuando.

—Marina... —Me mira desde debajo de sus negras pestañas.

—Vale.

Me sonrío y se marcha hacia el interior de la casa. Cojo mi teléfono móvil y busco el número de mi madre. Tardo unos minutos en darle a llamar.

—¡Hola, Marina! —responde mi madre.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Bien, estamos en Cádiz, en el apartamento de Fernando...

En ese instante, comienza a decirme lo maravilloso que es su nuevo novio, lo bien que la trata, los viajes que hacen, las cosas que le regala... Yo resoplo cansada de la misma historia. Desde que se divorciaron mis padres, ella ha ido de relación en relación y, conforme ha ido pasando los años, sus novios han ido subiendo de categoría. Fernando es un empresario que le da todos los caprichos que puede y más, la tiene mimada y, ella, encantada de la vida. Llevan un par de años y un día coincidimos en Madrid. No me gustó nada. Es el típico ejecutivo agresivo, creído y pedante que piensa que tiene siempre razón en todo. Alto, moreno con el pelo engominado y con una mirada lasciva. Me da repelús al recordarle. Hubo un momento en que mi madre nos dejó a solas y creo que intentó ligar conmigo. Por suerte, ella volvió antes de que le soltara una fresca de las mías.

Al cabo de un cuarto de hora y de acabar con la oreja roja, mi madre se despide de mí. Cuando cuelgo, me doy cuenta que ni siquiera me ha preguntado por mis vacaciones y yo no le he dicho que estoy en Córdoba. Siempre pasa lo mismo, solo le interesa contarme su perfecta e ideal vida.

Ya de noche, estamos cenando en el jardín junto a varios amigos de mi padre. Los llamó para celebrar que yo iba a pasar algunos días allí. Me río mucho con ellos. Es su grupo de toda la vida y siguen contando los mismos chistes de siempre. Entre los amigos que ha invitado mi padre, se encuentran los padres de Javi, Ángela y Javier. Hacía mucho tiempo que no los veía y me han dado un fuerte abrazo al verme. A pesar de que sonrían durante la cena, sus ojos delatan la tristeza de alguien que ha perdido a un hijo. Me entristece verlos así.

Todos recuerdan cuando yo era pequeña y, en algún momento, sale Juan en la conversación. Intento evitarla y me disculpo para ir al servicio. Tengo que respirar hondo antes de volver a la mesa.

—Siento lo de Juan —dice mi padre cuando termina de despedir a todos.

Estoy fregando los platos y él me ayuda.

—No te preocupes, es normal que haya salido en la conversación, la última vez que nos vieron, éramos una pareja feliz —respondo sin mirarle.

Acabo de recoger la cocina y mi padre me invita a salir al jardín. Ha preparado un par de copas en una mesita junto a las tumbonas. Nos relajamos y miramos hacia el cielo. Está todo estrellado. Me gusta estar así, parece que no existen los problemas.

—Pequeña —la voz de mi padre me despierta, ¿en qué momento me dormí?—. Marina, vamos a la cama.

Abro los ojos y veo la sonrisa de mi padre. Me lleva de la mano y nos despedimos en la puerta de mi habitación.

—Que descanses, me alegra tenerte aquí —dice antes de irse a la cama.

Me levanto con los primeros rayos de sol de la mañana y el sonido de los pájaros. He dormido del tirón toda la noche. Es genial. Me estiro en la cama, inspiro con fuerza y llega a mi nariz el olor de café recién hecho. Me levanto de un salto y voy hacia la cocina. Allí está mi padre, preparando el desayuno.

—Buenos días. —Me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Buenos días, princesa, ¿has dormido bien?

—Como hacía mucho tiempo —miento, en Fuerteventura hubo noches que dormí del tirón y a gusto entre los brazos de mi *guiri-borde*.

Mientras desayuno, mi teléfono móvil pita. Es un mensaje. Lo miro y me sorprende al ver de quién es.

«Espero que tengas un buen viaje hasta Córdoba, sweetie. Pásalo bien junto a tu padre. Take care, Paul»

Se ha acordado que hoy se suponía que venía hacia aquí. Sonrío como una boba al leer de nuevo el mensaje.

—¿Quién es? —pregunta mi padre al ver mi sonrisa.

—Es Paul, no sabe que me vine ayer.

—Ah.

Hago el intento de responderle pero entonces me acuerdo de lo que me dijo la última vez que hablamos. Se me quitan las ganas de golpe y porrazo. Suelto el móvil en la mesa y sigo desayunando tranquilamente. Mi padre me escruta con su mirada pero no dice nada.

Pasamos el resto de la mañana en la piscina, charlando sobre tonterías o leyendo. Mi padre el periódico y yo un libro. Me estoy dando un baño cuando mi padre me avisa de que me están llamando por teléfono. Salgo rápidamente y me seco las manos y la oreja con la toalla.

—¿Diga? —contesto sin mirar y sin preguntarle a mi padre quién era.

—¿Has llegado bien? —Es Paul.

—Eh... sí... bueno... el caso es que llegué ayer —tartamudeo.

Supongo que esperaba una contestación al mensaje de esta mañana.

—¿Ayer?

—Sí, estaba aburrida en Madrid y decidí venirme antes.

Silencio.

—Me quedé preocupado al no recibir tu respuesta esta mañana —dice con sequedad.

—Supuse que no querías hablar más conmigo después de lo que me dijiste la otra noche —replico molesta.

Resopla.

—Pásalo bien —dice entre dientes y cuelga.

Me quedo mirando al teléfono. ¿Qué demonios le pasa? No entiendo a este chico. Me tiene desconcertada. Un grito muy familiar me sobresalta.

—¡Guapi! —Verónica aparece corriendo por el lateral de la casa.

—¿Qué haces aquí?

Nos abrazamos entre carcajadas y me cuenta que también estaba aburrida allí y adelantó el viaje como hice yo. Mi padre se marcha dejándonos solas en la piscina alegando que tiene que ir a la ciudad a hacer cosas. Pero en el fondo yo sé que no es así, lo volvemos loco con nuestras risas.

—¿Y Alex? —le pregunto curiosa a mi amiga.

Es ya por la tarde y estamos tomándonos unos cócteles en la piscina.

—Tengo que decirte una cosa... —comienza a decirme cuando suena su teléfono.

Se aleja un poco para hablar más tranquila y me temo lo peor.

—No me mates, por favor —dice pestañeando repetidas veces.

—No... —resoplo adivinando lo que ha hecho.

—Están aquí y he quedado con ellos para cenar y tomarnos algo por ahí —¡Lo sabía! La miro con cara de pocos amigos y ella me coge de la mano—. ¡Por favor! Alex me gusta mucho y Marcos no

dejaba de hablar de ti...

—¿Por qué me haces esto? Además, Marcos no me interesa —Frunzo el ceño.

—Así te olvidas de Paul.

La miro furiosa.

—Antes de que te presentaras aquí me llamó —le digo molesta.

—¡¿Sí?! —Se sorprende—. ¿Y qué te dijo?

—Me mandó un mensaje temprano deseándome un buen viaje —le cuento todo lo que me dijo esta mañana.

—¡Vaya! Pues sí que le ha dado fuerte contigo, ¿no? —se carcajea.

—¿No decías que era un rollo de verano? —le reprocho con tono acusatorio.

—Teniendo en cuenta que él vive en Londres... pues sí... —replica y se aleja de mí para tirarse a la piscina.

Me cruzo de brazos y me tumbo boca arriba resoplando. En el fondo sé que tiene razón, ¿qué posibilidades hay de que nos volvamos a ver? Por eso él no deja de decirme que no repite con nadie.



—Gracias por haber venido —me susurra Verónica en el oído.

La miro de reojo y le planto una falsa sonrisa de oreja a oreja. Todavía sigo algo enfadada con ella por esta encerrona. Aunque he venido a pasármelo bien y poder olvidarme un poco de Paul.

Estamos cenando en un italiano que hay en el centro de la ciudad. Alex y Marcos nos recogieron en casa de mi padre después de que él les diera el visto bueno. Me reí mucho porque ellos tenían cara de circunstancias. Mi padre impone por lo serio que se pone pero en el fondo es un trozo de pan.

La cena transcurre con normalidad y, poco a poco, me voy relajando cada vez más. Esta noche, Marcos está más hablador y aprovecha que está sentado a mi lado para rozarme constantemente. Eso me incomoda y se lo hago saber con gestos a mi amiga que me responde sonriendo.

Cuando terminamos de cenar, nos trasladamos hasta un pub que está cerca del restaurante para tomarnos unas copas y bailar. Está a reventar pero, no sé cómo, Alex consigue que nos dejen entrar en la zona VIP. Nos sentamos en una mesa que está rodeada por dos sofás de color blanco y llega una simpática camarera a atendernos.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunto incrédula a Alex.

—Uno de los socios, vive en Madrid y es cliente del gimnasio —responde enseñando su dentadura perfecta.

—Mi bombón tiene muchos recursos —ronronea Verónica y se lanza a su boca como una leona.

Suspiro. Han estado toda la noche igual de pegajosos. Luego dice mi amiga que no está enamoradita de él, ¡y una leche! Me recuesto sobre el sofá y noto unos ojos clavados en mí. Marcos está junto a mí, no deja de mirarme con ojos de deseo. Me cruzo de brazos incómoda. Es un buen chico pero no quiero que se ilusione conmigo, al menos, por ahora.

—¡*Gangnam Style!* —gritamos mi amiga y yo en mitad de la pista.

Creo que han pasado dos horas desde que entramos aquí. Al principio no me encontraba a gusto pero conforme fue avanzando el tiempo y el número de copas, me animé a salir a bailar. Incluso me he rozado descaradamente con Marcos. Él, como está receptivo, enseguida se pegó a mí. Baila bien pero ni comparación con el rubio. ¿Por qué viene ahora a mi mente Paul? ¡Fuera! Me lo estoy pasando, como diría mi padre, *der diéh!* Me deshago como puedo de las manos de Marcos y vuelvo tambaleándome a nuestra mesa para apurar mi copa.

—¡Camarera! —grito—. ¡Otra copita! —Le enseño mi vaso vacío.

Riéndome yo sola, me siento en el sofá. Rebusco en mi bolso un *kleenex* para limpiarme las lágrimas de los ojos y siento vibrar mi teléfono móvil. Miro la pantalla y sonrío.

—¿Diga? —contesto haciéndome la interesante.

—¿Hola? ¿Marina? —escucho la voz ronca de mi *guiiri-borde*.

Salgo como puedo al exterior del pub para poder escucharle mejor.

—¡Mira quién es! ¡Mi *guiiri-borde!*

—¿Estás borracha?

—¡Bingooo! Eres muy inteligente, *Pauly*.

—Marina, ¿dónde estás? —me pregunta intentando aparentar tranquilidad.

—¿Y a ti qué te importa? —me hago la indignada.

—¡Claro que me importa! —alza la voz pero acto seguido le escucho inspirar hondo antes de continuar—. Me preocupa que te pueda pasar algo.

—Estoy en un pub y muy bien acompañada, por cierto —digo entre risas al escuchar su confesión. Espero su respuesta pero no dice nada, así que decido darle donde más le duele—. Me lo estoy pasando muy bien con Marcos, ¿sabes? —Le escucho resoplar y eso me indica que está enfadado—. Lo mismo me lo follo esta noche.

—Marina...

—Ahora —le interrumpo—, colgaré y me iré dentro del pub que, por cierto, se llama *Bambuddah* y disfrutaré de la zona VIP hasta que el cuerpo aguante o hasta que Marcos me lleve a su hotel. *Bye bye, Pauly*.

Cuelgo satisfecha por lo que acabo de hacer. Se lo merece, por borde. Entro de nuevo al pub dispuesta a seguir con la fiesta. Me acerco a Marcos y comienzo a rozarme de manera descarada al ritmo de una canción de Juan Magán.

*He soñado tantas veces cómo sería mi vida contigo.
Y es que yo me siento como iluminado, enamorado...
Tú me quieres, yo te quiero, entonces por qué no estar juntos.
Caminemos de la mano, conquistaremos el mundo.
Tú y yo, el mundo, el mundo para los dos.
Dime cómo te sientes...*

*He bailado bajo la lluvia, he sentido la luz del sol,
he tenido la sensación, de que me quieres.
Si invertí, eso me ha hecho grande. Si donde ahora sé quién soy.
Yo le entrego mi corazón. Si aún lo quiere...*

Oh, oh, oh, oh, oh, oh. Te voy a esperar.

Al escuchar la letra no puedo evitar pensar en Paul, a pesar de lo que le acabo de decir por teléfono, no me quiero acostar con Marcos. Me gustaría que las manos que rodean mi cintura ahora mismo fuesen las de mi rubio. A mitad de la canción, busco a mi amiga para bailar con ella, no quiero que Marcos me toque más. Verónica se acerca a mí y comenzamos a movernos como locas.

Entonces, ella se queda paralizada mirando algo que le ha llamado la atención a mi espalda. Es como si hubiese visto un fantasma.

—¡Marina! —me indica que me dé la vuelta.

Yo me giro.

*Yo te esperaré, siempre aquí estaré, y a tu lado caminaré, lucharé, volaré.
Cumpliremos los sueños juntos. No, no, no, no, no. No te vayas. Ven, regresa...*

La canción está terminando. Todo pasa a cámara lenta. Giro mi cuerpo y entonces le veo, mirándome. ¡No puede ser!

Te voy a esperar...

¹Del diez: Expresión española para definir lo bien que lo estás pasando en una situación. Der diéh (en andaluz)

Me he quedado paralizada. Nos separan apenas un par de metros de distancia pero siento cómo sus ojos azules me atraviesan. No sé distinguir si me mira con enfado o con deseo, desde esta distancia es complicado saberlo pero a mí me ha llegado hasta el fondo de mi ser.

—Marina, ¿es él? —pregunta mi amiga.

Yo asiento lentamente con la cabeza. ¿Qué hace Paul aquí? Cuando reacciono, le doy la espalda y me adentro con rapidez en la zona VIP. Verónica me sigue de cerca. Doy un buen sorbo a mi copa, la borrachera se me ha quitado de golpe. No sé qué hacer.

—¿Qué hace aquí? —pregunta.

—Hemos hablado hace un momento por teléfono y, como estaba enfadada, le he dicho que me iba a follar a Marcos —respondo paseando de un lado a otro por el poco espacio que hay entre las mesas.

—¿Qué has hecho qué? —Estalla en carcajadas y yo la miro con cara de asesina—. Ve con él —dice cuando se tranquiliza.

—¿Qué?

—Que te vayas con él —dice de nuevo agarrándome de los hombros.

—¿Pero tú no decías que era solo un rollo de verano? ¿Y que lo olvidara? —Paso mis manos por mi pelo exasperada.

—Sí, pero... no hay duda de que algo más le interesas, sino no habría venido hasta aquí... por cierto, ¿cómo te ha encontrado?

—¡No lo sé! ¡Me empieza a asustar! —exclamo histérica.

Verónica sale de la zona VIP y se dirige con paso firme hasta donde está Paul, quien no se ha movido desde que ha entrado en el recinto. La veo cruzarse de brazos y hablar con él. Mientras, Alex y Marcos se acercan a mí.

—¿Quién es ese tío? —me pregunta Alex.

—Es un chico al que conocí en vacaciones —respondo sin dejar de mirar a mi amiga.

—¿Y qué hace aquí? —Esta vez es Marcos el que pregunta.

—Venir a por mí, supongo —digo en voz baja.

—¿Estáis juntos? —Marcos se interpone en mi campo de visión.

—Él debería estar en Londres, no aquí.

Marcos abre la boca para decir algo pero Verónica le interrumpe.

—Marina. —Me aparta a un lado—. Dice que quiere hablar contigo, nada más y es muy insistente.

Resoplo tocándome otra vez el pelo. Esto es irreal. Estaba deseando volverlo a ver pero ahora que está aquí y, después de lo que le dije, no sé qué me va a decir ni qué es lo que quiere.

—¿Le digo que se marche?

Miro en su dirección. Sigue con el mismo semblante. Está esperando a que me decida, paciente. Le observo detenidamente. Se ha dejado barba y parece cansado pero aún así está muy guapo con una camisa blanca y unos vaqueros algo gastados que le quedan como un guante.

—¡Marina! —Chasquea los dedos delante de mí para que le responda.

La miro. Al no responder, se gira y va hacia Paul, le va a decir que se marche.

—¡Espera! —La detengo antes de que avance más. Cojo mi bolso y me acerco de nuevo a ella—. Voy a hablar con él.

—Llámame si pasa algo o te arrepientes.

—De acuerdo. —Asiento nerviosa—. Discúlpate con Marcos. —No puedo ni mirarle a la cara.

—No te preocupes, lo entenderá. —Se acerca y me da un abrazo—. Venga, vete.

Inspiro hondo con los ojos cerrados y voy hacia donde se encuentra Paul. Intento ir con paso firme pero las piernas me tiemblan porque no me quita ojo de encima.

—Hola —le saludo cuando llego hasta su altura.

—Hola —responde con esa voz ronca que me hace suspirar.

Se aparta un poco y me indica con la cabeza que avance delante de él. Doy dos pasos y me giro para despedirme de mi amiga con la mano. Él también lo hace. Alex y Marcos, sobre todo Marcos, nos miran con mala cara. No me lo van a perdonar nunca.

Me abro paso entre la gente del pub buscando la salida. Paul me sigue de cerca, le siento pegado a mí pero apenas me toca. Esto no me gusta nada. Acelero el paso y me escabullo por un hueco. Salgo al exterior y una pequeña brisa golpea mi cara aliviando el sofoco que tengo.

—Tú dirás —digo cuando Paul se acerca.

—Aquí no —dice sin apenas mirarme y me señala el hotel que tenemos justo enfrente del pub.

¿Está alojado en el *Córdoba Center*? No me lo puedo creer. Estaba todo este tiempo a escasos metros de mí. Resoplo pero le sigo, no quiero discutir. Cruzamos la calle que nos separa de la entrada del hotel que llama la atención, en la fachada tiene repartidas luces que van cambiando cada cierto tiempo de color. La única vez que he estado en su interior fue en la boda de unos amigos de mi ex que se celebró en el ático. Fue preciosa y todo estaba delicioso. Con ese recuerdo, atravieso las puertas acristaladas detrás de Paul. Sin mediar palabra ninguna, subimos al ascensor. Una vez dentro, él me mira de reojo, como la primera vez. Aunque ahora es distinto, tengo sentimientos encontrados. Quiero estar a solas con él pero no tengo ganas de discutir ni de que me diga que no va a repetir conmigo.

Llegamos a la última planta y Paul, como siempre, me cede el paso. Después me indica que lo siga hasta el final del pasillo que hay a mi izquierda y llegamos hasta la puerta de... ¡Cómo no! La suite. Abre y entramos. Voy hasta el centro del pequeño salón y espero a que hable.

—¿Quieres algo de beber o ya has tenido suficiente? —Me reta con la mirada.

La mandíbula se me cae al escucharle. Meneo la cabeza y, sin decir nada, voy hacia la puerta para marcharme de allí. Paul se interpone en mi camino.

—Déjame pasar —siseo.

—Marina. —Va a tocarme pero yo retrocedo—. Por favor, quédate —me pide en voz baja.

Lo miro molesta pero accedo a quedarme al ver sus ojos que me suplican en silencio. Vuelvo sobre mis pasos al centro del salón y espero a que hable con los brazos cruzados.

—Estás muy guapa —dice paseando su mirada por mi cuerpo.

¿Cómo puede sonar tan sexy? Me mira con los ojos entornados mientras se va acercando con paso firme hacia mí. Parece un depredador acechando a su presa. Sin querer, dejo escapar el aire de mi boca. Mi cuerpo reacciona conforme se va acercando. ¡Dios! Si dejo que se acerque más a mí estoy perdida. Cuando está a escasos centímetros, me alejo un poco de él.

—Vamos a ver, Paul —resoplo—. No te entiendo, nos despedimos en el aeropuerto, supuestamente, para siempre. —Paseo de un lado a otro gesticulando como una loca por el salón—. Después me envías flores, las fotos y me llamas dándome esperanzas de... no sé de qué... pero acto seguido me vuelves a dejar claro que nunca repites.... —Tomo aire para poder continuar—. Y

ahora... esto... ¿qué quieres de mí Paul? —Me quedo mirándolo fijamente esperando una respuesta.

De una zancada, salva la distancia que he interpuesto entre los dos. Me agarra de la cara y aprieta su boca contra la mía. Al principio me resisto porque no quiero que piense que soy tan fácil pero su olor, su contacto y su insistencia hacen que me olvide hasta de por qué estaba enfadada con él y respondo a su beso. Dejo caer mi bolso al suelo y subo mis manos para enterrarlas en su pelo. Él me coge en volandas para llevarme directamente hasta la habitación. Me tira sobre la cama sin ningún miramiento y eso me excita. Se deshace de su camisa y sus pantalones quedándose nada más que con unos calzoncillos blancos que dejan entrever una erección.

Voy a quitarme yo la ropa pero él se adelanta. Me besa con fiereza, lamiéndome y mordiéndome la barbilla y el cuello. Su barba me hace daño pero no me importa. Gemimos al unísono. Me arranca la blusa y los pantalones tirándolos por la habitación. Cuando me tiene en tanga y sujetador se detiene a contemplarme.

—Eres preciosa, *sweetie* —dice con la respiración alterada.

Comienza a pasear sus grandes y suaves manos por todo mi excitado cuerpo. Mis pezones están erectos y mi piel se estremece con cada caricia. Nuestras lenguas juegan salvajes dentro de nuestras bocas que suspiran con locura. Le echaba mucho de menos y sé que él también a mí. Baja hasta mis pechos que lo esperan con impaciencia. Los muerde a través del encaje del sujetador haciéndome jadear. Subo mi trasero buscando el exquisito roce de su entrepierna pero él me inmoviliza con su pierna y clava su potente erección en una de mis caderas. Intento por todos los medios moverme pero me es imposible. Protesto bajando mis manos hasta su espalda y Paul, con un rápido movimiento, me las inmoviliza por encima de mi cabeza. Me tiene completamente a su merced. Su mirada me dice que le obedezca. Ante mí está el Paul posesivo y eso me gusta mucho. Me siento muy deseada.

Con una mano, libera uno de mis pechos y se introduce el pezón en la boca con un gruñido. Gimo. Lo chupa, lo succiona y termina con un mordisco que he sentido hasta en el fondo de mis entrañas. Pasa al otro que ya estaba celoso de sus atenciones y sigue con su tortura. Vuelve a mi boca al tiempo que baja la mano para buscar mi monte de Venus. Se abre paso entre los pliegues hasta encontrar el centro de mi deseo que lo espera con ansia. Gruñe cuando se percata de mi humedad. Jadeo contra su boca. Masajea mi clítoris a un ritmo que me vuelve loca.

—¿A quién te ibas a follar esta noche? —susurra en mi oído.

No puedo responder. ¡Dios! Mis jadeos se aceleran y ya empiezo a notar ese calor que me recorre el cuerpo. Cuando estoy a punto de alcanzar el clímax, Paul se detiene. Gimo de frustración y lo miro

desesperada.

—No me has respondido —me dice serio.

—¡Paul! —Intento moverme para buscar su mano pero él la retira.

—¿A quién te ibas a follar? —pregunta de nuevo mordiéndome el lóbulo de la oreja.

—¡A nadie! —confieso desesperada. Él me mira sorprendido—. Te lo dije porque estaba enfadada —resoplo frustrada.

Se queda unos segundos quieto, observándome. Entonces me libera del peso de su cuerpo y busca algo en la mesita de noche. Un condón. Se quita los calzoncillos y se lo coloca en su miembro ya más que preparado para mí. A continuación, sin decir nada, me arranca el tanga, me da media vuelta y me aprisiona boca abajo contra la cama. Levanta mis caderas y de un empujón me penetra por detrás. Sin darme opción a moverme, bambolea sus caderas contra mi trasero. Jadea en mi oído. Con una mano agarra mi pelo y con la otra busca de nuevo mi clítoris.

—No... vuelvas... a... llamarme... *Pauly*... ¿entendido? —me ordena entre embestida y embestida.

—¡Entendido! —grito.

Acelera las embestidas y el calor vuelve a recorrer mi cuerpo aprisionado. Jadeo.

—Dámelo, *sweetie* —sisea—. Esta noche, tu orgasmo es mío.

Su voz ronca, su posesión y sus embestidas me estremecen y me llevan a un intenso orgasmo que me hace gritar su nombre entre espasmos de placer. En apenas segundos, él también lo alcanza.

—¡Marina! —Se corre con un último empujón.

Se derrumba sobre mi cuerpo con un suspiro. Mientras nuestras respiraciones se regulan, sale de mi interior y rueda hasta quedar boca arriba.



El ruido de la ducha me despierta. He dormido del tirón y de la misma postura toda la noche. Me estiro sobre la gran cama de la suite y suspiro. Lo de anoche fue intenso, muy intenso. Sonrío como una boba. Vino por mí. Eso me confirma que no fui solo un rollo de verano para él.

—¿De qué te ríes? —me pregunta mi adonis rubio desde la puerta del baño.

Con una toalla enrollada en su cadera, el cabello y su perfecto torso húmedo, parece que acaba de bajar del cielo. Se acerca hasta la cama y se sienta a mi lado. Me acaricia la mejilla con dulzura.

—Buenos días —le digo tímida.

—Buenos días, preciosa.

Voy a decirle algo más cuando escucho la melodía de su teléfono móvil. Se levanta y responde la llamada en el salón. Yo aprovecho para levantarme y darme una ducha. Mientras lo hago, no dejo de darle vueltas a nuestra situación. Si ha venido es porque le intereso y eso significa que querrá repetir más veces conmigo, ¿o no? Terminó rápidamente mi ducha, me seco y busco mi ropa por la habitación. Cuando estoy vestida, voy hacia el salón. Paul está sentado en el sofá con los codos en sus piernas y su cabeza entre las manos. Parece muy preocupado.

—¿Qué ocurre? —Me siento a su lado.

—Tengo que marcharme a Londres, inmediatamente. —Pasea sus manos por su cara suspirando.

—¿Es grave? —Poso mi mano en su hombro preocupada.

—No te preocupes. —Intenta sonreír pero no lo consigue—. Voy a vestirme.

El camino hasta casa de mi padre lo hacemos en silencio. ¿Qué es lo que pasará? En vacaciones ocurrió lo mismo, llamada de teléfono, preocupación y misterio. Paul detiene el coche en la cancela de entrada y se vuelve hacia mí.

—¿Te puedo ayudar en algo? —le digo antes de que se despida.

—Ya lo has hecho. —Me sonrío con tristeza y coloca un mechón de pelo rebelde detrás de mi oreja—. Te llamo cuando llegue a Londres. —Se acerca y me da un profundo beso.

—De acuerdo, que tengas buen viaje. —Salgo del coche y me quedo mirando cómo se aleja otra vez de mi lado.

¿Será esto siempre así? Con una mezcla de pena y preocupación me acerco a la cancela para abrirla, antes de meter la llave, me sobresalto con el ruido del motor de la misma. Mi padre está despierto. Entro en casa con la misma sensación que tenía cuando era adolescente.

—Buenos días —me dice desde la cocina.

—Buenos días —respondo con cautela.

—Ese no era ninguno de los dos chicos de ayer, ¿no? —pregunta mientras me sirve café.

—No.

Nos sentamos en la mesa y se queda esperando la respuesta.

—Era Paul —le digo finalmente.

—¿Paul? —Frunce el ceño—. ¿El de las vacaciones?

—Sí.

—Ah.

Desayunamos y yo subo a cambiarme, necesito un chapuzón en la piscina con urgencia. Nadar me relajará.

—Princesa —me llama mi padre desde el borde de la piscina. Llevo unos diez minutos haciendo largos—. Tengo que ir al restaurante, no sé a qué hora llegaré. La comida la traigo yo, ¿vale?

—Vale. —Le sonrío desde el agua.

Se agacha y me da un tierno beso en la mejilla antes de marcharse. Cuando abre la cancela, se encuentra con Verónica y Alex dándose el lote. Mi padre les da los buenos días y ellos se separan como si estuviesen haciendo algo malo. Yo me carcajeo de la situación. Sigo con mis largos hasta que mi amiga se despide de su bombón. Se sienta en el bordillo y mete los pies en el agua.

—¿Qué tal anoche? —me pregunta cuando llego hasta su lado.

—Bien —respondo algo triste.

—¿Bien sólo? —Enarca una ceja.

—No hablamos nada y esta mañana ha recibido una llamada urgente de Londres y se ha tenido que marchar —suspiro con la cabeza apoyada en las manos.

Jugamos con el agua en silencio. Supongo que ella también se extrañará con tanto misterio.

—¿Estará casado? —pregunta de pronto salpicándome con el pie.

—No creo... no lo parece.

—¿Seguro? O eso... o es gay. —Le da un ataque de risa.

—¡No! —grito indignada.

No me lo pienso y tiro de su pierna hasta que cae al agua. Cuando sale a la superficie grita histérica.

—¡Este conjunto me costó un pastón! ¡Eres...! —Viene a por mí y nos peleamos por ver quién irá hasta el fondo de la piscina.

Parecemos dos niñas pequeñas, ahogándonos la una a la otra entre risas.

—¿Qué dijo Marcos anoche?

Estamos tomando el sol en las tumbonas y escuchando música en la radio.

—Al principio se molestó un poco. —¡Vaya! Pobrecito—. Pero después se le pasó cuando se le acercó una rubia despampanante. Se fueron juntos al hotel.

—¡Joder con Marcos! —exclamo sorprendida—. ¡Anda que perdió el tiempo!

—Entonces, ¿no hablasteis Paul y tú? —Se incorpora un poco para mirarme a los ojos.

—No. —Me incorporo yo también—. Le pregunté pero se lanzó sobre mí como un león y acabamos... ya sabes... —Verónica sonrío—. Cuando se despidió me dijo que me iba a llamar en cuanto pisase Londres. —consulto la hora en mi móvil—. De eso hace ya tres horas.

En ese instante mi teléfono recibe una llamada. Casi me da un infarto al ver de quién se trata. Le enseño la pantalla a mi mejor amiga que se pone de rodillas y hace la señal de la cruz con las manos.

—¡Atrás, Satanás! —dice divertida.

La hago callar antes de responder.

—¿Sí?

—Marina, ha surgido una urgencia —la voz de mando de mi jefa impacta en mi oído—. Tienes que incorporarte al trabajo el lunes. Ya hablaremos del resto de vacaciones que te quedarán pendientes.

—De... de acuerdo pero, ¿ha pasado algo grave?

Mientras hablo con mi jefa, Verónica también recibe una llamada.

—Sí, ayer tuve una reunión con el hijo de Richard Tolson —resopla, parece cansada—. Su padre ha sufrido un infarto cerebral y su muerte es inminente así que habrá cambios en la empresa y, sobre todo, en la delegación de Madrid. Por eso necesito que te reincorpores el lunes sin falta, ¿entendido?

—Por supuesto.

—Nos vemos el lunes.

Ni un lo siento ni nada, mi jefa en su estilo, como siempre. Verónica termina de hablar con su jefe.

—¡Se acabó lo bueno! —exclama tirando su teléfono en la tumbona.

Resignadas, nos tiramos en bomba a la piscina.

Lunes, siete de la mañana.

Hace diez minutos que acabo de llegar a la oficina, anoche no pude dormir bien pensando en el trabajo. Tampoco he dormido mejor estos días por culpa de Paul. No ha dado señales de vida desde que el viernes por la noche me mandara un mensaje al correo.

De: Paul Smith.

Fecha: 10 de Agosto de 2013 01:45.

Para: Marina Romero.

Asunto: Viaje.

Marina, siento no haberme puesto en contacto contigo cuando aterricé pero he tenido un día bastante complicado.

Quisiera disculparme contigo por haberme presentado ayer de esa manera, no volverá a ocurrir. No puedo darte el tipo de relación que tú necesitas y te mereces, no quiero hacerte daño.

Gracias por las maravillosas vacaciones y por lo de anoche. Te deseo todo lo mejor.

Paul.

Después de eso, le respondí pidiéndole explicaciones pero no volvió a escribirme. Me atreví incluso a llamarle por teléfono sin obtener respuesta alguna. Nada, silencio. No dejo de pensar en que algo le tiene que pasar para que actúe de esa manera. Ése no es el hombre que yo conocí en vacaciones. Verónica, que también se quedó perpleja con su email, me ha aconsejado que lo olvide pero no puedo. Paul ha calado en mí y no concibo el que desaparezca de mi vida de esa manera y por correo electrónico.

Verónica me convenció para que me bajara en el móvil la aplicación de mensajes instantáneos que todo el mundo tiene. Nunca me ha gustado pero ella tiene un grupo creado allí y dice que se divierten mucho. Al actualizarlo, me indicó que Paul también lo tenía, entonces tomé la decisión de escribirle todos los días para que reaccione de una vez y, al menos, me llame para escuchar de su propia voz una explicación.

10 de Agosto de 2013

- Hola Paul.
- Por fin me ha convencido Verónica para bajarme esta dichosa aplicación.

- Hoy ha sido un día extraño.
- Todavía no me hago a la idea de volver a la oficina. Estoy muy asustada porque no sé si me van a dejar en la calle y con la crisis que hay...
- ¡Uf! No quiero ni pensarlo siquiera.
- Mi padre ha celebrado una fiesta en el jardín esta noche para animarme y han estado todos sus amigos incluidos Verónica, Alex y Marcos. Marcos... al principio apenas me hablaba pero ya se le ha pasado el enfado y sigue insistiendo en que vaya a cenar con él. Le he dicho que no y, ¿sabes por qué? Porque quiero saber algo de ti antes, no puedes dejar esto así, por email...
- Espero que las complicaciones que tengas no sean lo que sospecha todo el mundo...
- Besos



11 de Agosto de 2013

- Paul, ya estoy en Madrid.
- El viaje ha ido regular, he tenido un susto:
- Un capullo casi me da cuando le estaba adelantando y casi me echa de la carretera. Pasé mucho miedo y estuve temblando hasta que pude parar en un área de descanso. Se me sale el corazón del pecho cada vez que lo recuerdo...
- Por favor, respóndeme, necesito saber de ti.
- Besos

Cada vez que reviso la conversación veo que Paul ha leído los mensajes y hay veces que está en línea pero no responde. ¿Tendrá razón Verónica al decirme que él solamente se comportó así para tener un rollo conmigo? ¿Y si está casado? Ya estoy empezando a dudar.

Un pequeño revuelo en la oficina, interrumpe mis pensamientos. Mi jefa acaba de entrar.

—Buenos días, Carmen —la saludo en cuanto la veo aparecer.

—Acompáñame, rápido. —Pasa junto a mí como una exhalación para adentrarse en su despacho, sin darme siquiera los buenos días.

Me siento frente a ella y espero a que comience a hablar. Se apoya en su mesa y lleva un par de dedos al tabique de su nariz. Me temo lo peor. Siempre hace ese gesto cuando está muy estresada.

—Bien. —Abre los ojos y me mira con el semblante muy serio—. Van a haber muchos cambios por aquí, como ya te dije por teléfono. —Asiento con la cabeza—. A partir de este momento ya no eres mi secretaria, Marina.

¡No! Abro los ojos de par en par. ¡Me va a echar! Creo que me voy a desmayar. Por eso me dijo lo de las vacaciones y por eso quería que me incorporara hoy... Carmen sigue hablando pero apenas la escucho.

—Felicidades —consigo distinguir entre todas las palabras que mi cerebro me permite admitir.

—¿Cómo?

—¡Ay, Marina! ¡Espero que no te comportes igual ante el señor Tolson! —me regaña—. Enhorabuena, vas a ser la secretaria del nuevo dueño de la empresa.

¿Qué?! ¡Secretaria del hijo del jefe! ¡No me lo puedo creer!

—La secretaria de su difunto padre se quedará en Londres hasta que se jubile y ayer me pidió que buscara a la persona más cualificada para ese puesto, le hablé de ti y se quedó muy impresionado por tu expediente. —Estoy muy sorprendida, pensaba que mi jefa me odiaba. En mi vida podía imaginar que ella recomendase mi trabajo—. Así que no me dejes en mal lugar, por favor.

—No la decepcionaré, gracias por la confianza —respondo determinante.

—¡Ajá! —Rebusca en el caos que tiene por mesa y saca una carpeta—. Vamos, coge el portátil, tenemos una reunión general con todos los jefes de departamentos y ahí os explicaré todo.

Entramos en la sala de juntas y me encuentro con todos los jefes y sus respectivas secretarias. Entre ellas, se encuentra Verónica que me hace señales con los brazos efusivamente. Ya lo sabe. *¡Madre mía! ¡Lo que se me viene encima!* Todos los ojos de los presentes están posados sobre mí, algunas denotan sorpresa otros, enfado. Tomo asiento junto a Carmen intentando ignorar el hecho de ser el centro de atención. Abro el portátil para tomar nota de todo, no quiero que se me escape nada de esta reunión, tengo que estar al día para cuando llegue el jefe.

—¡Felicidades, cariño! —grita mi loca amiga brindando con el café.

Hemos bajado a desayunar junto con varias secretarias. La reunión todavía no ha terminado. Carmen está organizando todo tal y como ha ordenado el señor Tolson. Por lo que he oído, es muy exigente y quiere tener informes actualizados a día de hoy de todos los departamentos y tiene a mucha gente cabreada. Ha dejado a la delegación de Madrid sin vacaciones hasta nueva orden.

Después de cuatro horas de reunión, me jef... ex jefa, me ordena que la acompañe hasta el despacho del señor Tolson. Creo que es la segunda vez que entro aquí en los cinco años que llevo en la empresa. Entramos en lo que sería mi lugar de trabajo, una pequeña recepción compuesta por una mesa de trabajo y un par de sillas frente a una mesa pequeña para las visitas. Junto a mi mesa, se

encuentra la puerta de acceso al gran despacho. Está decorado con estilo sobrio, muebles oscuros y anticuados. Tiene dos enormes ventanales desde donde hay una vista impresionante de Madrid y de la cochera —así denominamos al aparcamiento donde se almacena la flota de vehículos de alquiler nuevos—. Carme me cuenta que Richard Tolson se pasaba las horas muertas admirando sus juguetes, sobre todo, los últimos años. Yo apenas si le vi un par de veces, no parecía un jefe al uso. Un hombre entrañable de ojos amables que su hijo no ha heredado, por lo que me han comentado.

—El señor Tolson quiere cambiar todo el mobiliario, tanto del despacho como de tu sitio —dice Carmen paseándose por la estancia—. Ese va a ser tu primer trabajo como secretaria. —¿Qué?!—. No hay límite de presupuesto, la única condición que ha puesto es que sea todo de estilo moderno, ¿de acuerdo?

—Sí. —Está a punto de darme un ataque, ¡yo no entiendo nada de decoración!

—Marina, él nos ha dejado una lista de profesionales del sector y tiendas exclusivas para esto. No pongas esa cara. —Niega con la cabeza. Acabo de quedar como una estúpida. ¡Joder! Se acerca a una mesa y me pasa un montón de catálogos—. Te iré informando de todo lo que quiere el jefe. Te dejo que tengo otra reunión urgente —dice mirando su reloj de pulsera—. Marina, tendrás que ponerte ahora mismo con esto, te espera una semana muy intensa.

—¿Una semana? —pregunto con voz aguda.

—¡Ah, sí! —Sonríe de manera siniestra—. Todo tiene que estar listo para el lunes que viene, sin falta —dicho esto, me da las llaves del despacho y me deja allí sola.

Empiezo a hiperventilar y tengo que sentarme. ¡Una semana! Ahora entiendo la amabilidad de mi jefa. Carmen quería librarse de mí y esta ha sido la mejor manera. Es imposible que pueda hacer esto en una semana sin tener ninguna experiencia. Inspiro profundamente para regular mi respiración y poder tranquilizarme. Lo que más me extraña es que el jefe ni siquiera se ha puesto en contacto conmigo, lo hace todo a través de Carmen. Por lo menos podría haberse presentado formalmente para una toma de contacto.

¡Vamos, Marina! ¡Tú puedes con esto y más! —me animo mentalmente. Me levanto, rodeo la mesa y me coloco en el sillón del jefe, dispuesta a empezar con el trabajo.

—Muy bien. Entonces la espero esta tarde a las cuatro y media. —Cuelgo el teléfono con una sonrisa triunfal.

Después de un par de horas estudiando los catálogos y de contactar con varias empresas de decoración, he conseguido que una decoradora me atienda con urgencia. Unas rechazaron el trabajo

por el poco tiempo del que disponen para realizarlo; otras, por ser agosto; y, un par de ellas, al saber que era el señor Tolson el contratante. ¡Puf! Cada vez me gusta menos el hecho de ser su secretaria. Me imagino a un hombre de mediana edad, re peinado, con barriga prominente, pedante y ambicioso. O peor, alguien como Fernando, el novio de mi madre. Un escalofrío recorre mi espalda al recordarle.

Me estiro en el sillón suspirando cuando mi estómago ruge. Miro la hora. Las dos y media de la tarde, debería ir a comer ya. Dejo todo tal y como está y me marcho, cerrando con llave. Voy hasta mi antigua mesa para coger mi bolso, cuando me encuentro con Carmen hablando con un chico joven que está de muy buen ver.

—Marina —se dirige a mí en cuanto me ve—. Te presento a Óscar, tu sustituto.

¡Joder con mi ex jefa! ¡Anda que es tonta! El chico se gira hacia mí y me planta un par de besos demasiado cerca de las comisuras de mis labios y clava sus impresionantes ojos color miel en los míos.

—Encantado, Marina —dice con voz sensual.

Este chico rebosa sexo por todos los poros de su piel y huele divinamente. ¡Dios! Me fijo más en él: alto, pelo castaño, delgado pero definido... vamos, todo un espectáculo digno de ver, aunque es muy joven. No creo que pase de los veinticinco años.

—Igualmente, Óscar —respondo cuando mi cerebro reacciona.

Me sonrío enseñando unos perfectos y blancos dientes. Es muy guapo.

—Marina —nos interrumpe Carmen—, ¿te importaría dejar libre tu antigua mesa ahora? —La miro perpleja—. Óscar se incorporará con nosotros después de comer. —Me sonrío falsamente antes de darme la vuelta y marcharse junto al chico, dejándome allí sola.

Fijo que tienen un lío. ¡Por favor! ¡Pero si le saca casi veinte años! Enfadad porque no me va a dar tiempo de comer en condiciones, comienzo a recoger todas mis cosas. Mientras reviso el ordenador por si tengo algo personal —no suelo tener cosas así en el trabajo pero, por si acaso, borro todo el historial de internet y todo lo que pillo—, llamo a mi amiga para que me suba un sándwich y una Coca-cola light.

—Vieja bruja —refunfuña Verónica mientras me ayuda a poner las cosas en mi nuevo puesto de trabajo—. Seguro que ahora mismo se lo está tirando, ¡será guarra!

—¡Verónica!

—¿Qué?! —protesta—. ¿Acaso crees que tiene buenas intenciones contigo al recomendarte? —dice sentándose en mi mesa—. Esa quería echarte desde hace tiempo pero como tú eres excepcional en tu trabajo y no has cometido ningún error, no ha podido. Ahora que el jefe está muerto y su hijo tiene fama de ser un tirano...

—Vale, vale, no me lo recuerdes —le interrumpo mientras pego un bocado a mi sándwich—. Voy a dar lo más de mí que pueda en el trabajo y si no le sirve al *señorito* Tolson, pues que me eche.

—Seguro que no, cariño. —Da un saltito para bajarse de la mesa—. Seguro que le gustas, si eres un amor. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Me voy, Ramón está que echa humo desde que sabe que la bruja ha contratado un *yogurín* como secretario y ya se le acabó el rollo con ella.

Pobre Ramón. El jefe de personal es un encanto de persona, la verdad es que no sé qué vio en Carmen. Él se merece una mujer que lo trate bien y no es arpía que, cada vez que puede, lo ningunea delante de todos. Terminó de comer justo a tiempo de recibir a la decoradora.

Llaman a la puerta del despacho y cuando abro, casi me caigo de espaldas al ver quién está allí plantada.

—¿Tú?! —Silvia, la rubia con voz de pito que revoloteaba alrededor de Paul en vacaciones, me señala con el dedo.

Me he quedado perpleja. ¿Con ella he hablado por teléfono? No, no puede ser, su voz es difícil de olvidar.

—Silvia, déjame pasar, por favor —oigo una voz femenina detrás de ella—. ¿Marina Romero? —Me tiende la mano una mujer de la edad de mi ex jefa pero muy guapa y atractiva, con melena negra, ojos verdes, labios sensuales y muy elegante—. Soy Paula Valera, estuvimos hablando por teléfono esta mañana y esta es Silvia, mi ayudante, aunque creo que ya os conocéis, ¿no es así? —me dice con amabilidad.

—Encantada, sí, coincidimos en las vacaciones —respondo con una sonrisa nerviosa.

¡Mierda! ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? Espero que la rubia no sea indiscreta y le cuente a su jefa nada.

—Sí, coincidimos en el mismo hotel —responde Silvia con los ojos entrecerrados.

—Por favor. —Las invito a sentarse para hablar y concretar lo que quiere el señor Tolson.

Media hora después, Paula está enfrascada en una conversación por teléfono, momento en el que

Silvia aprovecha para apartarme a un lado.

—Sabía yo que las matabas callando —me suelta furiosa—. ¿No tuviste suficiente en vacaciones?

—¿Perdona? No sé de qué leches me hablas. —Esta tía está loca.

—¡Silvia! —la llama su jefa y eso me alivia. ¿Qué leches le pasa?

Cuando terminan de hablar, se acercan a mí.

—Marina, ¿qué gustos tiene el señor Tolson? —me pregunta Paula con su tablet en la mano.

—La verdad es que no lo sé —respondo con sinceridad.

—Eres su secretaria, ¿no?

—Sí pero hoy es mi primer día... —le explico avergonzada la situación que estamos viviendo en la empresa y tanto ella como Silvia, se sorprenden al saber que no he visto nunca al hijo del jefe.

—Esto es algo inusual —comienza a decir—. No sé si embarcarme en algo a ciegas.

¡Ay! Está dudando y eso no es bueno.

—¡Por favor! —le suplico—. Si esto no sale bien, me echan a la calle y no es justo. —No me importa hacer el ridículo pero estoy desesperada—. Llevo cinco años en la empresa y se me recordará como la inepta secretaria del jefazo y no es así.

Paula me mira mordiéndose el labio inferior. Silvia, en cambio, tiene una sonrisa siniestra dibujada en su cara. Esto le divierte.

—De acuerdo —dice finalmente Paula y a la rubia se le borra automáticamente la sonrisa de la cara—. Esta noche te envió un mail con varias propuestas y mañana estaré aquí a primera hora para comenzar el trabajo.

—¡Gracias! —Le doy un efusivo abrazo que ella acepta amablemente.

Llego a mi casa cerca de las nueve de la noche. He estado organizando la mudanza de todo el mobiliario con Carmen. Se lo llevan a Londres. Mañana tengo que estar a las seis de la mañana para supervisar todo.

Termino de cenar una ensalada de tomate y me tumbo en el sofá a esperar que Paula me envíe las propuestas. Mientras espero, reviso los mensajes de mi teléfono móvil. ¡Doscientos cincuenta mensajes! Y eso solo en el grupo que me metió Verónica en la dichosa aplicación. Ni me molesto en mirarlos. Salgo de ahí y mi dedo va solo hasta la conversación con mi *guiiri-borde*. Bueno, más bien

es un monólogo.

12 de Agosto de 2013

- Hoy ha sido un día de mil demonios...
- Me han nombrado secretaria del jefe, nada más y nada menos.
- Otra en mi situación, estaría dando saltos de alegría pero creo que para mí ha sido lo peor que me ha podido pasar... Tengo una semana para cambiar todo el mobiliario del despacho y no sé si me dará tiempo. Estoy esperando las propuestas de la decoradora...

Suspiro. No sé ni para qué me molesto en escribirle. Seguramente se esté riendo de mí desde su mansión en Londres... ¡Un momento! Voy a provocarle.

- Por cierto, Pauly, adivina quién es la ayudante de la decoradora...
- TU AMIGUITA SILVIA.

Suelto el móvil en la mesa riéndome. Espero su respuesta pero no llega. Decido olvidarlo un rato y reviso mi correo. Acaban de llegar las propuestas de Paula y me pongo a ello enseguida.

La mañana siguiente es un caos. Los de la mudanza han llegado tarde y se han juntado con los empleados de la decoradora. El despacho es un ir y venir de gente y a mí me va a dar algo. Escucho mi nombre por todos lados. Estoy mareada. Por suerte, Paula está acostumbrada a estos trajines y me echa una mano, que yo le agradezco en el alma. Silvia hoy está por molestar más que para ayudar. Mi ex jefa tampoco ayuda, no deja de presionarme para que meta prisa a los de la mudanza para que terminen pronto pero ellos no están tampoco por la labor.

—Niña, vamos lo más rápido que podemos —me dice el encargado, un hombre de mediana edad.

—Ya lo sé pero inténtelo, ¿de acuerdo? —le pido desesperada.

El encargado alza los hombros y se marcha. Me va a dar un síncope. Necesito sentarme. Paula, al ver mi estado, se acerca a mí.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupada.

—No, esto es un caos... mi ex jefa no deja de presionarme, los de la mudanza van muy lentos y parece no importarles nada... y... —Mi respiración se acelera, creo que estoy sufriendo un ataque de pánico.

—Shhh, tranquila... mírame. —Me sostiene de los hombros—. Tú puedes con esto, Marina, yo te voy a ayudar, ¿de acuerdo?

—No tienes por qué.

—Lo hago porque me recuerdas a mí cuando empecé en esto —me interrumpe con una sonrisa—. He lidiado con muchos mozos de mudanzas que se creían unos machitos pero yo sé que tú puedes —dice convencida—. Respira hondo y saca la mujer fuerte que creo que tienes ahí dentro escondida y cómetelos.

Asiento con la cabeza, respiro, ella me gira hacia los hombres de la mudanza y me da un empujón. Mientras me voy acercando a ellos, pienso que si esto sale mal, me iré de patitas a la calle, eso me enfurece, no he luchado todo este tiempo como para perderlo todo por culpa de ellos y su incompetencia.

—¡Disculpen! —llamo su atención pero no me hacen caso. Miro hacia Paula que me insta a que

grite más—. ¡Disculpen! —vuelvo a alzar la voz.

Uno de ellos me mira, medio sonrío y sigue con lo suyo. Eso me enfurece aún más y sin pensar, agarro un jarrón que hay en una estantería y lo lanzo al suelo con todas mis fuerzas. Al escuchar el estruendo, todo el mundo se gira hacia mí.

—Ahora que he llamado su atención, escúchenme —carraspeo y me pongo lo más altiva posible—. Esto tiene que estar fuera ya, el señor Tolson les paga una buena suma de dinero por la mudanza y deberían atenerse a lo pactado.

—Pero niña... —Viene hacia mí el encargado.

—¡Ni niña, ni leches! —le grito—. ¡Han llegado una hora tarde! El retraso es culpa suya, por lo tanto, o aligeran para terminar antes de la hora de la comida o ahora mismo se marchan y prescindimos de sus servicios sin cobrar, por supuesto. —Le miro con la cabeza bien alta.

—No creo que te atrevas... —comienza a decir.

Sin mediar palabra, busco mi móvil en el bolsillo del pantalón y hago como que marco un número de teléfono.

—Con el señor Tolson, por favor.

—¡Espere! —Me detiene con la mano—. No le diga nada —dice con miedo en los ojos. Creo que lo conoce, sí que intimida mi nuevo jefe—. Terminaremos conforme lo acordado.

Hago el gesto de colgar y él suspira de alivio, se dirige a sus trabajadores y les ordena aligerar. Ante mi sorpresa, terminan incluso antes de la hora pactada.

—¡Muy bien hecho, Marina! —me felicita Paula alzando una mano para chocarla conmigo.

Es la hora de la comida y nos despedimos hasta las cinco de la tarde para comenzar a redecorar todo, después de que hagan limpieza. Cuando me dirijo hacia la cafetería, suena mi teléfono.

- Silvia no es mi amiguita, ya te lo dije.
- NO ME VUELVAS A LLAMAR PAULY.

¡Por fin ha dado señales de vida! Le respondo inmediatamente, aprovechando que está en línea ahora mismo.

- Hasta que no lo escuche de tu propia voz, te seguiré llamando así.
- Te dejo, Pauly, me voy a comer y después a redecorar el despacho del jefe Tolson. Bye!

Voy hacia la cafetería con una sonrisa de oreja a oreja. A pesar de que está enfadado, he llamado su atención y eso me hace feliz.



Viernes, ocho de la tarde.

Estoy agotada. Me he pasado toda la semana con Paula y sus trabajadores redecorando el despacho del jefe. Lo único que faltan son las cortinas pero ella me ha asegurado que mañana las colocan sin ninguna duda. El resto, ha que dado genial. Estoy muy orgullosa del trabajo realizado e incluso, he aportado diversas ideas que Paula aceptó encantada. Mi ex jefa ha venido para ver el resultado final, parece asombrada.

—Buen trabajo —dice con la boca pequeña.

ES más falsa que Judas, pensaba que no lo iba a terminar y se ha caído con todo el equipo.

—Gracias, me marcho ya que estoy agotada. —Salimos del despacho juntas.

—Marina. —Se vuelve hacia mí—. El lunes hay que recoger al señor Tolson en el aeropuerto, su vuelo llega a las once y media de Londres.

—Ya no queda nadie en la oficina para avisar a alguien.

—Vas a ir tú a recogerle, eres su secretaria —dice con una ceja enarcada.

—Pero Carmen, no le conozco.

—Ya te las apañarás, como te las has apañado para terminar esto en tiempo record. —Me sonrío con malicia—. Toma. —Me tiende un sobre cerrado—. Ahí está la dirección de su apartamento y las llaves, han llegado esta mañana para que se lo entregues el lunes. —Lo acepto con mano temblorosa—. Nos vemos entonces, adiós.

Se marcha dejándome echa un manojo de nervios.



Lunes, once de la mañana.

Después de que el viernes me anunciase Carmen que tenía que recoger al jefe en el aeropuerto, apenas si he comido y dormido pensando la manera en que lo recibiría. Al final y después de comentarlo con Verónica, he optado por hacer un cartel con su nombre porque no sé cómo es físicamente y no sé si él me reconocerá por la foto de mi expediente.

Espero sentada en la terminal del aeropuerto a que anuncien la llegada del avión. No pienso ponerme en pie hasta ese momento. Miro mi móvil nerviosa. Paul no volvió a escribirme, yo tampoco lo he hecho, si quiere saber de mí, tendrá que dar el primer paso. Me ha costado un mundo no hacerlo pero me hartado de su juegucito. Estoy planteándome el intentar olvidarlo y aceptar la cena con Marcos. Estos días hemos estado hablando por mensajes. Es un encanto. Me ha dado ánimos cuando estaba de bajón debido al trabajo y me he reído mucho con él. Nada que ver con el humor de Paul.

Mientras comienzo a pensar que quizás Marcos se está abriendo paso en mi corazón, anuncian la llegada del avión procedente de Londres. Pego un salto del banco, me cuelgo el bolso en el hombro, me coloco frente a la puerta de salida de pasajeros y sostengo el cartel entre mis manos.

Todo el mundo me mira al pasar junto a mí. ¡Qué vergüenza! Intento pensar en otra cosa para no ponerme más nerviosa de lo que ya estoy. ¿Cómo será el susodicho? Supuestamente tiene que ser un hombre de mediana edad. Richard Tolson tenía ochenta años cuando murió. Pero claro, todo son cavilaciones mías. Espero causarle buena impresión. Miro mi atuendo y sonrío. Voy con un pantalón de lino color tierra y una camisa de manga sisa blanca, todo completado con unas cuñas de color marrón.

En ese instante, veo que la gente ha comenzado a salir de la terminal. Cuadro los hombros y espero bien plantada con el cartelito a la altura de mi pecho para que se vea bien. Un hombre de mediana edad y trajeado mira en mi dirección. Seguro que es él, doy un paso adelante cuando pasa por mi lado una mujer y lo abraza. Falsa alarma. Sigo esperando cuando aparece alguien que no esperaba volver a ver en mi vida. Bueno... sí que tenía alguna esperanza... pero no en estas circunstancias. Va con la cabeza agachada, menos mal que no me ha visto. Está guapísimo, con traje y una pequeña maleta en su mano. De pronto, como si notara mi presencia, alza su mirada y la cruza con la mía. Cuando nuestros ojos se encuentran, detiene su camino y se queda observándome serio. Me da un repaso de arriba abajo con descaro y medio sonrío cuando ve el cartel. ¡Dios! Yo aquí haciendo el ridículo y me tuve que topar con el protagonista de mis fantasías sexuales.

No puedo creer que Paul esté ahí plantado, mirándome con esos impresionantes ojos azules. Intento

disimular y mirarle lo menos posible. No quiero que note mi entusiasmo por volver a verle, después de que no se ha dignado a mandarme ni un mísero mensaje, no se lo merece. Le miro de reajo, sigue con esa sonrisa de suficiencia y eso me pone más nerviosa si cabe. Entonces, comienza a caminar en mi dirección con esa elegancia que lo caracteriza. Yo no sé dónde meterme. Cada vez está más cerca y ya estoy hiperventilando.

—Hola, Marina —me saluda con esa voz grave y sensual que tiene.

—Hola —contesto haciéndole ver mi enfado.

—La verdad es que no me imaginaba verte aquí —dice divertido.

—Sí, como se suele decir: el mundo es un pañuelo —contesto molesta por su actitud.

¿Cómo puede estar tan tranquilo después de todo? Me observa con esa mirada que dice sexo y yo me derrito. Abre ligeramente su perfecta boca y pasa la lengua por sus dulces labios. Mi boca se acaba de reseca. ¿Cómo es posible que un simple gesto me provoque tantas sensaciones? ¡Marina! ¡Reacciona!

—*Pauly*. —Cambia la sonrisa por su cara de enfado—. Si no te importa, estoy esperando a alguien. —Levanto el cartel con el nombre de mi jefe.

—Ya veo. —cambia su semblante de nuevo, ¿está conteniendo una carcajada? Se acerca más a mí y pega su boca a mi oído. Noto su cálido aliento que me eriza la piel—. ¿Te has percatado que ya no quedan más pasajeros por salir? —Le miro extrañada y me asomo por encima de su hombro.

Abro los ojos como platos al entender lo que quiere decir.

—¡No! —exclamo negando con la cabeza. Él asiente sonriendo—. Pe... pero tú... te apellidas Smith —tartamudeo.

Me quedo con la boca abierta sin saber qué más decirle al ver que niega con la cabeza. Suelta una carcajada y cierra mi boca con una de sus manos.

—Entonces... tu padre... —Asiente—. ¡No! —Muevo mi cabeza de un lado a otro con incredulidad.

—Sí —afirma tajantemente.

Niego con la cabeza de nuevo y Paul no puede evitar reír otra vez.

—¿Tú eres el señor Tolson?! —grito histérica.

—No grites —dice entre dientes al ver que la gente de nuestro alrededor nos observa.

—¿Que no grite?! —Tiro el cartel al suelo mientras camino de una lado a otro.

No puedo creer lo que estoy viviendo en estos momentos. ¡Joder! ¡Voy a ser su secretaria! Ni en mis más calientes fantasías lo hubiese imaginado.

—Marina, tranquilízate. —Me detiene por los hombros y sitúa su cabeza a mi altura.

—¿Qué me tranquilice? —susurro en su cara—. Me siento totalmente ridícula al pensar que en todo momento sabías quién era yo.

—Eso no es cierto. —Resoplo y río cínicamente, ¿tan tonta piensa que soy?—. Déjame que te explique pero aquí no, ¿de acuerdo?

—Eso mismo dijiste en Córdoba y mira cómo acabamos. —Cruzo los brazos por debajo de mi pecho.

—Te prometo que, esta vez, no habrá trucos, a no ser... que tú quieras. —Tuerce la boca de forma sensual y enarca una ceja.

—¡Ni hablar! —Resoplo ante su chulería.

—Era una broma. —Levanta las manos en son de paz—. Déjame que te explique, por favor —me suplica con la mirada.

Muerdo mi labio inferior. Esta vez parece que va en serio. No sé qué clase de fuerza ejerce sobre mí para convencerme con tanta facilidad. Asiento con la cabeza y él me regala una de sus amplias sonrisas.

—Bueno... ¿a dónde me vas a llevar? —pregunta divertido.

Le miro como si me hubiese hablado en otro idioma que no conozco. En ese instante reacciono e intento retomar mi papel de secretaria.

—Acompáñeme por aquí, señor Tolson —le digo al tiempo que intento coger su maleta.

Él la retiene en sus manos.

—Tutéame y la maleta la llevo yo.

Asiento y le indico que me siga hasta el parking donde está el coche. Le abro el maletero para guardar la maleta y, cuando estoy cerrando el portón, rodea el vehículo y se coloca en el asiento del conductor. Resoplo. Me acerco y le miro desafiante.

—Las llaves. —Tiende su mano.

—No, conduzco yo. —Me cruzo de brazos y le miro ceñuda—. Es mi cometido.

—Si llego a saber que Carmen te iba a mandar a ti, hubiese pedido un taxi. —Me mira serio—. Eres mi secretaria, no mi chófer —insiste, en esta ocasión, desafiándome él a mí con esa mirada fría que tiene guardada para ciertas ocasiones.

Resoplo por la nariz de nuevo y se las doy bruscamente. Me monto en el coche y cierro de un portazo. No me lo puedo creer. ¡Paul es mi jefe!

—¿Dónde vamos? —me pregunta antes de arrancar.

—Tú eres el jefe. —Sigo con mis brazos cruzados y miro por la ventana del vehículo.

Él sigue mirándome. ¿Por qué no arranca de una vez?

—Marina.

—¡Qué! —respondo furiosa.

Esta vez el que resopla es él.

—¿Me puedes decir cuál es el itinerario de hoy? —pregunta en voz baja.

Le miro sorprendida, ¿es que no tiene nada planificado?

—Pues no tengo ni la más remota idea. —Gesticulo con las manos exageradamente—. Resulta que he estado toda la semana sin saber quién ni cómo era el famoso señor Tolson. Lo único que mi ex jefa me comunicó es que quería redecorar su despacho. ¡Ah! Y me dio este sobre con la dirección y las llaves de tu apartamento —respondo cortante sacando el sobre de mi bolso.

Le escucho respirar con dificultad. Sé que le estoy enfadando mucho pero me da exactamente igual. Me ha mentado, me ha tenido todo este tiempo engañada y sufriendo por no darme ninguna explicación de su actitud tan fría. Me quita el sobre de las manos, lo tira hacia los asientos traseros del coche y arranca el motor. Durante todo el trayecto hasta su apartamento no cruzamos palabra, de hecho, ni lo miro. Estoy muy cabreada.

Llegamos al parking de unos apartamentos de lujo. Antes de que él venga a abrirme la puerta, ya he salido del coche. Resopla al verme fuera y retrocede sus pasos para coger su maleta. Cierra con fuerza el portón y me indica con la cabeza que lo siga. Entramos en el ascensor, Paul saca una llave, la mete en una ranura que hay bajo el panel de botones y pulsa el botón del ático. Subimos en

silencio. Él está de espaldas a mí. La recorro con mi mirada hasta llegar a su perfecto culo. ¡Está buenísimo! A mi mente viene el recuerdo de ese cuerpo sobre mí, dándome placer y sus grandes manos recorriendo mi erizada piel. Comienzo a respirar con dificultad y deajo escapar un suspiro sin querer. Entonces, el ascensor se detiene bruscamente. Paul ha pulsado el botón de stop.

Todo pasa muy deprisa. Deja caer la maleta al suelo para abalanzarse sobre mí, me acorrala contra la pared del fondo, noto su cuerpo duro contra el mío y su aliento sobre mi cara. Su olor inunda mis fosas nasales, ¡joder! ¡Cómo le he echado de menos! Mi enfado se desmorona por momentos. Acerca con lentitud sus labios a los míos, apenas los roza y yo siento escalofríos en mi columna vertebral. La tela de su carísimo traje me roza en los brazos. *No puedo caer, no puedo caer* -me repito mentalmente. Cuando va a besarme, haciendo acopio de las pocas fuerzas que me quedan, giro mi cara rechazando esos labios que me vuelven loca. Se sorprende por lo que acabo de hacer. Me escruta con la mirada pero no insiste. Nos quedamos un momento así, él aprisionándome contra la pared y yo con mi cara mirando hacia un lado, con nuestras respiraciones alteradas.

Cuando creo que ha pasado una eternidad, pega su nariz a mi cuello y aspira mi olor. A continuación, muy despacio, como si le costase trabajo, se despega de mí y sin mirarme, acciona de nuevo el ascensor. Me da de nuevo la espalda y recoge su maleta del suelo. Yo sigo pegada a la pared del fondo, descolocada. Llegamos a nuestro destino y me deja pasar a mí primero. Me acabo de quedar sin respiración al ver el interior del ático. Es un dúplex decorado con estilo moderno y masculino en tonos blanco y negro. Todo de lujo, por supuesto.

Paul me deja sola en el gran salón y sube unas escaleras de caracol que llevan a la planta de arriba. Supongo que va a dejar su maleta. Yo miro a mi alrededor y la gran terraza me llama la atención. Abro una de las puertas de acceso a ella y los rayos del sol de la mañana impactan en mi cara. Hay una vista increíble desde aquí. La recorro por toda su longitud, que es la largura del ático. Tiene una zona de relax con muebles de mimbre junto a una gran piscina. Me agacho y toco el agua. Está fresquita. Cuando me levanto, noto que Paul está detrás de mí.

—De noche tiene una temperatura ideal —susurra en mi oído y pegando su cuerpo al mío.

¡Esto es increíble! Se contradice a sí mismo actuando de esta manera y a mí me va a volver loca. Niego con la cabeza, me alejo de él tomando asiento en uno de los sillones de mimbre. Le miro esperando que me dé una explicación.

—Utilizo el apellido Smith porque no quiero que nadie sepa quién soy cuando estoy de vacaciones y relajado —comienza a decir sentándose frente a mí, nos separa una pequeña mesa—. La empresa es muy conocida en las altas esferas y así evito...

—Así evitas a las caza fortunas —le interrumpo.

—Exacto. —Se recuesta en el sillón y me observa—. En Londres, la prensa está pendiente del hijo del empresario más influyente de Europa. Por eso veraneo en España, aquí soy un chico cualquiera al que no lo persiguen las chicas buscando fama.

En ese instante, recuerdo las palabras que me dijo Silvia al encontrarnos en el despacho. Ahora las entiendo.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando nos vimos la última vez?

Me mira pero no responde.

—¿Piensas que yo soy una caza fortunas? —pregunto molesta.

Él abre más los ojos por la sorpresa y tensa su cuerpo. Se inclina hacia delante y apoya los codos en sus rodillas.

—¡Por supuesto que no! —exclama ofendido.

—No opina lo mismo tu amiguita Silvia, al parecer ella sí que sabía quién eras tú —replico inclinándome yo también.

Tensa la mandíbula y comienza a respirar con dificultad. Esta vez lo he enfadado bien.

—Marina, ya te dije que consiguió mi teléfono y me estuvo acosando el resto del año. —Apoya las manos sobre la mesa y se inclina para acercarse más a mí—. Esta es la última vez que te lo digo: Silvia-no-es-mi-amiguita —dice entre dientes.

Si piensa que me voy a asustar por su actitud, va listo. Nos desafiamos con las miradas. Ojos azules y fríos contra mis enfadados ojos marrones. Paul va a decir algo más cuando su teléfono móvil suena. Lo saca de uno de los bolsillos de su pantalón y lo mira de reojo, no quiere perderme de vista.

—Es Carmen —me informa y responde a la llamada.

Salvado por la campana —pienso. Me levanto decidida a esperarlo en la puerta de salida. Supongo que nos marcharemos ya. Distraída, comienzo a admirar los elementos que tiene en la entrada. Algunos cuadros abstractos, un jarrón que parece carísimo encima de un aparador blanco... ¡Uf! Me sobresalto al sentir los brazos de Paul rodeándome desde la espalda. No le he escuchado llegar. Forcejeo intentando deshacerme de ellos en vano, es más fuerte que yo.

—Marina —pronuncia mi nombre en voz baja.

Me recuesto en su pecho, cansada de hacer fuerza. Él apoya su barbilla en mi cabeza. Nos quedamos así durante unos momentos. Su corazón late suavemente en mi espalda. Cierro los ojos y suspiro, no quiero sentir nada por este hombre que me abraza. No puedo. Y menos aún si va a ser mi jefe.

—Lo siento —rompe el silencio que nos rodea—. Por esto te envié ese email intentando alejarte de mí. —Suspira—. No quiero hacerte daño y voy a ser totalmente sincero. Nunca he repetido chica porque nunca me ha hecho falta y porque no quiero implicarme sentimentalmente con nadie. No quiero ataduras, sólo diversión y sexo. Tú no te mereces eso, Marina. Te mereces mucho más de lo que yo te pueda ofrecer.

—Eso lo debería decidir yo, ¿no crees? —digo en un susurro.

—Marina... —Me aprieta más contra su pecho.

Esto va a ser siempre así —pienso. Volverá, me dirá cosas bonitas y después se escudará en que me merezco más que eso y bla, bla, bla.

—Está bien. —Intento deshacerme de nuevo de su abrazo y él me suelta lentamente—. Deberíamos marcharnos a la oficina a preparar su agenda señor Tolson. —Abro la puerta y pulso el botón del ascensor sin mirar atrás.

—¡Paul! —exclama Carmen al vernos entrar en la oficina—. ¿Qué tal el viaje? —Se acerca y le planta sus manos de arpía en el pecho para darle dos sonoros besos.

—Todo bien —responde seco—. Marina, ve preparando la agenda, voy en cinco minutos. —Dice sin mirarme.

Mi ex jefa ni me saluda, tiene toda su atención dirigida hacia Paul y eso me enfurece. Otro que se quiere beneficiar.

—¡Marina! —llama mi atención Paul—. ¿Me has oído? —Gira su cabeza y me mira con seriedad.

—S... sí, ahora mismo señor Tolson —respondo humillada y salgo veloz hacia el despacho.

—Esta chica llega a exasperarte, necesita mano dura —escucho decir a Carmen antes de desaparecer de allí.

¿Mano dura? ¡Pero será bruja! Llego a mi sitio y enciendo el ordenador para preparar la agenda de mi nuevo jefe. Ricardo, el informático, lo ha sincronizado con el de Paul. Mientras voy preparando las cosas, aparece el susodicho por la puerta.

—A mi despacho —ordena sin detenerse siquiera.

Me levanto con el ceño fruncido, cojo mi bloc de notas y le sigo. Abre la puerta de su despacho y, al levantar la vista, se detiene con brusquedad. Da un repaso a la estancia en silencio. Sin decir nada, avanza y se sienta en la mesa. Yo tomo asiento en una de las sillas que están frente a ésta.

—¿La clave? —me pregunta cuando enciende su ordenador.

Le tiendo el papel donde la apunté inclinándome sobre la mesa. Al cogerlo, agarra mi mano. Lo miro a los ojos interrogante.

—Muy buen trabajo. —Hace un gesto con la cabeza señalando el despacho.

—Gracias. —Tiro de mi mano y vuelvo a sentarme en la silla.

—Comencemos...

Durante una hora preparamos el trabajo para toda la semana. Paul es muy metódico, perfeccionista y exigente. Ahora entiendo la fama que tiene. Es totalmente contrario al chico que conocí en

vacaciones, relajado, divertido, sonriente y simpático. En ningún momento hablamos de nosotros. Se ciñe al trabajo, nada más. Cuando terminamos de organizar todo, me informa que tenemos una reunión con los jefes de departamentos. Miro el reloj, comeremos muy tarde.

Entramos en la sala de reuniones y veo que todo el mundo está nervioso. Es la primera vez que el nuevo jefe los convoca y saben lo exigente que es. Verónica se queda con la boca abierta al ver a Paul. ¡Mierda! Se me olvidó avisarla de que él es el dueño de la empresa. Me hace señales para que me acerque mientras todo el mundo se va colocando en su sitio.

—Ni se te ocurra decir nada —le susurro—. Luego te lo explico todo, ¿de acuerdo?

—Pero... —va a replicar cuando una voz nos llama la atención.

—¡Marina! —Es Paul—. Cuando tú quieras, comenzamos la reunión.

¡Joder! ¿Tiene que ser tan borde? Voy hacia mi silla, junto a él, mientras todo el mundo me mira. ¡Qué vergüenza! Paso junto a mi ex jefa que niega con la cabeza en tono de reproche. Hasta que no tomo asiento, él no se sienta. Durante toda la reunión se comporta como un auténtico gilipollas conmigo. Me trata muy mal delante de todo el mundo. Me hace quedar como una estúpida en varias ocasiones. ¿Qué leches le pasa? En cuanto terminamos, recojo mis cosas con rapidez, estoy deseando marcharme de allí cuanto antes.

—A las cuatro te quiero aquí —me dice antes de que cruce la puerta.

¡Pero si son las tres y cuarto!

—Por supuesto, señor Tolson —respondo desafiándole con la mirada.

Voy directa hasta el baño, las lágrimas están a punto de salir en tropel por mis ojos y no quiero humillarme más ante las miradas de reproche de toda la empresa. Me encierro en una de las cabinas, me siento en la tapa del váter y comienzo a llorar. ¿Por qué me ha dejado en ridículo delante de todo el mundo?

—¿Has visto lo bueno que está el señor Tolson? —escucho decir a una de las secretarias que han estado en la reunión.

Encojo las piernas para que no sepan que estoy ahí.

—Sí, ese hombre es puro sexo y tan autoritario... me ha puesto cachondísima —responde otra—. Y la idiota de Marina cagándola en todo momento —suelta una carcajada.

—Idiota lo serás tú —interrumpe mi amiga en la conversación—. ¿No tienes nada mejor que hacer

Carla? ¿Cómo chuparle la polla a tu jefe?

—¡Pero serás ordinaria! —responde la ofendida— ¡Vete a la mierda!

Se escucha un forcejeo y una bofetada. Salto del váter y abro la puerta para ayudar a mi amiga pero, cuál es mi sorpresa, cuando veo a las dos secretarias huyendo por la puerta del servicio y a Verónica riéndose.

—¡Cobardes! —les grita.

Me mira y abre los brazos. Corriendo, me refugio en ellos y estallo de nuevo.

—Shhh —me consuela—. No les hagas caso, siempre te han tenido envidia por ser la secretaria de dirección. Son gilipollas.

—Todo ha sido culpa de Paul —digo entre sollozos—. Me ha dejado en ridículo.

—Venga Marina, ese tipo no merece ni una lágrima tuya. —Me aparta un poco para mirarme a los ojos—. ¿Entendido? —Asiento hipando como una niña pequeña—. Ahora vamos a comer y me explicas todo esto.

—¡¡Será gilipollas!! —grita mi amiga cuando termino de contarle todo—. Ese tío es un déspota que te ha utilizado, nada más.

—Baja la voz —le digo entre dientes—. Nadie se puede enterar de lo nuestro.

—¿Por qué? —pregunta extrañada—. Pues porque resulta que en la reunión ha dejado clara una de las normas de la empresa: entre los empleados no puede haber relaciones.

—¡Ah! ¡Eso! —Le quita importancia con la mano—. Siempre la ha habido y nadie la ha cumplido.

—Bueno, me da lo mismo —le replico—. No quiero que nadie se entere de lo nuestro, ¿de acuerdo?

—Valeeee. —Pone los ojos en blanco.

Carla y la otra secretaria que estuvieron en el baño están a un par de mesas de nosotras y no dejan de cuchichear y mirarnos. Verónica las ve y les hace un gesto con su dedo corazón. Ellas desvían la mirada inmediatamente.

En ese instante, Paul entra en la cafetería. Está buscando a alguien. A mí me da un vuelco el corazón. No quiero que se acerque a mí, otra voz más y rompería a llorar aquí delante de todos.

Cruza su mirada con la mía pero no se acerca. Sigue recorriendo la cafetería hasta que parece haber encontrado a su objetivo. Se acerca con paso decidido hasta la mesa de las dos secretarias chismosas. Les pide permiso para sentarse y ellas, se lo conceden atusándose el pelo y sonriendo como tontas. Pero la sonrisa les dura poco segundos en el rostro. Desde donde estoy no escuchamos nada pero seguramente les estará echando la bronca del siglo porque Carla está a punto de llorar. A continuación, Paul se levanta y se marcha no sin antes mirarme, esta vez con ¿amabilidad? ¿Qué ha pasado?

Verónica se levanta a informarse. Carla ha roto a llorar y la otra intenta consolarla.

—Eso le pasa por puta —dice mi amiga al volver a la mesa.

—¿Qué pasa?

—La ha despedido.

¿Despedido? ¿Paul ha despedido a Carla? Mientras mi amiga Verónica se ríe sin parar de la empleada despedida, ésta pasa junto a nosotras con su amiga.

—¡Estarás contenta! Por tu culpa me han despedido —dice con rabia entre sollozos—. ¡Chivata! —Cubre sus ojos con las manos y se apoya en su amiga mientras se marchan de la cafetería.

La miro con las dos cejas alzadas. ¿Cómo se ha enterado Paul de la pelea en el baño? No lo entiendo.

—Perfecto, además de humillada, soy la chivata de la empresa —suspiro sonoramente.

—Ni caso, cariño. —Verónica agarra mis manos entre las suyas—. No sé cómo se ha enterado el jefe de la pelea pero ha hecho bien en despedirla, su jefe lleva mucho tiempo tapando sus cagadas, como se la beneficiaba...

Eso es cierto, todos en la empresa estábamos al tanto del lío entre Carla y su jefe. Ella accedía a sus caprichos mientras no la despidiese. Miro mi ensalada que casi no he tocado, la mareo con el tenedor mientras no dejo de pensar en todas las cosas que han pasado en tan poco tiempo.

—No has comido nada —me reprende Verónica.

—No tengo hambre. —Consulto la hora, son casi las cuatro—. Tengo que marcharme.

No quiero llegar tarde, no quisiera ser la próxima despedida de la empresa. Recojo mi bolso, le doy un beso en la mejilla a mi mejor amiga y voy rápidamente hacia el ascensor evitando mirar a los lados, todo el mundo me observa y cuchichea a mi paso. En los cinco años que llevo aquí, jamás

había formado ningún escándalo ni me he enterado de ningún rumor sobre mí y, en apenas un día, el revuelo que se ha formado.

Cuando se abren las puertas, me encuentro con mi ex jefa en actitud muy cariñosa con Óscar, su nuevo secretario. En cuanto me ven, se separan rápidamente el uno del otro. Nos saludamos cortésmente y yo me aparto a un lado para dejarles espacio. Durante el trayecto, les escucho susurrar entre ellos. Supongo que están hablando de mí. Tendré que acostumbrarme a esto hasta que se pase la novedad. Óscar no aparta sus ojos de mí, me produce escalofríos, parece desnudarme con la mirada. Carmen se da cuenta y pone mala cara. Por suerte, llego pronto a mi destino. Me despido de ellos sin mirarles cuando llegamos a la oficina y voy derecha hacia mi puesto de trabajo.

Entro en la recepción y me percato de que la puerta de acceso al despacho está abierta. Tomo asiento y al levantar la vista me encuentro con esa mirada azulada que me atormenta por las noches. Paul me mira fijamente desde su mesa, apenas si mueve un músculo de su cuerpo ni muestra expresión ninguna pero a mí me produce un escalofrío en lo más profundo de mi alma. Consigo apartar la vista de él y me revuelvo en mi asiento nerviosa, ¿cómo me puede provocar esas sensaciones con el simple hecho de mirarme? Hago como la que trabaja pero no dejo de sentir sus ojos clavados en mí. ¡Mierda! Cuando redecoré el despacho, no me había dado cuenta que, desde su posición, puede controlar perfectamente todos mis movimientos. Suspiro y le miro de nuevo. Está guapísimo allí sentado, desnudándose con la mirada. Nuestra tensión sexual aumenta, lo noto. Entonces, recuerdo la humillación de esta mañana.

Con una tranquilidad pasmosa, saco mi lengua y me humedezco los labios sin dejar de mantener el contacto visual. La paseo con lentitud por el superior, siguiendo todo su recorrido hasta llegar al inferior. Termino con un pequeño mordisco en él. Paul tensa la mandíbula, aunque no lo admita, yo también le provoco sensaciones y lo voy a aprovechar. Subo una de mis manos y recojo mi pelo a un lado, dejando al descubierto mi cuello y paseo uno de mis dedos por él, bajando lentamente, sin pausa. Lo miro de reojo mordiéndome el labio. Él se remueve en su asiento, está nervioso. *¡Ja! Ahí te quería tener Pauly* –ríó interiormente. Paso mi dedo por la clavícula y dejo que se pierda en uno de mis pechos. Paul acaba de resoplar. ¡Bien!

Lo miro con picardía y me levanto con actitud sexy, arqueando mi espalda para sacar pecho y culo. Camino como una gata en celo hacia la puerta del despacho. En su boca va apareciendo su sonrisa sexy. Lo tengo comiendo de mi mano. Me apoyo en el marco de la puerta y dejo que piense que voy a entrar. Se levanta metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones, ocultando una erección. Sonríó yo también y recorro su perfecto cuerpo con la mirada. Cuando está a escasos centímetros de mí, pongo en marcha mi plan.

—Señor Tolson —digo en tono meloso. Paul amplía más su sonrisa y se acerca un poco más a mí—. Le recuerdo que tiene una cita a las cuatro y media con el jefe de personal, no se le olvide. — Lanzo un beso al aire y le cierro la puerta prácticamente en las narices.

Vuelvo a mi asiento y comienzo a redactar las cartas que me ha encargado esta mañana. Escucho un gruñido y, acto seguido, la melodía el teléfono interno.

—¿Sí, señor Tolson? —respondo con tono jovial.

—Marina —pronuncia mi nombre entre dientes—. Ven a mi despacho, ahora.

—Lo siento, señor Tolson —le digo con voz penosa—, pero estoy redactando las cartas que me había pedido con tanta urgencia esta mañana, además, va a llegar tarde a su reunión —le cuelgo directamente sin derecho a réplica.

Llama de nuevo pero dejo que suene el teléfono. Sigo tecleando. Insiste con la llamada. Que insista, me da exactamente igual. Escucho un golpe que proviene de su despacho. Me aplaudo a mí misma, le he mosqueado de nuevo. Eso por borde y gilipollas, ya se lo pensará bien antes de volver a humillarme delante de toda la empresa. Y encima tiene una erección que se va a tener que bajar solito. ¡Ja!

A los diez minutos, Paul sale de su despacho con cara de pocos amigos. Se acerca a mi mesa y se recuesta sobre ella para quedar a poca distancia de mí. Yo sigo tecleando en el ordenador intentando aparentar tranquilidad, cosa que consigo a duras penas. Siento su aliento en mi cara.

—Tú y yo tenemos algo pendiente —susurra clavando sus ojos azules en mí.

Levanto la cabeza altiva y le miro desafiante. ¡Joder! Mosqueado es cuando está más atractivo, ahora mismo me levantaría y le devoraría esos labios carnosos y suaves. ¡Marina! ¡No! —mi conciencia siempre atenta a cualquier desliz, me reprende. Va a decir algo más cuando Carmen irrumpe en la recepción.

—Perdona, Paul —dice al vernos—. Vamos a llegar tarde a la reunión.

—Voy Carmen. —Se incorpora despacio sin apartar la mirada de la mía y se gira hacia ella—. Vamos.

Coloca su mano en el final de la espalda de mi jefa, que da un respingo al sentirlo, y le sonrío de medio lado. Ella le mira con picardía antes de marcharse juntos. ¡Será...! Resoplo. ¡Con esa bruja no! ¡Joder! Marina, tranquilízate... piensa... Está visto que quiere darte celos pero yo no tengo a nadie con quién... ¡Un momento! Una idea me viene a la cabeza. Reviso una conversación que

mantuve anoche en mi móvil.

- Solo es una cena. Nada más.
- No sé...
- Cena de amigos.
- ...
- Por favor :?)(

Ahora mismo está en línea. Miro la pantalla titubeando. No, no puedo hacerlo. Suelto el teléfono en la mesa y sigo tecleando. Sin querer, vuelve a mi mente la imagen de Paul gritándome delante de todos y de su mano en la espalda de mi ex jefa. Si Paul quiere jugar a esto, juego tendrá. Decidida, agarro con fuerza mi teléfono y escribo un mensaje.

- Acepto tu invitación a cenar. ¿Te viene bien hoy?
- Sí, claro.
- Salgo a las seis de la tarde.
- Dame la dirección de tu oficina y te recojo allí.

Le indico las señas de mi oficina y quedamos en vernos en la puerta del edificio a las seis en punto. Guardo el teléfono satisfecha y sigo con mi trabajo.

Son casi las seis de la tarde y todavía no ha llegado el jefe de su reunión, ¡lástima! Mi plan se puede ir al traste. Ordeno mi mesa, apago el ordenador y cuelgo el bolso en mi hombro nerviosa. Espero un poco apoyada en mi mesa por si aparece. Muevo la pierna desesperada, consulto de nuevo la hora, ¡joder! Me sobresalto cuando siento vibrar mi teléfono móvil.

- Estoy abajo.
- Voy.

Tengo que marcharme ya. Resignada, me encamino hacia el ascensor. Al pasar por el despacho de Carmen, me asomo con disimulo... nada, vacío. ¡Mierda! Comienzo a arrepentirme de lo que voy a hacer cuando bajo en el ascensor. ¿De verdad quiero hacer esto? Las puertas se abren al llegar a la planta baja y, se me ilumina la cara al ver a Paul hablando con Carmen y el jefe de personal. Aunque la ilusión me dura poco, me ha visto y se arrima aún más a mi ex jefa mirándome con sorna. Eso me enfurece y a él le divierte mi cara. En ese instante, se me disipan todas las dudas de continuar con lo

que tengo planeado. Con paso firme y moviendo mis caderas, paso junto a ellos.

—Hasta mañana, Marina —se despide de mí Paul alargando las sílabas de mi nombre.

—Hasta mañana, señor Tolson —respondo sin mirarle.

Noto sus ojos clavados en mi espalda cuando mi plan entra por la puerta del edificio sonriéndome. Se ha arreglado para la ocasión con unos pantalones de lino blanco y una camisa ajustada de color tierra. La verdad es que está muy guapo. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—¿Preparada? —pregunta Marcos cuando llega a mi lado.

—Sí —respondo sonriéndole a sabiendas de que Paul nos observa.

—Pensaba que no ibas a aceptar. —Ladea la cabeza observándome de pies a cabeza.

—No puedo negarle una cena a un amigo. —Me encojo de hombros.

Marcos sonrío de nuevo, me agarra de la cintura, me aprieta contra él y me besa en la sien con cariño. Miro hacia donde está Paul, tiene el ceño fruncido y respira con dificultad. Le sonrío de medio lado y me despido con la mano. Mi acompañante se sorprende por mi actitud y dirige su mirada hacia donde está Paul, frunce momentáneamente el ceño pero no dice nada. Me ofrece el brazo y yo se lo agarro divertida. Salimos sin mirar atrás. Sé que me arrepentiré mañana cuando vuelva al despacho pero Paul se merece tomar de su propia medicina.

Marcos me ha llevado al mismo bar donde nos conocimos para tomar unas cañas y tapear. Hablamos de todo y descubrimos que tenemos muchas cosas en común. Nos gustan las películas de superhéroes y el mismo tipo de música. Me habla también de lo mal que lo pasó con su ex novia y que tardó mucho tiempo en recuperarse. Estuvieron a punto de casarse cuando él la descubrió en una infidelidad después de cuatro años juntos y con la boda en marcha. Le hago saber que le entiendo contándole mi divorcio. Después de ahogar nuestras penas en cerveza, me propone ir a un pub a tomar una copa y bailar un poco. Yo acepto encantada.

Bailamos unas cuantas canciones y bebemos unas cuantas copas pero sobre las doce de la noche ya no puedo más y un bostezo mío le indica que estoy muy cansada, así que se ofrece a acompañarme a casa.

—Gracias por la invitación, me lo he pasado genial —le digo en el portal de mi casa.

—Gracias a ti por aceptarla. —Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Mis mejillas se sonrojan por ese contacto tan íntimo y bajo la mirada. Marcos se acerca y me

agarra de la cintura. ¡No! En mi interior rezo para que no intente besarme o me pida que lo invite a subir porque no me gustaría que se sintiera mal por rechazarle. Al ver mi reacción me suelta y se aleja un poco de mí.

—El de tu oficina era el mismo tipo que fue a Córdoba a buscarte, ¿verdad? —pregunta escrutándome con su mirada de ojos verdes.

El color de mis mejillas se acentúa más aún con su pregunta. Pensaba que no lo había reconocido.

—Sí —respondo susurrando.

—Se ha puesto celoso al vernos juntos. —Soy incapaz de mirarle a los ojos—. Ya me extrañaba que cambiaras tan pronto de opinión con respecto a la cena. —Espera una respuesta pero me he quedado muda. Niega con la cabeza—. Además, has estado toda la noche evitando el contacto entre los dos.

Es cierto, ha intentado agarrarme varias veces la mano y yo no lo he permitido.

—Marcos, yo... —las palabras salen de mi boca con dificultad.

Mira hacia un lado y sonrío en tono irónico. Intento pedirle disculpas pero él levanta la mano para que no hable. Se acerca más a mí y acaricia mi mejilla con las yemas de sus dedos.

—Eres una buena chica Marina y por eso no te lo tomaré en cuenta pero la próxima vez que quieras poner celoso a otro, no utilices a un amigo al que le gustas sin consultárselo, ¿de acuerdo? —
¡Vaya! Eso ha dolido—. Buenas noches. —Se gira y me deja sola con mis remordimientos.

Subo hasta mi casa con las lágrimas apunto de asomar a mis ojos. He hecho daño a Marcos con mi actitud infantil. ¿Qué me pasa? Nunca me había comportado de esa manera. Paul saca lo mejor y lo peor de mí a partes iguales, esto no es sano. Entro en mi piso arrastrando los pies y lamentándome. Cuando estoy a mitad de camino de mi dormitorio, llaman a la puerta. ¡Es él! Voy corriendo para abrirle y poder disculparme en condiciones.

—Marcos, lo siento, soy una... —Me quedo boquiabierta al ver que la persona que ha llamado a mi puerta es Paul.

Lo miro sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —pregunto nerviosa.

No responde, solo me mira con la respiración alterada. Le observo con más detenimiento. Está desaliñado, su traje está arrugado, lleva la camisa por fuera del pantalón y la corbata casi deshecha.

Sin previo aviso, se abalanza sobre mí y pega sus labios a los míos con dureza. Intento apartarle pero tiene mucha fuerza.

—Paul... —Estoy asustada.

Su aliento desprende el inconfundible olor del whisky, sus ojos están inyectados en sangre y está siendo muy brusco. Está muy borracho.

—Paul... por favor... —consigo decir cuando baja sus labios hasta mi cuello para morderlo.

Comienzo a sollozar. Esto no está pasando... Paul no me forzaría...

—¡Paul! —grito su nombre entre lágrimas.

De pronto se detiene y me mira desconcertado. Aprovecho para alejarme de él un poco.

—Marina... —Se acerca a mí pero yo retrocedo hasta que topo con mi sofá—. Lo siento... yo...

—Lo tengo otra vez encima y yo tiemblo como una hoja de papel.

—¡Marina! —En ese instante entra Marcos como un torbellino por mi piso.

Todo lo que ocurre a continuación lo veo a cámara lenta. Paul se gira y se encuentra con el puño de mi amigo, cae al suelo inconsciente por el golpe y yo grito.

Después de estar unos minutos intentando apaciguar a mis vecinos, que con el escándalo formado por los dos hombres que están en mi salón han salido de sus casas, y convencerlos de que no llamasen a la policía, entro en mi piso cerrando con suavidad la puerta. Me dirijo hacia el salón.

—¿Estás segura de que quieres quedarte a solas con él? —pregunta Marcos.

Se ha quedado de pie junto al sofá, donde está recostado un inconsciente Paul. A pesar de lo enfadado que estaba, me ha ayudado a tumbarlo ahí. Después me ha contado que, cuando se despidió de mí, volvió para hablar conmigo y decirme que podíamos seguir siendo amigos, entonces vio a Paul tambaleándose y entrando en el portal antes de que se cerrara la puerta. Se preocupó y decidió subir por si le necesitaba. No creo que hubiese sido necesaria su intervención, todavía recuerdo la cara que ha puesto Paul cuando le he gritado entre lágrimas. Ha recapitado en el último segundo.

—Sí, cuando se despierte no querrá verte aquí.

Asiente con la cabeza y va hacia la puerta.

—Marcos. —Le freno cuando sale del piso—. Muchas gracias. —Asiente con la cabeza serio.

—Si ocurre algo más... lo que sea... llámame, ¿de acuerdo? —me ordena acariciándome la cabeza con dulzura. Yo asiento y le doy de nuevo las gracias. Él me responde dándome un beso en la frente—. Espero que merezca la pena. —Señala con la cabeza hacia Paul y se marcha.

Cierro la puerta y me apoyo en ella suspirando. Desde que Paul ha entrado en mi vida he tenido demasiadas emociones. Antes tenía una vida tranquila, aburrida, pero tranquila. Con ese pensamiento, me acerco para ver si se despierta. Está profundamente dormido, respira con lentitud. No parece que se vaya a despertar. Comienzo a desnudarle con dificultad, aunque está delgado, pesa mucho para mí. Lo dejo en calzoncillos, busco una sábana en mi armario y le arropo. Tengo puesto el aire acondicionado y no quiero que se constipe.

Antes de acostarme, me agacho para observar que no siga sangrando, el puñetazo de Marcos le ha dejado un corte en la ceja. Se la he curado con mimo. Cuando Verónica sepa lo que ha pasado me regañará seguro por dejarle dormir aquí pero es que no puedo echarle así como así de mi vida, a pesar de que se ha comportado como un capullo durante todo el día y como broche final, se ha presentado borracho como una cuba en mi casa e intentar obligarme a besarle o algo más.

Cansada y con la mente saturada por todas las emociones vividas, me voy a la cama sopesando lo

que me ha dicho Marcos antes de marcharse. ¿Merece la pena?

El olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales haciendo que me despierte poco a poco. Palpo con mis manos el otro lado de mi cama buscando a Juan y sonrío como una tonta imaginando que se ha levantado temprano para dejarme preparado el desayuno antes de marcharse a trabajar. *Es tan detallista* —pienso mientras me estiro con pereza sobre mi cama. ¡Un segundo! Me incorporo con rapidez y eso hace que sienta un mareo momentáneo. Cuando mis ideas se reorganizan y mi cerebro responde, comienzo a recordar que Juan no es el que me ha preparado café, ese cabrón degenerado me engañó en esta misma habitación con una veinteañera. ¿Entonces? ¿Quién ha preparado el café?

Mientras me levanto de la cama, voy recordando el altercado de la noche anterior, a Marcos y a... ¡Paul! Me asomo al salón buscándolo pero me encuentro con el sofá vacío y la sábana con la que lo arropé, perfectamente doblada y colocada en uno de los brazos de éste. Lo busco con la mirada y algo me llama la atención, hay una pequeña maleta junto a la puerta de entrada.

—Buenos días. —La cabeza de Paul asoma por la barra de la cocina americana. ¿Está sonriendo?

Tiene el pelo húmedo y lleva puesto un traje limpio. No hay duda de que se ha duchado aquí. Observo su ceja, se ha cambiado la tirita que le puse anoche. También ha estado trasteando en mi botiquín a parte de asaltar mi baño y mi cocina. Me estoy cabreando por momentos. ¿Cómo se atreve siquiera a sonreírme? ¿Acaso piensa que con un desayuno va a arreglar las cosas?

—Buenos días —respondo al fin mostrándole cara de pocos amigos—. Voy a ducharme —le informo con sequedad y desaparezco por el interior del piso.

Entro en el baño cabreada pero algo me frena, el olor de loción para después del afeitado y perfume masculino me da una bofetada. Hacía mucho tiempo que no olía a hombre en mi casa. *Marina, céntrate, estás cabreada con él y mucho* —recuerda mi conciencia. Inspiro una vez más ese delicioso olor que me hace recordar todos los momentos calientes que he vivido con él y me adentro en la ducha. Conforme el agua va cayendo sobre mi cuerpo me voy relajando. Tengo que aclarar muchas cosas con el hombre que está en mi cocina y no quiero alterarme porque me conozco y soy capaz de ponerme a pegar gritos como una loca, no se me puede olvidar que también es mi jefe.

Ya duchada, arreglada y maquillada, voy con paso decidido hasta la cocina. Allí está sentado, leyendo el periódico y esperándome delante de un desayuno que tiene muy buena pinta. Ha hecho huevos revueltos, tostadas, café... hasta ha hecho zumo de naranja natural. Se levanta al escucharme entrar pero yo tomo asiento sin mirarle, me sirvo café y comienzo a untar de mantequilla una de las tostadas. Desayuno tranquilamente bajo su atenta mirada mientras se remueve en el asiento nervioso. Supongo que espera que yo comience la conversación. No lo hago y apenas le miro. Carraspea. Sigo

ignorándole centrando mi atención en la comida. Al ver mis intenciones, él comienza a desayunar también.

Cuando termino, me levanto para recoger los platos pero su mano me detiene agarrando mi brazo. Le miro seria.

—Siéntate —me ordena con voz firme. Enarco una ceja y bajo la mirada hacia su mano que todavía sigue agarrándome—. Por favor —agrega en un tono más suave y soltándome.

Dejo todo de nuevo en la mesa y tomo asiento cruzando mis brazos bajo el pecho. Fijo mis ojos en los suyos esperando a que comience a hablar.

—Siento lo de anoche —dice con suavidad.

Espero a que diga algo más pero no es así.

—¿Es lo único que tienes que decir? —Le fulmino con la mirada.

Abre los ojos sorprendido ante mi pregunta. No responde y eso me enfurece aún más.

—¡No me lo puedo creer! —resoplo y niego con la cabeza—. ¿No tienes nada más que decirme? —repito la pregunta.

—No te entiendo. —Frunce el ceño.

—¿Qué no me entiendes?! —alzo la voz desesperada—. ¡El que parece que tiene dos personalidades distintas, me dice que no me entiende! —grito hacia ninguna parte—. ¡Esto ya es el colmo! —comienzo a reírme a causa de la situación.

—No sé qué quieres que te diga —dice entre dientes.

Abro desmesuradamente la boca y los ojos ante su osadía.

—¡Ja! —exclamo desconcertada. Paul me está desesperando por momentos—. ¿Quizás, una explicación acerca de tu comportamiento hacia mí en el último día? —Ladeo la cabeza con chulería.

Espero durante un minuto su respuesta pero lo único que obtengo es una mirada furtiva.

—¡Se acabó! —Me levanto de golpe—. Fuera de mi casa. —Señalo hacia la puerta de salida.

—Marina... —Se levanta él también.

—¡Ni Marina, ni leches! ¡FU-E-RA! —me acerco a Paul y le grito en su cara.

Aprieta su mandíbula y me mira enfadado pero sin decir nada. Finalmente, después de retarme con

la mirada, se gira y va hacia la salida, recoge la pequeña maleta y abre con furia la puerta.

—Señor Tolson —le llamo antes de que se marche—. A partir de ahora, la única relación que vamos a tener entre usted y yo es de jefe y empleada, ¿entendido?

—Entendido, señorita Romero —responde, mirando por encima de su hombro, antes de salir de mi casa dando un portazo.

En ese instante, las lágrimas que estaban ahogándome, comienzan a salir sin descanso de mis ojos y un gran sollozo sale de mi garganta sin poder evitarlo. Grito de frustración y tiro una de las sillas que tengo delante, de una patada con rabia.

Después de tomarme una tila doble, hablar por teléfono con Verónica, lavarme la cara y volver a maquillarme tres veces, voy hacia la oficina. Por más que he aligerado mis pasos, llego tarde. Entro como una bala en la recepción y me acomodo en mi mesa. Respiro tranquila al comprobar que la puerta del despacho del señor Tolson está cerrada, así no puedo verle de inmediato. Enciendo el ordenador y saco la agenda para comenzar mi trabajo. El sonido del teléfono de la oficina me sobresalta.

—Despacho del señor Tolson, le atiende Marina, ¿dígame? —respondo muy profesional al ver un número desconocido.

—Llega tarde, señorita Romero —la voz de mi jefe me sorprende.

—He tenido un percance esta mañana en casa pero no se preocupe, no volverá a ocurrir —le digo con el mismo tono profesional.

Escucho su respiración. Supongo que seguirá enfadado.

—Espero que se encuentre bien —me dice con suavidad sorprendiéndome aunque no me da opción a contestar—. La he llamado para comunicarle que tenemos una reunión urgente con todos los departamentos. Entre en mi despacho, coja el portátil y vaya a la sala de juntas en diez minutos.

—De acuerdo.

¿Desde dónde me habrá llamado? Obediente, abro la puerta del despacho y me quedo paralizada al encontrarme un gran ramo de tulipanes rosas encima de la mesa del señor Tolson. Me acerco y veo una nota entre las flores que pone mi nombre. Temblorosa la abro.

«Lo siento»

Cierro los ojos. Este hombre solo sabe disculparse con flores pero sin dar explicaciones sobre su

comportamiento. Suspiro y miro de nuevo las flores. Las rozo con mis dedos. Yo necesito alguna explicación, aunque sea mínima. Cojo un bolígrafo y escribo debajo de su disculpa:

«Más lo siento yo»

La dejo entre las flores con gran pena pensando que es mejor dejarlo así. Él ya me advirtió y yo tenía que haberle hecho caso. Agarro el portátil y me encamino hacia la reunión.

Entro en la sala de juntas directamente al ver la puerta abierta. Paul está hablando en un extremo con Carmen. Parecen estar discutiendo pero él interrumpe la conversación en cuanto me ve y se acerca a mí dejando a mi ex jefa con la palabra en la boca.

—Gracias, Marina. —Agarra el portátil rozando mis manos y provocándome escalofríos.

—De nada —respondo acalorada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta sin dejar de mirarme a los ojos.

Todavía los tengo enrojecidos de tanto llorar esta mañana.

—Perfectamente —digo soltando el portátil y sentándome junto a él.

Él me observa durante un momento con preocupación en su mirada hasta que todo el mundo entra en la sala. Se ajusta la corbata y comienza la reunión en la que solo se dirige a mí para darme órdenes. Eso es lo que no entiendo de Paul, de pronto se comporta como si yo fuese la persona que más le importa pero después cambia radicalmente y me trata como si fuera estúpida.

Verónica, que también está presente en la reunión, me mira compadeciéndose por cómo me trata el jefe. El resto del personal se sorprende por la actitud de él pero nadie dice nada, excepto mi ex jefa, que tiene una sonrisa de suficiencia en la cara cada vez que escucha a Paul. Se la borraría de un guantazo. ¡Bruja!

Una vez termina la reunión, recojo las cosas y vuelvo a mi puesto de trabajo con la cabeza baja. El señor Tolson viene detrás de mí, recoge el portátil de mi mesa y se adentra en su despacho cerrando a sus espaldas. A los segundos, escucho la melodía del teléfono.

—Las flores eran un regalo para ti —no me da opción a hablar.

—Gracias pero no puedo aceptarlas.

—Como quieras —dice entre dientes y cuelga.

Estamos a primeros de septiembre y, aunque durante el día sigue haciendo calor, por las noches refresca y apetece salir. Estoy con Verónica, Alex y Marcos en una terracita disfrutando de unas cañas bien fresquitas y unas tapas. Me vienen muy bien estas salidas aunque Marcos insiste en tener una cita conmigo a solas. No acepta mis negativas, es muy persistente. Creo que si sigue así, al final accederé a sus encantos porque la relación con mi querido *guiiri-borde* se fue al traste el día que lo eché de mi casa.

Por lo demás, el trabajo me ahoga, Paul sigue en su línea de jefe déspota aunque ha suavizado su tono cuando se dirige a mí. Al menos ya no me ridiculiza delante de la gente. Lo que me duele es que lo llaman distintas mujeres cada día y él parece divertirse al ver que yo les cojo el recado.

—¡Marina! —la voz de mi amiga me devuelve al momento actual—. Que vuelvas a la tierra. —Se carcajea.

Le sonrío y decido olvidar a Paul durante esta noche.

Al día siguiente, llego feliz al trabajo. La noche anterior me divertí mucho con mis amigos y me despejó la mente. No pienso dejar que la actitud de Paul me hunda, si quiere seguir comportándose de esa forma, allá él.

—Buenos días, Marina —me saluda en cuanto entra por la puerta.

Está guapísimo con un traje azul marino que se adapta perfectamente a su escultural cuerpo y le resaltan esos ojos azules que me traen por el camino de la amargura.

—Buenos días, señor Tolson —respondo sonriente—. Aquí tiene su café.

Está sorprendido con mi actitud y por el café, normalmente me lo pide él pero hoy me he anticipado. Quiero que conozca a la Marina secretaria: amable, sonriente, trabajadora, disciplinada y un largo etcétera de cualidades que me han definido estos años en la empresa.

—Gracias —responde un poco desconcertado.

La mañana transcurre con normalidad, Paul gruñe y refunfuña pero yo ni caso. Estoy aprendiendo que en el trabajo se enfada con todo el mundo porque sí, sin ningún motivo. Miro el reloj y compruebo feliz que se me ha pasado rapidísima la mañana. Es casi la hora del almuerzo y me levanto para avisar a Paul que bajo a comer. Toco en su puerta y espero su respuesta antes de entrar.

—Adelante.

—Señor Tolson, si no me necesita para nada más, voy a ir a comer —le indico con la misma sonrisa de esta mañana.

Me mira con ojos penetrantes, se humedece sus labios carnosos y recorre mi cuerpo descaradamente.

—La verdad es que sí que necesito algo más de usted —dice con voz ronca, haciendo una pausa para volver a repasarme. ¡Joder! Solo él sabe cómo activarme—. Aunque me dejó muy claro hace unas semanas, en su casa, que no iba a ocurrir nada más entre nosotros, señorita Romero.

Me ha dejado estupefacta con su comentario. Estoy con la garganta seca. Al ver mi reacción, Paul se levanta con esa elegancia innata en él y se acerca a mí. Tendría que alejarme pero mi cuerpo no me obedece. Lo tengo casi encima y yo solo respiro nerviosa.

—Una auténtica pena —susurra en mi oído rozándome el lóbulo de la oreja con sus labios, haciéndome sentir una corriente eléctrica que sube desde mis pies hasta ese punto.

Exhalo el aire que me queda en los pulmones y, con mucha fuerza de voluntad, me alejo de mi sexy jefe. Carraspeo antes de poder hablar:

—Sí, una lástima —digo con una sonrisa forzada—. Pero las cosas son así. —Me encojo de hombros y me marcho de allí dejando a Paul con esa mirada de cabreo que me pone a mil.

Bajo a comer con Verónica con el olor de mi *guiri-borde* impregnado en mi nariz. Intento olvidar el momento vivido en el despacho cotilleando con mi amiga y lo consigo, pero acabo rápidamente la comida porque tengo que terminar una gestión urgente para mi jefe. Cuando llego a mi puesto de trabajo, escucho unos jadeos procedentes del despacho del señor Tolson. La curiosidad me mata y pego mi oreja a la puerta. El ruido del roce de dos cuerpos llega hasta mí y eso me pone histérica. ¡No se habrá atrevido! Me apoyo un poco más en la puerta que, ante mi sorpresa, se abre un poco.

Inspiro hondo antes de mirar a través de la abertura. Una despampanante mujer morena está recostada sobre la mesa del despacho. Lleva un vestido rojo que tiene enrollado a la altura de su cintura. Jadea con los ojos cerrados porque está siendo penetrada por detrás con furia por mi jefe que, en cambio, está totalmente vestido. La tiene agarrada por el pelo y con cada penetración tira de su cabeza. ¡Dios! Mi respiración se ha acelerado. Miro hacia atrás comprobando que cerré la puerta de la recepción. Cuando vuelvo a mirar al interior del despacho, unos ojos azules me traspasan.

No puedo apartar la vista. Me tiene hipnotizada. Paul mueve sus labios para decirme algo.

Mírame. Mírame, Marina. Agarra uno de los pechos de la chica y lo pellizca sin apartar la vista de mí. La mujer, ajena a lo que está ocurriendo, sigue con sus gritos de placer. Yo me excito. Y, reviviendo la misma situación que en Fuerteventura, adentro una de mis manos en mis pechos y la otra por dentro de mis braguitas. Me ha puesto muy caliente.

Paul sonrío al verme y acelera sus embestidas. Masajeo y pellizco mi pezón izquierdo a la vez que me abro paso entre mis pliegues y llego hasta mi clítoris hinchado. Me doy placer y jadeo.

—¡Así, *sweetie!* —grita Paul.

Acelero mis movimientos que acompaño con mis caderas. Muerdo mi labio con fuerza. Los gritos de ella junto a la voz de Paul y sus ojos devorándome, me hacen enloquecer. Estoy a punto.

—¡Córrete para mí! —ordena mi jefe.

Obedezco inmediatamente dejándome llevar por el momento y ahogo mi orgasmo apretando la boca contra el marco de la puerta. Mientras disfruto de mis espasmos escucho gruñir a Paul. Se ha corrido sin dejar de mirarme y susurrando mi nombre.

Antes de que la mujer se dé cuenta de mi presencia, cierro la puerta con lentitud y salgo como una bala para dirigirme al baño. Me miro en el espejo. ¿Qué has hecho Marina? Lavo mis manos con nerviosismo. ¡Joder! Tengo que echarme agua en la cara por lo sofocada que estoy. No puedo creer que lo haya vuelto a hacer y después de todo lo que ha pasado entre nosotros. Esto no está bien.

Mientras me recompongo, alguien entra en el baño. Es la chica que estaba con Paul. ¡Disimula Marina!

—Hola —saluda al entrar.

—Hola —respondo con timidez.

Saca un pintalabios del bolso, se retoca los labios, arregla un poco su larga melena y su vestido y se despide de mí con la mano. Se marcha contoneando sus caderas. Creo que no se ha dado cuenta de nada. Respiro aliviada. Arreglo mi ropa y vuelvo a mi sitio.

La tarde transcurre sin más novedades. Paul no sale de su despacho y yo termino la jornada sin volver a verle. Me marchó a mi casa con una extraña sensación. En otro momento de mi vida, lo que ha ocurrido en la oficina, me hubiese puesto furiosa a más no poder, en cambio, me ha puesto a cien y eso me asusta.

Verónica me llama para salir pero me excuso fingiendo dolor de cabeza. Lo que menos me apetece

ahora mismo es ver a mi mejor amiga, sé que me interrogaría, me conoce demasiado bien como para saber que me ocurre algo. Me voy a la cama y tengo sueños calientes con ojos azules observándome.

Al día siguiente, Paul actúa como si no hubiese pasado nada. Eso me desconcierta aunque lo disimulo sonriéndole como el día anterior. A media mañana, me informa de que tiene que ausentarse durante un par de horas. Continuo con mi trabajo con tranquilidad hasta que regresa, agarrado del brazo por una pelirroja que parece una muñequita. Sé lo que van a hacer y mi cuerpo se excita al imaginarlo. Esto no está bien. Al pasar junto a mi mesa, Paul le dice algo al oído a su acompañante que sonrío coqueta y se adentra sola en su despacho. Espera a que cierre la puerta para dirigirse a mí. Lleva una bolsa en la mano, la deja encima de mi mesa sin dejar de mirarme con deseo.

—Quiero que lo utilices cuando me mires —susurra con voz sensual.

Expulso el aire que había retenido en cuanto desaparece por la puerta de su despacho. Miro hacia la bolsa que ha dejado en la mesa, no sé si quiero abrirlo pero, una vez más, mi curiosidad me puede. Saco una caja en la que hay un pequeño vibrador rosa en forma de bala. ¡Joder! Lo suelto como si picara y lo observo atónita. ¿Pretende que juegue con él mientras él se tira a la pelirroja? Vuelvo a examinar la caja, está abierta y veo que falta algo. Leo la descripción: bala vibradora de silicona rosa con control remoto. Supongo que el control remoto lo tiene Paul. Respiro con dificultad. Tengo poco tiempo para decidirme. ¿Qué hago? Muerdo mi labio inferior mientras me debato en si dejarme llevar o dejar este juego.

Unos jadeos que provienen del despacho hacen que me decida. Con urgencia, me levanto de un salto, agarro la bala y voy hacia el baño sin ser vista. Lavo el aparato con agua y jabón, lo seco con papel y vuelvo a mi recepción en menos de un minuto. Echo la llave antes de situarme detrás de la puerta del despacho. La visión que me llega a través de su abertura me excita. La pelirroja está de espaldas a mí, postrada de rodillas delante de mi jefe y con su enorme pene en la boca. Se lo succiona con deleite. Paul tiene agarrada su cabeza y guía sus movimientos mientras clava en mí sus profundos ojos azules. Del bolsillo de su chaqueta, saca con discreción el mando y me lo muestra. Acciona un botón que hace vibrar con suavidad la bala que tengo en mi mano.

Esa es la señal que necesitaba para comenzar mi juego. Sin pensar y dejándome llevar por la lujuria y el morbo del momento, paseo la bala por mis labios, saco mi lengua y la rodeo con ella. Paul sisea al verme, creo que lo estoy haciendo bien. Chupo la punta sintiendo el cosquilleo de la bala en mi lengua. Él tensa la mandíbula. Yo me humedezco. Esto me está poniendo muy caliente. Bajo el aparato por mi cuello y lo paseo por mis pechos que he dejado al descubierto mientras lo tenía en la boca. Recorro mi abdomen hasta llegar al filo de mis braguitas. Con la otra mano, las

aparto para llevarla hasta mi clítoris. Doy un respingo al sentir la vibración. Jadeo. Mi jefe hace un movimiento con la mano y la bala comienza a vibrar con más intensidad. ¡Sí! La paso por mi hendidura hasta llegar a la vagina y vuelvo a subirlo de nuevo hasta el clítoris. Repartiendo mis jugos por toda la zona. Estoy empapada. Muevo mis caderas.

—Así, *sweetie* —susurra excitado.

Acelera las embestidas y el vibrador aumenta de intensidad. Me tapo la boca con la mano libre para amortiguar mis gemidos.

—¡Vamos! —me apremia.

Vuelve a aumentar la intensidad de la bala y a mí me vuelve loca. Nunca había sentido esto. Mi ex era muy contrario a utilizar ningún juguete sexual. ¡Lo que me he perdido! La muevo de arriba abajo al son de los movimientos de Paul contra la boca de la pelirroja. Estoy a punto. El calor recorre mi cuerpo y mis mejillas arden.

—¡Sí! —grita ordenándome con la mirada que me corra.

El placer me alcanza y me dejo llevar apretando el vibrador contra mí y jadeando contra la palma de mi mano. Paul embiste una vez más y se corre en la boca de la mujer que recibe su esencia con agrado.

—Bien hecho, *sweetie* —gruñe y me sonrío satisfecho.

Lo miro y miro a la mujer. Esto no está bien. Con el arrepentimiento en mi mirada y en mi corazón, doy media vuelta y voy hasta el baño. No dudo que todo esto es muy excitante pero no sé si quiero seguir. Me he enamorado y él solo busca sexo. Cuando regreso, la pelirroja sale del despacho limpiándose la comisura de los labios con un pañuelo. Se despide de mí con la mano y en ese momento, tengo la firme convicción de que no quiero seguir. En cuanto tenga ocasión, se lo haré saber.

A media tarde, me llama a su despacho.

—Toma. —Me tiende un sobre en color crema cuando tomo asiento frente a él.

Lo tomo entre mis manos extrañada. Me indica con la mano que lo abra:

«*Estimado señor Tolson,*

Tenemos el placer de invitarle a usted y a un acompañante, a nuestra cena benéfica anual.

Se celebrará el 14 de septiembre...».

Dejo de leer y miro con curiosidad a Paul que me observa atentamente con los brazos apoyados en el sillón de director.

—Me gustaría que me acompañaras —dice finalmente ante mis ojos interrogantes.

—¿Yo? —Muevo la cabeza de lado a lado.

—Antes de responderme. —Me hace un gesto con las manos para calmarme—. Déjame explicarte que voy a esa cena en plan de negocios. Asistirán personalidades de todo tipo y ciertos empresarios con los que me gustaría tener relaciones laborales. De ahí que tú, como mi secretaria, asistas conmigo.

—Si es por negocios, ¿por qué no vas con Carmen? —No puedo creer que eso haya salido de mi boca.

—Porque quiero ir contigo, Marina —sentencia clavando sus ojos en mí.

Suspiro debatiendo en mi interior si es buena idea asistir a esa cena con él. En el fondo de mi corazón estoy feliz porque me ha dejado claro que quiere ir conmigo. Pero tenemos que aclarar lo que ha pasado estos dos últimos días aquí.

—Es el sábado y eso es dentro de dos días. No tengo vestido apropiado para esos eventos —replico inventando alguna excusa convincente para decirle que no.

Sonríe de medio lado y me mira divertido.

—Por eso no te preocupes, me he tomado la libertad de comprarte la vestimenta adecuada para esa noche. Te lo enviarán a casa esta tarde.

Al parecer no tengo opción.

—De acuerdo, iré contigo a la cena —digo resignada.

Él sonríe ampliamente por haberse salido con la suya y yo no tengo valor para decirle lo que pienso de todo esto.

—¡Qué pasada! —grita Verónica al ver el vestido que está sobre mi cama.

Al informarle de la invitación de Paul, quiso venir a mi casa para ver lo que me había comprado.

—Costará un dineral.

—¡Y tanto! —se carcajea admirando los zapatos y el bolso a juego. Cortesía de mi querido jefe—. ¡Pruébatelo! ¡Vamos! —Lo agarra con delicadeza y me lo tiende.

Me adentro en el baño nerviosa. Es un vestido de color azul medianoche, completamente bordado, asimétrico, con una manga larga y un fino cinturón ajustado en la cintura. La espalda está parcialmente descubierta. Me calzo los zapatos que son del mismo color del vestido y salgo para que mi amiga me vea. Al caminar lo levanto un poco para que no se ensucie, tiene un poco de cola.

—¡Dios mío! —Verónica abre desmesuradamente la boca al verme—. ¡Estás espectacular, Marina!

Sonrío y doy una vuelta sobre mí misma admirándome en el espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación. Parezco una celebridad. Verónica se acerca por mi espalda y me recoge el pelo.

—Estás impresionante, cariño. —Me mira maravillada—. El *guiiri-borde* se va a caer de espaldas en cuanto te vea —se carcajea divertida.

Tiene razón, Paul ha elegido el vestido pero no me lo ha visto puesto. Estoy increíble, es la verdad. Me miro de todas las posturas posibles mientras mi amiga se ríe.

Esa noche, cenamos en mi casa las dos solas. Pedimos comida china, abrimos una botella de lambrusco y brindamos por nosotras.

—¿Qué tal con Alex? —pregunto curiosa.

—Es ardiente, pasional, simpático, divertido... —Sus ojos brillan cuando habla.

—¡Vaya! Parece que estás enamoradita de él —digo divertida mientras me llevo un poco de arroz tres delicias a la boca.

—Ya te dije que es solamente un rollo. —Cambia su expresión radical—. Nos gustamos y nos divertimos juntos, nada más.

—Lo que tú digas...

—¿Y qué tal tú con Marcos? —pregunta evitando el tema Alex.

—Bien, es un buen amigo. —Me encojo de hombros.

—Sigues pillada de tu jefe —afirma.

—¡No! —Ne mira enarcando una ceja—. No lo sé...

Rechista y niega con la cabeza para dejar constancia que no le gusta la idea de que esté colgada de Paul. Yo aparto la mirada y decido que no le contaré mi juego secreto.



Inspiro, expiro, inspiro, expiro. Miro de nuevo al espejo. La mujer que me observa desde su superficie parece una estrella de Hollywood. Llevo mi pelo recogido en un moño bajo y voy maquillada muy natural. Verónica me ha prestado unos pendientes largos con circonitas engarzadas, que caen delicadamente sobre mi cuello. Esta mañana fui a hacerme una sesión de belleza completa, manicura, pedicura y masaje para estar relajada esta noche pero aún así no he conseguido templar mis nervios. Estos días no hemos tenido más juegos en el despacho y eso hace que vaya dispuesta a hablar con él seriamente esta noche, de ahí mi estado. No sé cómo va a reaccionar.

El sonido del portero automático avisa de la llegada de mi acompañante. ¡Uf! Voy tambaleándome sobre mis tacones hasta donde se está el portero.

—¿Sí?

—Baja, *sweetie* —esa voz ronca y sensual dándome de nuevo órdenes hace que me estremezca.

—Voy —respondo con un hilo de voz.

¡Vamos, Marina! Es solamente una cena de negocios —me digo no muy convencida. Agarro el bolso de mano, compruebo su contenido por décima vez: brillo de labios, *kleenex*, DNI y móvil que, al desbloquearlo, veo que tengo un mensaje de mi amiga.

- ¡A por él cariño! Diviértete mucho y espero que dejes con un dolor de huevos impresionante al jefazo ;)

Suelto una carcajada. Ésa es mi amiga, dándome ánimos siempre. Guardo el teléfono en el bolso, me miro de nuevo en el espejo que tengo en la entrada y salgo de casa. Cuando llego al portal,

distingo una gran limusina negra a través de las puertas acristaladas. Paul está apoyado en un lateral esperándome tranquilo, con sus manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Está guapísimo, con un traje negro hecho a medida, camisa blanca y pajarita. Tiene su pelo rubio peinado hacia atrás pero sin gomina, eso hace que algún mechón rebelde del flequillo caiga con gracia en su frente. Inspiro profundamente, abro la puerta y salgo a su encuentro pero me quedo paralizada cuando alza su cabeza y me taladra con esa mirada azul.

Abre ligeramente su boca al repasarme de arriba abajo. Creo que Verónica tenía razón, parece impresionado. En un segundo, se recompone, vuelve a colocarse esa careta imperturbable que lo caracteriza, avanza unos pasos y me tiende una mano para que me acerque a él. *¡Dios! ¿Y si me caigo por el camino con estos taconazos?* Inspiro de nuevo, avanzo hacia él con paso firme, contoneando ligeramente mis caderas y sin apartar mis ojos de esos dos zafiros que me observan con lujuria. Llego hasta su altura y poso mi mano sobre la suya. Paul la lleva hasta su boca para depositar un beso en ella.

—Estás impresionante —dice con voz ronca y sensual.

—Gracias. —Le sonrío tímida.

Abre la puerta de la limusina y me invita a entrar. Me acomodo en el otro extremo del asiento y me quedo maravillada con el interior del vehículo, ¡hay hasta una botella de champán! Miro hacia el frente, una mampara negra y totalmente opaca, subida hasta el techo, nos separa la parte delantera del vehículo, supongo que al otro lado está el conductor. Paul cierra la puerta y nos ponemos en movimiento.

—Pensé que no era una cita —digo señalando hacia la botella que descansa en la cubitera.

—Y no es una cita —responde mi jefe tendiéndome una de las copas que hay junto a la cubitera. Descorcha la botella y añade con una sonrisa divertida—. Pero eso no significa que no nos podamos divertir.

Le correspondo con otra sonrisa y sirve el champán.

—Por una noche divertida —brinda conmigo.

Choco mi copa contra la suya y bebemos mirándonos a los ojos. No sé por qué pero no le creo, presiento que será una noche intensa.

El trayecto hasta la sala de fiestas en la que se celebrará la cena benéfica lo hacemos en silencio. De vez en cuando, Paul me mira y me sonrío con ternura. Se ha quitado la máscara de jefe y ha vuelto

el hombre joven, relajado y divertido que me hizo tan feliz en vacaciones.

En un momento dado, roza con su mano la mía, que está apoyada en el asiento de la limusina. Al ver que no la aparto, la sube y cubre completamente la mía, entrelaza nuestros dedos y acaricia el dorso con el dedo que tiene libre. Yo, que en todo momento estoy mirando por la ventana, inspiro y cierro los ojos. Su cálido contacto provoca miles de sensaciones en mi piel. Los recuerdos se agolpan en mi mente. No fue sólo sexo, al menos, no para mí. Y creo que para él tampoco. Hubo noches en que me hice la dormida cuando sentía que me observaba en silencio y, en varias ocasiones, me acariciaba el rostro con delicadeza. Eso no lo hace un hombre que solo quiere sexo contigo, ¿o sí? Lo que no entiendo es lo que pasa por su cabeza para comportarse así. Y está lo que ha pasado en su despacho, me hubiese gustado ser yo la que le diese placer y no la que observaba. ¿Acaso tiene algún trauma oculto que le impide enamorarse? *Marina, deja de pensar en tus novelas románticas.*

Mientras sigo decidiendo si hablarle con claridad de mis sentimientos, siento que la limusina frena. Hemos llegado a la entrada de la fiesta. Me asusto un poco al ver a unos periodistas apostados a los lados de una alfombra roja. ¡¿Esto qué es?!

—Se me olvidó advertirte de esto, Marina —se disculpa Paul al ver mi cara de pánico—. Te ayudaré a salir de la limusina y entraremos con rapidez, ¿de acuerdo? —Aprieta mi mano para darme confianza.

Asiento lentamente con la cabeza y veo cómo Paul desaparece por la puerta. En los pocos segundos que ha estado abierta he escuchado gritos y el ruido de los flashes de las cámaras, todas dirigidas hacia nosotros. *Tranquila, Marina* —me digo intentando regular mi respiración. La puerta de mi lado se abre y me encuentro con un Paul en tensión que me tiende la mano para ayudarme a salir del vehículo. Todo pasa muy rápido. Salgo de la limusina, él me agarra firmemente de la cintura y comenzamos a caminar entre fogonazos de luz y gritos. Tengo que agachar mi cabeza y poner mi mano sobre los ojos porque los flashes me ciegan y los gritos de los periodistas me retumban en los oídos:

«¡Señor Tolson! ¡Aquí!» «¡¿Quién es su guapa acompañante?! ¡¿Otra de sus conquistas?!» «¡¿Cómo se siente al haber perdido a su padre tan recientemente?!...»

El camino por la alfombra se hace interminable, llegamos hasta la puerta de entrada dejando atrás a los periodistas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi guapo acompañante con cara de preocupación.

—Sí, ahora sí —respondo desconcertada todavía.

—Entonces, ¿podrías soltarme el brazo? Me estás clavando las uñas —dice divertido.

Bajo mi vista hacia su brazo y abro inmediatamente la mano para liberarle.

—¡Lo siento! —exclamo al tiempo que le masajeo el brazo—. ¿Te sigue doliendo? —Le miro preocupada.

—Ya no —susurra.

Nos miramos durante un momento en silencio. Ese gesto involuntario y cariñoso parece haberle sorprendido. Vuelve a ponerse la máscara de jefe y posa una de sus manos en mi espalda para que avance.

Nos adentramos en el enorme salón donde van llegando los invitados. Es grandioso, decorado con grandes retazos de telas que cuelgan del techo y enormes lámparas de cristal. Todo el mundo está congregado a un lado de la estancia en la que están sirviendo la copa de bienvenida. Los camareros van de un lado a otro nerviosos. Pasan unos cinco minutos pero ninguno se acerca a nosotros.

—Voy a por algo de beber —me indica Paul impaciente.

Yo asiento sin mirarle, estoy embobada mirando hacia todos lados. El lujo rebosa por todos los rincones. *Y eso que es benéfica*. Entre los asistentes vislumbro muchas caras conocidas, actores, actrices, cantantes, presentadores de televisión, políticos y personas de alto *standing* pasean sus caros y elegantes trajes por toda la sala. Algunas mujeres me miran por encima del hombro, supongo que ven que no encajo mucho aquí a pesar de mi bonito vestido.

—Pareces un perrito asustado —una voz masculina y conocida interrumpe mis pensamientos.

Me quedo sin respiración al ver al novio de mi madre. Está plantado delante de mí mirándome con esos ojos de depredador. Saca su lengua viperina, se relame con actitud obscena y se acerca hacia mí sin apartar su mirada de mi cuerpo.

—Hola, Fernando.

—Hola, guapa. —Me da un par de besos babosos y demasiado cerca de las comisuras de mis labios.

—¿Y mi madre? —pregunto inmediatamente.

—Está por ahí haciendo de relaciones públicas, ya la conoces. —Se acerca de nuevo a mí—. ¿Y tú? ¿Has venido sola? —Pasa un dedo por mi mejilla.

—Ha venido conmigo. —Siento el calor corporal de Paul en mi espalda y yo me siento aliviada.

Fernando aparta con rapidez su mano de mi cara con los ojos desencajados.

—Eh... Paul, este es Fernando Ortega, la actual pareja de mi madre —les presento y recalco la palabra pareja para que Paul no piense nada raro—. Fernando, este es Paul Tolson, mi jefe.

—¿Paul Tolson? —pregunta Fernando incrédulo—. ¿Hijo de Richard Tolson?

—El mismo —responde secamente mientras se estrechan la mano.

En ese instante aparece mi madre de la nada.

—¡Marina! ¿Qué haces aquí? —Me da un par de besos sorprendida.

Me da un repaso con las cejas enarcadas y después mira a mi acompañante.

—Mamá, este es Paul Tolson, mi jefe. —Mi madre parpadea con la boca abierta—. Paul, esta es mi madre, Ángela León.

—Encantado, Ángela. —Paul sonrío de medio lado, coge su mano y la besa.

Mi madre se ha quedado petrificada. Creo que es la primera vez que alguien la deja sin palabras. Está claro que el físico de mi jefe la ha impresionado. Fernando carraspea al ver su actitud y ella enseguida se recompone sacando una de sus mejores sonrisas.

—Encantada —habla con su voz melodiosa—. Así que usted es el jefe de mi hija. —Nos mira a los dos con esa mirada curiosa que tiene siempre.

Mi madre es una mujer de cuarenta y ocho años, morena, de mi estatura aproximadamente, esbelta y muy guapa. Todo el mundo dice que me parezco a ella pero eso no es verdad, siempre he estado rellenita y no tengo esa gracia natural que tiene para andar y hablar. A pesar de proceder de una familia muy humilde, siempre se ha preocupado por aparentar que tiene clase. Eso es lo que nunca me ha gustado de ella.

—Es la mejor secretaria que he tenido —dice Paul con ojos brillantes—. Y tutéame, por favor. —Vuelve a sonreírle de esa manera que hace que se derritan hasta los polos.

—Como quieras, Paul —dice en tono coqueto y apoya una mano en su pecho. *¡Mamá! ¿Estás coqueteando con mi jefe?* La miro enfadada—. Marina, ¿pensaba que trabajabas para Carmen Salas? —se dirige a mí en tono reprobatorio por no haberle contado nada.

—Y era así hasta que me hice cargo de la delegación de Madrid cuando mi padre falleció —

prosigue Paul—. Entonces le pedí a Carmen que me recomendara a la mejor. —Posa una mano sobre mi hombro y la aprieta.

—¡Vaya! ¡Eso es genial! —exclama mi madre emocionada—. Me alegro mucho por ti cariño. —Se acerca y me abraza—. Y siento mucho lo de tu padre —dice en tono compungido volviendo a tocar a Paul.

—Ángela —interrumpe Fernando con cara de pocos amigos ante la actitud de mi madre—. Vamos, dejemos que disfruten de la fiesta un poco. Supongo que el señor Tolson tendrá que atender a más gente. —Agarra a mi madre con fuerza del brazo y la aparta de nosotros.

Ella lo fulmina con la mirada y se deshace de su agarre volviendo a acercarse a nuestro lado.

—Encantada de nuevo, Paul. —Le planta dos sonoros besos de despedida y aprovecha de nuevo para tocarle el pecho.

—Cariño, diviértete. —Me abraza—. Llámame mañana y hablamos —me susurra al oído.

¡Mierda! Ahora me querrá hacer un interrogatorio exhaustivo acerca de mi relación con él y el por qué me ha invitado a la fiesta. Asiento con la cabeza y le doy un beso en la mejilla. Me despido de Fernando con la mano y los vemos perderse entre la multitud. Parece que van discutiendo. No me gusta ese tipo.

—Tu madre es muy simpática —dice Paul divertido.

—Sí, aunque a veces llega a ser muy cargante —digo con el ceño fruncido—. Y ese novio que tiene... me pone de los nervios.

—A mí tampoco me gusta, te miraba de una forma... —Aprieta la mandíbula enfadado.

Voy a intentar tranquilizarle cuando nos interrumpe una voz llamando a Paul. Durante la siguiente hora, Paul se dedica a saludar a diversas personalidades que lo abordan sin dejarle ni un momento solo. Él me presenta como su secretaria y apenas si cruzo palabra con ellos, intento alejarme en un par de ocasiones pero Paul lo impide tocándome el hombro o con la mirada. Me estoy aburriendo como una ostra, sobre todo cuando habla con otros tipos sobre economía y acciones. Aunque me emociono cuando me presenta a un par de cantantes y actores españoles. Pero eso no mitiga mi decepción, sí que era una cena de negocios. *No te hagas la ofendida ahora, sabías a lo que venías.* En el fondo tenía la esperanza de que esto fuese una cita que nos acercara un poco más. Suspiro resignada y escucho al maître avisando de que la cena y el acto están a punto de comenzar.

Pasamos al otro lado del salón en el que están montadas y decoradas las mesas en las que vamos a

cenar. Nos toca con uno de los empresarios con los que ha hablado Paul y su mujer; una modelo; una pareja que parece bastante pija; y un cantante acompañado de un joven que no sé si es su pareja o su hermano porque van vestidos de forma similar y se parecen muchísimo. Comienzan a servirnos y Paul se embarca en una conversación con el empresario. Suspiro de nuevo aburrida y mareo el cóctel de mariscos que nos acaban de servir.

—Te entiendo perfectamente —el chico que acompaña al cantante y que está sentado junto a mí, me susurra al oído.

Definitivamente son pareja.

—¿Cómo lo soportas? —pregunto mirando a nuestro alrededor.

—Con esto. —Coge su copa de vino para enseñármela—. Y poniendo verde a todo el mundo, ¿te has fijado que los labios de la modelo parece que están a punto de reventarle? —Señala con la mirada a la modelo que está justo enfrente.

Suelto una carcajada con disimulo. El chico es muy divertido. Mientras me va contando un poco cómo hay que sobrevivir siendo pareja de alguien importante, bebo bastantes copas de vino. Paul no parece darse ni cuenta y, a pesar de que me roza la pierna de vez en cuando, ni me mira. Al cabo de unos minutos en los que disfrutamos de alguna actuación en el escenario y degustamos la rica cena, alguien me llama por mi nombre.

—Marina —llama mi atención el empresario—. Espero que Paul te esté tratando bien. —Me sonrío con amabilidad.

Todos los componentes de la mesa me miran con atención, incluido mi jefe, que me sonrío. Trago saliva. He bebido demasiado y estoy bastante achispada. Comienzo a hablar intentando disimular.

—El señor Tolson es un gran jefe. —Paul amplía aún más la sonrisa orgulloso. Entonces, viene a mi mente todo mi enfado, los encuentros en el despacho y el trato que me ha dado esta noche—. Sobre todo, cuando me alza la voz y me deja en ridículo delante de todo el mundo en las juntas generales. —El hombre que me ha hecho la pregunta abre la boca sorprendido al igual que el resto de comensales—. Si me disculpan. —Agarro mi copa de vino y con una sonrisa me despido con un gesto de cabeza.

¡Marina! ¿Qué has hecho? No sé qué es lo que me ha pasado pero no me arrepiento de lo que acabo de hacer. *¡Qué se fastidie!* Me ha estado ignorando durante toda la noche después de la intimidad que hemos compartido. Sé que el alcohol habla por mí y que mañana sí que me arrepentiré pero ahora me encuentro liberada. Con paso decidido, me encamino hacia uno de los balcones que

rodean el salón. Hay varias personas fuera fumando y una pareja haciéndose arrumacos en una esquina poco iluminada. Me apoyo en la barandilla junto a una pareja que está fumando y charlando animadamente. Cierro los ojos al sentir la brisa que se ha levantado, me golpea en la cara relajándome.

—Marina, ¿eres tú? —La mujer de mi lado se acerca a mí.

—¡Elizabeth! —Es la amiga que me presentó Paul en Fuerteventura.

Está muy elegante con un vestido color gris perla con mangas a media altura y pedrería en su escote y cintura. Me da dos cariñosos besos y me abraza con cariño.

—Querida, este es Philip, un amigo —me presenta a su acompañante, un hombre de mediana edad pero atractivo y buen porte.

—Encantada.

—Un placer, *darling!* —Coge mi mano y me planta un beso en ella.

Supongo que es una costumbre entre los británicos eso de ir besando las manos de las féminas. Le sonrío.

—¿Y Paul? —pregunta Elizabeth.

—Ahí dentro, haciéndose el empresario —respondo en tono de reproche y me giro para admirar la ciudad.

—Philip, ¿te importa dejarnos a solas?

Su acompañante asiente con la cabeza, se despide de mí y desaparece con rapidez.

—¿Qué ocurre, Marina? —Apoya una mano sobre mi hombro cariñosamente.

La miro a los ojos que me dan confianza y comienzo a relatarle todo lo ocurrido con Paul, omitiendo ciertos detalles. Cuando termino, ella me mira dudosa. El silencio de la mujer me está matando. ¿No me va a decir nada? Al ver la desesperación reflejada en mis ojos, suspira.

—Cariño, conozco a Paul desde que nació y te puedo asegurar que le gustas mucho —¿Cómo?!—. Nunca le había visto así con una chica.

Abro los ojos desmesuradamente. No creo lo que me dice.

—Entonces, ¿por qué se comporta así conmigo? —pregunto incrédula.

Ella suelta una leve carcajada.

—Tiene miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿De mí? —pregunto sin entender nada.

Vuelve a sonreír, esta vez negando con la cabeza.

—Miedo al amor. —Al ver que no respondo, suspira mirando hacia el infinito—. Paul se quedó destrozado al morir su madre. Era su niño consentido al ser el varón. Richard, en vez de apoyarle y demostrarle que todavía le quedaba un padre, lo dejó a un lado. —Sonríe de manera melancólica y me atraviesa con sus ojos color ámbar—. No era mala persona, simplemente mitigó el dolor de su pérdida volviéndose más exigente con su hijo. Paul se refugió en sus hermanas que lo cuidaron con mimo pero cuando creció, comenzó a actuar de forma irresponsable. Llegaba a casa medio borracho y, había veces que ni llegaba. Entonces, Richard decidió meterlo en un internado. —Suspira de nuevo—. Eso le dolió muchísimo a Paul. Nunca se lo perdonó. Aunque le vino bien, se centró en sus estudios para demostrarle a su padre que podría sentirse orgulloso de él. Sacó matrícula de honor en la universidad y, aunque Richard estaba feliz por su hijo, nunca se lo dijo. Cuando nos dimos cuenta, Paul se había convertido en un monstruo para los negocios, gracias a la exigencia de su padre y en un tierno amante, gracias al cariño de sus hermanas. Pero nunca ha querido ir más allá de relaciones superfluas y de una noche por el temor a ser abandonado. Además. —Apoya de nuevo su mano en mi hombro—. No olvides que es un hombre joven, guapo y con dinero, acostumbrado a tener lo que quiere y cómo lo quiere. No sé lo que haces, pero sigue así y dale un poco de celos, te aseguro que irá a por ti en el momento en que sienta que te puede perder.

Suspiro sonoramente haciéndole ver que no creo mucho en lo que dice.

—Es un buen chico, créeme. Solo necesita mucho cariño —Philip le hace una señal—. Tengo que marcharme. Espero volver a verte, Marina.

Da un par de golpecitos en mi hombro y se marcha dejándome sola reflexionando sobre lo que me acaba de contar. No puedo evitar imaginarme a un niño pequeño, rubio y lleno de pecas muy triste porque acaba de perder a su mamá y a su padre, en cierto modo. Ahora mismo me estoy arrepintiendo de haberle dejado en ridículo delante de todas esas celebridades. Será mejor que vaya a disculparme. Giro sobre mis tacones y cuál es mi sorpresa cuando veo a Paul salir al balcón buscándome. Cruzamos las miradas y él me fulmina con la suya. Lo entiendo, está muy enfadado. Voy a acercarme para pedirle perdón pero me quedo petrificada al ver que va agarrado de la mano de la modelo que estaba sentada con nosotros en la mesa. Me sonríe con malicia y buscan un rincón

oscuro. ¡No! ¡No será capaz!

Ahogo una exclamación cuando veo a mi acompañante en la fiesta besando el cuello de la siliconada. Ella intenta besarle en los labios pero él se lo impide inmovilizándola contra una pared. Paul gira su cara y me mira sonriendo de forma siniestra. Las lágrimas están a punto de salir a través de mis ojos. ¿Por qué me hace esto? Aquí no, por favor.

—Parece que tu jefe no te respeta mucho —la voz del novio de mi madre me pone los pelos de punta.

—¿Qué quieres, Fernando? —le pregunto con desprecio.

—Nada —ronronea junto a mi oído—, solo me preocupo por ti, guapa. —Acaricia mi hombro desnudo y yo doy un brinco al sentir su contacto en mi piel—. Te pareces mucho a tu madre, aunque tú tienes algo... —Saca su lengua viperina y me chupa el lóbulo de la oreja.

Al sentir su asqueroso aliento en mi oído, levanto el brazo y le propino un codazo en el estómago con todas mis fuerzas.

—¡Putá! —exclama doblándose sobre sí mismo.

Cuando se recupera un poco, se acerca a mí con la ira reflejada en sus ojos. Me agarra con fuerza del brazo clavando sus garras en mi piel. En ese instante y, por suerte, alguien pronuncia su nombre desde el interior del salón. Me suelta inmediatamente y suspiro aliviada.

—Volveremos a vernos pronto, Marina —susurra furioso en mi oído y se marcha.

¿Es una amenaza o una promesa? Me ha puesto la carne de gallina. No sé por qué mi madre sigue con él. Tendré que hablar muy seriamente con ella.

Noto un movimiento que proviene del rincón donde está mi jefe con la modelo. Miro hacia ellos y siento náuseas a causa de lo que veo. Se están restregando sin ningún pudor y ella tiene la falda de su vestido subida hasta casi su cintura. ¡Dios! Ni siquiera se ha dado cuenta de mi pequeño percance con Fernando. Intento recordar lo que ha dicho Elizabeth sobre Paul y su miedo al amor pero esto ya es demasiado. Ya no me gusta este juego. No quiero compartirlo con nadie. Sé que la primera culpable de esto soy yo por haberlo permitido, pero, si de verdad quiere estar conmigo, tiene que dejar de hacerlo.

Con un nudo en la garganta y con las lágrimas amenazando por salir, avanzo con rapidez hacia el interior del salón sin mirarlos. Vuelvo a la mesa, me disculpo con sus componentes por mi actitud de antes, recojo mi bolso y me despido. Cuando estoy a punto de llegar a la salida del recinto, escucho

la voz de Paul gritándome.

—¡Marina! ¡Espera!

Ni me vuelvo, no quiero escucharle, no quiero ni mirarle a la cara porque sé que voy a llorar y no se lo merece. Intento acelerar el paso pero me alcanza. Me agarra de un brazo y me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta muy enfadado.

—A mi casa, ¡suéltame! —Forcejeo pero él aprieta aún más su mano.

—Después de dejarme en ridículo delante de todos, ¿te vas? —Está a escasos centímetros de mi cara.

Puedo sentir su aliento en ella. La furia invade mi cuerpo. ¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera?

—¡Me voy porque has estado toda la noche tratándome con la punta del pie, al igual que haces en la oficina! ¡Y porque no quiero ver cómo te restriegas con esa modelo siliconada y sin cerebro delante de mis narices! —le grito sin poderme contener.

En un segundo, Paul me agarra de la cintura con una mano para apretarme contra su duro pecho, con la otra me coge de la nuca. Acerca sus labios a los míos y me besa con fiereza. Me revuelvo, no quiero esto. Intento separarle pero no puedo. Entonces, sin pensarlo le muerdo con fuerza el labio inferior. Él grita y se separa de mí.

—¿Estás loca?! —me mira furioso.

Toca su labio pero no le he hecho nada, simplemente está enrojecido. Se acerca de nuevo a mí y me agarra con fuerza los hombros asustándome. Una lágrima se escapa de mi ojo derecho y cae por mi mejilla. Paul cambia su semblante en un segundo al verla.

—Por favor, suéltame de una vez para que me pueda marchar con la poca dignidad que me queda —digo con un sollozo al ver que todo el mundo a nuestro alrededor nos está mirando.

Paul me suelta desconcertado. Le doy la espalda y comienzo a salir por la puerta. ¡Mierda! Los flashes me ciegan y apenas veo el camino de salida. Entonces, siento una mano en mi cintura. Es Paul. Intento deshacerme de él pero me aprieta con fuerza contra su cuerpo. Me guía hasta la limusina que, no sé cómo, nos está esperando al final de la alfombra, me obliga a subir en ella y nos ponemos en movimiento.

—Dile al chófer que me deje más adelante y pediré un taxi —le digo enfadada.

—No pienso dejarte sola —dice entre dientes.

—¡Dile que pare! —le grito intentando abrir la puerta.

Estoy dispuesta a bajarme del vehículo en marcha si hace falta, aunque mis intenciones se ven frustradas por el seguro que ha activado el conductor que está bajo las órdenes del jefe.

—Tienes que salirte siempre con la tuya, ¿verdad? —le digo a Paul que me fulmina con su mirada.

Me cruzo de brazos y miro por la ventana. La noche que prometía ser divertida se ha torcido del todo, no sé en qué estaba pensando cuando decidí aceptar ser su acompañante. Como decía mi abuela, que en paz descanse, *encima de perro, apaleado*. Después de cómo me ha tratado en estos días he sido una ilusa al pensar que podría cambiar su actitud hacia mí. Solo busca sexo y morbo. Mientras mi mente divaga entre mis sentimientos, lloro en silencio. Ya me da igual que me vea, estoy harta.

—Lo siento —susurra de pronto.

—¿Qué? —pregunto porque no sé si he escuchado bien.

—Lo siento mucho Marina, perdóname. —Me mira con ojos suplicantes.

Le devuelvo la mirada pero no sé si voy a perdonarle.

—No me gusta verte llorar y menos por mi culpa. —Evita mi mirada cuando dice eso.

Inspiro profundamente. Niego con la cabeza sin comprender. Parece realmente arrepentido pero necesito escuchar una explicación de sus labios.

—¿Por qué? —le pregunto.

Me mira confuso.

—¿Por qué te comportas así conmigo? —repito la pregunta con suavidad.

Él me mira pero no responde.

—¡Perfecto! —resoplo y pego un golpe en el asiento con la palma de mi mano.

Entramos en la calle donde vivo y el conductor va frenando hasta parar cerca del portal de mi casa. Paul saca su móvil y escribe algo. Supongo que estará quedando con esa modelo. Voy a abrir la puerta para salir pero, de pronto, nos ponemos otra vez en movimiento. ¡No me lo puedo creer!

—¿Pero qué... —comienzo a protestar pero me silencia poniendo un dedo sobre mis labios.

Agarra una de mis manos y la aprieta un poco. Espero a que hable. Parece debatirse interiormente sobre lo que me va a decir. Se pasa varias veces la mano libre por el pelo.

—Marina... yo... no sé qué decirte... —tartamudea al hablar debido a los nervios—. No estoy acostumbrado a esto...

Lo miro fijamente, ¿irá a confesar sus sentimientos al fin? Aprieto su mano para darle confianza. Él suspira pero sigue en silencio. No aguanto más, quiero que sepa todo lo que yo siento y poner las cartas sobre la mesa.

—Paul, estuvimos en vacaciones juntos y lo pasamos genial. —Sonrío al recordarlo—. Me encontré con un chico joven, divertido, simpático, guapo y muy sensual que me recordó lo divertida que puede ser la vida. —Me sonrío y yo continúo—. Después me dejaste claro que tú nunca repetías chica pero no hacías más que estar en mi vida. Fuiste a Córdoba y después... me encontré con que ¡eras mi jefe! De repente, el chico joven, divertido y simpático se desvaneció y apareció un jefe serio, exigente y, en ocasiones, cruel. Pero luego actúas como si quisieras protegerme de todo... —Gesticulo con su mano agarrada—. No te entiendo, Paul. Me gustas y mucho pero no estoy dispuesta a soportar que me trates de esa manera en la empresa ni a quedarme cruzada de brazos mientras te tiras a otras en el despacho para que yo te mire. —Levanto la mano para silenciarle antes de que proteste—. Sé que empecé yo ese juego, pero no me gusta cuando hay sentimientos de por medio. Es la condición que tiene que cumplir la persona que quiera estar conmigo, nada de otras personas. Solos él y yo. Sin embargo, si no vamos a estar más juntos, puedes hacer lo que quieras con tu vida pero no pretendas que vaya a seguirte el juego porque no lo haré, ¿entendido?

Paul solamente me mira. No hay rastro de expresión en su rostro. ¡Dios! Acabo de fastidiarla al confesarle que me gusta mucho. Miro hacia la ventana y me percato de que estamos de nuevo en el portal de mi casa. Su silencio me indica que no siente lo mismo que yo. Con la pena instalada en mi corazón, decido que a partir de ahora Paul solo será el señor Tolson para mí.

—Gracias por la cena —digo soltándome de su mano—. Mañana le devolveré el vestido. Buenas noches, señor Tolson. —No le miro, no puedo.

Abro la puerta del vehículo con la esperanza de que Paul me detenga, me bese con pasión y me diga que también siente algo por mí pero eso no ocurre. Me ha dejado marchar a pesar de saber mis sentimientos hacia él.

No sé ni cómo he llegado hasta mi casa. Estoy recostada sobre mi sofá en ropa interior y con una

tarrina de helado entre mis piernas. El frío me reconforta y el helado llena mi vacío. Miro mi teléfono móvil. Nada, ni un mísero mensaje. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Paul se ha estado divirtiendo a mi costa. Elizabeth está totalmente equivocada, no le importo lo más mínimo. Me ha utilizado para sus perversos juegos. Me acuesto decepcionada conmigo misma por haberme dejado engañar de nuevo por un hombre.

'darling: Querida.

El timbre de la puerta me despierta. ¿Qué hora es? Tanteo mi móvil en la mesilla. ¡Las once de la mañana! He dormido diez horas, teniendo en cuenta que no eran ni las doce de la noche cuando llegué a mi casa. Suena de nuevo el timbre.

—¡Voy! —grito para que esperen mientras me pongo algo de ropa.

Corro hacia la puerta cuando vuelven a llamar. Abro con cara de pocos amigos sin comprobar quién es. Mi cara se paraliza al ver un hombre oculto detrás de un gran ramo de tulipanes rosas.

—¿Señorita Romero? —El hombre aparta un poco el ramo para verme la cara.

Asiento lentamente con la cabeza porque la voz no sale de mi cuerpo. El repartidor sonríe con amabilidad y me tiende el gran ramo. Lo agarro como puedo entre mis brazos.

—Que pase un buen día —dice y se marcha.

Cuando reacciono, entro en el piso cerrando la puerta con el pie. Busco un jarrón para colocar las flores. Las dejo en la mesa del salón. Me siento frente a ellas, en el sofá. Veo la nota metida entre ellas pero no sé si quiero leerla porque sé quién me envía las flores. Las miro durante unos minutos. Son preciosas. Armándome de valor, abro la tarjeta.

«Gracias por todo, Marina. Como ya te dije en otra ocasión, necesitas un hombre que te trate como te mereces. El vestido es un regalo, me haría muy feliz que te lo quedaras. Espero que este percance no interfiera en nuestra relación laboral. Nos vemos mañana en la oficina. P».

Una exclamación de indignidad escapa de mi garganta. ¿Esta es su manera de pedirme perdón? Paul ha puesto fin a algo que ni teníamos y encima piensa que no soy lo suficientemente profesional como para dejar que lo que ha pasado entre nosotros, interfiera en mi trabajo, ¿será estúpido? ¡Si ha sido él el que mezcló trabajo con placer! Necesito una ducha para poder despejarme y pensar qué voy a hacer.

Mientras el agua cae por mi cuerpo, mi cabeza no para de funcionar. Aparecen recuerdos de mi relación con Juan y de cómo me dejaba manejar por él. Siempre he estado a expensas de lo que él quería, siempre anteponía sus sentimientos a los míos. En ese instante me doy cuenta que he actuado de la misma manera con Paul. ¡Basta! No puedo seguir siendo el títere de nadie. Eso se acabó, no puedo caer en el mismo error constantemente. Verónica tiene razón, tengo que coger las riendas de mi vida y comenzar a pensar solamente en mí.

En cuanto salgo de la ducha, le escribo un mensaje a mi amiga, tengo que hablar con ella de todo esto. Me arreglo con rapidez. Regreso al salón y leo de nuevo la nota de las flores. La arrugo entre mis manos con rabia. Si piensa que voy a perdonarle con tanta facilidad está equivocado. Vuelvo al dormitorio decidida a hacerle ver que no va a salirse con la suya. Abro el armario y cojo el precioso vestido de anoche para guardarlo en la misma caja en la que me lo envió, junto a los zapatos y el bolso. *Menos mal que la guardé*. Mientras lo hago, recibo la respuesta de Verónica. Quedamos en su casa dentro de una hora. ¡Perfecto! Así me dará tiempo a hacer lo que he planeado.

Cuando voy a coger el bolso para marcharme, mi teléfono móvil comienza a sonar. Es mi madre.

—Hola, hija —dice al descolgar.

—Hola, mamá —respondo no muy entusiasmada.

—¿Qué tal la fiesta anoche? Te estuve buscando después de la cena pero no te vi.

—Nos fuimos temprano, no me encontraba bien —miento, no quiero que se entere de mi no relación con Paul.

—Ya —respira con nerviosismo—. Y no tuvo que ver con tu insinuación a Fernando.

¡¿Qué?!

—Me dijo que te abalanzaste sobre él —su tono es de reproche.

¡No me lo puedo creer! El muy imbécil. Inspiro profundamente porque necesito contenerme. Ya lo que me faltaba, problemas con mi madre por culpa de ese impresentable.

—Tu silencio me indica que es cierto —afirma en un susurro.

Mi boca cae al suelo.

—Mamá, anoche, tu novio fue el que me abordó y quiso intentar algo conmigo. Yo le rechacé y por eso te ha venido con ese cuento. Nunca me ha gustado ese tío y ahora sé porqué.

Mi madre se queda en silencio y aprovecho para contarle lo que sucedió cuando nos presentó.

—No te creo —afirma tajantemente ante mi asombro—. Desde que naciste, siempre te has creído el centro de atención. Tenías encandilado a tu padre y ahora quieres hacerlo con Fernando, ¿no tienes suficiente?

Con estupefacción escucho las parrafadas de mi madre. Por lo que deduzco de sus desvaríos, ella ha tenido celos de mí siempre y por mi culpa se separaron mis padres. Me he tenido que sentar en el

sofá porque el cuerpo no es capaz de sostenerme.

—Soy tu madre y te quiero pero no voy a permitir que me vuelvas a separar de otro hombre.

Dicho esto, cuelga sin darme opción a nada más. No me lo puedo creer. Esto no está pasando. Hiperventilo. Por eso siempre se ha comportado así conmigo. Ahora entiendo muchas cosas de su actitud hacia mí. Inhalo aire para intentar tranquilizarme mientras a mi mente viene un pensamiento. Nunca he tenido una madre de verdad. Con esa convicción, vuelvo a levantarme para marcharme. No voy a dejar que mi madre arruine mi existencia por una locura que ha creado en su cabeza. Agarro el bolso para salir de casa y comprobar que está todo, mi mano se encuentra con el juguete de Paul. También se lo devolveré.

—Buenos días señorita, ¿puedo ayudarla en algo? —Un hombre con el pelo blanco y sonriente me habla desde la mesa de la portería de los apartamentos de lujo.

—Sí, buenos días. —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Podría entregarle esto al señor Tolson?

El portero abre los ojos desmesuradamente cuando ve que le tiendo la caja y las flores pero las sostiene en sus manos sin decir nada.

—¿Quiere que le diga algo? —pregunta intentando disimular su perplejidad.

—No, ¿tiene papel y bolígrafo?

Asiente, arranca una hoja de una libreta que tiene en su mesa y me la pasa junto con su bolígrafo. Escribo rápidamente, doblo el papel y le doy las gracias por su amabilidad.

Con una gran sonrisa en mi cara y con la sensación de victoria voy hacia la cita que tengo con mi amiga. Mientras conduzco hasta su casa, recuerdo lo que le he escrito.

«Como ya le dije en otra ocasión, retomaremos la relación de jefe y empleada, por lo tanto, no puedo aceptar regalos personales de usted, señor Tolson. Nos vemos mañana en la oficina. M».

Estoy completamente segura de que se enfadará muchísimo en cuanto la lea. No puede evitarlo al ver que alguien le lleva la contraria.

—Está coladito por ti —sentencia mi amiga dando un sorbo a su copa de vino.

Estamos sentadas en la pequeña terraza del bar de sus amigos. Le he contado todo lo que pasó anoche, incluida la charla con Elizabeth y el percance con Fernando. Me felicitó cuando le dije lo que había hecho antes de llegar a su casa.

—No sé, Verónica.

—Su amiga te lo dijo y está claro que Paul no quiere desaparecer de tu vida así como así. —Me mira por encima de su copa—. Haz lo que te dijo Elizabeth, dale celos.

—Pero no conozco a nadie... —dejo de hablar cuando Verónica enarca una ceja—. No pienso utilizar a Marcos para eso, no. —Levanto el dedo y niego con él en el aire.

—Marina. —Pone los ojos en blanco—. Díselo, Marcos hará lo que tú quieras. Además —sonríe burlonamente—, si te apetece, puedes hasta disfrutar.

—Definitivamente, no tienes remedio —respondo con una carcajada.

Entre risas, brindamos con nuestras copas de vino y comenzamos a disfrutar de las tapas que nos acaba de servir el camarero.

Llego a la oficina cinco minutos antes de mi hora. La puerta del despacho de Paul está cerrada, aún no ha llegado. Enciendo el ordenador y comienzo a trabajar. Pasan unos treinta minutos, cuando mi jefe entra como un tropel en el despacho.

—Buenos días —saluda secamente—. Venga a mi despacho.

Enarco ambas cejas por sus malos modos, respiro hondo y le sigo.

—Cierre la puerta —ordena sin mirarme mientras tira su maletín en la mesa y se quita la chaqueta.

Resoplo pero le obedezco. Después, tomo asiento frente a su mesa esperando a que hable. Le observo con atención. Parece cansado, no se ha afeitado y unas ojeras enmarcan sus bonitos ojos azules. Se deja caer en el sillón pesadamente y se afloja un poco la corbata. Se inclina sobre la mesa en actitud desafiante y clava sus ojos en mí.

—No me gustó nada que me devolvieras el vestido, las flores y esto —dice entre dientes, enseñándome la bala rosa de silicona—, eran un regalo.

—Como ya le dije en la nota, no puedo aceptar regalos personales de usted, señor Tolson —digo con tranquilidad.

Tensa la mandíbula y las aletas de su nariz se inflan ligeramente. Está muy enfadado.

—¿No puedes aceptarlos sin más? —Me mira desafiante.

—No, ¿le tengo que recordar una de las normas que usted se encargó de recordarnos el día de su llegada a la delegación? —Le miro entornando los ojos.

Suelta un gruñido.

—Soy el jefe y, como tal, puedo romper esa regla cuando me venga en gana —gruñe.

—Cierto, pero siempre y cuando la otra persona esté dispuesta a soportar sus malos modos y jueguecitos, cosa que yo no —digo mientras me levanto con tranquilidad—. Si no necesita nada más, me gustaría volver a mi trabajo.

Dicho esto, salgo de su despacho contoneando mis caderas y consciente de que no me quita ojo de encima. Cierro la puerta a mis espaldas y, es en ese momento, cuando decido llamar a Marcos.

—¿Estás de acuerdo con hacer esto? —pregunto con inseguridad.

—Te he dicho ya que sí. —Agarra mi mano por encima de la mesa del bar y la acaricia con suavidad.

Ese gesto tan cariñoso hace que me ruborice un poco y mire hacia otro lado. Todavía no puedo creer que esté aquí pidiéndole a Marcos que se haga pasar por mi cita para darle celos al tonto de Paul. Él es un buen amigo y yo una mala persona por utilizarle de ese modo.

—Marina... —Tira levemente de mi mano para llamar mi atención y lo consigue—. Deja de comerte la cabeza —dice adivinando mis dudas—, prefiero que me utilices a mí en vez de que te busques a otro. —Sonríe de medio lado.

¿Por qué no entró en mi vida antes? Seguramente me habría fijado en él: es guapo, tiene un cuerpo de infarto y encima es dulce, simpático y cariñoso. Nunca grita, no como alguien que yo me sé. Siempre está dispuesto a echarte una mano si la necesitas. ¿Por qué no te conocí antes, Marcos? *Porque te tropezaste con el hombre más sexy y atractivo de la tierra que ha puesto tu vida patas arriba.* Cierto. Es ponerme a pensar en Paul y todo mi cuerpo se estremece, Marcos no tiene ese efecto en mí ni de lejos. Lo miro fijamente sintiéndome culpable, él menea la cabeza y ríe divertido.

—Eres única. —De nuevo, adivina lo que estoy pensando.



—¡Vamos!

Aprieto con desesperación el botón del ascensor de mi oficina, llego tarde. Anoche estuve hasta

las tantas con Marcos ideando nuestro pequeño plan, aunque de eso hablamos nada más que la primera media hora, el resto del tiempo estuvimos hablando sobre otras cosas. Hubo momentos en los que pensé que Marcos quería besarme pero en seguida me quité esa absurda idea de la cabeza, es mi amigo y sabe que yo estoy enamorada de Paul. El pitido del ascensor me indica que he llegado a mi destino. Consulto la hora. ¡Quince minutos tarde! Corro como una loca hacia el despacho intentando mantener el equilibrio en los taconazos que llevo. Entro en la recepción y tomo asiento rápidamente.

—Llega tarde, señorita Romero —la voz de mi jefe me sobresalta y pego un brinco.

Está apoyado en el quicio de la puerta de su despacho con los brazos cruzados y observándome con seriedad.

—Lo... siento... —consigo decir entre jadeos.

Paul cambia levemente su expresión al escucharme jadear. Abre la boca ligeramente y las pupilas de sus ojos se dilatan. ¡Vaya! ¿Le afecto de esa manera? Al ver que le estoy mirando fijamente, en seguida cambia su actitud y se pone erguido.

—No lo sienta tanto y póngase a trabajar —suelta con un gruñido—. Y tráigame un café —ordena antes de adentrarse en su despacho dando un portazo.

¡Será...! Inspiro con la boca apretada. *Tranquila Marina, sigue con el plan.* Sí, en eso voy a centrarme. A los cinco minutos, estoy llamando a su despacho.

—¡Adelante! —grita desde el interior.

Inspiro hondo y pongo una sonrisa prefabricada en mi cara mientras abro la puerta. Entro en el despacho contoneando ligeramente mis caderas y camino con paso firme hacia la mesa del jefe. Él no levanta la cabeza de los papeles pero sé que me ha visto. Me felicito interiormente por haberme puesto falda. Verónica me surtió ayer de varios modelitos un poco provocativos, más de lo que yo suelo ponerme, para que, según sus palabras: «el cretino de tu jefe se dé cuenta de lo que se está perdiendo».

—Aquí tiene su café, señor Tolson —utilizo mi tono más dulce y le sonrío. Frunce el ceño, levanta la vista y me mira desconcertado—. ¿Algo más? —pregunto ladeando la cabeza.

—No, gracias —responde en voz baja y mirándome como si me hubiese salido otra cabeza.

Me he inclinado en su mesa enseñándole un poco el escote de la camisa. Su mirada se desvía hacia ese lugar y tensa la mandíbula. Ha visto mi sujetador de encaje, ¡ja!

—De acuerdo. —Me incorporo de golpe y él se recompone de nuevo—. Estaré en mi mesa trabajando.

Giro sobre mis tacones y salgo de su despacho al igual que entré, contoneando ligeramente mis caderas. Siento sus ojos azules clavados en mi espalda. Cierro la puerta con delicadeza y me apoyo en ella con una sonrisa triunfal. Está claro que le he desconcertado del todo. Supongo que esperaba a una Marina enfadada. Pues no, se va a encontrar con todo lo contrario y, cuando menos se lo espere... ¡zas!

La mañana transcurre con normalidad. Paul se dirige a mí en su tono de enfado habitual que va aumentando cuando ve que no me provoca nada. Llega la hora del almuerzo y bajo a la cafetería para encontrarme con mi amiga.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta curiosa cuando estamos comiendo.

—Creo que bien —respondo mientras degusto mi sándwich vegetal—. Está desconcertado por mi tono dulce y mi sonrisa. —No puedo evitar soltar una risita.

—Coladito por ti, ya te lo dije. —Nos reímos al unísono.

En ese instante, siento unos ojos que nos observan. Es Paul, está sentado en una mesa al final del local, ¿cuándo ha entrado? Normalmente come en otro sitio. Nos miramos durante unos segundos en los que sus ojos me atraviesan por completo. Un escalofrío me recorre la columna vertebral. Verónica me da una patada por debajo de la mesa para que deje de mirarle.

—Ríete bien alto ahora —susurra en mi oído.

Las dos nos carcajamos como si me hubiese dicho algo muy gracioso. Miramos de reojo a Paul que resopla, se levanta y se marcha.

—¡Qué estúpidos son los hombres! —exclama Verónica divertida.

—¿Incluso Alex? —le pregunto de repente.

Ella deja de reírse. ¿Se ha sonrojado? ¡Vaya!

—Todos —sentencia señalándome con el dedo.

—Pensé que te gustaba estar con él. —Entorno los ojos.

—Y me gusta, pero lo nuestro tiene fecha de caducidad. —Se encoge de hombros pero apenas me mira—. Y... vámonos que ya es hora de regresar al trabajo —dice levantándose y dejándome sola en

la mesa.

Me ha dejado con la boca abierta. Mi mejor amiga se ha enamorado, ¡por fin! Pero es igual de cabezota que Paul, no lo quiere admitir. ¿Y Alex? ¿Se habrá enamorado de ella? Ya se lo preguntaré a Marcos.

Regreso a mi sitio y me centro en el trabajo. Paul me ha enviado varios correos para que le organice el próximo mes. En uno de ellos, veo que va a hacer un viaje a Francia dentro de dos semanas, según leo, está teniendo algunos problemas con el director de la delegación de París. También quiere que le vaya preparando informes sobre las ventas de todas las delegaciones de España.

A falta de cinco minutos de terminar mi jornada laboral, suena el teléfono interno de la oficina.

—Marina, ¿puedes venir un momento a mi despacho? —pregunta con suavidad mi jefe.

—Ahora mismo —respondo sorprendida por su tono.

¿Qué querrá? ¿No pensará liarse otra vez conmigo? O peor, ha quedado con alguien para que mire. ¡No, por favor! He estado todo el día siendo amable con él y mostrándole una sonrisa, supongo que lo habrá malinterpretado. Me preparo mentalmente antes de abrir la puerta de su despacho por si acaso. Cuando entro, lo encuentro de pie frente al gran ventanal que da a la cochera, hablando por teléfono. Le observo sin que se percate de mi presencia. Se ha quitado la chaqueta, tiene el nudo de la corbata aflojado y el cuello de la camisa desabrochado. Parece agobiado. Aparentemente está tranquilo, con una mano metida en el bolsillo del pantalón de pinzas pero la conversación parece importante. Lo sé porque tiene la mandíbula y el rostro en tensión. Le escucho hablar pero no entiendo nada, ¡oh! ¡Está hablando en francés! No hay nada más sexy que escuchar a Paul hablar en la lengua romántica por excelencia.

Pongo especial atención a todo lo que dice, habla con soltura y me acaloro con su pronunciación. Mi imaginación se dispara y me pregunto cómo sería hacer el amor con él susurrándome cosas en francés al oído. Estoy tan absorta que no me doy cuenta de que se está despidiendo. Cuelga y se vuelve hacia mí. Nos miramos en silencio. Sin apartar sus ojos de los míos se acerca caminando lentamente. ¡Es tan sexy! Mi respiración se acelera. ¡No, Marina! ¡Sé fuerte! Todo lo que tenía pensado hacer se me ha olvidado. Basta una mirada suya para que mi cuerpo reaccione. ¡Traidor! Se detiene a escasos centímetros de mí. Me observa detenidamente con los ojos entornados. Yo apenas puedo moverme, su perfume inunda mis fosas nasales y tengo que luchar con todas mis fuerzas para no abalanzarme sobre él y besar su cuello. Sin previo aviso, alza una mano y la acerca a mi cara. Aparta un mechón de pelo de mi mejilla para ponerlo detrás de mi oreja. Siento un escalofrío al notar

el roce de sus dedos sobre mi piel. He comenzado a temblar pero no quiero que lo sepa y retrocedo un poco. Paul frunce el ceño levemente.

—¿Qué quería, señor Tolson? —consigo decir sin tartamudear.

—Acabo de tener una conversación con Françoise Broussard, el director de Tolson-París. Como ya te dije en el correo, estamos teniendo problemas con la delegación. No me cuadran las cuentas y solo obtengo evasivas por su parte. —Pasa una mano por su pelo haciendo más notorio su nerviosismo—. Necesito que me ayudes a hacer un informe exhaustivo de esa delegación de los últimos dos años para el viernes.

—¿El viernes? —he alzado un poco la voz sin querer.

—Sí, he movido hilos y he contactado con el mejor auditor de Francia pero necesita la documentación cuanto antes, por lo que vamos a tener que hacer horas extras desde ya.

—Está bien —contesto resignada.

En ese instante recibo un mensaje de Marcos en mi teléfono. Habíamos quedado en que me recogería en la oficina. En seguida le respondo que tengo que quedarme un par de horas pero que me recoja para la hora de cenar.

—¿Tenías planes? —pregunta Paul curioso.

—Sí pero no te preocupes, lo aplazo para la cena. —Le sonrío mientras frunce de nuevo el ceño ante mi respuesta.

Trabajamos juntos en su despacho, Paul ha conseguido un ordenador portátil para mí. Durante las siguientes horas no despegamos la vista de las pantallas nada más que para ir a por café o satisfacer nuestras necesidades fisiológicas. Estamos frente a frente en su mesa, concentrados cada uno en su trabajo cuando la melodía de mi teléfono móvil nos sobresalta. Es Marcos. Me disculpo con Paul y me alejo un poco de él para responder.

—¿Te has olvidado de nuestra cita? —pregunta mi amigo desde el otro lado del teléfono.

—¡Mierda! —exclamo mirando mi reloj. Ya han pasado dos horas—. Lo siento, se me ha ido el santo al cielo.

—¿Te espero?

—Sí, te aviso en un momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo guapa pero no me olvides, ¿eh?

—No.

Cuelgo con una sonrisa tonta en la cara y vuelvo a mi sitio. Paul me observa detenidamente.

—¿Tardaremos mucho más? —le pregunto.

—Si tienes que irte...

—La verdad es que sí, me están esperando abajo. —Recojo las cosas con rapidez—. Mañana lo retomamos, ¿de acuerdo?

Asiente no muy convencido pero no le doy opción a que me diga nada. Recojo mis cosas y salgo corriendo del despacho. Bajo en el ascensor siendo consciente de que Paul me puede estar espiando. Llego al vestíbulo y me despido del guarda de seguridad. Marcos me espera en el exterior del edificio, decidimos que él me traería y recogería todos los días del trabajo para hacer más realista nuestra farsa.

—Hola, preciosa. —Se acerca y me da un tierno beso en la comisura de los labios.

Me sonrojo por ese gesto tan íntimo pero sé que está interpretando por si Paul nos observa. Pasa un brazo alrededor de mi cintura y caminamos hasta su coche.

La mañana siguiente es un no parar de llamadas a las delegaciones, de correos electrónicos y de malos modos en algunos casos. Acabo agotada, ni siquiera bajo a comer con Verónica, pido que me suban una ensalada que devoro delante de mi ordenador. Estoy tan inmersa entre balances, estadísticas y números en general que no me doy cuenta de la hora hasta que Paul sale de su despacho.

—¿Continuamos donde lo dejamos ayer? —pregunta desde la puerta.

Lo miro desconcertada.

—Son las seis y media, Marina —dice al ver mi expresión.

Miro hacia el resto de la oficina. ¡Vaya! Ni me he dado cuenta de que todo el mundo se ha marchado ya.

—S... Sí, ahora mismo voy.

Guardo los documentos, apago el ordenador y voy hacia el despacho de mi jefe.

—¡Uf! —Alzo los brazos para estirar la espalda, me duele horrores de estar tantas horas en la misma postura.

—¿Te duele mucho? —pregunta Paul observándome desde su sillón.

—La verdad es que sí —resoplo tocándome el cuello.

Sin decir nada, se levanta y se sitúa detrás de mí. Coloca sus manos en mis hombros y comienza a masajearlos.

—Señor Tolson... —intento protestar aunque no muy convencida, echaba de menos su contacto.

—Shhh, relájate, estás muy tensa —susurra junto a mi oído.

Cierro los ojos y disfruto del masaje que me está dando. ¡Qué gusto! Me voy relajando poco a poco. Paul tiene unas manos divinas que no solo sirven para darte placer. Sin poder evitarlo, suelto un gruñido.

—Así Marina... relájate... —dice con voz ronca y sensual.

¡Dios! Su voz y su manera de tocarme me están excitando por momentos. Continúa con su tortura

placentera durante unos minutos hasta que siento sus manos bajar por mi espalda, dando toquecitos en mi columna vertebral. Agacho mi cabeza suspirando. Llegan hasta el final y las vuelve a subir pero esta vez no aprieta, me está acariciando. Muerdo mi labio inferior. ¡Reacciona Marina! Debería de parar esto pero lo echaba tanto de menos. Acaricia mi cuello, se agacha y noto su aliento en él. Lo besa, lo chupa y lo muerde. Suspiro. ¡Marina! ¿Y si me dejo llevar por el momento? ¡No! ¡El plan! Recorre mi cuello con su lengua hasta llegar al lóbulo de mi oreja. Lo muerde. ¡Ah! ¡No! Como siga, voy a sucumbir y no puedo ponérselo en bandeja tan pronto.

Abro los ojos de golpe, aparto sus manos y me levanto de un salto.

—Marina...

—Tendría que marcharme ya —digo sin mirarle.

Busco mi teléfono móvil. ¡Son las nueve de la noche! Tengo cinco llamadas perdidas y cientos de mensajes de Marcos pero yo no he escuchado nada porque está en silencio. ¿Quién...? Miro a Paul con cara de pocos amigos.

—¿Lo has silenciado tú? —Le muestro la pantalla.

Él no hace nada, solo me mira tensando la mandíbula. Eso me lo confirma.

—¡Perfecto!

—Marina... —Se acerca hacia mí pero yo me aparto.

—Ni se te ocurra decir nada —digo entre dientes—. Hasta mañana, señor Tolson —espeto cogiendo mi bolso y huyendo de la oficina.

Cuando salgo al exterior, llamo a Marcos.

—¡Marina! —la voz de mi amigo me sobresalta—. ¿Estás bien? Estaba muy preocupado.

—Lo siento, tenía en silencio el teléfono y estaba tan absorta en el trabajo que no me he dado cuenta de la hora, perdóname —no sé por qué le miento.

—No te preocupes, preciosa, ¿quieres que vaya a por ti?

—No, no te molestes, llamaré a un taxi.

—No es molestia, ya lo sabes —pone un tono cariñoso y eso me pone nerviosa—. Mándame un mensaje cuando llegues a tu casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cuando llego a casa, llamo a Verónica después de enviarle el mensaje a Marcos para hacerle saber que he llegado sana y salva.

—¡Ja! Al final se te declara, ya lo verás —se carcajea.

—No tiene gracia —respondo indignada.

—Vamos a ver Marina, querías que Paul reaccionara, ¿no? —Espera a que le responda.

—Pero...

—Pero nada —me corta—. Ya lo tienes en bandeja, se ha enterado de tu supuesta relación con Marcos y está celoso. ¿No es lo que pretendías?

—Sí pero yo esperaba... no sé...

—¿Qué esperabas? ¿Que te declarara su amor con violines, poemas de amor y flores? ¡Por favor! Estamos en el siglo veintiuno Marina, ¡espabila! Paul no es el protagonista de una de esas novelas románticas que lees —dice enfadada.

—Tampoco es malo desear que un hombre sea romántico, además, ¿qué pasa contigo? ¿A qué viene ese tono?

Silencio. Algo le pasa, seguro.

—No hace falta que te recuerde que puedes confiar en mí, ¿no? —insisto, esta vez en un tono más suave.

—Alex y yo hemos discutido —suspira.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, ya te lo contaré en otro momento, ahora no me apetece hablar de ello —suspira de nuevo—. Marina, lo siento, no he debido decirte eso.

—No hay nada que perdonar, tienes parte de razón, no debería esperar que Paul hinque la rodilla en el suelo y me diga que soy el amor de su vida. Él no es así.

—¿Te lo imaginas? —Se ríe—. El señor Tolson, postrado a tus pies. Moriría por verlo así, ¡ja, ja!

Nos reímos al unísono y comenzamos a imaginar a Paul cantándome una serenata por la ventana y chorradas miles. Entre risas y lágrimas nos despedimos hasta el día siguiente. Ya en mi cama no puedo evitar imaginar que mi jefe se declara, aunque no con violines ni serenatas. Me confiesa su amor haciendo lo que él mejor sabe, poniéndose sobre mí y colmándome de placer. Con ese

pensamiento me dejó llevar por el sueño.

Al día siguiente, Marcos me lleva a la oficina como estos días de atrás. Al llegar, me acompaña hasta la puerta.

—¿Hoy tienes que quedarte también? —pregunta dándome un tierno beso en la mano.

—Eh... sí —respondo incómoda.

—Avísame para recogerte, ¿de acuerdo? —Se acerca, agarra mis mejillas y me besa en los labios ante mi sorpresa.

Se separa de mí, me sonrío, me guiña un ojo y se marcha dejándome desconcertada. No me da tiempo a reaccionar cuando escucho una voz a mi lado.

—Buenos días, señorita Romero —me saluda Paul no muy entusiasmado.

—Buenos días. —Esbozo una gran sonrisa, ahora entiendo el beso de Marcos.

Entramos juntos al edificio y montamos en el ascensor en silencio junto a otras personas. Mientras subimos observo a Paul de reojo, tiene todo el cuerpo en tensión. Supongo que no le ha gustado verme con Marcos y sé que me voy a arrepentir de su enfado pero si este es el modo que hay para que se dé cuenta que puede perderme, seguiré haciendo el papel hasta el final. Llegamos al despacho y Paul se encierra en el suyo sin dirigirme la palabra. El resto de la mañana sigue con la misma actitud, apenas se dirige a mí pero, si no tiene más remedio, lo hace a través del correo electrónico.

Las siguientes horas vuelvo a sumergirme en el trabajo. Pido que me suban la comida como el día anterior. Mi jefe se marcha a comer sin decirme nada.

Mientras me zampo un bocadillo de jamón, llamo a mi amiga.

—¿Cómo estás? —pregunto cuando me responde.

—Estupendamente —responde pero por su tono sé que no es así.

—Verónica, por favor.

—Marina, ahora no, ¿vale? —dice con sequedad.

—Está bien pero si necesitas hablar...

—Lo sé. Que te sea leve.

Cuelgo con preocupación. ¿Qué habrá pasado entre Alex y Verónica? Este fin de semana lo

investigaré. Nunca he visto a mi amiga así, desde que la conozco, han sido pocas ocasiones en las que ha estado triste y esta es una de ellas. Mientras termino mi bocadillo, recibo un email de Paul con más trabajo. Resoplo cansada, me está exigiendo demasiado.

A las seis de la tarde, he acabado con la mayoría de lo que me ha encargado Paul pero él aún no ha regresado. Espero una media hora a que vuelva pero no aparece. Cuando voy a cerrar todo para marcharme, recibo otro email suyo pidiéndome que lo espere en su despacho para terminar con el informe que tiene que entregar mañana al auditor de Francia. Sigo sus instrucciones y me traslado de sitio. Al estar sola trabajando, decido hacerlo sentada en el gran sofá que elegí cuando fui la encargada de decorar su despacho. Buena elección, es muy confortable. Me hago un café y me concentro en toda la documentación que hemos recopilado estos días.

Pasan unos veinte minutos cuando Paul entra en el despacho en silencio y sin mirarme. Tira su chaqueta encima de la mesa y se deja caer en uno de los sillones que hay junto al sofá. Suspira sonoramente y frota su frente con gesto cansado.

—¿Ocurre algo? —pregunto curiosa.

Baja su mano y me mira con gesto severo durante un momento que se me hace eterno.

—Ha sido un día confuso —dice al fin frunciendo el ceño.

—Ah.

¿Confuso? ¿A qué se referirá? Su silencio, su gesto y su manera de mirarme, me incomoda. Como no sé qué hacer, reviso la hora.

—Eh... ¿continuamos con el informe? —carraspeo.

—Sí, claro. Tendrás planes para cenar —responde con sequedad.

Arqueo ambas cejas al escucharle. Parece molesto al pensar que tengo planes. Así que es eso lo que le pasa. ¿Ha estado evitándome todo el día por lo que vio esta mañana?

—Pues sí que tengo planes —respondo molesta por su actitud—. Pero eso no es de su incumbencia. —Dirijo mi atención al ordenador y comienzo a teclear con fuerza.

Paul resopla, se levanta, agarra su portátil y se sienta junto a mí en el sofá a una distancia prudencial. Trabajamos rodeados de un silencio incómodo. ¿Por qué es tan cabezota? ¿Por qué no me dice directamente que le molesta verme con otro? Esto no va a funcionar, a pesar de que me ha visto besarme con Marcos, sigue con esa actitud. Mi enfado hace que no me concentre en lo que estoy

haciendo y, al coger la taza de café de la mesita, se escurre entre mis dedos y cae en el carísimo sofá derramando parte de su contenido encima de mi jefe.

—*Shit!* —exclama Paul al sentir el café caer encima suya.

—¡Perdón! —Me levanto con rapidez y voy al baño para coger papel de manos.

Regreso al sofá para limpiarle la mancha pero Paul está de pie profiriendo maldiciones en inglés y quejándose de mi torpeza. Me acerco y froto su camisa y pantalones para quitarle los restos de café.

—¿Tienes alguna idea de lo que vale este traje? —habla entre dientes.

No respondo porque me conozco y vamos a discutir.

—Déjalo, la estás extendiendo —gruñe.

No le hago caso y continúo limpiándole la mancha del pantalón arrodillándome para hacer más fuerza. Estoy tan furiosa que no me doy cuenta de la imagen que estoy dando hasta que veo un bulto en la entrepierna de mi jefe. Me detengo en seco y levanto la vista. Paul tiene la boca ligeramente abierta y me mira con los ojos entornados. Antes de que pueda decir nada me levanta de los hombros y aprieta mi cuerpo contra el suyo con fuerza. Pega sus labios a los míos y me insta a que abra la boca. Intento no responderle al beso pero mi voluntad se hace añicos al sentir su necesidad de mí. Sé que no debo, que tengo que rechazarle pero no puedo.

Le dejo que acceda a mi boca y nuestras lenguas bailan al son de nuestras respiraciones alteradas. Paul me besa con desesperación y eso hace que la mía aumente. Sin despegar su cuerpo del mío, recorre mi cuello con su lengua. Un gemido escapa de mi boca. Mi cuerpo entero está a su disposición, mis pezones se erizan y mi entrepierna ya está húmeda. Con gran pericia, se deshace de mi vestido que cae a nuestros pies. Se abalanza sobre mi pecho para mordisquearlo a través del sujetador. Jadeo. Baja sus manos hasta el tanga de encaje y aparta la fina tela para introducir uno de sus dedos en mi interior.

—Podría acostumbrarme a esto —susurra en mi cuello.

Al decir eso, algo se activa en mi interior. Tiro de su pelo buscando su perfecta boca, chupo y muerdo su labio inferior con ansia. El deseo me ciega. Bajo mis manos nerviosas por su pecho y, sin pensar, abro su camisa de un tirón. Los botones saltan al suelo con un suave tintineo. Paul gruñe ante mi rudeza, me levanta del suelo y retrocede hasta sentarse en el sofá conmigo encima. Desabrocho su cinturón con rapidez mientras él se deshace de su camisa. Le ayudo a quitarse los pantalones y la ropa interior. En ningún momento dejamos de besarnos ni lamernos la piel. Nos necesitamos.

Me coloco a horcajadas sobre mi jefe con su ayuda. Su imponente erección roza en mi entrepierna y yo jadeo al sentirla. Comienzo a mover mis caderas sobre ella, dándome placer. Paul se concentra en mis pezones, los agarra y se los mete en la boca. Arqueo mi espalda para darle un mejor acceso sin dejar de rotar mis caderas. Gimo.

—Para o no aguantaré mucho más, *sweetie*. —Me detiene posando sus manos en mis hombros.

Le sonrío con lascivia antes de agarrar su miembro, situarlo en mi mojada entrada y bajar de un golpe mis caderas. Jadeamos los dos al mismo tiempo. Empiezo a subir y bajar con ritmo pausado. Cierro los ojos para saborear este momento, percibiendo todas las sensaciones de mi cuerpo.

—Me vuelves loco —sisea Paul.

Abro los ojos y lo que veo me excita aún más. Tiene la cabeza apoyada en el respaldo del sofá, sus preciosos ojos azules cerrados y la boca apretada por la tensión de estar conteniéndose. Acelero el ritmo un poco. Tengo el control de la situación y me gusta. Me hace sentir sexy, poderosa. Subo mis manos hasta mis pechos y pellizco mis pezones.

—Paul... —susurro su nombre con placer.

Él me agarra de la nuca y me besa entre suspiros.

—¿Te gustan más mis besos? —pregunta succionándome el labio inferior.

—Sí.

Pone sus manos en mis caderas y comienza a bombear las suyas con rapidez.

—¿Te gusta que te folle así? —pregunta entre embestida y embestida.

Me agarro a sus hombros para mantener el equilibrio.

—¡Sí!

Acelera el ritmo y ese escalofrío tan familiar comienza a recorrerme la columna vertebral. Estoy a punto de alcanzar el clímax.

—No lo olvides nunca —gruñe.

Grito debido a sus fuertes embestidas.

—Mírame, Marina —me ordena y yo obedezco—. Dámelo, dame tu placer, hoy es mío.

En ese instante y mirándolo a los ojos, me alcanza un orgasmo devastador. Mi vagina se contrae

alrededor de su miembro y Paul grita mi nombre al derramarse en mi interior con una última y brutal embestida. Me derrumbo sobre su cuerpo, exhausta.

—Come, Marina.

—No tengo hambre, papá.

—Tienes que comer algo cariño. No puedes seguir así —dice mi padre con preocupación.

Hace un par de días que llegué a Córdoba. Todos los acontecimientos de esta última semana me han llevado a descansar en casa de mi padre hasta que vuelva en una semana y media a la oficina. Todo ha pasado tan deprisa que parece un mal sueño pero no lo es.

El jueves pasado, después de que Paul y yo lo hiciésemos en la oficina, se ofreció a acompañarme a casa. Él terminaría solo lo poco que quedaba del informe para el auditor. Cuando llegamos, le invité a subir. Estuvimos toda la noche haciendo el amor. Fue maravilloso dormirme entre sus brazos. A pesar de que no me confesó lo que sentía por mí, me lo demostró con cariño, besos y abrazos. Aunque ahora mismo no estoy tan segura de ello.

Al día siguiente, mi felicidad se desvaneció. Desperté sola en mi cama, al principio no le di importancia pero comencé a preocuparme cuando no le encontré en mi casa y no me había dejado ninguna nota, ni me mandó un simple mensaje al móvil. Ni siquiera se molestó en enviarme flores como otras veces.

Llegué a la oficina hecha un manojo de nervios dispuesta a pedirle explicaciones cuando Carmen, mi ex jefa, me interceptó en la entrada del despacho.

—Marina, el señor Tolson no se encuentra aquí. Me ha pedido que te informe yo personalmente —dijo con esa sonrisa falsa que la caracteriza—. Siento comunicarte que vuelves a ser mi secretaria.

En ese momento creí desfallecer. ¡Volver a ser su secretaria! Tenía que ser una broma.

—No sé qué es lo que le ha llevado a tomar esa decisión pero te advierto que si cometes algún fallo, aunque sea el más mínimo, te pondré de patitas en la calle —susurró cerca de mi cara.

—Pe... pero... tiene que haber algún error...

—No quiero escucharte ahora mismo. —Hizo un gesto de la mano para silenciarme—. Tengo miles de cosas que hacer, el señor Tolson me ha dejado al cargo de la delegación de nuevo y hay mucho trabajo por terminar.

—Entonces... ¿Paul se ha marchado?

—Sí, le ha surgido un asunto muy urgente en Londres. Por cierto, ¿desde cuándo tuteas al jefe? — preguntó con tono acusatorio.

No supe qué responder. Aunque mi conciencia me pedía a gritos que se lo contara a esa arpía, cerré mi boca, agaché mi cabeza y comencé a recoger mis cosas. Me sentí humillada, estúpida y utilizada. Paul se estaba comportando como un cobarde al no dar la cara y decirme personalmente todo esto.

Más adelante, supe que el secretario de Carmen fue despedido el día anterior, Verónica me contó que el jefe los había pillado juntos en el parking. Le dio un ultimátum a ella pero a él lo despidió en el acto. Terminé mi jornada laboral como pude y pasé todo el fin de semana como si fuera un zombi. No respondí ninguna llamada y no abrí la puerta ni a mi mejor amiga ni a Marcos. La única llamada que yo esperaba era la de Paul pero nunca llegó. Intenté llamarlo varias veces pero su teléfono estaba apagado. Le escribí varios correos electrónicos, algunos en tono de enfado, otros pidiéndole por favor que diese señales de vida. Como respuesta solo obtuve silencio.

El domingo por la noche, me fui a dormir pensando que no podía pasar nada peor. Qué equivocada estaba. El lunes, en cuanto llegué a la oficina, mi jefa me citó en el departamento de personal a través de un correo electrónico. Nerviosa, me dirigí hacia allí. Verónica me estaba esperando en la puerta paseando de un sitio a otro.

—Marina, Carmen está ahí dentro echa una furia. Ramón no me ha comentado nada pero creo que quiere despedirte —me dijo alterada.

¿Despedirme? No reaccioné, eso era más de lo que podía soportar. Mi amiga me agarró con fuerza del brazo para que la mirase.

—Vamos, entra ya pero después hablaremos tú y yo muy seriamente.

Asentí con la cabeza y entré en el despacho. Allí me esperaba Ramón con cara de circunstancias y una Carmen furiosa.

—Marina, siéntate por favor —me pidió el jefe de personal con amabilidad—. Antes de nada, quiero que veas una cosa.

Giró la pantalla de su ordenador para que quedara frente a mí. Abrió un archivo y apareció una foto. Me quedé sin respiración al verla: éramos Paul y yo en el yate. Ramón pasó una a una todas las fotos de mis vacaciones. ¿Cómo las había conseguido? Cuando terminó de pasarlas, tomó asiento y me miro con gesto severo.

—¿Tienes algo que decir?

—¿Qué va a decir? —replicó Carmen indignada—. Nos tenías muy engañados, zorrita.

—Carmen... —le reprendió Ramón.

—¿Qué excusas nos vas a dar? —volvió a decir mi jefa—. Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Nos tenías bien engañados con esa cara de mosquita muerta.

—¡Carmen, por favor! —gritó Ramón—. Marina, ¿quieres explicarte?

Suspiré y pensé que lo mejor era contar la verdad.

—Paul y yo nos conocimos en el hotel donde me hospedaba en Fuerteventura. Él se presentó como Paul Smith. Estuvimos juntos todas las vacaciones y nos despedimos allí. Yo no supe que era el hijo del difunto señor Tolson hasta que lo recogí en el aeropuerto.

—Embustera —siseó mi jefa.

—Carmen, ya basta —Ramón volvió a reprenderla—. ¿Habéis estado juntos después?

Le miré con cara de circunstancias y él suspiró.

—Marina, responde por favor —insistió.

Seguí en silencio, ¿qué le iba a decir? Paul era el jefe pero las normas de la empresa estaban muy claras: prohibido mantener relaciones entre los empleados. Ramón tecleó en el ordenador y en la pantalla apareció un vídeo en el que Paul y yo nos besábamos en el parking antes de montarnos en su coche el jueves anterior.

—Está muy claro Ramón, no sé por qué no la despides ya.

—No lo hago porque primero quiero hablar con el jefe —replicó él.

—¿Con el jefe? Él no tuvo miramientos al despedir a Óscar, así que no sé por qué tenemos que hacerlo con esta puta que iba escalando puestos en la empresa a base de follar con el jefe.

En ese instante, un calor recorrió todo mi cuerpo y ya no pude aguantar callada ni un minuto más.

—Desde que entré en esta empresa, me has humillado y cargado al máximo de trabajo mientras tú te follabas a todo el que pillabas. Te daba igual follarte a un becario que apenas si pasaba de los veinte años, como a un jefe de departamento que rozaba los cincuenta. Dime Carmen, ¿quién es aquí la puta? —dije entre dientes.

Conforme terminé la frase, mi jefa se levantó y me propinó una torta en la cara. Yo me levanté y se la devolví, entonces me agarró del pelo y comenzamos una pelea en la que ella me daba golpes y yo me defendía. Verónica, al escucharnos, entró para ayudar a Ramón a separarnos. Ella me sujetaba a mí mientras que su jefe, sujetaba con firmeza a Carmen.

—Llevo en esta empresa cinco años y nunca he cometido un error. —Me deshice de los brazos de mi amiga para acercarme a mi ex jefa—. He dado todo de mí, quedándome hasta más tarde cuando era necesario y jamás he protestado. Apenas si he faltado, incluso cuando me divorcié. Ningún compañero puede decir nada malo de mí —hice una pausa para respirar hondo—. No voy a consentir que se me despida por algo que ocurrió en vacaciones. Y sí, Paul y yo nos besamos el jueves pasado pero creo que es su cometido decidir si me despide o no.

Acto seguido, salí del departamento con Verónica pisándome los talones. Bajamos a la cafetería y me derrumbé en el ascensor.

—Shh... tranquila cariño. —Me refugié en sus brazos buscando consuelo, todo me estaba superando.

Me fui calmando cuando tomé una tila.

—No te preocupes Marina, Ramón hablará con el jefe para aclararlo todo —dijo mi amiga.

—Ojalá nunca lo hubiese conocido en vacaciones —susurré para mí.

—Marina, no digas eso. —Agarró mi mano—. Quédate con lo bueno, te lo pasaste genial. Ahora se está comportando como un gilipollas pero habéis pasado muy buenos ratos.

—Sí pero no hubiese ocurrido nada de esto —repliqué con voz cansada—. No quiero perder este trabajo, es lo único que me queda.

—No lo perderás, esa arpía no se saldrá con la suya —afirmó tajantemente.

Le sonreí con tristeza y nos sumimos en un silencio que se vio interrumpido por la voz de Ramón.

—Chicas, Carmen se ha tomado el resto del día libre —dijo sentándose con nosotras—. ¿Cómo te encuentras? —se dirigió a mí.

—He tenido días mejores. Ramón, yo quisiera explicarme...

—No te justifiques —me interrumpió—. Carmen no debería haber invadido tu intimidad ni la del jefe de esa manera. Su comportamiento indica que ha sido por despecho. En cuanto consiga contactar con el señor Tolson, todo se arreglará —suspiró y su cara se tornó más seria—. Mientras tanto, creo

que es mejor que te tomes unos días de descanso.

—Pero Ramón —intervino Verónica—. Ella no ha hecho nada malo.

—Lo sé, lo sé.

—¿Entonces? ¿Por qué es ella la que tiene que quitarse de en medio? —insistió enfadada.

—Verónica, tranquila. —Apoyó una mano en su hombro con delicadeza—. Carmen sigue siendo la directora de la delegación y tiene mucho poder aquí, si se lo propone, puede hacerle la vida imposible a Marina. Por eso es mejor que se tome unos días de descanso.

—Pero hay mucho trabajo por hacer —insistí yo.

—Nos apañaremos. —Sonrió de nuevo—. Cógete un par de semanas, ¿de acuerdo? —Le miré no muy convencida de ello—. Venga, vete ya y descansa. —Me dio una palmadita en la espalda—. A tu vuelta seguro que estará todo solucionado. —Se marchó con preocupación en su mirada.

Salimos de la cafetería Verónica y yo juntas. Nos despedimos en la puerta de mi oficina. Recogí mi bolso y chaqueta y me dirigí de nuevo hacia el ascensor. Cuando se abrieron las puertas me encontré con el informático.

—Lo siento mucho, Marina —dijo en cuanto me vio—. Ella me obligó a registrar tu ordenador, no pensé que iba a pasar esto.

—¿Por qué, Ricardo?

—Me chantajeó con despedirme por haberme acostado con ella. —Agachó la cabeza humillado.

—¿Tú también? —suspiré resignada—. No te preocupes, no te guardo rencor.

—¿Te ha despedido?

—Lo ha intentado pero al final Ramón va a solucionarlo, por ahora, me tomo dos semanas de descanso.

Al llegar a mi casa, llamé a mi padre. Él notó mi voz triste y no tuve más remedio que contarle parte de lo que había ocurrido. Insistió en que pasara esas dos semanas con él en su casa. Me convenció, tenía razón, allí lo miraría todo con perspectiva. Esa misma noche, hice mi maleta y avisé a Verónica de mi viaje.

Me levanté temprano al día siguiente para ponerme en camino pero, como las cosas malas no vienen solas, yo no iba a ser menos. A los diez minutos de incorporarme al tráfico, la temperatura del

coche comenzó a aumentar considerablemente hasta que comenzó a salir humo del capó. Paré a un lado de la carretera para llamar a la grúa, resultado: el radiador roto. Con un cabreo monumental después de saber el precio de uno nuevo, me planté en la estación de Atocha para esperar el tren.

Cuando ya entraba en Andalucía, mi teléfono comenzó a sonar. Miré la pantalla y vi el nombre de Paul en ella. No respondí. No tenía ganas de enfrentarme a él. Insistió varias veces en las que rechacé sus llamadas. Después, llegaron varios mensajes.

- Marina, coge el teléfono.
- Por favor, quiero hablar contigo.
- Ha sido todo un malentendido. Carmen no tenía derecho a registrar tu ordenador ni intentar despedirte.
- Marina, dime que estás bien.
- Responde, por favor.

No lo hice. Llamé a mi amiga para advertirle que si Paul se ponía en contacto con ella, no le dijese que yo estaba en Córdoba, no quería saber de él en las semanas que estuviera de descanso.

La melodía de mi teléfono móvil me devuelve a la realidad. No respondo.

—Si no le respondes tú, lo haré yo —dice mi padre enseñándome la pantalla.

—Papá... —protesto.

—Eres mi hija y estoy preocupado por ti —replica—. Te he visto sufrir ya por una relación y no quiero verte más así, no lo consentiré. Así que dile a tu jefe que no te moleste más.

—Papá —resoplo—. Esto es distinto. —Enarca sus cejas—. Él no es Juan. —Me levanto de un salto—. No te metas, ¿de acuerdo? —le advierto molesta antes de encerrarme en mi habitación.

Como estos dos últimos días, paso el resto de la tarde tumbada en mi cama leyendo y escuchando música hasta que mi padre se va al restaurante. Entonces, me traslado al sofá. Apenas hablo con él porque no quiero que se preocupe más de lo que está ni quiero que odie más a Paul. A pesar de que no se está portando bien, es mi jefe y no quiero tener más problemas añadidos.

Recibo un mensaje de Verónica sobre las seis de la tarde.

- Cariño, Paul está en Madrid. Me ha tenido durante más de una hora en su despacho interrogándome. Está desesperado. Quiere que le diga dónde estás para ir a por ti. Te llamo en cuanto llegue a casa.

Espero durante unos largos veinte minutos junto al teléfono fijo de mi padre. Cuando voy a llamar yo a mi amiga, el timbre del teléfono me sobresalta.

—¿Qué excusa te ha dado el cobarde de mi ex jefe? —digo en cuanto descuelgo.

—Marina, está hecho polvo.

—¿No me digas que te ha convencido?

—No me ha convencido, es lo que he visto.

—Y, ¿qué has visto exactamente?

—A un hombre enamorado.

La afirmación de Verónica me deja estupefacta. Al ver que no respondo, ella continúa.

—Me ha confesado que le entró pánico cuando pasó la última noche contigo y por eso se marchó. Tenía que pensar, pedir consejo a alguien de confianza pero cuando llegó a Londres, todo se complicó: su hermana mayor estaba hospitalizada y por eso estuvo incomunicado. Después, se enteró de lo que Carmen hizo y llamó hecho una furia a Ramón. Casi le despide por haberle hecho caso a Carmen. En ningún momento le dio potestad para cambiarte de puesto y mucho menos para intentar despedirte.

—Ya —digo incrédula.

—Cariño, al principio no le creí, parecía todo tan irreal... así se lo hice saber. Entonces, después de meditarlo durante un momento, me enseñó su teléfono móvil. Comprobé que tus mensajes le llegaron el mismo martes cuando intentó ponerse en contacto contigo. También me mostró el correo electrónico que le envió a Carmen. Es cierto todo lo que dice. Ella aprovechó que iba a estar incomunicado para putearte y deshacerse de ti.

No sé qué responder. Por una parte, todo ha sido un malentendido tal y como él me dijo pero por otra, se marchó sin darme una explicación y eso me duele. Me he abierto a él totalmente y me ha fallado, y lo peor de todo es que no es la primera vez que lo hace.

—Marina —la voz de mi amiga suena cansada—. Ya sabes lo que yo opino sobre los hombres y sobre las relaciones pero vi sinceridad en sus ojos. Se arrepiente de haberse marchado sin darte explicación ninguna. Dale la oportunidad de explicarse, por favor.

—¿Por qué le defiendes de esa manera? —pregunto indignada con su actitud.

—Porque le entiendo, Marina. En cierta forma a mí me ocurre lo mismo —susurra.

—¿Es eso lo que te ocurre con Alex?

—No, es más complicado que eso. Además, ahora estamos hablando de ti. —Se pone a la defensiva en seguida—. Estoy muy cansada. Marina, por favor, piénsatelo, ¿vale?

—Me lo pensaré pero no te prometo nada.

—Con eso me basta.

Nos despedimos hasta el día siguiente. Suspiro y me tumbo de nuevo en el sofá. Sigo sin entender por qué mi amiga le defiende tanto. La verdad es que ella se comporta de una manera extraña últimamente. Estoy tentada de mandarle un mensaje a Paul para decirle que he hablado con Verónica. ¡No! No puedo ser tan blanda. No puedo dejarlo pasar tan fácilmente.

El viernes nos levantamos con la llamada de Antonio, el maître del restaurante de mi padre. Tiene una gastroenteritis muy grave y no va a ir a trabajar en todo el fin de semana. Mi padre está de los nervios. Es la primera vez que Antonio le falla y no sabe quién le va a sustituir.

—Papá, yo me encargo —intento tranquilizarle.

Desde pequeña, siempre he echado una mano en el restaurante cuando he podido. Aunque hace tiempo que no lo hago, creo que seré capaz de afrontar un fin de semana.

—Princesa...

Mi padre no quiere que vaya, quiere que descanse y emplee mi tiempo en olvidar a mi jefe. Además, nunca le ha gustado que trabaje en el restaurante, según sus palabras: «no te pagué los estudios para que acabes de camarera como yo». Eso no es del todo cierto. Él comenzó siendo camarero pero al cabo de los años, montó su propio negocio en el casco histórico de la ciudad y ha conseguido mantenerlo y poder vivir desahogadamente de él.

—Ya sé a quién he salido en la cabezonería —digo con desesperación—. Además, si quieres referencias, aprendí del mejor.

Sonríe ampliamente y me da un beso. Eso significa que está de acuerdo.

A las tres de la tarde, el restaurante es un ir y venir de gente. Teníamos reservada una de las salas para unos ejecutivos que venían a la ciudad de convención y resulta que han venido más comensales de lo que habían reservado. Al principio todo fue un caos pero me puse al mando de la situación y reorganicé todo de tal manera que todo el mundo estuviese contento. Mi padre está sorprendido conmigo y, cada vez que paso junto a la barra, me guiña un ojo. Él no para tampoco, su cometido hoy es atender en barra. Le miro con orgullo, a pesar de ser el dueño, siempre que hace falta echa una mano. Le da igual estar en cocina que atendiendo las mesas. Sus empleados están siempre sonriendo, es un buen jefe.

El restaurante está ubicado en una casa antigua. Tenemos dos amplias salas que utilizamos para eventos y un patio grande en el que están dispuestas las mesas para que los clientes disfruten de una bonita velada rodeados de plantas y flores. Está todo decorado con estilo andaluz. Es uno de los reclamos que tiene a parte de la comida y el excelente servicio.

Aprovecho un hueco libre para ir al baño, beber un poco de agua y descansar cinco minutos. Dejo

a uno de los camareros en mi puesto mientras. Me siento en una silla en el almacén, y me quito los zapatos para liberar mis pies. No estoy acostumbrada a estar tantas horas de pie y me duelen horrores. No llevo ni un minuto cuando Manu, el camarero que dejé al cargo, irrumpe en el almacén. Es muy joven y es uno de los que menos llevan en el restaurante.

—Marina, hay un guiri en la mesa cinco del patio que no quiere que le atienda yo —dice nervioso.

—¿Y eso por qué? —pregunto desconcertada.

—Quiere que le atienda la maîtresse personalmente.

—Dile que ahora mismo voy. Que te pida a ti la bebida mientras.

Asiente con la cabeza y se marcha. Me levanto, estiro la espalda y me preparo para seguir con la tarea cuando Manu regresa de nuevo.

—Marina, ese tío es un borde. Dice que no va a pedir nada hasta que vayas tú a tomarle nota.

—Ahora mismo voy, no te preocupes.

¡Joder con la gente! Ya solo nos faltaba un borde hoy. Me calzo de nuevo, me recompongo y salgo del almacén dispuesta a lidiar con ese hombre. Cuando piso el escalón de acceso al patio mi cuerpo se paraliza. El famoso borde que ha discutido con Manu no es otro que mi *guiri-borde*. ¿Qué hace aquí? Yo mato a Verónica.

Está sentado con esa actitud que me pone a cien. Viste camiseta y vaqueros, se ha dejado crecer la barba y tiene esa mirada que hace a mi alma estremecer. No deja de mirarme. Estoy a punto de dar media vuelta pero sé que no se moverá hasta que yo lo atienda. Respiro hondo y me acerco hasta la mesa.

—Buenas tardes —saludo en tono profesional—. ¿Qué desea?

—A ti —responde con tranquilidad y a mí se me reseca la garganta.

—Eh... ¿qué le pongo de beber? —carraspeo.

—¿Podemos hablar?

—Por si no se ha dado cuenta, estoy en pleno servicio. ¿Qué quiere de beber? —insisto nerviosa.

—No voy a pedir nada hasta que me prometas que vas a hablar conmigo —vuelve a hablar con tranquilidad.

¿Cómo puede estar tan relajado? Yo estoy temblando por tenerle tan cerca.

—No tengo nada que hablar con usted —replico molesta.

—Marina...

—¡Ni Marina, ni leches! —alzo la voz sin darme cuenta y todo el mundo a nuestro alrededor nos mira.

De pronto, siento unas manos en mis hombros.

—Princesa, tranquila —mi padre se sitúa a mi lado y se dirige a mi ex jefe—. ¿Hay algún problema? —Le mira con los ojos entornados.

Inspiro profundamente. No quiero montar un espectáculo en el restaurante así que me calmo antes de hablar.

—Papá, este es Paul Tolson, mi jefe.

Paul se levanta y le tiende la mano.

—José Romero —dice mi padre con sequedad.

—Un placer —responde mi jefe.

—No puedo decir lo mismo —resopla mi padre.

—¡Papá! —le regaño—. Por favor, vete dentro.

Mi padre me mira con asombro pero al final accede a mi petición no sin antes retar a Paul con la mirada. Este toma asiento de nuevo en silencio.

—¿Qué va a beber? —pregunto de nuevo.

—¿Qué vino me sugieres? —No aparta sus ojos de los míos.

—El de la casa es excelente —respondo como un autómeta.

—Bien.

Apunto en mi libreta.

—¿Tiene claro lo que va a comer?

Me mira con los ojos entornados que prometen sexo y yo he cometido el error de mantenerle la mirada.

—Sí pero creo que nos detendrían por escándalo público —dice con ese amago de sonrisa que me

encanta.

Mi cuerpo se estremece y tengo que apoyarme en una de las sillas porque creo que me voy a desmallar. Él amplía su sonrisa al ver que ha tenido el efecto deseado en mí. Eso me enfurece aún más.

—Le puedo sugerir salmorejo, flamenquín y rabo de toro que es lo más típico de aquí y son nuestras especialidades —vuelvo a mi tono profesional.

—Lo que quieras *sweetie*, mientras que tú seas mi postre.

—Ahora mismo le traigo el vino. —Ignoro lo que acaba de decir y me dirijo hacia la barra hecha un obelisco.

—No me gusta que esté aquí —sisea entre dientes mi padre mientras saca una botella de vino y una copa.

¡Lo que me faltaba! No sólo tengo que lidiar con Paul, también tengo que hacerlo con mi padre enfadado. Vuelvo a la mesa de mi guapo y sexy guiri. Abro el vino con soltura y le sirvo un poco para que lo pruebe. Acerca la copa a sus carnosos labios y bebe con sus ojos azules clavados en mí. Saca su lengua y se relame con lentitud. Sabe cómo provocarme. Asiente para que le sirva más.

—Ahora le servirán la comida —suelto con chulería y le doy la espalda.

El resto del servicio lo hago intentando no entrar mucho en el patio, mandando al resto de camareros por allí. Entre ellos hay dos camareras que se pelean por atender a Paul.

—Pili, deja que le sirva yo el siguiente plato —dice una.

—Lo siento pero es mi mesa —replica Pili—. Además, me ha guiñado un ojo. Creo que le gusto.
—Sonríe como una tonta.

—Qué suerte has tenido, ¡está buenísimo!

—¡Dejad de comportaros como un par de colegialas! —Mis celos salen a relucir—. ¡A trabajar!

Ellas me miran asombradas por mi tono y vuelven a su trabajo en silencio. Mi padre, que no ha perdido detalle, se acerca y me lleva hasta el almacén.

—¿Qué ocurre? —me pregunta.

—Nada. —Paso una mano por mi pelo desesperada y con la mirada perdida.

—Voy a echarle de aquí. —Se dirige hacia la puerta.

—¡No! —le intercepto—. Papá, no puedes montar un escándalo en el restaurante.

—Soy el dueño y tengo derecho de admisión.

—Sí pero te dije que no te metieras en esto. Deja que termine de comer. Yo me encargo.

No voy a tener más remedio que hablar con Paul si no quiero que mi padre intervenga. Me acerco a su mesa.

—Hablaré contigo esta tarde cuando termine de trabajar pero ahora no insistas, por favor —le digo en voz baja para que nadie nos escuche.

—Dime hora y sitio —responde en el mismo tono que yo utilizo.

—Te llamaré por teléfono.

—Prefiero hablarlo en persona, te espero a que termines —replica con el ceño fruncido.

—No es una buena idea. Mi padre está muy enfadado contigo y no quiero que monte un espectáculo aquí. Espera a que yo te llame, ¿de acuerdo? —insisto.

Paul me mira en silencio y después desvía la mirada hacia el interior del restaurante, mi padre nos observa desde la barra cruzado de brazos. La verdad es que impone muchísimo aunque parece que a mi jefe no le hace el mismo efecto que a los demás.

—De acuerdo —dice finalmente y yo suspiro agradecida.

Son las seis de la tarde cuando llegamos a casa de mi padre. Él se va directo a la cama a descansar, esta noche nos espera también un servicio complicado. Yo espero un poco y salgo al jardín para llamar a Paul.

—Hola —responde al primer tono, parecía estar esperándome.

—¿Por qué has venido?

—Por ti, ¿por qué no hablamos en persona?

—Porque no quiero hablar contigo ahora mismo, Paul —mi voz se quiebra y hago una pausa para no llorar.

—*Sweetie*, no llores. Deja que me explique.

—Verónica ya me lo ha explicado y siento mucho lo de tu hermana pero estoy muy harta de esta situación. —Trago saliva con dificultad debido al nudo que tengo en mi garganta—. Cuando parece

que estamos bien, desapareces sin decir nada para volver a aparecer y dejándome de nuevo confusa. Así no se hacen las cosas, Paul. Te mostré mis sentimientos y tú solo has respondido con evasivas y con sexo. Se acabó. Voy a mantener mi promesa de mantener nuestra relación profesional, nada más.

Escucho su fuerte respiración. Supongo que pensaba que yo caería rendida de nuevo en sus brazos. Pues está muy equivocado. Aunque me duela hacer esto, no volveré a estar con él. No quiero sufrir más.

—Te pido por favor que te marches y me dejes reflexionar estos días.

Cuelgo con las lágrimas resbalando por mis mejillas. Paul vuelve a llamarme pero no respondo. No quiero que esté en mi vida, no quiero sufrir más. Necesito estar un tiempo sin verle. Mi teléfono vuelve a sonar. Puede que haya cometido un error al echarle así pero no puedo pensar sobre lo nuestro si lo tengo constantemente aquí. Me duermo envuelta en un mar de lágrimas.

Continuará...

Primeras líneas de Mírame, ahora te toca a ti

Después de haber dormido un par de horas, volvemos al restaurante para preparar el servicio de cenas. Abrimos la puerta y los clientes comienzan a entrar. El local está a rebosar de gente y no paramos ni un minuto. A pesar de que estoy muy triste y cansada, el trabajo me activa y me distrae. Reviso las reservas y me quedo alucinada al ver el nombre de mi jefe. Los nervios amenazan con darme un colapso. Echa una furia busco a Pili, la camarera que dejé encargada de coger las reservas.

—¿Qué significa esto? —Le muestro la libreta que tengo en la mano.

—Que está reservada —dice encogiéndose de hombros.

Reviso los días siguientes y compruebo, escéptica, que tiene la misma mesa reservada para una semana en comida y cena. Miro a la camarera desconcertada.

—Insistió en reservar la misma mesa por tiempo indefinido. —Sonríe divertida—. Ha pagado una buena suma por ello.

—Lo tenías que haber consultado antes —siseo—. Que mi padre no se entere, ¿de acuerdo?

—Vale, pero, ¿quién es ese hombre? —pregunta curiosa.

—Nadie.

—Para ser nadie, tiene mucho interés en ti. —Suelta una carcajada y se marcha.

Cierro de golpe la libreta y vuelvo al trabajo intentando calmarme. A mi padre no le va a hacer gracia verle aquí de nuevo. Espero que Paul no aparezca después de habérselo pedido.

El trabajo me tiene absorbida totalmente. Los ejecutivos de esta mañana han vuelto y no paramos. Parece que los vamos a tener todo el fin de semana aquí. Uno de ellos no deja de llamar mi atención.

—¡Guapa! —grita en cuanto me ve aparecer con una botella de vino—. Sírreme a mí primero.

Mientras lo hago, levanta su mano y la posa en mi espalda. Doy un respingo.

—Mujer, no te asustes. —Sonríe—. Iba a decirte que eres la camarera más guapa que he visto nunca.

Le miro con detenimiento. Es joven, lleva el pelo peinado con gomina y hacia atrás, no es muy atractivo pero tampoco es feo. Se puede decir que es del montón. Me sonrío pero veo lascivia en sus ojos, no me gusta.

—Gracias. —Sonrío con falsedad y me alejo de él con rapidez.

Espero que no siga, no estoy de humor para esto. En uno de mis viajes a la barra, mi padre me agarra del brazo para que le mire.

—¿Qué coño hace ese aquí? —pregunta mirando hacia el patio.

Cierro los ojos e inspiro profundamente...

AGRADECIMIENTOS

A ti, mi querido lector que has confiado una vez más en mí y en mi trabajo.

A mis protegid@s. Gracias por estar ahí cada día y cada semana apoyando, animando y exigiendo más capítulos. Os habéis convertido en una parte imprescindible de mi día a día. No sé qué haría sin vosotras a pesar de que me desquiciáis algunas veces (es broma, os quiero).

A Verónica, Carol y Chary. Gracias por ser mis otros ojos y por vuestras sugerencias.

A todas las páginas y grupos de facebook que, amablemente, comparten cada semana los capítulos que publico en el blog y todas mis novedades.

A Verónica, de nuevo, por su apoyo incondicional y por su amistad. Te quiero.

A mi consentida, mi pequeño saltamontes, mi mariposa jefa y amiga Chary Ca. Gracias por el apoyo, por tus palabras y consejos.

A las clientas de la papelería Boli-lápiz que, con amabilidad y agrado, aceptaron comprar mi primera novela sin tener nada más que las referencias que les daba mi comercial número uno. Espero que esta, os guste también.

A mi comercial número uno, mi pilar en la vida, mi amigo, mi compañero, mi amante, mi todo. José, te amo con toda mi alma.

Marissa Cazpri

SOBRE LA AUTORA

Nací en la madrugada del 08 de Marzo del año 1981 en Córdoba (España). Soy Técnico en Gestión Administrativa, trabajo en una asesoría fiscal a media jornada y la otra media, la dedico a escribir y ayudar a mi marido en el negocio familiar, una papelería.

Desde pequeña, siempre me ha gustado escribir, fantasear con personajes ficticios y perderme en mi mundo de sueños y fantasías. Nunca lo hice público pero a finales del año 2012 (empujada por mi marido y mi mejor amiga) decidí comenzar a escribir una historia y publicarla capítulo a capítulo en un blog. El resultado: *Mi Protegida, el guardaespaldas de Suzanne*, mi primera novela autopublicada en abril de 2014. Después de la buena acogida que tuvo (cosa que yo jamás esperaba), decidí continuar con este sueño y la misma fórmula de publicación.

En junio de 2014, mi relato titulado *La Fiesta*, fue uno de los 75 relatos seleccionados en un concurso convocado por el escritor Ramón Cerdá para formar parte de la antología titulada *Livia*.

Actualmente estoy inmersa en la creación de más historias románticas y sensuales para mis protegidos (como llamo cariñosamente a mis lectores y lectoras).

Si quieres seguirme en esta aventura que es mi sueño, me puedes encontrar en:

<https://www.facebook.com/Atreveteamirar>

<https://www.facebook.com/MarissaCazpri1>

<https://www.twitter.com/MarissaCazpri>

<https://marissacazpri.blogspot.com.es>

INDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)

[Primeras líneas de Mírame, ahora te toca a ti](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[INDICE](#)